CATHERINE SHEPHERD



THRILLER FORENSE

LA CHICA DEL PANTANO

LA CHICA DEL PANTANO

THRILLER FORENSE

CATHERINE SHEPHERD

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Epílogo

Nota de la autora
Lee los primeros capítulos de su próxima novela:"Noche letal"
Créditos / Aviso legal

El lago

Profundo, tenebroso y frío es este lago. Tenebroso y frío como el alma de un ser malvado. Pero cuando el sol proyecta sus rayos sobre el lago, este parece luminoso y apacible, igual que el alma del malvado se ilumina con una sonrisa; mas ambos engañan. El sol se pone, la sonrisa se apaga, y el lago y el alma vuelven a ser tenebrosos, siniestros y fríos como antes.

Katharina Eisenloeffel

PRÓLOGO

El cielo resplandece con un azul tan puro, tan límpido, que siento que podría disolverme en él. Aspiro el aroma de la hierba. Un olor seco, casi a heno. Me gusta. Me transporta a mi infancia, a aquellos días en la granja de mis abuelos, cuando me escondía en el pajar para no tener que volver a casa. Nunca quise entrar en aquella pequeña cabaña de ventanas minúsculas; allí el aire no solo era sofocante, sino que reinaba la oscuridad, incluso en pleno verano.

Dejo vagar la mirada por el prado agostado. El calor ha marchitado todas las flores. Solo quedan tallos secos y cabezas lánguidas. Los colores se han desvaído y la vida abandonó sus fibras hace tiempo. Lamento su muerte. Y, al mismo tiempo, deseo un final parecido. ¿Qué podría ser más hermoso que morir en pleno verano, sobre un prado maravilloso, bajo un cielo azul radiante? ¿Existe algún lugar donde uno pueda estar más cerca de Dios?

Niego con la cabeza para responderme a mí misma. Y, sin embargo, el corazón me late mucho más rápido de lo habitual. No es la euforia de las endorfinas lo que me hace sentir que floto sobre la hierba. No. Es el miedo lo que hace que mi corazón se desboque. Lo noto en cada poro de mi piel, que se contrae a pesar del calor y me hace temblar como una hoja.

Las hojas de un abedul susurran al viento. Observo esas delicadas formas verde claro que aletean como mariposas y me

brindan un poco de consuelo. El tronco nudoso se alza como un dedo torcido, señalando con advertencia hacia el destino que me aguarda. Preferiría quedarme en el prado seco, tumbarme junto a los grillos que chirrían entre la hierba, tocando una canción de despedida para mí. Cuánto me gustaría morir con ese suave sonido en los oídos.

Pero mi último viaje continúa, pasando por una pícea solitaria, por pastos brillantes y arbustos tupidos que desafían a la sequía. Aparecen sauces llorones, anunciando el agua que pronto será mi tumba. Lanzo una mirada atrás al dulce paisaje y me lleno los ojos por última vez. Un halcón planea en lo alto. Sus alas están extendidas, casi como mis brazos, que se balancean sin fuerza a los costados de mi cuerpo. La mirada del ave se cruza con la mía por un instante. Lanza un grito. El sonido se me clava en los oídos y resuena en mi cabeza. Quiero retenerlo, porque es una señal de vida. Una vida a la que me aferro y que no quiero abandonar.

Pero sigo avanzando hacia el final, hacia *su* objetivo. Noto el sudor que corre por mi cuerpo. *Su* sudor. Siento sus brazos fuertes cargándome, implacables. Mis músculos están demasiado débiles para soportar el trayecto. Veo los tendones tensos en su cuello musculoso, su barbilla angulosa y esa nariz afilada que me recuerda a un hechicero. Quizás lo sea. Él, al menos, parece creerlo. Si no, no estaríamos aquí. Me ha pintado.

Aún puedo sentir los finos pinchazos de la aguja bajo mi ombligo, dibujando una imagen que me llevaré conmigo. Se hundirá en la oscuridad, igual que yo, y quizá nunca vuelva a ver la luz. Los mosquitos se posan en mis piernas, pero no tengo fuerzas para espantarlos. Hunden sus trompas en mi carne para alimentarse. Como si eso importara ahora. Voy a morir. Con o sin sangre en las venas. Dejo que lo hagan y vuelvo a mirar hacia arriba. Veo cómo su nuez sube y baja. Ve algo que le excita. ¿Ha encontrado el lugar? La desesperanza me invade. Creí que tendría un poco más de tiempo. Aunque solo fuera lo que dura un aleteo; cada respiración que logro robar es una victoria. Parpadeo cuando su sudor gotea desde su barbilla y me cae en la frente.

El impacto de las gotas me recuerda a la lluvia, pero no hay sensación de limpieza. Puedo oler el esfuerzo que hace para cargarme. No me mira ni una sola vez, como si yo ya no existiera. Tiene la vista clavada al frente. Tropieza y echo un vistazo hacia abajo. Aquí ya no hay hierba, solo agua estancada. Sus botas se hunden en el líquido turbio, tan oscuro que devora la luz del sol. Los rayos atraviesan la superficie para no regresar jamás. Cierro los ojos. Él gime ahora; cada paso le cuesta fuerzas y exige toda su atención. Deseo que diga algo. Que pudiera oír una voz humana por última vez antes de que el final se desplome sobre mí. Pero él guarda silencio. No me mira.

Respiro más rápido. Cada segundo cuenta. Abro los ojos de par en par, y también la boca. Incluso mis brazos se levantan levemente y, por un instante, creo poder aferrarme a su cuerpo macizo. Mis dedos buscan en el vacío, intentando encontrar algo a lo que agarrarse. La mordaza me impide gritar, pero un graznido agónico logra escapar de mi garganta. Él se estremece y me mira. Sus ojos se clavan en mí, asombrados.

Entonces me suelta.

Caigo. La caída dura mucho más de lo que esperaba. Lo veo a él, sus ojos y sus labios sellados. Ni siquiera se me escapa la arruga de su frente. Lo borro de mi mente y absorbo el azul del cielo. El sol me ciega, me envuelve en un manto de luz resplandeciente antes de hundirme en el pantano. El agua me atrapa con avidez y me arrastra a las profundidades. Me sorprende el cambio de la claridad a la negrura absoluta. Expulso el aire. La oscuridad es infinita, solo rota brevemente por las burbujas de mi aliento que atrapan la última luz bajo la superficie mientras me hundo. Es extraño sentir el frío en la piel ardiendo. Casi sería agradable, si no fuera por el agua que invade mi interior y se apodera de mí.

El pánico me da un último impulso. Pataleo con brazos y piernas, lucho por llegar a la superficie. Lo consigo un poco; un rayo de esperanza me da fuerzas sobrehumanas. Salgo a flote.

Pero entonces siento su bota en mi vientre. Pisa la imagen que pintó con tanto esfuerzo y me empuja de nuevo hacia el fondo, hacia la oscuridad que me abraza y me arranca la vida. La vida

abandona mi cuerpo en un torrente de burbujas, y en cada una de ellas el reflejo de la luz se hace más pequeño.

Hasta que no queda nada. Solo oscuridad.

1

La iluminación acentuaba el aura de muerte; sin embargo, a pesar de la luz cruda y la abundancia de sangre, no reinaba la crueldad en aquel lugar. Más bien, el resplandor azulado creaba una realidad artificial que presentaba la anatomía del cuerpo con sobriedad, lejos del mundo exterior. Rodeada por el acero inoxidable que dominaba la sala alicatada, la piel pálida del hombre parecía aún más exangüe. La mayoría de las personas se sentían incómodas en estas estancias. Tenían que reprimir tanto el reflejo de vomitar como el instinto de huida. En circunstancias normales, la capacidad de concentración y el pensamiento lógico quedaban sepultados bajo esos impulsos primarios.

Para la doctora Julia Schwarz, la historia era distinta. En ningún lugar se concentraba mejor que allí. Manejaba el bisturí con rutina, trazando una fina línea roja sobre la piel del cadáver. Julia seguía el protocolo estándar. Era una de esas autopsias en las que no esperaba hallazgos sorprendentes. No siempre era así en su trabajo. Julia era médico forense en el Instituto de Medicina Legal de Colonia. La colaboración con la policía criminal y el esclarecimiento de muertes violentas estaban a la orden del día.

Julia completó la incisión en forma de Y en la parte frontal del torso y dejó el bisturí a un lado para tomar una sierra. Con destreza y pocos movimientos, cortó las costillas y las clavículas. Retiró el

esternón y observó los órganos del hombre. Los pulmones parecían normales. Aquel organismo podría haber funcionado durante años si una bala de pistola no le hubiera destrozado el corazón. El hombre había sido un traficante de drogas ruso que acabó en medio de un tiroteo con una banda rival. Hubo dos víctimas mortales, y Boris Fiódorov era una de ellas. El segundo cadáver aguardaba en la cámara frigorífica. Sería el siguiente. La doctora Julia Schwarz extrajo el corazón y los pulmones y recuperó la bala mortal.

—El diámetro del proyectil es de nueve coma dos milímetros. Coincide con el arma del crimen, una pistola Makárov.

Julia dejó caer la bala en una placa de Petri y se la entregó a su asistente, Emanuel, que la miraba con los ojos muy abiertos.

—Esto tiene que ir a balística —añadió, esbozando una media sonrisa.

Emanuel salió disparado con la placa. Llevaba solo unas semanas en patología forense y aún estaba en pleno proceso de adaptación. Se ponía blanco como la cal en cada autopsia, y su prominente nuez subía y bajaba a veces con tal frenesí que Julia temía que se desmayara en cualquier momento. Afortunadamente, eso aún no había ocurrido. Le caía bien. El chico tenía potencial y le recordaba a sus propios inicios. Al igual que Emanuel, ella había sabido desde adolescente que elegiría esta profesión. Pero mientras que la decisión de Emanuel se basaba en gran medida en diversas series de perfiladores criminales —que modificaban un poco la realidad de este trabajo y quizás lo presentaban más glamuroso de lo que era—, Julia había tenido otros motivos. Ella no buscaba bañarse en la gloria de su trabajo ni presumir ante sus amigos. Su motivación era mucho más simple, aunque nacía de un golpe trágico del destino. Ella buscaba justicia.

Julia había llegado al hígado del difunto y lo estaba colocando en la balanza cuando sus pensamientos volaron hacia aquel día que cambió su vida dramáticamente. Al regresar a casa de la escuela en una fría jornada de noviembre, vio un coche desconocido aparcado en la entrada. Era un Mercedes oscuro. Julia no le dio mucha importancia. Sacó la llave que llevaba colgada de una cadena al cuello para no perderla y abrió la puerta de casa.

Las voces desconocidas que llegaban desde el salón, al final del pasillo, la hicieron detenerse. Cerró la puerta con suavidad y aguzó el oído. Al principio no entendía nada, pero entonces oyó a su madre. Fue el tono de voz lo que la caló hasta los huesos. Algo terrible debía de haber ocurrido. Sus palabras temblorosas sonaban desesperadas. Nunca había visto a su madre tan conmocionada. Julia se quitó la chaqueta y los zapatos y se deslizó por el pasillo. Se detuvo justo delante de la puerta del salón, que no estaba del todo cerrada. A través de la rendija, al principio solo pudo escuchar murmullos. Entonces habló un hombre desconocido con voz grave.

—Lo siento mucho, señora Schwarz. Haremos todo lo posible para encontrar al asesino de Michael cuanto antes.

Las palabras cruzaron el aire como balas de cañón y estallaron con estruendo en los oídos de Julia. Se quedó allí parada, aturdida, intentando captar el sentido de aquella frase. ¿De qué hablaba ese hombre? Michael estaba en el colegio. Ella misma lo había acompañado por la mañana, como cada día. El hombre se equivocaba. Ella lo sabía mejor. Michael había ido al colegio con ella, como cada maldita mañana de los últimos cuatro años. Así había sido desde que él empezó la primaria. Se había despedido de él en el umbral de su aula y lo había visto entrar. Así sucedía cada día. Sabía perfectamente que encontraría a su hermano en casa por la tarde. Su jornada escolar solía ser más corta que la de ella. A menudo, cuando ella volvía, él ya estaba en su habitación, devanándose los sesos con los deberes. Pero aquel día Michael no había vuelto a casa. No había regresado nunca más.

Desencajada, Julia abrió de golpe la puerta entornada e irrumpió en el salón, donde estaban sus padres y dos desconocidos.

—¿Dónde está Michael?

Sus palabras aletearon como mariposas temblorosas que, al final de la pregunta, se desplomaron repentinamente al suelo. De golpe se hizo un silencio opresivo. La madre de Julia la miró asustada, con los ojos húmedos por las lágrimas. Su padre estaba sentado en el sofá, rígido como un palo. Los dos hombres desconocidos se miraban la punta de los zapatos.

Mientras la doctora Julia Schwarz repasaba el pasado en un rincón de su cerebro, continuó trabajando en el cadáver hasta llegar al intestino. Con movimientos expertos, abrió varias secciones intestinales y vació su contenido en placas de Petri para su posterior análisis. Emanuel había regresado. Julia notó el olor del ungüento de mentol que, al parecer, acababa de volver a aplicarse bajo la nariz. Tuvo que sonreír de nuevo, porque le recordaba a ella misma cuando empezó su formación en patología. Al principio, los olores eran insoportables, pero en algún momento la intensidad de la repugnancia disminuía. Terminó el examen de la cavidad abdominal y pidió a Emanuel que la ayudara a cerrar el tórax abierto. Mientras realizaba una sutura limpia, la rutina del trabajo la devolvió a aquel momento en el que, con dieciséis años, había entrado en el salón de la casa de sus padres.

—Ay, mi pequeño tesoro. —La madre de Julia fue la primera en salir del estado de shock y se levantó de un salto—. Ha ocurrido algo terrible con Michael.

Abrazó a Julia y la estrechó con fuerza contra sí.

—¿Dónde está Michael? —repitió Julia con voz ahogada por el llanto.

Sentía lo rápido que iba la respiración de su madre. Murmuraba palabras ininteligibles. El abrazo casi dejaba a Julia sin aire.

—¿Dónde está? —gritó Julia, soltándose bruscamente.

Vio las lágrimas que corrían como un río ancho por las mejillas de su madre. Sus labios temblaban. Tragó saliva con fuerza, esforzándose por no perder la compostura por completo. Luego volvió a atraer a Julia hacia sí y le acarició suavemente el pelo.

—No volverá a casa —susurró al cabo de un rato—. Dios se lo ha llevado al cielo con Él.

Esa fue la explicación que Julia recibió aquel día espantoso. Todos intentaban mantener la cruel verdad alejada de ella. Como si eso la hubiera hecho sentir mejor. Los hechos solo salieron a la luz poco a poco. El hermano de Julia, de doce años, había sido abusado y asesinado por un autor desconocido en una zona boscosa cercana. Incluso hoy, después de más de quince años, Julia tenía que luchar

con todas sus fuerzas contra las lágrimas cuando pensaba en su hermano.

Su mirada se dirigió al reloj y comprobó con alivio que era la hora del descanso para el desayuno.

—Hora de una breve pausa —declaró, ignorando la expresión de asombro de Emanuel—. Me rugen las tripas. Llevamos aquí desde las cinco de la mañana y necesito comer algo y un café urgentemente.

Se quitó a toda prisa los guantes de goma y la bata y abandonó la sala de autopsias sin decir una palabra más. En lugar de ir a la cafetería, se desvió hacia el aseo. Julia cerró la puerta y se sentó en uno de los inodoros con el uniforme puesto. Respiró hondo. Rara vez le ocurría que los sentimientos la desbordaran. Probablemente era el estrés de los últimos días lo que tensaba sus nervios en exceso y desactivaba el mecanismo de represión en su cabeza. En reprimir era, por lo demás, una maestra. Desde la muerte de Michael, había reprimido permanentemente el dolor que amenazaba con devorarla por dentro. De nada servían todas las sesiones con psicólogos en las que debía aprender a gestionar el duelo. ¿Cómo iba a funcionar eso? Nunca habían atrapado al culpable. Seguía libre a día de hoy, y solo Dios sabía cuántos niños más tenía sobre su conciencia. Desaparecían tantos cada año. Cada vez que una de esas noticias de desapariciones rondaba por la prensa, ella tenía que pensar en ese tipo que había asesinado a su hermano de una manera bestial.

El móvil de Julia sonó y ella se sobresaltó. Lo sacó rápidamente del bolsillo y rechazó la llamada. Su mirada cayó en la fecha de la pantalla y, en ese momento, comprendió por qué le fallaban los nervios. Llevaba todo el día intentando reprimir la razón. Era el cumpleaños de Michael. Hoy habría cumplido veintisiete años. Con toda seguridad se habría convertido en un joven atractivo que disfrutaría de la vida a todo gas. Podría seguir con ella, tomándole el pelo con su descaro habitual. Al menos entonces no lo echaría tanto de menos. Hundió la cara entre las manos. Un par de lágrimas corrieron por sus mejillas. Arrancó papel higiénico del rollo y se las secó apresuradamente. Había pasado tanto tiempo y, sin embargo, el dolor la quemaba en cuanto permitía que surgiera. Michael ya no

estaba. El asesino había borrado sus huellas, y todo lo que le quedaba era la esperanza de toparse algún día con un nuevo indicio que finalmente lo incriminara. Esa esperanza era la razón por la que se había hecho médico forense. Simplemente no podía aceptar que el culpable nunca pudiera ser castigado. No quería admitir que de los cabellos asegurados en la escena del crimen no se pudiera aislar ADN utilizable. Mientras tanto, Julia había analizado las pruebas ella misma en repetidas ocasiones y había llegado a la conclusión de que los investigadores de entonces habían hecho todo lo humanamente posible. Ni siquiera el uso de los métodos más modernos había arrojado pistas sobre la identidad del autor.

Por eso abordaba cada nuevo caso con mayor tenacidad. Su tasa de éxito era asombrosamente alta, y le proporcionaba una satisfacción infinita cuando su trabajo contribuía a atrapar a los culpables. Cada asesino que enviaba a prisión curaba un poco la herida que la muerte de su hermano había desgarrado en lo profundo de su corazón. Se imaginaba que vengaba la muerte de Michael con cada condena, y en lo más hondo de su ser creía que algún día encontraría también al asesino de su hermano. Sabía que la justicia acabaría haciéndose oír. Su perseverancia y obstinación ya habían dado frutos muchas veces. Su nombre, tanto en el Instituto de Medicina Legal como en la Policía Criminal, representaba ante todo una cosa: ella daba voz a los muertos y luchaba por su justicia.

El móvil de Julia sonó de nuevo. Esta vez contestó.

—Schwarz —dijo con voz firme y salió del cubículo del baño. Se detuvo frente al espejo del lavabo.

—Julia, ahí estás. Te necesito urgentemente. Tienes que inspeccionar un escenario.

La seriedad en la voz de Florian Kessler provocó un vuelco en el estómago de Julia. El comisario de la policía criminal no pertenecía a esa clase de personas que exageraban las cosas innecesariamente. Si decía urgentemente, es que lo era. Julia anotó la dirección y colgó. Seguía de pie frente al espejo. La piel bajo sus ojos estaba enrojecida. Abrió el grifo y se mojó la cara con agua fría. Luego volvió a mirarse. Era una mujer pálida, de cabello negro y unas gafas de pasta igualmente oscuras, tras las cuales vigilaban unos

inteligentes ojos marrones. Llevaba un corte estilo bob porque era el más adecuado para su trabajo. A Julia no le gustaba el pelo corto. Pero si lo llevara largo, tendría que recogérselo constantemente en una coleta para que no le molestara. El corte bob era un compromiso y, además, le sentaba bastante bien. Su aspecto probablemente no correspondía al ideal masculino convencional, pero aun así no tenía por qué esconderse. Apretó los labios uno contra otro para que parecieran un poco más sonrosados y salió a toda prisa del aseo.

2

Para entonces, su estómago no solo le rugía, sino que se contraía con un espasmo doloroso. Julia se había puesto en marcha inmediatamente tras la llamada de Florian Kessler, olvidando por completo el desayuno. La autopsia del traficante ruso tendría que esperar; la causa de la muerte estaba clara y los resultados toxicológicos, que tardarían en llegar, probablemente serían irrelevantes para la investigación.

Salió de Colonia en dirección a una reserva natural donde habían descubierto el cadáver de una mujer. Julia aún desconocía los detalles. Pisó el acelerador, atravesando un paisaje de campos y árboles que gemían bajo el calor estival. El cielo resplandecía en un azul impoluto, sin una sola nube. Los termómetros hacía rato que habían superado los treinta grados, y Julia agradeció silenciosamente el aire acondicionado de su coche. Frenó ante un semáforo en rojo y rebuscó en su bolso con la vana esperanza de encontrar algo comestible. A veces llevaba barritas de muesli, pero la última se la había comido hacía días. La guantera también estaba vacía. El semáforo se puso en verde y Julia arrancó con un suspiro. Al menos llevaba agua. Dio un trago largo, pero su estómago protestó de inmediato con una punzada. Subió el volumen de la radio e intentó distraerse del hambre voraz con música alta durante el resto del trayecto.

Veinte minutos después, frenó ante las cintas precintadas rojiblancas. Varios coches patrulla flanqueaban la carretera. Julia bajó del vehículo y cruzó un prado que daba paso a una zona pantanosa. Florian Kessler estaba junto a sus compañeros frente a un segundo cordón policial. Parecía tenso. Al ver a Julia, interrumpió la conversación y se acercó a ella.

—Julia, por fin. Tienes que ver esto. Un paseante ha encontrado a la chica.

La guio tras el precinto por un sendero estrecho. A ambos lados se extendía el agua estancada y turbia, de la que sobresalían plantas carnosas de un verde oscuro. El aire hervía de mosquitos negros. Julia se estremeció instintivamente.

—Toma, usa esto —dijo Florian, tendiéndole un repelente de insectos. Sus ojos azules la escrutaron con intensidad—. Estás pálida. ¿A qué hora has empezado a trabajar hoy?

Julia hizo un gesto para restarle importancia. No quería que notara el rugido de sus tripas ni que se enterara de que se había saltado el desayuno. Pero era demasiado tarde. Florian sacó algo de su bolsillo y se lo puso en la mano.

—Una barrita de muesli con chocolate. Deberías comértela antes de hacer nada. Lo que nos espera ahí delante no se soporta con el azúcar por los suelos.

—Gracias —dijo Julia secamente.

Tenía demasiada hambre como para protestar. Devoró la barrita en dos bocados. Luego se roció con el repelente.

—Estos bichos son insoportables. A mí ya me han picado varios —explicó Florian, señalando las ronchas rojas que le habían salido en los brazos y el cuello.

La condujo unos metros más por el sendero y se detuvo.

—Aún no hemos sacado el cuerpo, solo hemos hecho algunas fotos. Quería que vieras la escena del hallazgo sin alterar.

Julia le miró a la cara. Tenía los músculos de la mandíbula tensos. Había algo indefinible en su mirada. Él dio un paso más y le dejó vía libre.

Los ojos de Julia se posaron en el cuerpo hinchado que flotaba en la superficie del agua. Su cerebro procesó automáticamente el

esquema habitual que todo patólogo interioriza durante su formación. Tenía ante sí a una mujer desnuda. La edad rondaría los veinte años. La descomposición no estaba muy avanzada. La maceración de la piel, visible sobre todo por el hinchamiento, era moderada y no se apreciaba capa de algas en la superficie corporal. Estos fenómenos dependían de la flora del agua y del tiempo que el cadáver llevara sumergido. Normalmente, la vegetación tardaba unos diez días en formarse, aunque con temperaturas cálidas el proceso podía acelerarse.

—No lleva mucho tiempo aquí —dedujo Julia, poniéndose en cuclillas—. Su posición no es natural. Los ahogados suelen flotar boca abajo, con la cabeza sumergida. Es por los gases que se forman en los intestinos tras la muerte.

Se puso los guantes de goma y giró con cuidado la cabeza de la mujer hacia un lado. Debajo apareció una especie de soporte de madera y una cuerda que mantenía la cabeza fijada a él.

—¿Quería exhibirla? Parece una modelo posando para una sesión de fotos macabra —comentó Florian, agachándose junto a Julia para observar a la muerta con atención.

—Desde luego, no la dejó completamente a merced del pantano. Se podría deducir que quería que la vieran.

Julia examinó la piel de la víctima, que estaba tornándose rojiza o parduzca. Era un signo de descomposición incipiente. El calor del verano estaba acelerando la degradación física. Los ojos de la muerta estaban abiertos, mirando con expresión vacía al cielo despejado. Los rayos abrasadores del sol habían secado los globos oculares y castigado la piel. Era una chica joven, de rasgos que en vida debieron ser armoniosos.

—Creo que podemos sacarla —declaró Julia, poniéndose de pie —. Tengo que hacer la autopsia para determinar la causa de la muerte. Podemos descartar el suicidio; ella no se habría atado la cabeza a esa estructura de madera. Sin embargo, a primera vista no parece haberse defendido mucho, ni contra el o los posibles agresores ni contra el agua. Eso es inusual. La lucha de los ahogados deja rastros típicos. Por ejemplo, suele formarse espuma

en las vías respiratorias debido a las bocanadas de aire desesperadas. Y no veo nada de eso a simple vista.

Julia sacó un metro plegable que siempre llevaba consigo y lo hundió en el agua turbia.

—La ciénaga no tiene ni un metro de profundidad aquí. Un adulto no podría ahogarse accidentalmente, a menos que alguien lo mantenga sumergido a la fuerza o esté bajo la influencia de drogas. Hasta que la examine a fondo, podemos asumir que la chica fue ahogada. La ausencia de espuma solo ocurre en esos casos.

—Por eso quería que lo vieras tú misma.

Florian hizo una señal a unos auxiliares que esperaban al borde del pantano con una camilla.

—¿Habéis buscado la ropa? —preguntó Julia, mirando alrededor.

—Sí, varios compañeros han rastreado las inmediaciones. De momento no han encontrado nada. En cuanto lleguen los refuerzos peinaremos un radio más amplio. Quizá encontremos su ropa e, idealmente, alguna identificación. —Florian espantó unos mosquitos y dejó paso a los hombres de la camilla—. No sé, todo esto parece planificado, organizado. O el crimen se preparó extremadamente bien, o no es su primer asesinato. No me parece obra de un principiante.

Julia dejó vagar la mirada por el páramo y señaló un punto en el horizonte.

—Si hubiera querido que nadie la descubriera, la habría dejado en el agua mucho más lejos del aparcamiento y la habría hundido con un peso. Habrían pasado años hasta que alguien la encontrara, si es que la encontraban.

Los auxiliares sacaron el cadáver del pantano. El cuerpo inerte se separó de su tumba acuosa con un chasquido húmedo y fue introducido en una bolsa para cadáveres.

—Esperen —ordenó Julia a los hombres, y volvió a abrir la bolsa —. ¿Qué es eso?

Limpió un limo verdoso de la piel bajo el ombligo. Algo colorido salió a la luz.

—Parece un tatuaje. —Julia se alegró del hallazgo—. Esto podría ayudarnos a identificarla.

—¿Qué se supone que representa? —preguntó Florian frunciendo el ceño—. Tiene una pinta rara. Casi parecen letras antiguas o algo así.

Julia asintió. De momento no tenía explicación.

—Me recuerda a algo.

Rebuscó frenéticamente en su memoria, pero no lograba atrapar el recuerdo. Solo surgían imágenes borrosas que se desvanecían al instante. Su estómago volvió a rugir. Las calorías de la barrita de muesli se habían consumido. Con ese hambre no podía seguir. Un técnico forense fotografió el tatuaje. Luego, la cremallera se cerró de nuevo con un sonido rasgado y el rostro de la joven desapareció en la oscuridad.

—¿Me llevas? —preguntó Florian cuando llegaron al coche de Julia.

En realidad, ella quería estar sola. Su objetivo era la próxima área de servicio, una cafetería o, en el peor de los casos, una cadena de comida rápida; lo importante eran las calorías y el café con mucha cafeína. Dudó un momento.

—También puedo llevarte yo.

Julia se giró y vio a una joven policía sonriendo a Florian de oreja a oreja. No conocía a esa compañera. Tendría como mucho veinticinco años, era tan rubia como Florian y bien podría haber pasado por modelo. Julia miró a Florian, que lucía una sonrisa ladeada y observaba a la joven sin disimulo. Al parecer le gustaba lo que veía, pues su sonrisa se ensanchó mostrando unos dientes blancos e inmaculados. Julia puso los ojos en blanco, se dio la vuelta y abrió la puerta del conductor.

—Quizá en otra ocasión —oyó decir a Florian, y se extrañó por un momento. Habría apostado a que aceptaría la oferta de la belleza. En su lugar, abrió la puerta del copiloto y se subió con ella.

—Sé lo que tramas y me apunto —declaró Florian, recostándose en el asiento—. Conozco un bistró genial que nos pilla de camino. Y el café es tan fuerte que, con el primer sorbo, te despertarás como si hubieras dormido una semana entera.

Julia sintió su mirada, pero en lugar de responder o mirarle, arrancó el motor y clavó los ojos en la carretera. Florian era un

policía condenadamente bueno que sabía ponerse en la piel de los demás a la perfección. Aun así, se preguntó con inquietud cómo sabía lo que ella tenía planeado.

3

—¿De verdad eres virgen?

Hannah se quedó perpleja ante la pregunta y observó la foto de perfil de su interlocutor. Se llamaba Tobi y era realmente guapo. El típico chico del que te enamoras al instante. Pelo rubio y alborotado, ojos de un marrón oscuro y un cuerpo de escándalo. Hannah dudó un instante si cerrar la ventana del chat y ponerse con los deberes, pero acabó contestando. La curiosidad pudo con ella.

—Sí, si no, tendría cuenta en Tinder.

No tenía perfil en esa aplicación de citas, famosa por los encuentros rápidos y sin complicaciones. A Hannah no le iba esa superficialidad.

Una hilera de *smileys* apareció en la ventana del chat, seguida de un corazón.

—Me lo imaginaba —escribió Tobi, añadiendo un emoticono guiñando un ojo.

—Quiero que sea algo especial —tecleó Hannah.

—Yo también. Eres muy guapa.

Hannah se ruborizó frente a la pantalla. ¿De verdad? ¿Tobi la encontraba guapa? Su mirada buscó automáticamente el espejo situado sobre la cómoda, donde últimamente acumulaba cada vez más maquillaje. «Guau», pensó. A excepción de esa estúpida pregunta sobre su virginidad, Tobi estaba buenísimo. Se examinó el

rostro; en realidad, ella no se veía tan atractiva. Tenía la nariz un poco larga y los pómulos solo resaltaban si se aplicaba mucho maquillaje. Su barbilla era demasiado puntiaguda, aunque al menos las pecas de su nariz eran monas y hacían juego con sus rizos color avellana. Se imaginó cómo quedaría en un selfi junto a Tobi. Harían una pareja bastante atractiva. Eso estaba claro.

—¿Por qué te has registrado aquí? —escribió en la caja de texto, esperando su respuesta con impaciencia.

—Paso de liarme con cualquier guarra que se regala a la primera. Como tú dices: tiene que ser algo especial.

Hannah se alegró de la respuesta y se mordió las uñas, nerviosa. Le parecía que en la foto él aparentaba más edad de la que indicaba su perfil.

—¿Seguro que solo tienes diecisiete años?

—Eh, ¿intentas ofenderme? ¿Tan viejo parezco? —De nuevo apareció el *smiley* del guiño, seguido de un enorme símbolo de llanto al final del mensaje.

Hannah se asustó un poco por su reacción. No lo había dicho con mala intención. Se rascó el antebrazo, avergonzada, pensando en cómo disculparse. Esperaba que Tobi no cortara la conversación. Buscó frenéticamente las palabras adecuadas, pero antes de que pudiera enviar su mensaje, llegó una nueva pregunta de Tobi:

—¿Cuándo estás sola en casa?

Hannah suspiró aliviada. No lo había espantado. Guau, ¿de verdad quería quedar con ella? ¿La encontraba guapa de verdad? El corazón empezó a latirle desbocado y sintió un aleteo en el estómago. Era impresionante. Y tan sensible. El chico ideal. Mia, su mejor amiga, se moriría de envidia. Apenas podía esperar para contarle lo de Tobi y, sobre todo, para enseñarle su foto de perfil. Pero antes tenía que contestar. Algo que sonara *cool*, por supuesto. Era virgen, sí, pero no tonta. Esperar al chico adecuado para su primera vez era una decisión voluntaria. Casi todas sus amigas pensaban igual.

—Mis padres salen todos los viernes por la noche. Tienen un abono para unos conciertos de jazz o algo de ese rollo. No es lo mío,

si no iría con ellos. Mi hermano está en casa, pero no molesta. Se pasa el rato pegado a la PlayStation.

Hannah añadió tres *smileys* y esperó la respuesta de Tobi con el corazón en un puño.

—Vale. Me tengo que ir. Me ha gustado conocerte. Hasta pronto.

Hannah se quedó mirando la pantalla, atónita. ¿Ni un corazón? ¿Ni siquiera un simple *smiley*? En su lugar, un seco «Hasta pronto». ¿O significaba «hasta nunca»? Mierda. ¿Qué había hecho mal? ¿Acaso le gustaba el jazz? Qué va. No podía ser eso. Hizo clic en su perfil y vio que seguía en línea. Así que eso de «Me tengo que ir» era mentira. Probablemente ya estaba chateando con otra. Decepcionada, Hannah cerró el portátil. Se acabó lo de Tobi. Probablemente no volvería a saber de él.

—¡Hannah, ha llegado Lucas! —La voz de su madre retumbó por toda la casa.

Hannah miró el reloj y se sobresaltó. ¿Ya era tan tarde? Se le había pasado el tiempo volando. Oh, no. No tenía la bolsa preparada. Tenía que darse prisa si no quería llegar tarde. Abrió el armario de par en par, agarró el primer pantalón de chándal que encontró y lo lanzó dentro de la bolsa de deporte. Añadió una camiseta, unos calcetines y las zapatillas de baile. Luego bajó las escaleras a toda velocidad.

—Dijiste que esta vez me esperarías en la puerta. Me he dado prisa a propósito y ahora vamos a llegar tarde otra vez —refunfuñó Lucas, que ocupaba todo el marco de la puerta.

Ya tenía dieciocho años y carné de conducir. Sin él, Hannah tendría que ir en tren, lo que le llevaría casi el doble de tiempo que en coche.

—Lo siento —dijo ella en tono conciliador—. Tenía que terminar los deberes. —Le dio un beso en la mejilla a Lucas y lo siguió hasta su coche.

—¿Te has aprendido los pasos? —preguntó él, lanzándole una mirada inquisitiva.

—Claro que sí. —Hannah movió las piernas a modo de prueba y sonrió—. Tranquilo. Bettina estará contenta.

Bettina era su entrenadora de baile. Desde hacía dos años, instruía a Hannah en bailes de salón latinoamericanos en formación. Faltaban pocos meses para una competición importante, por lo que actualmente ensayaban cinco días a la semana. Hannah había sido la última bailarina en unirse al grupo, así que llevaba cierto retraso respecto a los demás. Lucas era un bailarín con talento y muy ambicioso. Quería ganar la competición a toda costa.

—Lo digo en serio, Hannah. Somos un equipo. Todos tenemos que funcionar.

Hannah puso los ojos en blanco. ¿Es que para Lucas no había nada más en la vida que el baile? Observó su perfil. Era guapo. Su rostro marcado y sus brillantes ojos azules deberían tener a las chicas haciendo cola, pero Lucas parecía poco interesado en ellas. Estaba obsesionado única y exclusivamente con el deporte.

—Lo dicho, relájate. Me sé los pasos hasta dormida.

Era una exageración, pero Hannah había ensayado de verdad. Dominaba toda la secuencia y, desde luego, no sería por su culpa si el equipo se quedaba sin la copa. Sacó una goma del bolsillo del pantalón y se recogió su melena rizada. El pelo no podía ir suelto al bailar. Bettina insistía en que todas las chicas llevaran un moño prieto en lo alto de la cabeza. Hannah suspiró. Si llevaba la goma demasiado tiempo, le dolía la cabeza. Lucas aparcó el coche y se bajaron apresuradamente.

—Por fin estáis aquí —les espetó Bettina en cuanto entraron en el gimnasio.

Como era de esperar, la clase ya había empezado. Lucas lanzó a Hannah una mirada de reproche, pero no dijo nada. «Al menos se comporta como un caballero y no me delata», pensó Hannah mientras empezaba a calentar trotando suavemente.

El grupo estaba compuesto por dieciséis bailarines: ocho chicas y ocho chicos. Aunque Lucas iba a su misma clase, el resto de los miembros de la formación provenían de otras escuelas. Hannah era más bien introvertida, así que en dos años no había logrado intimar demasiado con los demás. Además, su vida no era solo bailar. Le gustaba ese deporte. Sí, le encantaba moverse. Pero la vida era demasiado corta para centrarse en una sola cosa. Había tanto que

Hannah quería experimentar. Quería viajar. Quería ver cada país de la Tierra. Y, por cierto, quería conocer el amor, no quedarse siempre suspirando frente a películas de Hollywood y consumiéndose por los protagonistas. Pensó en Tobi. La decepción por el final abrupto del chat la hizo correr más rápido.

—No te agotes todavía. Estamos calentando.

La voz de Bettina frenó la velocidad de Hannah como si tuviera un mando a distancia para controlar sus piernas. En secreto, Hannah llamaba a su entrenadora «la Sargento». Bettina estaba obsesionada con el baile. En su caso era aún peor que con otros entrenadores. Hannah sabía por qué. Había buscado a Bettina en Google y descubierto que, con su propia formación, solo había llegado a ser subcampeona año tras año. Aquella mujer sufría el típico síndrome de «no lo conseguí yo, así que ahora tienen que lograrlo los nuevos».

Aun así, Hannah no podía evitar admirar a Bettina. Aunque hacía tiempo que había pasado los treinta, conservaba un aire increíblemente juvenil. Tenía la figura de una elfa y un rostro fino y armonioso que atraía las miradas de los hombres. Hannah sabía que más de uno de los ocho chicos del grupo estaba colado por ella. Hace unos meses los había escuchado en el vestuario después del entrenamiento. No había sido su intención. Se había quedado parada frente a la puerta entreabierta y simplemente no pudo resistirse. Los chicos bromeaban y, en algún momento, empezaron a hablar de su entrenadora. Su entusiasmo era inconfundible, y en ese instante Hannah deseó que algún día alguien hablara así de ella. El único que había guardado silencio fue Lucas.

El calentamiento empezó a notarse. Hannah rompió a sudar. Terminó la carrera y comenzó a estirar.

—Colocaos para la primera figura, por favor —gritó Bettina dando una palmada—. Hannah y Lucas, vosotros empezáis.

Hannah ocupó su posición. La música arrancó y ella ejecutó una ronda impecable. Lucas la miró radiante.

—Lo estás haciendo genial —dijo él mientras la hacía girar por el suelo con sus fuertes brazos.

—Te lo prometí —respondió Hannah sin perder el ritmo.

La parte más difícil había pasado. El resto también le saldría perfecto. Llena de energía, Hannah siguió bailando, dejándose llevar por la música. Era una sensación grandiosa. Estaba satisfecha consigo misma y con el mundo.

Por el momento.

4

Florian Kessler observaba a la mujer morena de rasgos aristocráticos. El corte *bob* le daba un aire severo que en realidad no tenía. Desentonaba por completo en aquel local de comida rápida donde habían acabado. El bistró que Florian había elegido originalmente estaba cerrado; al parecer, ahora solo abría por las tardes tres días a la semana. Así que, sin pensárselo dos veces, habían ido a un puesto de comida.

La doctora Julia Schwarz hincó el diente con ganas a una hamburguesa con doble de queso y extra de salsa barbacoa. Suspiró de placer mientras masticaba la carne y tragaba con deleite.

Florian la encontraba fascinante. De no conocerla, la habría tomado por vegetariana. Nada más lejos de la realidad. Le encantaba la carne. Y en su caso, Florian incluso habría comprendido que la rechazara. No solían gustarle esas mujeres vegetarianas, pero con Julia habría hecho una excepción. ¿A quién no se le quitarían las ganas de carne si tuviera que abrir cadáveres a diario?

Pero a Julia el trabajo no parecía afectarle el apetito en lo más mínimo. Al contrario: había devorado la hamburguesa en cuestión de minutos. De falta de apetito, nada.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? —preguntó él, fascinado por aquel hambre voraz.

Julia se detuvo y puso los ojos en blanco, un gesto habitual en ella cuando intentaba recordar algo.

—Hace una hora —masculló finalmente, y siguió masticando.

—¿Qué? Hace una hora estábamos los dos en el pantano mirando un cadáver espeluznante.

Julia sonrió con picardía.

—Me diste una barrita de chocolate. Me salvó la vida.

Florian soltó un silbido entre dientes. Tenía respuestas para todo, pero no pensaba dejarlo estar tan fácil.

—Me refiero a una comida de verdad. ¿Cuándo comiste algo decente antes de disfrutar de mi barrita?

Sus ojos recorrieron su esbelta figura, donde no sobraba ni un gramo. Sostenía una patata frita con sus largos dedos y, de repente, a Florian le pareció bastante frágil.

—Ayer a mediodía —replicó ella, metiéndose la patata lentamente en la boca—. Por la noche estaba demasiado cansada, y a las cinco de la mañana ya estaba en la sala de autopsias por un tiroteo entre traficantes rusos. Dos de ellos acabaron en mi mesa.

Se encogió de hombros, agarró el refresco de cola y aspiró con tanta fuerza que se debió de oír en las mesas vecinas. Esa mujer era una contradicción andante. No encajaba en ninguna casilla y actuaba totalmente al margen de los perfiles psicológicos típicos que él había estudiado durante su formación.

Florian era inspector de la policía criminal con especialización en psicología. La materia siempre le había interesado; simplemente quería saber qué pasaba por la mente de las personas. Quería entender por qué algunos encontraban placer en la violencia y otros no.

Julia interrumpió el flujo de sus pensamientos.

—¿Quién crees que pudo haber matado a la chica del pantano? —Sus ojos marrones lo escrutaron con expectación.

—Basándome en mi experiencia, estos actos suelen ser obra de autores solitarios. La razón suele ser que el asesino no quiere compartir su trofeo, en este caso la chica. Creo que la trató con cierto respeto, a su manera. No la mantuvo bajo el agua más de lo necesario y luego la colocó de tal forma que cualquier paseante

pudiera verla. Podría haberla tirado como si fuera basura. En cambio, se tomó su tiempo y asumió el riesgo de ser descubierto. Quizá ella cumplió un propósito muy específico en su vida y él la ha honrado por ello.

Florian guardó silencio. Esos eran los pensamientos que le habían rondado la cabeza mientras analizaba la escena del crimen. Siempre seguía dos pasos. Primero, intentaba absorber la atmósfera. Se dejaba llevar por el lugar de los hechos, empapándose de él. Se imaginaba cómo podía haber ocurrido y qué habrían sentido la víctima y el verdugo. Gracias a su gran empatía, Florian podía ponerse en la piel de los demás.

A continuación, comenzaba el trabajo policial propiamente dicho. Recogía hechos, reunía pruebas y seguía pistas. Pieza a pieza, armaba el rompecabezas con los hallazgos de ambos métodos. Ya podía presumir de numerosos éxitos en la resolución de crímenes. La doctora Julia Schwarz aportaba el resto: ella suministraba los hechos que no se veían a simple vista y que requerían conocimientos médicos.

—A mí jamás se me ocurrirían esos pensamientos frente a un cadáver —dijo Julia—. Tengo curiosidad por la autopsia. Si tienes razón, el cuerpo no debería mostrar signos de abuso sexual. Me pregunto por qué eligió el pantano para dejarla.

—Quizá este lugar tenga algún significado para el asesino.

Julia frunció los labios.

—Para mí, el pantano solo tendría un significado: un lugar donde los cuerpos desaparecen y nadie los encuentra jamás. ¿Por qué el asesino no hizo desaparecer el cadáver sin más?

Florian reflexionó sobre las palabras de Julia.

—Es cierto. No eligió el pantano para esconder el cuerpo. Al contrario: ató su cabeza a esa estructura de madera para evitar que se hundiera. Y la colocó de tal manera que el primer visitante del pantano tropezó literalmente con ella.

Julia se limpió los labios con una servilleta de papel y la tiró a la bandeja.

—Para eso podría haber elegido cualquier otro sitio. Hay lugares mucho más transitados. No podía contar con que la muerta fuera

descubierta tan rápido. Si yo fuera la asesina, me habría deshecho del cuerpo para siempre. —Sonrió fugazmente y se levantó—. Sabes que siempre encuentro algo.

Florian también se puso en pie.

—Espero que puedas identificar a la muerta. Eso nos haría avanzar bastante.

Pensó en el cadáver desnudo de la mujer, cuya ropa no habían encontrado, al menos en las inmediaciones. Ojalá los forenses, que estaban peinando un radio más amplio alrededor de la escena del crimen, tuvieran más éxito.

—Me pondré a trabajar de inmediato —anunció Julia, levantando las llaves de su coche.

Su rostro había recuperado algo de color. Los pensamientos de Florian sobre la muerta del pantano se esfumaron. Se quedó mirando la piel sonrosada de Julia, imaginando cómo sería tocarla.

—¿Por qué me miras así? ¿Ya no te fías de mis dotes al volante después de una buena dosis de carbohidratos, grasa y un chute de cafeína?

Su sonrisa lo atraía de una forma indescriptible. Con esfuerzo, Florian reprimió sus fantasías y se aclaró la garganta.

—Como un caballero, te ofrezco con gusto mi servicio de chófer personal. Así puedes descansar mientras tanto.

Agarró las llaves del coche, reteniéndole la mano un poco más de lo necesario. En los oscuros ojos de Julia hubo un destello insondable. Florian tragó saliva. Aquella mujer tenía algo especial, y él debía andar con cuidado.

5

—Del ruso ya me he encargado. Puedes lanzarte a por la desconocida del pantano en cuanto quieras. Debería llegar en cualquier momento —explicó Emanuel mientras mordía un sándwich.

«Ojalá», pensó Julia, tamborileando con el bolígrafo sobre el escritorio.

En realidad, quería haber empezado con la autopsia hacía rato, pero el transporte funerario aún no había aparecido. Probablemente habían tomado la autopista y estaban atrapados en un atasco.

—¿Has encontrado algo más en Boris Fiódorov? —preguntó Julia, que había pedido a Emanuel que terminara la autopsia él solo.

Su asistente negó con la cabeza.

—No. Seguramente murió por la herida de bala. Estoy esperando algunos resultados de laboratorio, pero no creo que haya sorpresas.

A Julia le pareció bien. Estaba ansiosa por la autopsia de la chica del pantano. Quería averiguar si realmente la habían ahogado y quién le había hecho algo así. Las palabras de Florian volvieron a resonarle en la mente: «La mujer cumplió posiblemente un propósito específico y él quiso honrarla por ello». Si esas palabras no hubieran salido de la boca de Florian, Julia las habría descartado como una tontería. Pero la experiencia le había enseñado que Florian solía acertar con sus perfiles criminales.

Se conocían desde hacía cuatro años y formaban un equipo bien compenetrado. Florian valoraba el trabajo de Julia y le daba más margen en sus investigaciones del que normalmente se concedía a un patólogo. La involucraba desde el principio y no intentaba, como algunos de sus colegas, confinarla únicamente a la sala de autopsias.

Su mirada se desvió hacia el reloj. El coche fúnebre seguía sin llegar. Si tardaba mucho más, no terminaría la autopsia hoy. Sin pensárselo dos veces, decidió preguntar al portero. Le pidió a Emanuel que terminara el informe sobre Boris Fiódorov; ella le echaría un vistazo después y haría las correcciones necesarias.

Julia salió del despacho y recorrió el pasillo de paredes blancas hasta la escalera. Prefirió evitar el ascensor. Le resultaba inquietante estar encerrada en una pequeña caja de acero. Sabía que era un sentimiento irracional, pero desde que tenía uso de razón, Julia evitaba los ascensores. El aire que la golpeó en la escalera era frío y rancio. El ambiente tenía mucho en común con una cripta húmeda y, en ese instante, Julia deseó estar fuera.

El aire en el exterior era cálido y olía a verano. Pensó en Florian y en cómo la había animado. Pero entonces le vino a la mente la policía rubia que le había coqueteado descaradamente. Rápidamente apartó ese pensamiento.

Julia empujó la pesada puerta cortafuegos y se encontró en el garaje subterráneo del Instituto de Medicina Legal. Los tubos fluorescentes crepitaban en los bajos techos de hormigón. Olía a goma y a gases de escape. Julia caminó hacia una cabina acristalada tras la cual estaba sentado un vigilante.

—Hola, soy Julia Schwarz. —Señaló su placa de identificación, prendida en la solapa de su bata—. ¿Ha llegado algún transporte funerario en la última hora?

El guardia levantó la vista del periódico que tenía extendido delante con parsimonia.

—¿Qué? —preguntó, escupiendo el palillo que había estado masticando todo el tiempo. Julia reprimió un escalofrío. Ese hombre le resultaba repulsivo.

—¿Ha llegado algún coche fúnebre en la última hora? —repitió la pregunta, enfatizando cada palabra lentamente.

El hombre se quedó mirando su bata y la placa. Luego se rascó la barbilla sin afeitar.

—Sí. Ha aparcado allí atrás, junto a los montacargas.

Sin dignarse a mirarla de nuevo, volvió a meterse el palillo en la boca y pasó la página del periódico. Julia pensó por un segundo en poner al hombre en su sitio; su comportamiento era más que grosero. Pero dio media vuelta y caminó por el garaje hacia los ascensores.

Reconoció el familiar vehículo negro desde lejos. Julia oyó hablar a los dos conductores.

—Cerré la puerta correctamente —retumbó una voz de bajo profundo.

—Ah, sí, ¿y por qué está vacío el coche? Típico de ti. Nunca se puede confiar en ti —le recriminó una voz más aguda.

Una puerta se cerró de golpe. Julia aminoró el paso y se quedó detrás de una columna.

—Vete a la mierda. No he hecho nada mal. Mejor piensa en cómo vamos a salir de este lío.

La voz del otro hombre casi se quebró al responder.

—¡Eres un completo imbécil y siempre lo serás! ¿Qué se supone que debemos hacer, según tú? ¿Ir a ver a la doctora Schwarz y decirle: «Lo sentimos, pero el cadáver ha desaparecido»? Seguro que tiene muchos otros ejemplares en su estantería frigorífica. Que empiece con uno de esos. Mientras tanto, quizá aparezca la chica del pantano.

La puerta del coche volvió a cerrarse de golpe.

—Sería una buena idea, ¿verdad? ¡Entonces podrías olvidarte de este trabajo y empezar mañana mismo en la recogida de basuras! Te diré lo que vamos a hacer. Vamos a recorrer el camino otra vez. El ataúd tiene que haberse caído en algún sitio.

A Julia se le cortó la respiración. Apenas podía creer lo que acababa de oír. El motor del coche arrancó. Julia salió precipitadamente de detrás de la columna y se interpuso en el camino del vehículo. El coche frenó en seco. Los dos hombres dentro

no se movieron. Miraron a Julia con expresión de sorpresa. Ella se dirigió a la puerta del conductor y la abrió de un tirón.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó irritada.

El conductor —el hombre de la voz aguda— gimió y apagó el motor.

—Ha desaparecido.

El hombre se encogió de hombros y guardó silencio.

—¿Qué quiere decir con que ha desaparecido? No habrá salido corriendo, digo yo —replicó Julia, atónita—. ¿Qué han hecho con ella?

—Cerré la puerta correctamente —repitió el hombre del bajo. Se inclinó hacia delante y miró a Julia con ojos inexpresivos—. No es culpa nuestra que no esté —añadió, arrugando la nariz. Tenía manchas rojas de estrés en el cuello.

Julia suspiró. Esto iba a ser divertido. La chica del pantano había desaparecido y los dos conductores no tenían ni la menor idea de cómo había ocurrido.

—Maldita sea. Déjenme subir y arranquen —ordenó, abriendo la puerta trasera del coche.

Se dejó caer en el asiento plegable, muy alterada. Nunca le había pasado algo así. En todos sus años como forense, jamás. Tampoco había oído nunca que un cadáver desapareciera de camino a la autopsia. Era, sencillamente, imposible.

—¿Han parado por el camino? —quiso saber Julia.

El conductor arrancó despacio.

—Solo tuvimos que echar gasolina una vez. Por lo demás, vinimos directos.

Los pensamientos de Julia se atropellaban. Le temblaban los dedos. Intentó concentrarse. Tenía que haber una explicación lógica para el incidente. La mujer estaba muerta y había desaparecido junto con el ataúd. Alguien tenía que haberla robado.

—¿Quién de ustedes repostó?

—Yo —respondió el conductor, encogiendo la cabeza.

—¿Y qué hizo su copiloto mientras tanto? —preguntó Julia.

—Markus tuvo que ir al baño. Se metió entre los arbustos porque los aseos estaban a reventar.

Genial, pensó Julia. Eso significaba que el cadáver había estado un rato sin vigilancia en el coche.

—¿Quién de ustedes fue el último en bajar? —inquirió, dirigiendo la mirada a Markus, el copiloto de la voz grave.

Él señaló con la cabeza a su colega.

—Yo tenía bastante prisa. Werner se quedó con el coche. Tenía que echar gasolina.

—¿Cerraron el coche con llave cuando fueron a pagar?

—Claro que no. ¿Quién roba en un coche fúnebre? Llevo veinte años haciendo esto. Nunca he cerrado en la gasolinera y nunca ha desaparecido un cadáver. —Se secó la frente y respiró hondo—. Precisamente hoy la gasolinera estaba a tope. Esperé por lo menos diez minutos en la caja. Aun así, nadie podía contar con algo así.

—Incluso revisé el portón trasero otra vez antes de volver a arrancar —intervino Markus.

Julia aguzó el oído.

—¿Por qué revisó la puerta? ¿Está rota?

—A veces se atasca un poco. —Markus se rascó la cabeza—. Así que pensé que igual la puerta no estaba bien cerrada. La abrí y la volví a cerrar de un golpe.

—¿Y al hacerlo no miró si el ataúd seguía ahí?

—No. No podía imaginarme que alguien fuera a por la chica del pantano.

El coche fúnebre salió de la ciudad y entró en la autopista. Una señal anunciaba la gasolinera en cuestión a tres kilómetros. Julia reflexionó. ¿Era posible que la puerta no hubiera estado bien cerrada y el ataúd se hubiera deslizado fuera al arrancar? No, no lo creía. Los dos conductores habrían notado el impacto contra el asfalto. Sin embargo, parecía igual de extraño que alguien hubiera robado un ataúd de un coche fúnebre. ¿No era también concebible que los dos conductores hubieran hecho desaparecer el cuerpo? Por otro lado, Julia había escuchado su conversación en el garaje. Había sonado auténtica. ¿Y por qué iban a mentir?

El coche corría por la autopista. Por fin se acercaron a la gasolinera.

—Joder. Espero que el ataúd siga ahí. Nos ahorraríamos un montón de problemas —masculló el copiloto mientras golpeaba incesantemente con los nudillos contra la ventanilla.

A Julia le ponía de los nervios, pero se guardó el comentario. La situación ya era lo bastante tensa. El coche salió de la autopista y redujo la velocidad. El área de servicio era bastante grande e igual de concurrida.

—Por favor, usen el mismo surtidor que antes —pidió Julia al conductor.

El coche giró a la izquierda y se detuvo en el surtidor más alejado.

—Mierda, no se ve ningún ataúd —gimió Werner.

—¿Y si se cayó más adelante? —sugirió Markus, señalando hacia el aparcamiento de camiones, que se extendía interminable.

El coche volvió a arrancar y se movió despacio sobre el asfalto. Julia estiró el cuello para ver todo lo posible. Camiones y coches venían de todas direcciones, los visitantes caminaban por el aparcamiento. La mayoría sudaba bajo las altas temperaturas estivales. Pero del ataúd no había ni rastro.

—Den una vuelta por el exterior del aparcamiento —pidió ella, fijándose en una furgoneta de reparto cuyas puertas se estaban abriendo.

El espacio de carga estaba lleno de cajas, botes de pintura y escaleras. Al parecer pertenecía a un pintor. La mirada de Julia siguió recorriendo la zona. Aquí y allá jugaban niños, los viajeros charlaban en grupos fumando, se había formado una larga cola en el baño de señoras, pero Julia no pudo detectar nada inusual. Un ataúd tendría que haber llamado la atención.

Llegaron al punto de partida del área de servicio. Julia decidió entrar en la gasolinera e interrogar a los empleados.

—¿Guardaron el recibo? —preguntó, abriendo la puerta del coche.

El conductor le entregó el papel frunciendo el ceño.

—¿Para qué lo quiere?

Julia golpeó el recibo con el dedo índice.

—Estuvieron aquí a las once y cuarto y pagaron el repostaje. Quiero saber si las cámaras de ahí arriba funcionan y, si es así, qué han grabado.

Werner arqueó las cejas sorprendido y apagó el motor.

—Es una buena idea. Voy con usted. Markus, tú quédate en el coche y vigila.

Salió del asiento con esfuerzo y siguió a Julia al interior de la gasolinera. Una mujer joven atendía en la caja y estaba preparando café.

—Un momento, por favor. Mi compañera les atiende enseguida —explicó, forzando una sonrisa estresada.

La tienda estaba abarrotada y las dos cajas no daban abasto. Pasó un buen rato hasta que la compañera anunciada apareció por fin y abrió otra caja. Entretanto, Julia había echado un vistazo. Aunque toda la fachada era de cristal, estaba llena de mercancías de todo tipo. La visibilidad del aparcamiento no era muy buena dependiendo de dónde estuvieras.

—Sí, ¿dígame? —preguntó la cajera, mirando a Julia con aire crítico al ver que no reaccionaba de inmediato.

Julia pensó en cómo formular mejor su petición. No quería irritar ni asustar a la empleada ni a los clientes presentes.

—Estoy buscando un objeto grande que se cayó de ese coche de allí. —Señaló con la cabeza el coche fúnebre aparcado justo delante de la ventana—. Debe de haber sido sobre las once y cuarto.

Los ojos de la mujer se entrecerraron primero y luego se abrieron de par en par.

—¿Se refiere al coche negro? Pero si es un coche fúnebre.

—Sí, y necesito urgentemente su ayuda —replicó Julia con firmeza—. ¿Recuerda el vehículo?

La mujer negó con la cabeza enérgicamente. Cogió el recibo que Julia le tendía.

—Esto lo cobró mi compañera. Valerie, ¿puedes venir un momento? —Su voz había adoptado un tono antinaturalmente agudo.

La joven colega dejó a su cliente y se acercó de inmediato.

—¿Hay algún problema? —preguntó, evaluando a Julia con la mirada.

—No, pero necesito saber si recuerdas este coche. —Señaló el recibo y luego el vehículo frente a la ventana.

Una arruga apareció en la frente de la joven.

—Hoy está todo llenísimo. No, no me acuerdo. ¿Por qué lo preguntas?

Los ojos de la primera cajera se desviaron hacia el coche fúnebre. La joven colega siguió su mirada.

—Oh —exclamó, tapándose la boca con la mano—. No vi el coche. Si no, me acordaría seguro —explicó, mirando a Julia con interrogación.

—Escuchen —dijo esta con insistencia—. Hemos perdido algo del coche y necesitamos encontrarlo urgentemente. ¿Podríamos echar un vistazo a las grabaciones de las cámaras de seguridad?

—¿Pero qué se supone que han perdido de ese coche? ¿Un cadáver acaso? —Valerie soltó una risita algo histérica con las últimas palabras.

Julia no dijo nada y miró a la mujer con seriedad. Solo pasaron unos segundos antes de que Valerie pareciera comprender que con su última pregunta había dado en el clavo.

—Oh, no. No es un cadáver de verdad, ¿no? —susurró Valerie con voz ronca. Su rostro había palidecido un tono entero.

—Me temo que sí —dijo Julia—. Así que, ¿qué hay de las cámaras de seguridad?

La joven dudó. Su compañera tomó la palabra.

—No estamos autorizadas. Ni siquiera sabemos quién es usted exactamente.

—Oiga, yo soy el conductor del coche y me voy a meter en un buen lío si no encontramos el ataúd —intervino el acompañante de Julia, que se había mantenido en segundo plano todo el tiempo.

—¿Me van a poner un café hoy? ¿O van a seguir ahí de cháchara? —La voz de un cliente con gorra de béisbol resonó antipática por la tienda.

Valerie se disculpó, casi aliviada, y volvió a su caja.

—Aun así, no puedo hacerlo. No quiero perder mi trabajo —explicó la otra cajera con una mirada compasiva hacia el acompañante de Julia.

—Podrían mirar ustedes mismas un momento —sugirió Julia, pero la mujer negó enérgicamente con la cabeza.

—Ni siquiera tengo la llave. Las cintas las cambia una empresa de seguridad. Pero puedo darle el número de teléfono, si eso ayuda.

Julia gimió para sus adentros. La típica burocracia alemana. Habría sido demasiado fácil inspeccionar simplemente las grabaciones de la cámara. El problema podría haberse resuelto en un instante. No se había imaginado esta empresa tan complicada. Anotó el número de teléfono y salió de la gasolinera sin haber logrado nada.

—¿Podría haberse caído el ataúd en la carretera? —preguntó al conductor sin mucha esperanza.

—No lo creo. Lo habríamos notado. Pero vamos a recorrer la ruta de vuelta ahora mismo. Ya veremos.

El viaje de regreso fue tan infructuoso como la búsqueda en el área de servicio. El ambiente en el coche era depresivo. Julia había llamado a la empresa de seguridad por el camino, pero, como era de esperar, recibió otra negativa. El coche fúnebre aparcó en el garaje subterráneo y Julia se bajó.

—¿Qué va a hacer ahora? —preguntó el conductor con inseguridad.

—Informaré a Florian Kessler de la policía criminal. Es su caso —explicó ella—. Será mejor que usted y su colega se mantengan disponibles hoy. Creo que tendrán que responder a algunas preguntas.

—Entiendo —respondió Werner secamente—. Nos quedaremos con el coche.

—¿Pero no sería mejor seguir buscando? —sugirió Markus.

—¿Dónde? —gruñó Werner, haciendo callar a su colega con un gesto—. Nos vemos, doctora Schwarz. Hable bien de nosotros, por favor.

Julia asintió.

—Puedo intentarlo.

Los dos le daban pena. Seguramente no había sido su intención perder el ataúd. Sin embargo, la desaparición del cadáver equivalía a una catástrofe. Si eso llegaba al público, la prensa se lanzaría como buitres. Julia se despidió brevemente y regresó por la escalera a su despacho, situado justo al lado de la sala de autopsias. Se alegró de no cruzarse con su asistente. Seguramente ya se estaría preguntando dónde se había metido tanto tiempo. Julia descolgó el teléfono y marcó el número de Florian Kessler. Sonó solo dos veces antes de oír su voz.

—Malas noticias —soltó sin preámbulos—. El cadáver de la mujer del pantano ha desaparecido.

6

Tobi había subido una nueva foto de perfil. Hannah no se cansaba de mirarla.

Enseñaba su tableta de abdominales, vestido únicamente con unos vaqueros. Conocía los torsos desnudos de los chicos de su clase de baile. Todos estaban en forma, pero ninguno podía presumir de un *six-pack* semejante. Hannah recorrió con el dedo índice las líneas que dibujaban los firmes músculos en el vientre de Tobi. Lo hizo con sumo cuidado, no sin antes mirar atrás una vez más. Quería asegurarse de que la puerta de su habitación estaba cerrada. Nada sería peor que su molesto hermano, o peor aún, su madre, pillándola en esas.

Pensó en Tobi. ¿Miraría él también sus horas de conexión? Eso era lo último que quería. Bajo ningún concepto debía sospechar con qué frecuencia ella se quedaba embobada mirando su foto de perfil. Ni tampoco que deseaba ver esos músculos en persona. ¿Qué pensaría entonces de ella?

Y, sin embargo, no podía apartar la vista e imaginaba por enésima vez cómo sería ir con él a la piscina. Ella, Tobi y su mejor amiga Mia, a la que le brillarían los ojos de envidia. Quizá para entonces Mia también tuviera novio y pudieran salir los cuatro. ¿Debería llamar ya a Tobi su novio? Hannah sintió un aleteo en el estómago. Sus labios formaron la palabra, que le resultaba extraña

pero grandiosa al mismo tiempo: novio. Mi novio, Tobi. Sonaba genial.

Hannah soltó una risita y volvió a leer su último mensaje. Realmente se había disculpado por el final abrupto del chat. Hannah había tenido que esperar tres días enteros. Había sido insoportable. Una y otra vez tuvo que frenarse para no escribirle primero. En cuanto llegaba a casa, comprobaba sus horas de conexión. El portal mostraba exactamente cuándo había estado en línea por última vez. Hannah casi había perdido la esperanza. Apenas podía pensar en otra cosa que no fuera Tobi, que estaba constantemente conectado pero no contactaba con ella. Cada vez que encendía el ordenador, el corazón le latía tan rápido como después del entrenamiento de baile. La decepción era cada vez más aplastante y se sentía mucho peor que estropear una secuencia de pasos y tener que soportar las miradas castigadoras de Bettina o Lucas. Era como un gran agujero negro que se tragaba su corazón. Como si el sol no fuera a salir nunca más y su vida estuviera condenada al fin, cuando en realidad acababa de empezar.

Jamás olvidaría el temblor triunfal que recorrió su cuerpo cuando finalmente encontró un nuevo mensaje de Tobi. Su decepción se esfumó al instante.

—Hola, pequeña. Siento muchísimo haber tenido que irme tan rápido la última vez. He estado pensando en ti todo el tiempo. Pero no podía hacer nada porque mi portátil se volvió loco.

Tres corazones cerraban el mensaje.

Hannah se sentía en el séptimo cielo. No solo porque él aún quisiera verla. Hannah creía además que Tobi probablemente no chateaba con otras chicas. Si era cierto que su ordenador fallaba, entonces era muy probable que el indicador de sus horas de conexión también fuera erróneo. Hannah se había preocupado porque Tobi estaba siempre en línea, día y noche. Lo sabía porque una vez comprobó el perfil de Tobi a las dos de la madrugada. Se había despertado, sin más, con el corazón acelerado. No recordaba el sueño, pero su primer pensamiento fue para Tobi. La casa estaba en silencio absoluto. Sus padres llevaban tiempo acostados y su hermano también dormía. Arrancó el ordenador y constató con

decepción que Tobi estaba conectado. Hannah no quería ni imaginarse con quién podría estar chateando. Con ella desde luego no, y aquella noche no se le ocurrió ninguna explicación plausible. Después había tardado una eternidad en volver a dormirse.

El día siguiente fue un desastre. Hannah había suspendido un examen y en el entrenamiento de baile había estropeado varias figuras. Lucas se había enfadado mucho con ella. Después de eso, se había propuesto no volver a mirar lo de Tobi por las noches. Tenía que resignarse a que él hubiera perdido el interés. Al fin y al cabo, no era nada inusual. Los demás también chateaban constantemente con gente diferente. Cuantos más, mejor. Para eso estaba el mundo *online*, para contactar con mucha gente. La propia Hannah había dejado tirados a algunos contactos de chat de un día para otro. A veces porque había encontrado algo mejor, y otras simplemente porque sí, sin motivo. No podía explicárselo ni ella misma. Pero así era internet. Todo era sin compromiso y relajado... hasta que uno se conocía en la vida real.

Casi se le cortó la respiración al pensar en eso último: conocerse en la vida real. Iba a ver a Tobi. Muy pronto. Él le había vuelto a preguntar cuándo estaría sola. Hannah apenas podía esperar. Pero antes quería una sorpresa de ella. ¿Qué querría decir con eso? ¿Quizá otra foto? ¿Una lanzando un beso o con el pelo recogido? ¿O incluso una un poco más sexy: en *shorts* o con tacones altos?

Echó un vistazo crítico al par de zapatos de charol rojo que se había comprado hacía pocas semanas. Había tenido que suplicar a su madre y hasta renunciar a su siguiente paga. Esos zapatos eran tan increíbles que enseguida encontraron un sitio en su estantería.

Sonó el timbre de la puerta. Hannah oyó cómo su hermano abría la puerta de su cuarto de golpe y bajaba las escaleras haciendo ruido.

—¡Eh, espera, es para mí! —le gritó ella.

Había quedado con Mia. Hoy por fin le enseñaría a Tobi.

7

—¿Que el cadáver ha desaparecido? —preguntó Florian, incrédulo, levantándose de la silla de su escritorio.

Acababa de empezar a estudiar los datos de las jóvenes denunciadas como desaparecidas cuando Julia Schwarz llamó. Al principio creyó que le estaba tomando el pelo. Pero había un temblor en su voz que delataba un nerviosismo genuino. No le estaba mintiendo.

—No lo sé. Hemos recorrido todo el trayecto de vuelta hasta el pantano, pero el cadáver y el ataúd se han esfumado. —Julia soltó un suspiro audible.

—Vamos a ver, rebobinemos —replicó él, sintiendo cómo la ira le subía por la garganta al darse cuenta de que Julia había actuado por su cuenta—. ¿Quiénes sois «nosotros» y dónde habéis buscado?

—Iba con los dos conductores. No tienen ninguna explicación para la desaparición del ataúd. Cuando llegaron al garaje del instituto, el cuerpo ya no estaba.

Julia le describió cómo habían buscado el ataúd en el área de servicio y le facilitó el número de teléfono de la empresa de seguridad responsable de las cámaras de vigilancia.

—¿Por qué no me has llamado de inmediato? —Florian no pudo reprimir el reproche en su voz.

Al otro lado de la línea hubo un silencio. Típico de Julia.

—La situación me ha pillado totalmente por sorpresa. Pero ya te he llamado —respondió ella al cabo de un rato.

Florian suspiró.

—Está bien. Yo me encargo de los vídeos de vigilancia. La próxima vez, avísame al instante, por favor.

Colgó y se quedó pensativo. En todo su tiempo como comisario de la policía criminal, jamás había desaparecido un cadáver durante un traslado. Intrigado, marcó el número que Julia le había dado.

—Kessler, Policía Criminal de Colonia —se presentó, y solicitó el envío de las grabaciones de vídeo de ese día.

Colgó y se desplazó por las alertas de desaparición actuales que aparecían en su pantalla. Había algunos perfiles que podrían encajar con la mujer asesinada. Florian hizo clic en la foto de una estudiante que no había regresado a casa tras una fiesta universitaria hacía dos semanas. La chica era rubia y de un atractivo superior a la media. Florian amplió la imagen y se fijó en los ojos. Eran azules.

Intentó evocar el rostro de la víctima. La mujer del pantano tenía los ojos azules. Pero de algún modo, el azul alrededor de las pupilas de la estudiante parecía un tono más oscuro. Florian se preguntó si la diferencia de color podría deberse a la desecación del cadáver al sol. Julia seguro que tendría una respuesta para eso.

Imprimió la foto y siguió trabajando en la lista de mujeres desaparecidas. Una estudiante de bachillerato llamó su atención; había desaparecido hacía solo unos días. El agente que había tomado la denuncia describía el entorno de la chica como socialmente difícil. Hacía apenas tres semanas, una patrulla la había recogido borracha. El padre, también alcoholizado, se había negado a dejar entrar a su hija en el piso, por lo que la chica tuvo que ser alojada en un centro de acogida para mujeres.

Florian pensó en el tatuaje que habían descubierto en el cadáver. ¿Llevaría esta chica una imagen así en la piel? Gimió. En el fondo, ni siquiera sabían si se trataba de un tatuaje real o solo de una calcomanía. Sin examinar el cuerpo, era imposible cotejar a la víctima con las desaparecidas. Aun así, imprimió también la foto de esta chica.

Impaciente, comprobó sus correos electrónicos. Esperaba las grabaciones de la gasolinera. Agarró el teléfono con inquietud y estaba a punto de marcar el número de la empresa de seguridad cuando la puerta de su despacho se abrió.

Una mujer morena y delgada entró y se apoyó en el borde de su escritorio. Anna Schubert, la jefa de la científica, llevaba una falda ajustada y una blusa blanca de manga corta de la que asomaban unos brazos huesudos. Su rostro estaba surcado por finas líneas. Le faltaba poco para la jubilación. Florian colgó el auricular.

—¿Habéis encontrado la ropa de la víctima? —preguntó Florian.

Anna negó con la cabeza.

—Ahí fuera no había nada. Hemos peinado un radio de dos kilómetros y no hemos podido identificar ni una sola huella útil. El asesino me parece un fantasma. Ni siquiera la estructura de madera sobre la que estaba dispuesta la víctima presenta rastro alguno. La madera podría proceder de cualquier tienda de bricolaje. Lo mismo ocurre con los clavos. Hasta ahora solo sé que el asesino llevaba guantes. Hemos descubierto restos de talco. El polvo se está analizando en el laboratorio. Quizá eso nos haga avanzar un poco. Hemos asegurado varias huellas de neumáticos en el aparcamiento y estamos evaluando los perfiles. Pero no espero gran cosa. Realmente espero que la doctora Schwarz tenga más éxito con la autopsia del cadáver que nosotros ahí fuera en el pantano.

Florian apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea ante la última frase de Anna.

—Ahí es donde radica el problema —explicó, y vio cómo los ojos de Anna se agrandaban—. El cadáver ha desaparecido.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? ¿Cómo ha podido pasar algo así?

—De momento no tengo explicación. Estoy esperando los vídeos de vigilancia de la gasolinera, donde podría haber ocurrido. Si no encuentro nada útil en las grabaciones, tendré que iniciar una operación de búsqueda mayor. Meier me va a arrancar la cabeza. El presupuesto está ajustado como siempre —masculló Florian.

Hermann Meier era su jefe. El director de la comisaría pertenecía a la vieja escuela, y si había algo que no soportaba, eran las complicaciones. Habría sido fácil acompañar al coche fúnebre con

una escolta policial. Los coches tenían casi el mismo camino de vuelta al centro de Colonia. Así se podría haber evitado la catástrofe de antemano. En los oídos de Florian ya resonaban sus palabras: «¿Cómo ha podido permitir algo así?» o «Las pruebas no se pierden de vista». Por supuesto, Hermann Meier sabía que no era habitual escoltar coches fúnebres. Pero solía obviar esos detalles cuando se enfadaba.

Anna puso los ojos en blanco.

—No te preocupes, Florian. El viejo está hoy de buen humor. Te dejará vivir. Además, no es culpa tuya. —Le dio unas palmaditas compasivas en el hombro. Inconscientemente, él se apartó un poco. No quería compasión.

—Tengo una cosa más para ti. No sé si es relevante para nuestro caso. He encontrado esta plantilla en el aparcamiento. Podría ser simplemente un juguete de niños, claro.

Dejó una bolsa de plástico sobre el escritorio de Florian. Dentro había una pieza de plástico transparente. Florian cogió la bolsa y examinó el contenido.

—Parece una de esas plantillas de dibujo que venían antes en los tarros de Nutella —comentó, dejando la bolsa de pruebas sobre la mesa.

Anna se encogió de hombros.

—Como te digo, quizá no tenga importancia. En cualquier caso, fue el único objeto que pudimos asegurar en la escena del crimen. Estaba justo al lado de las papeleras, cuyo contenido aún estamos evaluando. —Se levantó y se dirigió a la puerta—. En cuanto tenga algo nuevo, te aviso. Devuélveme la plantilla pronto. Aún no ha pasado por el laboratorio. Pero quería enseñártela sin falta.

Anna cerró la puerta tras de sí y Florian volvió a quedarse solo. Comprobó sus correos una vez más. Los vídeos de vigilancia seguían sin llegar. Se frotó las sienes con cansancio. Su mirada cayó en la plantilla que Anna había dejado. Instintivamente se relamió los labios. La pieza de plástico despertaba recuerdos de grandes rebanadas de pan con Nutella que su abuela le preparaba a menudo. Para ella era la panacea contra cualquier tipo de pena. Incluso cuando él ya estudiaba en la academia de policía, ella le traía pan

con Nutella cada vez que lo visitaba. Al principio a Florian le daba vergüenza. Pero sus compañeros de piso se lanzaban sobre la comida con avidez y ponían a su abuela por las nubes. En poco tiempo, su abuela se había convertido en la visita más popular.

Suspiró y cogió la plantilla. De pequeño coleccionaba plantillas de Astérix. La colocó sobre una hoja de papel y observó las líneas confusas. Luego cogió un lápiz y resiguió los contornos en otra hoja. No podía sacar la plantilla de la bolsa. Posiblemente hubiera huellas dactilares útiles en ella. Cuando terminó, intentó reconocer la forma dibujada. Pero las líneas seguían siendo tan confusas como en el original. Desde luego, no era Astérix. Giró la hoja en círculos, pero no tenía ni idea de lo que había dibujado. Quizá Julia tuviera alguna idea. De todos modos quería enviarle las fotos de las chicas desaparecidas.

Florian suspiró y descolgó el teléfono. Al cabo de un rato, colgó con el ceño fruncido. Julia no contestó al móvil; en su lugar, saltó el buzón de voz de inmediato.

8

El asunto no dejaba a Julia en paz. Se había subido al coche y había conducido de vuelta al pantano. Los compañeros de la científica hacía tiempo que se habían marchado, dejando tras de sí una maraña de cintas precintadas rojiblancas. El sendero, que en la primera visita de Julia parecía virgen, era ahora el doble de ancho. Se imaginó a los técnicos forenses con sus trajes blancos, equipados con guantes de goma y cubrezapatos, peinando el terreno. ¿Habrían descubierto algo más? A Julia le costaba creerlo. De haber sido así, Florian seguramente la habría informado.

Se puso unos cubrezapatos sobre los tacones y regresó al lugar donde habían encontrado a la mujer muerta. Una cinta policial le impedía acercarse más. La madera que había mantenido la cabeza de la difunta sobre el agua había desaparecido; los técnicos la estarían analizando a fondo en el laboratorio.

Julia se puso en cuclillas y miró fijamente el agua turbia y oscura. A pesar del calor estival, un escalofrío la recorrió. Involuntariamente, imaginó qué se debía sentir al ser tragado por el agua fría del pantano. Conocía la fisiología del cuerpo humano y sabía cómo transcurría la muerte por ahogamiento en los órganos. En el fondo, se trataba de un proceso de asfixia. Después de que la víctima contuviera la respiración para evitar la entrada de líquido en las vías respiratorias, el reflejo de respirar se imponía inevitablemente. Ese

era el momento en que el agua irrumpía sin control en el cuerpo y comenzaba la muerte. El cerebro dejaba de recibir suficiente oxígeno, lo que provocaba convulsiones asfixiantes que finalmente terminaban en la inconsciencia. Por lo general, seguían unos últimos movimientos respiratorios antes del paro definitivo. Había muertes más rápidas y agradables que ahogarse.

Julia pensó en el ruso al que había practicado la autopsia esa mañana. La herida de bala lo había matado en cuestión de segundos. Con toda probabilidad, el hombre no había sentido ningún dolor. Su tránsito de la vida a la muerte había sido tan rápido que su conciencia no pudo registrar ese estado. En el caso de la chica del pantano, sin embargo, la agonía probablemente se había prolongado durante minutos. La mujer había percibido cada detalle de ese proceso atroz.

El pantano gorgoteó y Julia se sobresaltó. Con ella se alzó un enjambre de mosquitos que la rodeó como un velo negro. Los espantó con la mano y regresó por el sendero hacia el aparcamiento. Al pasar junto a un abedul torcido, pensó en Florian y en su intuición. «El asesino la ha honrado». Julia se preguntaba cómo llegaba él a esos pensamientos. Ella no veía más que el pantano desnudo, húmedo y negro, poblado de mosquitos y otros insectos que buscaban la humedad en pleno verano.

Podía comprender cómo debió sentirse la víctima. La mujer había sido empujada desde el aire caluroso del verano a un barrizal frío y húmedo. Los poros de su piel se habrían cerrado de golpe ante el cambio de temperatura. La piel de gallina debió de cubrirle todo el cuerpo. Julia sabía qué se sentía al tener la piel de gallina. Pero el miedo y el horror no lograba sentirlos realmente. Julia se centraba más en los hechos y en el funcionamiento del cuerpo. Quizá se había vuelto insensible con el tiempo. Probablemente era inevitable en su profesión. O tal vez era un escudo protector personal que le impedía empatizar demasiado con la víctima. Necesitaba esa sobriedad y objetividad para no dejarse abrumar por la crueldad. El asesino le resultaba totalmente ajeno a Julia. No podía comprender ni sus actos ni sus sentimientos. Admiraba a Florian por esa capacidad.

Julia se detuvo y miró a su alrededor. Unos cuantos árboles y la hierba alta fingían un idilio engañoso. Nada, absolutamente nada, indicaba la muerte violenta de una joven mujer. ¿Estarían sus gritos almacenados en las fibras de aquellas plantas? ¿Se había dado prisa el asesino para no ser descubierto? Julia intentó imaginar cómo sería cargar a una mujer por este camino con la intención de matarla. Su interior permaneció en silencio. No podía sentir nada ni visualizar ninguna imagen. Suspiró. Al parecer le faltaba empatía. Sería fantástico reconocer al menos un rasgo de la personalidad del asesino.

Por alguna razón, creía que él había recuperado a la muerta. No podía explicar ese pensamiento de forma racional. Simplemente había surgido en su cabeza mientras miraba el gorgoteo del pantano. Probablemente se debía a las palabras de Florian. No solo había hablado de que el asesino había honrado a la mujer, sino que también dijo que ella debía ser una especie de trofeo para él. Y los trofeos se recuperan. No se abandonan así como así.

La mirada de Julia se detuvo en un gran panel informativo. Casi había llegado de nuevo al aparcamiento. Estudió con interés el plano sobredimensionado de la reserva natural. Justo delante de sus narices había marcados unos gruesos puntos verde oscuro. Señalaban el pantano. Enmarcada en rojo, había una advertencia en el cartel pidiendo a los padres que vigilaran a sus hijos. Detrás de los puntos verdes se dibujaban árboles. Al parecer, un bosque limitaba con la zona pantanosa. Un símbolo azul con una P blanca llamó la atención de Julia. Hasta entonces no sabía que hubiera un segundo aparcamiento. Examinó el mapa con atención. ¿Y si el asesino había venido desde el otro lado? El camino hasta el lugar del hallazgo era considerablemente más largo, pero era muy posible que el asesino hubiera pasado por el otro aparcamiento. Al menos, esa posibilidad no podía descartarse por completo.

Aquel aparcamiento era más pequeño y seguramente menos frecuentado que el principal. Cuanto más lo pensaba Julia, más sentido le encontraba a esa variante. Decidida, subió a su coche y dio marcha atrás. Luego rodeó la reserva natural hasta llegar a una carretera secundaria. El camino no estaba señalizado. Julia condujo

a través de un tramo de bosque al final del cual se encontraba su destino. A diferencia del primer aparcamiento, inundado de sol, aquí reinaban unas temperaturas realmente agradables. El denso dosel de hojas de los árboles bloqueaba los rayos del sol. Unos bancos de picnic de madera oscura y tosca invitaban a descansar. El viento susurraba suavemente entre las hojas. Julia disfrutó del frescor de la sombra y respiró hondo. Un coche solitario estaba aparcado al fondo. Se fijó en que tenía una rueda pinchada. Probablemente llevaba allí bastante tiempo. Julia se dirigió a un gran panel de madera que indicaba varias rutas de senderismo por la reserva.

El camino marcado en amarillo habría sido perfecto para el asesino, ya que no era visible desde lejos. Serpenteaba primero por el bosque y luego se adentraba en una zona de matorrales que terminaba finalmente en el pantano.

Julia buscó en los árboles circundantes una señal amarilla que marcara el inicio de la ruta. La descubrió entre dos viejos robles cuyos troncos habían alcanzado un tamaño considerable con los años. Se adentró en el sendero indicado y clavó la mirada en el suelo del bosque. No vio huellas. El calor del verano había secado tanto la tierra que se había transformado en una costra dura. Ni siquiera la sombra de las altas copas de los árboles podía evitarlo. Decidió caminar por el borde del sendero, por si la científica tenía que ampliar su investigación a esta zona. El camino a través del bosque se hizo bastante largo. Poco a poco empezó a sudar.

Observó las zarzas que se extendían al borde del camino y bajo los árboles. ¿Habría utilizado el asesino la ruta señalizada? El trayecto campo a través era más corto. Julia se detuvo y recordó el mapa. En cuanto recuperaran el cadáver, examinaría la piel de la víctima en busca de arañazos y cortes. Si el asesino la había arrastrado desnuda a través de la maleza, tenía que haber huellas. Incluso si la víctima había recorrido el camino por su propio pie, Julia lo averiguaría. Tomó un atajo y al poco tiempo el bosque dejó paso a la vista del brezal. Sus ojos buscaban permanentemente rastros. Huellas, jirones de tela o cualquier cosa que el asesino y la víctima pudieran haber dejado en su camino hacia el pantano. No vio nada

más que la vasta naturaleza virgen. Así nunca avanzaría. ¿De qué servía correr sola por aquel desierto buscando pistas?

De repente sintió que su excursión era una pérdida de tiempo. Había reaccionado impulsivamente porque era la primera vez en su vida que desaparecía un cadáver y se sentía responsable de algún modo. Caminó unos metros más hasta el inicio del pantano y luego dio media vuelta. Le pediría a Emanuel que preparara la autopsia del segundo ruso. Sacó el móvil del bolso y marcó su número. La llamada no conectaba. Julia maldijo. Allí fuera no había cobertura. El teléfono no mostraba ni una sola barra. Aceleró el paso y tomó otro atajo a través del bosque.

Cuando llegó al aparcamiento y vio su coche, gimió agradecida. Hacía calor y tenía una sed terrible. Abrió la puerta apresuradamente y se sentó al volante. Su mano buscó la botella de agua, que entretanto se había calentado. Aun así, Julia bebió un trago con avidez. Arrancó el motor y puso el aire acondicionado al máximo. Aunque su coche había estado a la sombra, el ventilador le sopló un aire desértico a la cara. Julia apartó las rejillas de ventilación; no necesitaba más calor en ese momento.

Su mirada atravesó el parabrisas y se quedó clavada en una papelera. Una bolsa de plástico que colgaba a medias captó su atención. La bolsa se movía muy ligeramente con el viento. Julia se bajó. De repente, la sed y el calor quedaron olvidados. La bolsa la atraía mágicamente. Cogió una rama y hurgó con ella en la papelera. La bolsa de plástico estaba vacía. El logotipo de un conocido supermercado de descuento le devolvió la mirada. Julia dejó caer la bolsa al suelo y echó un vistazo al interior del cubo. Una tela blanca yacía arrugada en el fondo, encima había unos pañuelos de papel y envoltorios de caramelos. Pero no fue eso lo que le cortó la respiración. Fueron las manchas de color rojo oscuro y costroso lo que dejó a Julia sin aire. Conocía ese color demasiado bien. La ropa del ruso tiroteado había estado empapada de ello. De sangre.

Julia retrocedió un paso, asustada. Sus manos tantearon buscando el móvil y lo sacaron de nuevo. Seguía sin tener cobertura. De repente, el aparcamiento le pareció mucho más lúgubre. Miró a su alrededor y constató con asombro que tenía miedo. En ese

momento se dio cuenta de que estaba completamente sola allí fuera, en el bosque. Nadie sabía que había vuelto al lugar del hallazgo del cadáver. Ni siquiera podía llamar para pedir ayuda. Julia tragó saliva y apeló a su sentido común. En realidad, debería haber avisado a la científica. Pero ahora había llegado tan lejos que no podía echarse atrás. Con la garganta cerrada, se puso los guantes de goma y sacó la tela, que resultó ser una blusa, de la papelera. El corazón le latía desbocado cuando debajo apareció unos vaqueros igualmente arrugados y manchados de sangre. Los agarró y metió las prendas en la bolsa de plástico que acababa de tirar al suelo. También se llevó los envoltorios de caramelos y los pañuelos. Corrió frenéticamente de vuelta a su coche, saltó dentro y bloqueó las puertas. Su cerebro le hizo creer que había visto un movimiento en el coche abandonado. Respirando con dificultad, se obligó a mirar a través del parabrisas hasta estar segura de que allí no se movía nada. Aun así, su pulso se aceleraba como si hubiera corrido un esprint de cien metros. Arrancó el coche y se marchó.

Su corazón no se calmó hasta que estuvo en la autopista. Los otros coches le daban la sensación de no estar sola. Julia condujo a toda velocidad hacia Colonia. No se desvió hacia el Instituto de Medicina Legal, sino que fue directamente a la comisaría de policía. Ni siquiera se molestó en buscar aparcamiento y dejó el coche simplemente en la calle. Tenía que enseñar su hallazgo a Florian sin falta. Julia sacó su pase de visitante del bolso y esperó impaciente a que el hombre de recepción la dejara pasar. Aunque estaba sin aliento, renunció al ascensor y subió por las escaleras. Cuando por fin llegó al despacho de Florian, abrió la puerta de golpe y lanzó la bolsa de plástico sobre su escritorio, jadeante. Florian estaba sentado frente a su pantalla y la miró sorprendido.

—He encontrado algo en el pantano. Tienes que ver esto inmediatamente.

9

—Tobi es una auténtica monada —dijo Mia por enésima vez y suspiró.

Hannah observó a su mejor amiga con recelo. Aunque había esperado que a Mia le gustara Tobi, la admiración estaba yendo demasiado lejos para su gusto. Las mejillas de Mia estaban sonrosadas y parecía no cansarse de mirar la foto de perfil de Tobi. Cuando Tobi había abierto un chat hacía unos minutos, Mia había insistido en decirle «hola».

Las mariposas en el estómago de Hannah se habían transformado en un enjambre de avispones que le picaban incesantemente en los costados. Siempre había creído que a Mia solo le interesaban los chicos morenos. Tobi era rubio como la paja y tenía los ojos castaños. Hasta ahora, Mia había calificado a ese tipo de chicos como «blandengues», pero ahora estaba completamente fuera de sí.

Lo que más fastidiaba a Hannah era que Tobi no había dejado pasar ni un segundo y se había conectado de inmediato con Mia. Ahora eran amigos y podían chatear incluso sin Hannah. Peor aún: ni siquiera se enteraría si Mia flirteaba con Tobi. ¿Se atrevería a hacerlo?

—¿Y cuándo has quedado con él al final? —preguntó Mia con curiosidad.

Hannah vaciló. Aún no había concertado una cita concreta con Tobi. Pero no quería que Mia oliera una oportunidad.

—Probablemente la semana que viene —respondió con evasivas —. Depende de cuándo tenga la casa libre.

—Oh, puedo servirte de coartada —declaró Mia, dándose la vuelta por fin.

Eso sonaba mucho mejor. Ya era hora de que dejara de babear por Tobi. Hannah se relajó un poco.

—Podrías decir simplemente que vas conmigo al cine. Quizá incluso a la sesión de noche. Así tendrías un montón de tiempo con Tobi. —Mia sonrió con complicidad.

Para disgusto de Hannah, se volvió de nuevo hacia el ordenador y siguió haciendo clic en el perfil de Tobi.

—¿Qué son esas fotos? Tienen una pinta genial.

Mia pasó el cursor sobre una serie de dibujos coloridos e hizo clic en un símbolo que se parecía a una mariposa.

—Son tatuajes —explicó Hannah. Llevaba días pensando cuál le gustaba más—. A Tobi le van esas cosas. Está pensando en hacerse uno.

Mia se giró bruscamente hacia ella. Sus ojos destellaban espanto.

—¿En serio? Eso es supervulgar.

Hannah se encogió de hombros. La conversación con Mia le resultaba incómoda. Primero se quedaba embobada con Tobi como si lo quisiera para ella sola, y ahora lo criticaba solo por un tatuaje.

—¿Por qué no se pega una calcomanía? —insistió Mia.

Hannah gimió. La cosa se estaba poniendo realmente agotadora, y Hannah empezaba a arrepentirse de haberle contado nada a Mia sobre Tobi. Hasta ahora había sido su secreto mejor guardado. Quería que Mia la admirara, pero no necesitaba ninguna crítica.

De eso ya se encargaban sus padres todo el día. Había desarrollado una aversión a las preguntas que empezaban por «por qué». ¿Por qué no has hecho aún los deberes? ¿Por qué estás levantada tan tarde? ¿Por qué no puedes ordenar tu habitación? Hannah podría enumerar cientos de esas preguntas que tenía que soportar a diario. Simplemente le sacaban de quicio, y ahora tenía que ser precisamente Mia la que empezara con eso.

Qué sabía ella por qué Tobi se interesaba por los tatuajes. Tenía un cuerpazo y podía permitírselo. Seguro que las pegatinas le parecían poco *cool*.

—Yo creo que le pega a su estilo. Parece un surfero y casi todos llevan tatuajes —siseó ella, poniéndose borde.

Ya tenía suficiente. Se levantó de la cama, se apretujó para pasar junto a Mia y cerró el programa de chat con un clic. Luego apagó el PC.

—Hagamos otra cosa. —La voz de Hannah temblaba.

En su interior había un torbellino. Le habría gustado gritar. Las miradas de Mia hablaban por sí solas. Estaba ofendida. Hannah no había querido eso. De repente se sintió totalmente confundida. Una lágrima rodó por su cara. Hannah se la secó a la velocidad del rayo con el dorso de la mano.

—Vale —dijo Mia, levantándose de la silla de Hannah.

Rodeó a Hannah con ambos brazos y la atrajo hacia sí.

—No lo decía en serio. Tobi es un tío genial, con o sin tatuaje.

—Ya está, no pasa nada. —Hannah se soltó de Mia.

—Vamos a esa tienda de ropa nueva que descubrimos el otro día —sugirió Hannah. Definitivamente necesitaba distraerse.

10

—Ya casi lo tengo —anunció Anna Schubert, de la científica.

Unas pinzas, que parecían una prolongación de sus dedos huesudos y finos, se deslizaron con precisión en el bolsillo de los vaqueros arrugados y extrajeron una tarjeta de plástico verde.

—Tenemos un nombre —proclamó con orgullo, dejando caer la tarjeta en una bolsa transparente.

—Melissa Hornberg —leyó Florian—. Es un carné de la biblioteca.

—Al menos ya sabemos cómo se llama, aunque su cadáver haya desaparecido —añadió Julia, dejándose caer agotada en una silla de oficina desgastada en el despacho de Florian.

La silla giratoria gimió a pesar de su escaso peso. Era vieja, al igual que todo el mobiliario del despacho del comisario, que Julia calculaba que tendría sus buenas tres décadas. Los dos escritorios de roble macizo, pertenecientes a Florian Kessler y a su compañero, eran los que mejor habían resistido el paso del tiempo. Algunos arañazos profundos surcaban el barniz, pero daban a la madera un toque personal y cierta dignidad. El compañero de Florian, un joven agente que acababa de pasar la veintena, disfrutaba actualmente de sus vacaciones bajo el sol de California. Una foto, que Florian había impreso y colgado en un tablero magnético blanco, mostraba las impresionantes olas turquesas del océano rompiendo suavemente en la arena blanca.

Julia no recordaba cuándo había sido la última vez que se había tomado unas vacaciones de verdad. Siempre surgía algo. Pensó en su tez pálida. Unos días al sol le sentarían bien. Además, tendría la oportunidad de recuperarse de la agotadora ruptura con Valentin, su exnovio. No le gustaba recordar el tiempo con él. Hacía casi exactamente seis meses que había cortado definitivamente. Valentin la había engañado y eso era algo que ella simplemente no podía perdonar. La confianza se había esfumado. Había intentado olvidar el asunto, pero cada vez que no podía localizarlo por la noche o él salía sin ella, surgían las dudas. El aguijón de la desconfianza se había clavado tan hondo que había devorado literalmente su amor por Valentin. Un día se despertó y supo que tenía que poner punto final. Se habían conocido en la universidad y habían estado juntos muchos años. A Julia no le había resultado fácil dar ese paso. Le había dolido infinitamente. Rápidamente apartó esos pensamientos y se concentró de nuevo en el presente.

Julia observó al comisario, que de repente había palidecido considerablemente. Probablemente se estaba imaginando cómo daría la terrible noticia a los padres de Melissa. Julia se alegró infinitamente de que esa tarea no formara parte de su trabajo.

—Dios, ¿cómo voy a decírselo a los padres? —graznó Florian, confirmando sus pensamientos—. Ya es la peor de las noticias, pero encima tener que explicarles que hemos perdido el cadáver de su hija...

Suspiró profundamente y empujó la bolsa con el carné unos centímetros sobre la mesa.

—Creo que me concentraré primero en los resultados del análisis de vídeo. Justo antes de que llegaras, descubrí que el ataúd fue robado por el conductor de una furgoneta blanca de reparto. Será mejor que emita una orden de búsqueda del vehículo de inmediato. Quizá atrapemos al tipo antes de lo pensado.

—Es increíble. ¿Puedo ver el vídeo? —preguntó Julia, levantándose.

—Claro, la secuencia está abierta. Solo tienes que darle al *play*.

Julia se inclinó sobre el ordenador de Florian e hizo clic en el triángulo blanco. En la pantalla apareció un plano de la gasolinera.

En el surtidor donde había repostado el coche fúnebre, vio un Polo verde oscuro. Un hombre joven se subió y cerró la puerta. El coche arrancó y su lugar lo ocupó el coche fúnebre negro. Dos hombres bajaron del vehículo. El conductor rodeó el coche, abrió la tapa del depósito e introdujo la manguera. El copiloto se alejó del coche y desapareció de la imagen tras unos metros. Caminaba rápido, casi frenético. Al parecer, la vejiga le apretaba de lo lindo. Julia volvió a concentrarse en el conductor, que estaba junto al surtidor mirando al infinito. Tardó una eternidad hasta que el depósito estuvo lleno. El hombre colgó la manguera, enroscó el tapón y se dirigió tranquilamente hacia el edificio de la gasolinera. En el vídeo solo se veía una pequeña parte de la tienda. Las puertas de cristal se abrieron y el conductor también desapareció de la pantalla. Ahora venía lo interesante. Julia sintió un hormigueo en las yemas de los dedos y se subió las gafas de pasta por el puente de la nariz con nerviosismo.

En los minutos siguientes, innumerables personas corrieron a la caja, se marcharon con sus coches, nuevos conductores pararon ante los surtidores y repostaron. Era un caos total. Entonces se acercó una furgoneta blanca de reparto. Julia se acercó más a la pantalla. Lo interesante era que el vehículo dio marcha atrás hacia el coche fúnebre hasta que las puertas del espacio de carga casi tocaron el portón trasero del coche negro.

Julia esperó a que el conductor bajara, pero al principio no se movió nada. A continuación, se abrieron las dos puertas traseras de la furgoneta y un hombre con una sudadera oscura con capucha salió de la parte de atrás. Solo se le veía de espaldas. Julia dedujo el sexo por su altura y complexión. El hombre parecía tranquilo y concentrado. Ni siquiera miró a su alrededor, sino que se dirigió decididamente al portón trasero del coche fúnebre. La gasolinera estaba a reventar. Por lo que Julia podía ver, había coches en cada surtidor. Nadie miraba hacia el coche fúnebre. El sospechoso abrió el portón en pocos segundos. Tiró de la bandeja extraíble y trasladó el ataúd a la furgoneta blanca. Había aparcado su vehículo tan cerca del coche fúnebre que apenas tuvo que salvar distancia. El ataúd medía casi dos metros. El hombre ni siquiera tuvo que levantar el

recipiente. Empujó la caja con un fuerte empujón dentro de su furgoneta y cerró ambas puertas. Todo el procedimiento duró menos de dos minutos. La furgoneta se marchó y en su lugar aparcó un Golf negro. Pasaron otros cinco minutos hasta que regresó el conductor del coche fúnebre. Se sentó en el coche y esperó. De nuevo pasó un rato hasta que volvió también el copiloto. A diferencia de su colega, no subió de inmediato, sino que fue a la parte trasera del vehículo. Sacudió el portón, lo abrió un poco y lo volvió a cerrar de golpe. Luego abrió la puerta del acompañante y subió. El motor arrancó. Julia pudo ver la nube de humo que salía del tubo de escape. El coche negro arrancó y abandonó la gasolinera. En ese punto terminaba el vídeo.

—¿Has podido identificar la matrícula? —preguntó Julia a Florian, que acababa de terminar una llamada telefónica.

—Pues claro. —Una amplia sonrisa se dibujó en su atractivo rostro—. Tendrás tu cadáver en la mesa de autopsias antes de lo que pensabas.

—Apenas puedo esperar —respondió Julia con seriedad. Quería saber exactamente qué le había ocurrido a la chica. Aún se le ponía la piel de gallina cuando pensaba en el aparcamiento donde había encontrado la ropa de la víctima. Se sentía obligada a esclarecer la muerte de Melissa Hornberg sin lagunas y a reconstruir sus últimas horas.

—Bien, aun así propongo que examinemos también el resto de la reserva natural y el aparcamiento —intervino Anna, de la científica—. Sería estupendo si pudiera acompañarnos, doctora Schwarz. Podría enseñarnos la papelera y explicarnos por dónde caminó. Así podríamos aislar sus huellas de antemano.

—Lo haré con gusto —declaró Julia—. Aunque antes tengo que hacer algo.

—Hágalo con tranquilidad. Ya es tarde. Haré acordonar la zona y nos reuniremos mañana temprano en el aparcamiento.

Julia asintió y sacó su móvil. Por fin tenía cobertura de nuevo. Marcó un número y salió del despacho de Florian mientras daba tono. Recorrió el pasillo estéril y se detuvo ante una puerta cortafuegos gris. La moqueta debía de ser aún más vieja que el

mobiliario de Florian. Julia estaba segura de que bajo el microscopio descubriría miles de inquilinos desconocidos de la policía criminal que cumplían su servicio a diario y gratis devorando las fibras del suelo lenta pero inexorablemente. Como siempre, tardaron en contestar. Por fin hubo un clic en la línea.

—¿Mamá? —preguntó Julia, presionando el teléfono contra la oreja.

Su madre resopló. Su aliento llegó como una ola de desgracia a través de la línea invisible. Julia se sintió incómoda al instante; sabía lo que venía a continuación. Las palabras de su madre le llegaron muy bajas y apenas se entendían.

—¿Vas a venir? —preguntó Hannelore Schwarz tímidamente y envió otro largo suspiro de viaje—. He preparado la comida favorita de Michael.

El estómago de Julia se contrajo. Por mucho que quisiera y echara de menos a su hermano, los *nuggets* de pollo con patatas fritas no eran precisamente su plato favorito. Al contrario, odiaba el rebozado. Daba igual si su madre servía *nuggets* congelados o caseros, para Julia el pan rallado solo pegaba en un escalope. Y había otro punto más. Aunque le gustaba mucho la carne, un poco de verdura debía formar parte del menú. Pero Michael, a los doce años, había insistido en cada uno de sus cumpleaños en que solo hubiera *nuggets* de pollo y patatas fritas. En grandes cantidades, por supuesto. Desde su muerte, la madre de Julia no había cambiado nada del menú de cumpleaños. Incluso el número de *nuggets* seguía siendo el mismo. A Julia le venía bien. De adolescente se declaró en huelga contra la comida frita y disfrutaba al menos del privilegio permanente de tener que comerse solo tres piezas. Todos los años había ese plato y Julia tenía que tragarse cada bocado a la fuerza. Todo el procedimiento se parecía más a la última cena de un condenado a muerte. Pero lo hacía por sus padres, que hasta hoy no habían superado la muerte de Michael. Quería mantener en su madre la ilusión de un niño pequeño e invisible que cada año por su cumpleaños bajaba del cielo y tomaba asiento en la silla vacía que nadie había usado desde su muerte.

El mantenimiento de la ceremonia de cumpleaños era para Hannelore Schwarz como un ritual de supervivencia. Aunque la comida solo requería unos minutos de preparación y la mayor parte del trabajo lo hacían el horno y la freidora, Hannelore montaba un gran alboroto al respecto. Semanas antes comenzaba la búsqueda de las patatas adecuadas para las fritas. Solo se consideraban ejemplares especialmente grandes, porque a Michael le encantaban las patatas largas. Entretanto, Hannelore establecía cada año un nuevo récord en cuanto a la longitud de las patatas. El mismo ritual se llevaba a cabo en la selección de la carne de pollo. El rebozado casero consistía en pan rallado que su madre elaboraba a partir de panecillos de panadería frescos y luego secados. El año pasado se suprimió la compra en la panadería y se amplió el procedimiento a panecillos horneados en casa. Julia no quería ni imaginarse qué novedades tendría su madre preparadas esta vez.

—Es estupendo, mamá. Estoy con vosotros en media hora —respondió con remordimiento.

Colgó y se apoyó un momento en la fría puerta cortafuegos. Respiró hondo y regresó con paso firme al despacho de Florian.

—Tendré los resultados para mañana por la mañana. Mi colega se encarga de la ropa —oyó decir a Anna.

—Vale. Yo seguiré buscando la furgoneta. —Florian vio a Julia—. ¿Me llevas mañana por la mañana? —preguntó, y añadió un fingido y suplicante «por favor».

—Hecho —respondió ella—. Me tengo que ir ya, lo siento.

Julia dio media vuelta. Mientras bajaba los escalones grises y aceleraba el paso con cada peldaño, llamó Emanuel.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? Querías hacer la autopsia de la chica del pantano. Llevo horas con todo preparado y he intentado llamarte un montón de veces.

Maldición. Había olvidado por completo mantener a Emanuel al tanto. Echó un vistazo al reloj. Tenía que darse prisa si quería llegar puntual a casa de sus padres.

—Lo siento. Pero hay un problema. El cadáver ha desaparecido y hasta ahora no lo hemos encontrado.

Emanuel guardó silencio. Julia podía sentir su confusión.

—El comisario Kessler está investigando el asunto y sigue una pista prometedora. Espero que mañana podamos empezar con la autopsia. Pero me gustaría echarle un vistazo al segundo ruso esta noche. ¿Puedes prepararlo todo?

—¿Sabes qué hora es? —La voz de Emanuel vibraba intensamente—. He quedado esta noche. La autopsia durará horas. El hombre tiene un disparo en la cabeza.

Julia entendía la objeción de Emanuel. Pero no tenía intención de retenerlo toda la noche en el instituto. Solo quería asegurarse de que, tras la visita a sus padres, la esperara una tarea con la que pudiera distraerse.

—Solo la preparación —explicó—. Luego puedes irte a casa inmediatamente.

—Vale.

Julia pudo oír cómo Emanuel se relajaba. Colgó y corrió hacia su coche.

11

Treinta minutos después llegó a la estrecha calle de acceso que conducía a la casa de sus padres. A la casa donde había pasado su infancia. Aquella que había estado llena de risas, alegría y felicidad hasta el día en que Michael no volvió a casa.

Se trataba de una casa adosada de ladrillo visto de tres plantas, con un sótano húmedo y un jardín bastante grande que se extendía detrás de la casa como un tubo alargado. En aquella zona residencial uniforme, todas las casas estaban construidas igual e irradiaban una monotonía idéntica tanto en forma como en color. En el fondo, solo se distinguían por los números de zinc plateado colocados en el lado derecho, justo al lado de la puerta de entrada, bajo una lámpara cuadrada.

Julia conocía el camino a ciegas. Aparcó detrás del coche de su padre. A diferencia del suyo, aquel vehículo estaba cuidado a la perfección. Ni una sola mancha de agua estropeaba el aspecto de la brillante pintura negra, que destellaba bajo el sol de la tarde como un espejo gigante. Bajo el techado del garaje había tres bicicletas. Una de mujer blanca, la de hombre de un brillante color plateado y una bicicleta infantil azul.

El cuarto soporte estaba vacío. Antes aparcaba allí una bicicleta de niña, pero llegó un momento en que Julia no pudo soportar más esa visión. Cada vez que venía de visita, aquello le sugería una

familia intacta. Pero esa familia ya no estaba intacta. Ya no había un hermano pequeño que la sacara de quicio al menos tres veces al día.

Incluso ahora que su bici ya no estaba, la presencia de la bicicleta de Michael le producía un nudo en la garganta. Estaba limpia. Brillaba impoluta al sol. Podría apostar a que la cadena estaba recién engrasada y las ruedas infladas. Solo faltaba que se abriera la puerta de la casa, su dueño se montara y saliera disparado a la velocidad del rayo. Subiendo y bajando la calle, como hacían de niños.

Julia dio un paso y admiró el arreglo floral de su madre. A excepción del invierno, no había estación en la que no hubiera al menos una flor mostrando su colorido esplendor. Unos gladiolos de un rojo intenso se alzaban hacia el cielo azul de verano. Julia absorbió su belleza por un momento; entonces se abrió la puerta de entrada y salió Hannelore Schwarz.

—Por fin estás aquí. Todo está listo.

Hannelore llevaba un vestido colorido. Un chal blanco, casi transparente, descansaba sobre sus hombros. Los pies calzaban unos zapatos de tacón a juego. Iba discretamente maquillada. Un rojo suave resaltaba sus labios carnosos y creaba un contraste maravilloso con su larga melena negra azabache y su tez clara. Julia era la viva imagen de su madre. Solo había dos diferencias: los ojos de Hannelore no necesitaban gafas y su pelo era tranquilamente el doble de largo que el de Julia.

—Hola, mamá. Qué bueno verte —logró decir con voz quebrada. Le costaba evocar el ambiente de una fiesta de cumpleaños. Pero sabía que su madre así lo quería.

Julia entró y saludó a su padre, que la esperaba en el pasillo con los brazos abiertos de par en par. Ya tenía el pelo completamente gris. A cambio, hasta el día de hoy no le faltaba ni un solo pelo en la cabeza. El hombre alto la abrazó y la levantó.

—Aquí está mi niña pequeña —ronroneó, y le dio vueltas.

Julia disfrutó del momento. Ulrich Schwarz volvió a dejar a su hija en el suelo y la observó sonriendo. Dos hoyuelos aparecieron en su rostro, aún atractivo y vigoroso.

—¿Cómo estás? Tienes buen aspecto —declaró, y la acompañó al comedor, del que ya salían olores inconfundibles.

—Estoy bien. ¿Y vosotros? ¿Cómo estás tú, papá?

Una sombra oscura cruzó sus ojos brillantes. Solo por un instante, pero lo suficiente para que Julia pudiera reconocerla.

—A tu madre se le ha ocurrido algo nuevo —dijo llanamente. Aun así, sonó como una amenaza.

Julia miró a su padre y buscó más información en su rostro. Pero Ulrich Schwarz se dio la vuelta y se dirigió a la cocina para ayudar a traer la comida.

Julia se quedó sola en el comedor y miró a su alrededor. No pudo notar ningún cambio. Las fotos familiares sobre la cómoda, con rostros radiantes, los jarrones de porcelana que coleccionaba su madre, los libros de su padre que apenas cabían en la estantería. Había tantos que llenaban cada hueco y se almacenaban incluso junto a la estantería y encima de ella.

Julia dejó vagar la mirada por la mesa del comedor. Aquí tampoco había cambiado nada. Un mantel blanco perfectamente planchado con adornos de encaje cubría la mesa. Sobre él había platos, vasos y cubiertos para cuatro personas. Entonces Julia reconoció un cambio. En el sitio de Michael había una caja de regalo. Envuelta en papel azul claro, atada con un lazo azul oscuro. Julia tragó saliva. ¿Iba a recibir un regalo su hermano pequeño? Se acercó con cautela a su sitio.

Desde la cocina podía oír a su madre regañando. El ambiente estaba tenso porque, al parecer, su padre había derramado salsa. Salsa no era el término correcto. En realidad se trataba de puro kétchup de tomate, que, contra todo sentido común, se servía en una salsera. Si Hannelore ofrecía comida rápida, al menos debía mantenerse la apariencia de una burguesía decente.

Julia soltó un suspiro apenas audible. Aquella situación era insoportable. Preferiría llorar el duelo por Michael antes que fingir esa espantosa y artificial normalidad. No quería poner una cara alegre de cumpleaños y hacer como si su hermano fuera a entrar en cualquier momento para recibir su regalo. Todo en su interior se

resistía a esa farsa que, desde el punto de vista de Julia, no ocultaba el sufrimiento, sino que lo intensificaba.

Tras la muerte de Michael, solo había soportado esa falsa normalidad porque, a pesar de su juventud, había intuido que sin el graduado escolar no había salida de ese capullo que su madre había tejido con tanto esfuerzo. Por supuesto, podría haberse escapado sin más, pero entonces se habría sentido como una perdedora. No quería tirar su vida por la borda, sino hacer algo con ella, estudiar algo con sentido.

Julia nunca había estudiado tanto para el colegio como en aquella época. Paradójicamente, sus notas mejoraron enormemente tras la muerte de Michael. La nota de corte para estudiar Medicina no había sido el menor problema para ella. Fue una de las mejores de su promoción de bachillerato. Sabía que unas notas excelentes eran el billete hacia otro mundo. Hoy ya no tenía mala conciencia por ello. Entonces, en cambio, se sentía como una traidora que dejaba en la estacada a su madre doliente. La única hija que quedaba abandonaba la casa y empujaba a Hannelore a la soledad. Pero Julia tenía que huir del duelo. Era joven y quería vivir. Michael lo habría querido así, de eso estaba segura.

—¿Me coges el bol, por favor? —La voz de Ulrich Schwarz la sacó de sus pensamientos.

Su mirada se dirigió a su padre, que fijó los ojos brevemente en el regalo para luego desaparecer de nuevo en dirección a la cocina con un leve encogimiento de hombros. Al parecer no quería hablar de la nueva idea de Hannelore. Probablemente lo consideraba demasiado peligroso en su presencia. Porque Hannelore se alteraría terriblemente en cuanto él expresara algo que ella pudiera interpretar como un rechazo a sus ocurrencias.

Julia miró a su padre mientras se alejaba. Decidió hacer lo que solía hacer. Puso el bol con las patatas fritas sobre la mesa, se sentó en su sitio y se tragó la crítica que tenía en la punta de la lengua. Por el momento.

—Bien, aquí llegan los *nuggets* de pollo. Ya tengo un hambre voraz. —Hannelore colocó una bandeja con trozos de pollo frito humeantes y dorados sobre la mesa.

Los *nuggets* estaban alineados en paralelo exacto. Ulrich Schwarz dejó un tenedor de dos puntas sobre la bandeja y lo giró hacia Julia. Como Michael no estaba presente, Julia tenía que servirse primero. «Al menos renuncia a llenar su plato», pensó, y se cogió tres piezas. Tuvo cuidado de no desordenar la alineación rectilínea de su madre. Por suerte, las patatas fritas estaban amontonadas sin orden en un bol.

—¿Quieres limonada? —preguntó Hannelore, dirigiéndose ahora a Julia.

—Pero mamá, hace más de diez años que no bebo limonada.

Hannelore puso cara de ofendida y hurgó en el bol de las patatas fritas.

—Bueno, pequeña... —empezó Ulrich, intentando salvar la situación—. ¿Qué tal tu día?

Julia pensó qué responder. Hablar de autopsias o cadáveres desaparecidos precisamente en el cumpleaños de Michael le parecía inapropiado.

—Hoy he comido una hamburguesa.

Hannelore arqueó las cejas y observó a su hija con aire crítico.

—Ya sabes lo poco saludable que es eso, ¿no?

—Florian quería invitarme a un bistró, pero hoy a mediodía estaba cerrado. Por desgracia tuvimos que cambiar de planes —explicó Julia, y se metió el primer bocado en la boca.

Lo tragó tan rápido que casi se le atraganta. Rápidamente se echó un trago de agua al coleto.

—¿Lo ves? La comida rápida no sienta bien —dijo Hannelore con un tono de sabelotodo en la voz.

A Julia le dio la tos y se tapó la boca con la mano. El comentario de su madre era insuperable en ironía; al fin y al cabo, los *nuggets* que había sobre la mesa no eran otra cosa que comida rápida.

—La gente hoy en día come demasiado rápido. Lo engullen todo y luego se sorprenden de engordar. —Hannelore examinó las caderas de Julia, como si comprobara con rayos X si había ganado volumen.

—¿Cómo va el trabajo en el instituto? —intervino Ulrich en un nuevo intento por eliminar la tensión subyacente de la conversación.

—Ahora mismo tenemos mucho que hacer —respondió Julia con reserva, tragando el siguiente trozo a la fuerza.

—¡Es que hay tanta maldad en el mundo! —La voz de Hannelore tembló de forma sospechosa. Sus ojos brillaban húmedos.

En ese instante le dio tanta pena a Julia que imitó a su padre y pasó también a una maniobra de distracción.

—¿Qué hay en el paquete? —preguntó, señalando la caja azul claro en el sitio de Michael.

Por un segundo, su plan pareció funcionar. Una sonrisa iluminó el rostro de Hannelore, pero al momento siguiente una lágrima grande y brillante rodó por su mejilla arrugada.

—Un regalo —graznó con la garganta cerrada—. Para Michael —añadió luego, de forma totalmente superflua.

—Mmm. —Julia no logró decir más.

Prefirió callar y se metió una patata frita en la boca para variar. A pesar de toda su reticencia, tuvo que admitir que estaban exquisitas. El estómago le rugió de repente y mordió la siguiente enseguida.

—Michael estaba tan encaprichado con ese coche de carreras teledirigido. ¿Te acuerdas?

Julia asintió. Como casi todos los chicos, le volvían loco los coches de cualquier tipo. Un Ferrari rojo chillón le había gustado especialmente. Pero Michael nunca lo recibió. No llegó a vivir el cumpleaños para el que estaba previsto el regalo. Pero Julia aún podía recordar vívidamente su entusiasmo. En una juguetería le habían dejado probar el Ferrari aquella vez. Su madre había tardado casi dos horas en sacar a Michael de la tienda. Solo bajo una gran protesta y la sagrada promesa de que ese coche sería su siguiente regalo, Michael había cedido finalmente y se había ido a casa.

Hannelore se llevó ambas manos a las mejillas y suspiró.

—Se habría alegrado tanto. ¿Abrimos el regalo? —Miró radiante a su alrededor, como si de verdad esperara que los presentes la vitorearan por esa propuesta.

Irritada, Julia miró a su padre, cuyo rostro parecía congelado. Reflexionó frenéticamente si debía seguir adelante con aquel teatro

absurdo, pero la resistencia se agitó en su interior. ¿Estaba su madre perdiendo la cabeza poco a poco?

—Michael habría cumplido hoy veintisiete años. ¿De verdad crees que se habría alegrado por un coche de juguete? —La frase salió de los labios de Julia más rápido de lo previsto.

Hannelore se sobresaltó. Ulrich seguía con la mirada petrificada. Un suspiro profundo y lleno de dolor surgió de repente del pecho de su madre y llenó la habitación de una atmósfera insoportable.

—Mamá, no lo digo a malas —dijo Julia en voz baja—. Pero no es bueno que reprimas la muerte de Michael cada año más. Deberías permitir el duelo para poder superar este golpe del destino. Michael no va a volver y nosotros tenemos que seguir viviendo. Seguro que él desearía que fueras feliz. —Se levantó para abrazar a su madre.

Pero Hannelore se quedó sentada, rígida como un palo, y no se movió.

—Ahora se ha estropeado todo —sollozó, y se sacudió a Julia de encima.

—Pero...

Un gesto de su padre la hizo callar. Era más una súplica que una orden. Julia volvió a sentarse. Se le había quitado el apetito definitivamente. En silencio, hurgó con el tenedor en las patatas fritas extralargas.

—Hemos reservado un viaje a Portugal —anunció su padre.

Nadie reaccionó a sus palabras. Siguió intentándolo y sirvió vino tinto de una jarra.

—Brindemos por ello y por el cumpleaños de Michael. —Levantó su copa demostrativamente y miró a Julia de forma exigente. En su mirada estaban las palabras no pronunciadas: «Tú eres mi niña mayor. Ten un poco de comprensión con tu madre».

Julia casi podía oírlas. Resignada, levantó su copa, evitando levantar la vista. En su lugar, observó las patatas fritas, ya frías, en su plato.

—Por Michael —susurró Hannelore, y entonces las copas de vino chocaron entre sí.

El ambiente no mejoró mucho durante el resto de la velada. Julia renunció a hacer nuevos comentarios críticos y se alegró cuando su

visita llegó a su fin. Cuando salió de la casa, su padre la acompañó al coche. Aquello también era un ritual fijo.

—No se lo tengas en cuenta a tu madre, pequeña. Nunca superará su muerte. Simplemente no puede. —Su voz sonaba suave —. Tú misma sabes que a partir de ahora volverá a estar mejor. La época del cumpleaños de Michael es especialmente difícil para ella. Es cuando se hace realmente consciente de la pérdida cada vez, aunque ya haga tantos años.

Julia hizo una mueca.

—Escucha, papá. Lo entiendo. Pero lo del regalo me ha impactado mucho. Tengo la sensación de que cada año se obsesiona más en lugar de tomar una distancia sana. De verdad me preocupo por ella. Deberías cuidar de ella.

Ulrich Schwarz dio un beso en la mejilla a su hija.

—Gracias por aguantar tan valientemente. Sé lo difícil que ha sido para ti. —Abrazó a Julia y la estrechó con fuerza. El olor familiar de su *aftershave* se le metió en la nariz—. Vamos a tomar algo juntos en los próximos días. Así podremos hablar —sugirió, y abrió la puerta del coche.

Julia se despidió y subió. Por el retrovisor pudo ver que su padre la seguía con la mirada durante mucho tiempo.

12

Los ojos de Florian escrutaban el terreno en busca de la furgoneta blanca de reparto. Había acabado en una zona residencial en la periferia de Colonia y, al principio, había tenido dificultades para encontrar la dirección indicada. Las calles estaban dispuestas en forma circular y pasó de largo el número de la casa en cuestión porque apareció mucho más rápido de lo que había calculado.

Después de que Julia se marchara, su búsqueda del vehículo blanco había dado frutos. El compañero de la policía había tardado apenas treinta minutos en averiguar la dirección del titular del vehículo a partir de la matrícula. Dietmar Woerner era el nombre del hombre que había registrado el coche buscado hacía cinco años. Tenía cincuenta años y hasta la fecha no tenía antecedentes policiales. En su historial de tráfico figuraban dos puntos por exceso de velocidad, pero ya tenían más de un año y pronto se borrarían.

Florian no quiso perder la oportunidad de hacer una visita personal al presunto ladrón del cadáver del pantano. Como su compañero estaba de vacaciones, decidió ir solo. Los compañeros de la comisaría estaban al tanto por si surgía una emergencia y podían intervenir en muy poco tiempo.

Se quedó mirando la casa unifamiliar con la amplia entrada, en la que cabían holgadamente cuatro vehículos. Vio tres coches y una plaza vacía. Un Golf rojo con pegatinas de flores pertenecía

probablemente a la hija de la casa. Florian clasificó el vehículo familiar azul oscuro como el coche de los padres. Al lado había aparcado un deportivo. Un pequeño bólido negro de bellas curvas que a Florian le hubiera gustado probar. El tubo de escape doble cromado prometía mucha potencia y el pie derecho de Florian vibró al instante. No veía ninguna furgoneta blanca. Se preguntó si la plaza vacía estaba reservada para ella. Detuvo su coche patrulla y se bajó.

—¡No puede aparcar aquí! —le espetó bruscamente un hombre mayor en el que Florian ni siquiera había reparado hasta entonces.

El hombre lucía una barriga cervecera considerable, que hacía juego con una nariz de poros grandes y enrojecida. Florian decidió ser breve y le mostró su placa.

—No tardaré mucho —respondió con indiferencia.

Los ojos del hombre se abrieron con asombro. Refunfuñó algo y desapareció en la casa que se encontraba justo enfrente de la de los Woerner. A Florian no se le escapó que, poco después de que el hombre cerrara la puerta, las cortinas de la planta baja se movieron. Por un momento, una calva asomó por encima de la tela que solo cubría la mitad inferior de la ventana. Florian sonrió. Vecinos curiosos los había en todas partes. Por un segundo se arrepintió de no haber preguntado al hombre por la furgoneta de reparto. A menudo, los vecinos sabían contar un montón de cosas sobre la gente de su entorno inmediato.

Él mismo vivía ahora en un bloque de apartamentos habitado principalmente por jóvenes profesionales. Allí el ambiente era bastante anónimo y durante el día no solía haber nadie en casa. Su bloque de viviendas debía de ser una pesadilla para cualquier repartidor de paquetes. Antes vivía en la otra punta de la ciudad. Pero después de la muerte de Elfriede, ya no tuvo motivos para quedarse allí.

Elfriede había sido su vecina. Tras las disputas iniciales debido a su increíble curiosidad —Elfriede había husmeado en su correo y lo había espiado en alguna que otra ocasión—, Florian terminó trabando amistad con la anciana. Al menos, esa amistad llegó al punto de que ella se ocupaba de sus asuntos durante su ausencia.

Recogía el correo y los paquetes, limpiaba su cocina de soltero por una buena remuneración —que después de cada sesión de cocina parecía como si hubiera caído una bomba— y, al cabo de unos meses, cada noche le esperaba una deliciosa comida caliente.

Florian comprendió que Elfriede simplemente necesitaba una tarea. Era viuda y estaba sola; sus hijos apenas se dejaban ver. Una vez que Florian superó su aversión a su intromisión, ella no volvió a molestarle —si es que podía llamar así a su curiosidad— ni una sola vez más. Se sentía satisfecha cuando él se alegraba. Por supuesto, él la invitó a comer más de una vez o salía a pasear con ella. Sabía contar historias de su vida maravillosamente, y Florian disfrutaba de su humor agudo y de la risa cálida que le salía de lo más profundo del vientre. Aún hoy echaba de menos a veces sus cuidados.

Su nuevo apartamento irradiaba una neutralidad moderna. Faltaba humanidad. Faltaba alguien que, con mucho corazón y calidez, se asegurara de que se sintiera en casa. El servicio de limpieza, que formaba parte de los servicios de su comunidad de propietarios, no podía ofrecer eso, por supuesto. Al contrario. A menudo Florian se preguntaba si los empleados eran ciegos, porque debajo de su sofá siempre bailaban las pelusas de polvo.

Aun así, no se arrepentía de la mudanza. El apartamento estaba mucho más cerca de su lugar de trabajo y de las instalaciones deportivas donde entrenaba con regularidad. También sus amigos, la mayoría triatletas, vivían en los alrededores. Eso facilitaba mucho las quedadas espontáneas por la tarde. Florian hacía deporte siempre que podía. Era un triatleta apasionado. Nadar, montar en bici y correr eran su elixir de vida. Era un yonqui de la adrenalina. Sin movimiento se sentía enfermo. Necesitaba el desafío que para otras personas parecía inalcanzable. Cuando sentía la sangre caliente en las venas, los músculos contrayéndose incesantemente, la debilidad que intentaba una y otra vez hacerle rendirse... entonces sabía que estaba vivo.

Cruzó la calle, dirigiéndose directamente a la casa de los Woerner. En su mano aleteaba el papel en el que había anotado la dirección y la matrícula de la furgoneta. Primero, Florian se fijó en el buzón. *Maestro pintor Woerner*, ponía en letras negritas. Eso sonaba

bien, pensó, porque una furgoneta de reparto seguramente formaba parte del equipamiento de una empresa así.

Luego rodeó los coches y comprobó las matrículas. La del deportivo le dejó perplejo. ¿Qué demonios significaba eso? Revisó la matrícula por segunda vez y se preguntó si había una confusión. Cogió el móvil y llamó al compañero que había averiguado la dirección.

—Martin, soy Florian. ¿Puedes comprobar otra vez la matrícula que te he dado antes, por favor? Estoy aquí delante de un coche deportivo con la misma matrícula.

Esperó un momento y escuchó el frenético tecleo al otro lado.

—La matrícula y la dirección son correctas. Las he introducido dos veces en la base de datos.

Florian colgó. Una furgoneta de reparto azul oscuro con un logotipo de empresa con los colores del arcoíris, que ocupaba casi todo el lateral del coche, se acercó a la casa. Un hombre, de unos cincuenta años, se bajó y se dirigió sin rodeos hacia Florian.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó, plantándose frente a Florian.

Este no se dejó intimidar por el hombre. Era considerablemente más alto que Woerner. Con indiferencia, sacó su placa del bolsillo por segunda vez esa tarde. La reacción del hombre se pareció a la de su vecino, que seguramente seguía observando la escena.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Woerner con ligero pánico en la voz, dirigiendo la mirada frenéticamente hacia su propia puerta.

—No —respondió Florian en tono tranquilizador—. Estoy buscando una furgoneta de reparto blanca que está registrada a su nombre.

Dietmar Woerner volvió a mirar a Florian.

—No tengo ninguna furgoneta blanca. Mi furgoneta es azul.

—Sí, eso veo —replicó Florian, atento a la reacción del hombre. No pudo detectar ninguna señal obvia de que el hombre estuviera mintiendo—. ¿Quizá el modelo anterior era blanco?

El hombre se encogió de hombros.

—No, soy maestro pintor. El blanco me parece demasiado aburrido. Nunca compraría una furgoneta blanca.

Su mirada se desvió hacia la furgoneta azul oscuro y se detuvo en ella unos segundos.

—¿Dónde ha estado hoy?

El hombre enumeró con el ceño fruncido los clientes en los que había estado trabajando durante el día. Parecía inseguro. Ninguna de las direcciones enumeradas incluía un viaje por la autopista. Si no mentía, el hombre no tenía nada que ver con el robo del cadáver. Florian consideró si las matrículas podrían estar falsificadas. No podía descartarlo. Cuanto más observaba al hombre que tenía delante, más probable le parecía esa posibilidad. Woerner seguía sin mostrar ningún signo de deshonestidad.

Florian había estudiado durante mucho tiempo diversas técnicas para detectar mentiras. A menudo, los ojos del mentiroso se desviaban hacia arriba a la izquierda cuando relataba falsedades. En el caso de Woerner era hacia el otro lado, una señal típica de que el hombre estaba rebuscando en sus recuerdos. Le pidió a Dietmar Woerner la lista de clientes. Un compañero podría verificarla hoy mismo, o a más tardar mañana por la mañana.

—Si se le ocurre algo que pueda relacionarle con una furgoneta blanca, por favor, llámeme —dijo Florian a Woerner y se despidió.

Dio una vuelta más con su coche patrulla por la zona residencial. De algún modo, no podía rendirse. Había estado tan seguro de localizar el cadáver del pantano en muy poco tiempo. El caso se estaba volviendo cada vez más complejo. Pero de repente supo lo que tenía que hacer a continuación. Dio media vuelta y condujo de regreso a la casa de Dietmar Woerner. Aparcó enfrente y se bajó. Por el rabillo del ojo percibió un movimiento tras la cortina. Florian se dirigió a la entrada y llamó al timbre.

13

Julia se secó el sudor de la frente y dejó la sierra para huesos a un lado. Luego continuó con la disección.

La luz de neón sobre ella parpadeó. Entornó los ojos y examinó la trayectoria de la bala en el cerebro del muerto. El orificio de entrada y el de salida formaban una línea recta. Era casi como si Julia hubiera sacado esa imagen de un libro de texto.

No había signos de disparo a quemarropa, ni restos de pólvora ni quemaduras. Aquello no era sorprendente, ya que el hombre había recibido el disparo desde una distancia considerable. Alrededor del canal de la herida se habían formado hemorragias masivas, que yacían negras y viscosas sobre la masa cerebral y se habían mezclado parcialmente con ella.

Con rutina, Julia cerró el informe de la autopsia. Utilizó para ello una grabadora que la secretaria podría transcribir a la mañana siguiente. La luz volvió a parpadear. Esta vez con más fuerza que antes. Julia miró hacia arriba y descubrió una polilla que volaba a lo largo del tubo de neón. Al hacerlo, golpeaba incesantemente con las alas contra el cristal.

Cuando volvió a mirar el cadáver, oyó un crujido. Esta vez el ruido no venía de arriba. Se detuvo atenta y aguzó el oído. Clac, clac. Esa era la polilla, aleteando por su vida. Julia se subió las gafas de pasta y dejó la grabadora a un lado.

Algo estalló. Asustada, se giró y miró hacia la puerta de entrada de la sala de autopsias. Fijó la vista en el cristal esmerilado que ocupaba la mitad superior de la puerta. El pasillo detrás estaba iluminado.

Siempre dejaba la luz encendida cuando trabajaba de noche. Tenía sus motivos prácticos. A menudo corría rápidamente a su despacho para buscar algo o hacer alguna gestión. Los tubos fluorescentes tardaban segundos en encenderse y dar luz. Eso a Julia le parecía demasiado tiempo.

Algo raspó sobre las baldosas. A Julia se le cortó la respiración. La polilla seguía aleteando contra el tubo de neón. Estaba completamente sola en el instituto. El vigilante nocturno estaba sentado a unos buenos trescientos metros, en la entrada del garaje subterráneo. No podría oírla, aunque gritara tan fuerte que le estallaran los pulmones.

Miró el reloj y parpadeó. Poco antes de medianoche. ¿Se habría perdido Emanuel otra vez en el instituto? Improbable. Descartó el pensamiento y escuchó. Su cuerpo estaba rígido como un palo. Le sudaban las palmas de las manos dentro de los guantes de goma. La luz parpadeó de nuevo. Los tubos de neón zumbaban. Clac. ¡Ahí estaba otra vez!

Se movió de puntillas hacia la puerta. Su pie derecho chocó contra unas pinzas de acero inoxidable que se le habían caído antes. Cling. El sonido resonó de forma inquietante en las paredes. Las luces de neón seguían zumbando. De repente, el corazón le empezó a latir desbocado. No era por la polilla, ni por el cadáver en su mesa de autopsias. No eran los tubos parpadeantes ni los ruidos. No. Era la oscuridad que se extendió repentinamente en el pasillo tras la puerta de la sala de autopsias. Alguien había apagado la luz.

Sin aliento, agarró un bisturí y siguió avanzando con sigilo. Volvió a oír el sonido de arrastre, que le recordaba a algo. Pero el pánico paralizaba su capacidad de pensar. Bajó la manilla de la puerta y se deslizó hacia el pasillo oscuro.

Su mano izquierda tanteó buscando el interruptor de la luz. Nada. Las lámparas no reaccionaban. Probó otra vez. El interruptor cambió de posición. Miró hacia arriba y esperó el chispazo que

hiciera brillar los tubos. Nada. Todo seguía oscuro. Decidió llegar al fondo de aquel ruido.

A la izquierda, pasillo arriba, estaba su despacho. A mano derecha salían otras tres salas. Una de ellas era la cámara frigorífica donde se guardaban los cadáveres. Julia se sobresaltó al oír de nuevo el raspado, seguido de un golpe sordo.

Temerosa, se acercó a la fuente de aquel sonido. De puntillas, con el bisturí firmemente aferrado en la mano derecha, avanzó a tientas hacia la cámara frigorífica. La puerta estaba solo entornada. Podía distinguir un fino haz de luz a través de la rendija. ¿Se había dejado la luz encendida?

Respiró hondo y abrió la puerta de un tirón.

14

Florian estaba decepcionado. Esperaba más del vecino de Dietmar Woerner.

El viejo había estado todo el tiempo detrás de la cortina y, a través de la ventana abierta, había escuchado incluso partes de su conversación con el maestro pintor. El hombre sabía perfectamente que Florian buscaba una furgoneta de reparto blanca. Conocía toda la zona residencial como la palma de su mano, pero no pudo ayudarle. Había dos, como mucho tres furgonetas blancas en la zona, pero ninguna encajaba.

Florian condujo frustrado por las calles. Cuando cayó el anochecer, finalmente se rindió. Tendría que ampliar la búsqueda de la furgoneta.

Florian echó un vistazo al reloj del salpicadero y maldijo. Ya era tarde. Hoy no conseguiría avanzar más. Por un momento pensó en salir a correr. Necesitaba despejar la mente. Pero pasó por un edificio que cambió sus planes.

Frenó y entró en el recinto, iluminado únicamente por unas farolas tenues. Al parecer, el Instituto de Medicina Legal tenía aún menos dinero para invertir en infraestructuras que la ciudad. Unas luces más potentes le habrían venido bien al recinto. Se dirigió a la parte trasera del edificio y captó un resplandor que salía de unas

ventanas. Florian golpeó el volante con la palma de la mano. Lo sabía.

La doctora Julia Schwarz no se daba descanso, una vez más. Se preguntó cómo esa mujer menuda lograba siquiera afrontar su carga de trabajo diaria. Por lo que él sabía, apenas hacía deporte. Y eso que su profesión era sin duda estresante y requería un equilibrio regular a través del ejercicio. Pero Julia parecía inmune al estrés.

Florian se bajó y fue a una entrada lateral. Quiso llamar al timbre, pero se dio cuenta de que la puerta no estaba cerrada con llave. Subió por las escaleras y llegó sin rodeos al ala del edificio donde se encontraba el despacho de Julia. Aunque la sala de autopsias estaba iluminada, en el pasillo reinaba la oscuridad.

Florian pulsó el interruptor de la luz. Al parecer estaba estropeado. Hizo clic, pero no pasó nada más. No le dio importancia y caminó por el pasillo oscuro. Sus ojos estaban fijos en el cristal esmerilado de la puerta de la sala de autopsias. Llamó y empujó la puerta.

Sorprendido, constató que Julia no estaba. Sobre la mesa había un cadáver cuyo torso ya estaba cosido. La autopsia, por tanto, había concluido. Todo parecía indicar que Julia aparecería en cualquier momento. Probablemente solo había ido un momento al baño.

Florian se sentó en la silla más cercana y esperó. Sus pensamientos giraban en torno a la chica del pantano y la furgoneta blanca de reparto. ¿Tendrían relación ambos hechos? ¿Había encontrado la policía el cadáver demasiado rápido, por lo que el asesino lo había recuperado para exhibirlo de nuevo en otro lugar?

Florian reprimió el desconcierto que surgía en su interior. Tendría que tener paciencia hasta la mañana siguiente. Al menos, gracias a Julia, tenían la ropa de la muerta y con ella seguramente un montón de huellas que él podría registrar. Florian esperaba con ansias el nuevo día. Tenía la infalible sensación de que encontrarían más pistas en el aparcamiento de la reserva natural.

Sus pensamientos volaron hacia Julia. ¿Dónde se había metido? Llevaba esperando cinco minutos. El baño estaba a solo unos

metros. El parpadeo constante de los tubos de neón le ponía nervioso. ¿No debería oír al menos ruidos procedentes del baño?

Se levantó de un salto y volvió al pasillo. Reinaba un silencio sepulcral. Entonces oyó algo, un jadeo muy débil. Procedía de la cámara frigorífica. Florian odiaba ese lugar. La idea de apilar cuerpos humanos unos sobre otros en estrechos compartimentos refrigerados le resultaba opresiva. La luz se filtraba por la rendija de la puerta entornada, y Florian decidió comprobar que todo estuviera en orden. Abrió la puerta y se quedó paralizado.

Julia yacía en el suelo, junto a ella un bisturí. Gimió débilmente. Florian se precipitó hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó conmocionado, y la giró con cuidado hacia él. Ella parpadeó aturdida.

Frenéticamente, buscó heridas en su cuerpo.

—¿Te duele algo?

Julia se incorporó y negó lentamente con la cabeza.

—No. Ya estoy bien.

Florian le sujetó la cara con las manos.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Oí ruidos y quise comprobar qué era. Alguien me ha embestido. Me golpeé la cabeza y debí de perder el conocimiento.

—Espera, voy a echar un vistazo. —Florian corrió al pasillo. Abrió la puerta más cercana y revisó la habitación.

Se trataba de un almacén de material. Encendió la luz y comprobó que no había nadie dentro. A continuación revisó el baño de hombres. Allí tampoco había nadie. Florian registró toda la planta. El atacante de Julia ya no estaba.

—Deberíais cerrar las puertas por la noche —dijo al volver junto a Julia—. Es peligroso trabajar aquí completamente sola.

Entretanto, Julia se había puesto de pie. Entró en la sala de autopsias y siguió trabajando como si no hubiera pasado nada. La menuda mujer empujó con rutina al ruso muerto sobre una camilla y lo trasladó a uno de los muchos compartimentos refrigerados de al lado. Se giró hacia Florian y lo miró directamente mientras se subía las gafas de pasta por el puente de la nariz.

—Normalmente el servicio de seguridad pasa una vez cada hora para comprobar que todo va bien —respondió—. Es una pena que no haya visto bien al tipo.

Empezó a abrir un compartimento tras otro.

—No falta nadie.

—¿Crees que quería robar un cadáver? —preguntó Florian sorprendido. Un robo de ese tipo al día ya era suficiente para él.

Julia se encogió de hombros.

—Oí cómo el hombre abría los compartimentos. Estaba buscando algo.

Florian se rascó la nuca.

—Me parece extraño. Primero roban el cadáver de Melissa Hornberg y ahora alguien registra vuestra cámara frigorífica. —Se preguntó si era una coincidencia o si ambos incidentes estaban relacionados.

Julia se frotó las sienes.

—¿Estás realmente bien o quieres que te lleve al médico? —Florian sabía que ella nunca mostraría debilidad. Por eso se preocupaba aún más por ella.

—No, no. Solo estoy cansada —declaró en un tono que dejaba claro que no quería ningún médico—. ¿Has encontrado la furgoneta de reparto?

—Por desgracia no. Tengo que ampliar la búsqueda masivamente. La matrícula probablemente era falsa. En lugar de la furgoneta di con un bólido deportivo, y está demostrado que el propietario ni siquiera estuvo cerca del área de servicio donde robaron el cadáver.

—Eso significa que estamos en el punto de partida y seguimos sin recuperar el cadáver —concluyó Julia—. Entonces tendremos que confiar en mañana por la mañana. Estoy segura de que la científica encontrará algo más en el aparcamiento.

15

—Me encanta el de la izquierda —tecleó Hannah y amplió la foto en la pantalla.

Un círculo colorido apareció ante ella. En el centro era azul. Alrededor del azul se enroscaban símbolos adornados y líneas serpenteantes en rojo, amarillo y verde. Algunos signos le recordaban a ojos, otros a gotas de agua. El dibujo tenía una estructura simétrica. Hannah hizo clic en la siguiente imagen. Se parecía a la anterior, pero era menos colorida. No le gustó. Repasó la selección rápidamente.

Tobi realmente tenía buen gusto. A ella le parecía que su propuesta era la mejor. Se reclinó con alegría y suspiró feliz. No solo tenía buen gusto, sino el mismo que ella. ¿No era totalmente adorable? A ese chico tan *cool* le iban las imágenes realmente artísticas. No se le notaba en absoluto.

Se permitió echar otro vistazo a la página web cuyo enlace él le había enviado por la mañana. Aunque Hannah sabía que tenía que irse a la escuela enseguida y ni siquiera había pasado por el baño, no podía apartarse de las imágenes. Al fin y al cabo, era una decisión importante. Si es que se podía deshacer, sería solo con mucho esfuerzo.

—¡Eh, dormilona! ¡Levántate de una vez! —La voz de su hermano resonó a sus espaldas. Se dio la vuelta horrorizada.

—¿Qué haces tú aquí, Jonathan? —le espetó ella, levantándose e intentando empujarlo fuera de la habitación. Pero Jonathan se zafó de su agarre y se abalanzó sobre su ordenador.

—¿Qué estás haciendo? Mamá no quiere que navegues tanto —gritó él.

Hannah cerró la puerta de su habitación de golpe al instante.

—¿Qué se te ha perdido en mis asuntos? No te importa nada. —Hannah se puso roja. Podía sentirlo por el calor en su cara.

Pero Jonathan no se dejó impresionar por su ira. Miró fijamente la pantalla y se burló cuando ella hizo un nuevo intento de alejarlo de su ordenador. Saltaba arriba y abajo como un mono excitado delante de su escritorio, zafándose de sus agarres y observando los diseños de tatuajes.

—¿Qué se supone que es eso? —Su voz era tan fuerte que, a pesar de la puerta cerrada, debía de resonar por toda la casa—. Oh. Ya sé lo que es. —Se dio la vuelta, en sus ojos había un brillo burlón —. ¡Mamá! —bramó a pleno pulmón, y a Hannah casi le fallaron las rodillas de la agitación—. ¡Hannah quiere hacerse un tatuaje!

—¿Estás loco? —Indignada, lo empujó a un lado y apagó el portátil pulsando una tecla. Ya era suficiente, quería sacar a ese loco de su habitación—. No vayas contando mentiras. ¿Entendido? —En realidad quería sonar amenazadora, pero en su lugar chilló con voz quebrada.

—¿Ah, sí? —replicó su hermano sin inmutarse—. Si esas no eran plantillas de tatuajes, me como una escoba.

—¡Lárgate de mi habitación de una vez! —siseó Hannah al borde de la desesperación.

—¿Qué pasa aquí? —La voz hizo callar abruptamente a los hermanos. La madre de Hannah apareció en la puerta y miró a su alrededor con el ceño fruncido—. A ver, ¿qué pasa aquí?

—Nada —respondió Hannah con voz átona y lanzó a Jonathan una mirada amenazadora que, sin embargo, surtió poco efecto.

—Está mirando tatuajes —dijo él desafiante, corrió hacia la puerta y se puso junto a su madre.

Esa era exactamente la situación que Hannah había querido evitar. Pero demasiado tarde. Ahora estaba sentada en el banquillo

de los acusados con dos jueces furiosos delante.

—¿Tatuajes? —Al menos escuchó duda en la voz de su madre—. ¡No lo dirás en serio! —añadió con más dureza.

Hannah fulminó primero a Jonathan con la mirada y luego respondió:

—Un amigo mío se lo está pensando. Me ha mandado ejemplos. —Aunque se esforzó todo lo que pudo por sonar lo más tranquila e indiferente posible, no pudo reprimir el temblor en su voz.

—¿Y tienes que mirarlos por la mañana temprano? ¿Has mirado el reloj siquiera? ¡El autobús sale en diez minutos!

Hannah no lo dudó mucho. Era la oportunidad de escapar rápidamente de la situación.

—Lo siento. Me doy prisa. —Se quitó el pijama de forma demostrativa. Funcionó; su madre la miró fijamente uno o dos segundos más, evaluándola, y luego dio media vuelta.

—Tú también te preparas, jovencito, haz el favor —ordenó antes de bajar la escalera hacia la planta baja.

Jonathan hizo una mueca de ofendido y le enseñó el dedo corazón a Hannah.

—Tú mismo —siseó Hannah en voz baja.

Jonathan se marchó. «Qué suerte he tenido», se le pasó por la cabeza. Saltó al baño y, tras un aseo de gato, se puso la ropa apresuradamente. La próxima vez elegiría un momento mejor.

16

La luz brillante arrancó a Julia bruscamente del sueño. El temporizador había subido las persianas y, de repente, se hizo de día. Parpadeó cansada, se dio la vuelta una vez más y se tapó la cabeza con el edredón. Las persianas subían cada día treinta minutos antes de que sonara el despertador. Como no había ninguna autopsia urgente pendiente y aún quedaba tiempo de sobra hasta la cita con Florian, volvió a adormilarse.

Su subconsciente empezó a girar en torno a los sucesos de la noche anterior. Se vio a sí misma de pie en la sala de autopsias, escuchando los ruidos inquietantes. Cada vez que se abría un compartimento de cadáveres en la cámara frigorífica, sonaba un chasquido. El ruido se repetía a intervalos regulares. Entonces se fue la luz en el pasillo y ella salió de la sala. Una voz interior quería convencer a Julia de que diera media vuelta, pero necesitaba saber imperiosamente quién la había tirado al suelo.

Se movía como a cámara lenta. Oyó el chasquido y abrió la puerta de la cámara frigorífica. La cruda luz de neón la cegó unos segundos; aun así, dio unos pasos hacia el interior. Su mirada se clavó en la silueta de un hombre frente a la estantería con los compartimentos refrigerados. Estaba en cuclillas en el suelo y acababa de empujar un cadáver hacia dentro. Los raíles chirriaron mientras la camilla se deslizaba hacia la pared. Aquí llegaba el punto

en el recuerdo de Julia en el que todo se volvía confuso. Como un proyectil, el desconocido saltó hacia ella. Julia no tuvo tiempo ni de esquivarlo hacia un lado ni de levantar los brazos. El hombre simplemente la arrolló. Cayó y se golpeó la cabeza con fuerza contra el suelo. Al instante, la oscuridad reinó a su alrededor. Julia revivía esa escena una y otra vez con la esperanza de captar un vistazo del rostro del hombre. Pero permanecía oculto en la sombra bajo una capucha.

Finalmente sonó el despertador y la liberó de los tortuosos bucles de pensamiento. Abrió los ojos y apartó el edredón. Pasaron dos o tres segundos, luego Julia saltó de la cama para meterse directamente bajo la ducha. El agua caliente le sentó bien. Su mente se calmó, los pensamientos se volvieron más claros y orientados.

Tenía que dar por cerrado el asunto de la cámara frigorífica del instituto. No había visto la cara del hombre. Eso lo había comprendido tras las muchas repeticiones mentales. Incluso si se cruzara con él hoy, no podría reconocerlo. Además, probablemente era absurdo relacionar ese incidente con la mujer muerta del pantano. Quizá había entrado en el instituto un necrófilo en busca de una satisfacción extraña. Igual de probable era que unos estudiantes hubieran gastado una broma. No sería la primera vez. Hacía solo unos meses, el servicio de seguridad había pillado a un joven que quería hacer fotos con su *smartphone*. Era aspirante a una infame fraternidad estudiantil que consideraba la visita a una morgue como una prueba de valor para la admisión en la hermandad. Por supuesto, también podía tratarse de un simple ladrón que buscaba objetos de valor.

Julia apartó los pensamientos y se concentró por completo en el agua caliente que corría por su piel y relajaba sus tensos músculos. Se lavó con un gel de ducha que olía a granada. La experiencia le decía que el aroma intenso cubría el desinfectante y también todas las demás notas que flotaban en el aire del Instituto de Medicina Legal. Antes, Julia había tenido verdaderos problemas con el olor de la muerte. Desarrolló una auténtica obsesión por lavarse y rociaba toneladas de neutralizador de olores en su apartamento, porque

tenía la sensación de que la muerte se colaba en cada grieta y envenenaba su entorno con sus emanaciones.

Sin embargo, en algún momento dejó de olerlo. El asco simplemente desapareció, casi de un día para otro. El sistema nervioso de Julia había apagado el olor sin más, como un recién nacido cuyo cerebro desconecta los ruidos después de un tiempo en cuanto se clasifican como inofensivos. Cerró el grifo y se secó. Luego se secó el pelo negro con el secador y se miró en el espejo. Sin gafas, solo veía su cara borrosa. Ya de niña había sido extremadamente miope. Pero le gustaba lo que veía. Su piel pálida estaba casi intacta por el sol. Ni manchas, ni pecas, ni otras pigmentaciones enturbiaban el brillo lechoso que le confería un aura casi inalcanzable.

Julia terminó su aseo matutino y se puso unos pantalones elásticos negros y una blusa blanca. La ropa formaba parte de su repertorio estándar. No le importaba mucho la moda. Le encantaban las combinaciones de blanco y negro. Subrayaban su apariencia, que le había valido en el instituto la reputación de «Dama de Hielo». Le molestaba esa fama de inaccesible. A Julia le gustaba el contacto con otras personas. Le gustaba reír y quería cualquier cosa menos estar sola. Pero desde la muerte de Michael, había levantado un muro a su alrededor que le dificultaba encontrar acceso a otras personas. Una y otra vez se proponía abrirse más a los demás. Incluso había pensado en buscar ayuda profesional, pero posponía la realización cada vez. Hoy, en cualquier caso, no era el día adecuado para tales pensamientos. Enseguida llegaría al fondo del asesinato de la chica del pantano con Florian Kessler y la científica.

Como de costumbre, salió del apartamento sin haber comido nada. Su estómago protestó solo débilmente, como si supiera que la resistencia era inútil. Julia subió a su coche y se dirigió hacia Florian, que ya la esperaba frente a la puerta de su casa. Cuando vio los dos grandes vasos de café en su mano, una sonrisa se dibujó involuntariamente en su rostro.

—Has adivinado mi mayor deseo —le saludó y le guiñó un ojo mientras dejaba correr con placer un sorbo de café por su garganta.

—No ha sido difícil —respondió Florian y sonrió de forma deslumbrante—. Siempre sales de casa en ayunas por la mañana y en el pantano no hay quiosco. Así que es, por así decirlo, una medida de salvamento necesaria por mi parte. Al fin y al cabo, tienes que enseñarnos la papelera donde encontraste las cosas. —Dos hoyuelos aparecieron en sus mejillas—. También he pensado en cruasanes —declaró riendo, y sacó por arte de magia una bolsa de debajo de su chaqueta, de la que salía un olor delicioso.

Julia devoró su cruasán en pocos instantes. Una sensación agradable se extendió por la boca de su estómago.

—No entiendo por qué no desayunas. Siempre estás tan hambrienta cuando quedo contigo —constató Florian, y le cedió también su cruasán.

Ella vaciló.

—Venga, cógelo. Yo ya he salido a correr esta mañana y ya me he metido un gran batido de proteínas entre pecho y espalda.

El estómago de Julia se impuso con un fuerte rugido. Mordió con ganas el bollo mientras navegaba por la conocida ruta hacia el pantano. Las calles estaban llenas, porque a esa hora miles de personas se dirigían a sus lugares de trabajo en Colonia. Aun así, avanzaron con bastante rapidez y llegaron a su destino en cuarenta minutos.

Julia se dirigió al pequeño aparcamiento en el que el día anterior había descubierto la ropa de la estudiante muerta. La atmósfera esa mañana era completamente diferente. No se debía a las temperaturas ni a la luminosidad. El tiempo era estable y casi idéntico. Tampoco se debía al coche con la rueda pinchada, que seguía aguantando a la sombra de los árboles esperando a su dueño. Más bien, la lluvia de flashes de las cámaras de la científica convertía el lugar en un escenario brillante y animado.

Ayer mismo, Julia había sentido miedo de verdad. Se había sentido sola e indefensa. El aparcamiento había resultado inquietante. El crimen atroz que había ocurrido no lejos de ese lugar en el pantano irradiaba hasta allí y se veía reforzado por las sombras creadas por las altas copas de los árboles y el sol de verano. Hoy, sin embargo, aquel lugar parecía más bien una invasión alienígena. La

plaza bullía de gente vestida de blanco que manipulaba pinceles, pinzas y bolsas, recogiendo todo lo que caía en sus manos.

—¿Es esa la papelera? —preguntó Anna Schubert a modo de saludo.

Estaba totalmente en su elemento y fue directa al grano. Julia asintió y cerró la puerta del coche.

—Sí, esa es exactamente. Justo detrás empieza el sendero amarillo que lleva a través del bosque hasta el pantano.

—¿Puedes decirnos ya algo sobre la ropa de la víctima? —preguntó Florian a la jefa de la científica.

Esta se encogió de hombros con impotencia.

—Estoy ante un enigma —declaró, y puso los ojos en blanco.

Las cejas de Florian se dispararon hacia arriba interrogantes.

—Cómo explicarlo... —Las palabras de Anna Schubert se ralentizaron de repente. En su frente aparecieron profundas arrugas —. No puedo confirmar que se trate de la ropa de la desaparecida Melissa Hornberg. El carné de la biblioteca encontrado lo sugiere, pero no puedo probarlo. Tampoco puedo decir si la chica del pantano y Melissa Hornberg son realmente la misma persona. —Hizo una pausa y se secó una gota de sudor—. Y para mi gran pesar, ni siquiera puedo demostrar que la mujer a la que pertenecía la ropa asegurada haya sido víctima de un crimen... —Resopló al pronunciar las últimas palabras y se encogió de hombros de nuevo.

Florian la miró fijamente y esperó una explicación.

—La ropa estaba llena de sangre —intervino Julia.

—Eso es totalmente correcto, pero no se trata de sangre de una mujer. Eso lo hemos podido determinar sin lugar a dudas —logró decir finalmente Anna Schubert, y vaciló de nuevo un momento antes de decir—: Para ser más exactos, ni siquiera se trata de sangre humana. Es sangre de gallina.

—¿Qué? —Las cejas de Florian se juntaron—. No lo entiendo.

—Yo tampoco puedo explicarlo de momento. Hemos realizado el análisis dos veces. El resultado es inequívoco. En la ropa no hay ni una gota de sangre humana. Por esa razón, de entrada tampoco puedo establecer una conexión directa entre la muerta y la ropa.

Florian se pasó la mano por el pelo, pensativo.

—Es increíble —dijo finalmente—. Ahora puedo explicarles a los padres que su hija al parecer está muerta. Pero que no lo sabemos al cien por cien, dado que su cadáver ha desaparecido y solo lo suponemos basándonos en el carné de la biblioteca y la ropa. Y por si eso no fuera lo bastante amargo, encima tengo que preguntarles si su hija ha tenido algo que ver con gallinas últimamente.

—Sinceramente, cuanto más lo pienso, menos sorprendente me parece lo de la sangre —dijo Julia—. A primera vista, el cadáver de la chica no presentaba lesiones extensas ni profundas que pudieran explicar la ropa empapada de sangre. Además, tú mismo dijiste que el asesino tal vez quería honrar a la víctima. Por lo tanto, no le hizo daño innecesariamente.

—Eso es cierto —replicó Florian—. Solo esperaba que la ropa nos hiciera avanzar de alguna forma. Podría haber habido sangre del asesino en ella.

—Quizá encontremos otras huellas —dijo Anna consoladora—. Propongo que empecemos por la papelera y avancemos por la ruta amarilla hasta el pantano. —Se dio la vuelta y dio a sus empleados las instrucciones correspondientes.

Julia corrió hacia la papelera y observó cómo un colega de la científica introducía el contenido en una bolsa de pruebas. Salieron a la luz envoltorios de caramelos, un periódico arrugado, restos de comida podrida y un montón de colillas. Nada que pudiera relacionarse directamente con la muerta. Pero posiblemente en una de las colillas se encontrara una pista que los llevara al asesino.

Miró hacia el coche con la rueda pinchada, que en ese momento estaba siendo inspeccionado por Florian y unos compañeros. La tapa del maletero se abrió con ímpetu, pero nadie se sobresaltó al mirar dentro. Al parecer, el coche no ocultaba ningún secreto especial. Julia decidió entonces seguir a los dos hombres de la científica, que acababan de ponerse en marcha hacia el pantano. Caminó tras ellos. Los hombres examinaban paso a paso el estrecho sendero en busca de huellas. De vez en cuando se detenían y marcaban rastros con carteles de colores.

Cuanto más avanzaban y más alto subía el sol en el cielo del mediodía, más calor hacía. Julia empezó a sudar. Uno de los

hombres se detuvo y observó unas ramas rotas.

—Aquí alguien se ha salido del camino —explicó, y pegó cinta amarilla neón alrededor de una rama dañada.

Luego siguió la brecha hacia el interior del bosque. Julia se mantuvo detrás de ellos. Las ramas le golpeaban la cara. Levantó los brazos para protegerse. A pesar de toda la precaución, se enredó en un zarzal y se rasgó la piel dolorosamente. Los empleados de la científica penetraban cada vez más profundo. De repente, uno de ellos se detuvo.

—Creo que aquí no hay nada más —dijo, y se dio la vuelta—. Deberíamos volver al sendero principal. ¿Qué opinas, Christoph?

Su colega no respondió. El hombre estaba allí plantado como si hubiera echado raíces, sin mostrar reacción a la pregunta. Sus ojos miraban fijamente hacia arriba. Julia dio un paso adelante y siguió su mirada. Observó los gruesos troncos de los árboles, ramas muy ramificadas y toneladas de hojas de un verde intenso que susurraban. El sol se colaba por cada hueco visible y cegaba a Julia.

Parpadeó y fijó la vista en una bifurcación gruesa en el tronco de un abedul. El árbol era fuerte. Poderosas ramas se extendían en todas las direcciones. La visión parecía inofensiva al principio, de no ser por el cabello que se movía ligeramente con el viento. A unos cuatro metros de altura se hizo visible una cabeza humana, que Julia solo percibió poco a poco. Su mirada vagó más allá y reconoció el cuello, el torso, brazos y piernas de una mujer que apenas se distinguían de la rama del abedul.

—¿Qué pasa? —preguntó el colega más alto, confundido.

El otro seguía callado. A Julia también se le había ido el habla. Señaló muda con el dedo hacia el descubrimiento.

—Pero qué demonios... —El hombre se interrumpió a mitad de la frase—. Joder —dijo entonces—. Necesitamos refuerzos inmediatamente.

17

—Cielo santo. ¿Cómo ha llegado esa mujer ahí arriba? —La voz de Florian sonaba tomada.

Doce policías estaban reunidos bajo el viejo abedul y miraban hacia arriba. La fotógrafa disparaba fotos incesantemente. Su flash competía con los rayos del sol, cuyo brillo intenso dificultaba la visión del hallazgo.

—Necesitamos una escalera —constató Julia, estirando el cuello, que empezaba a notarse tenso por la postura forzada.

—Primero tenemos que conseguir una —dijo Anna Schubert, sin apartar la mirada de la muerta, que parecía fundirse casi artísticamente con el abedul.

La piel estaba pintada de blanco y las manchas oscuras sobre ella pretendían imitar el patrón típico de la corteza de un abedul.

—¿Podría ser esta mujer nuestra chica del pantano? —preguntó Florian dirigiéndose a Julia.

—No puedo juzgarlo desde aquí abajo. La mujer es rubia, eso podría encajar. Tenemos que acercarnos urgentemente.

Tardaron casi una hora hasta que por fin llegaron las escaleras y una plataforma elevadora. Julia subió después de la científica, que primero había tomado fotos de todos los detalles. Debía intentar identificar el cadáver. Entretanto, el sol había alcanzado casi el cenit.

Hacía un calor insoportable y apestaba bestialmente a descomposición.

Las gafas de Julia le daban problemas. Se le resbalaban constantemente por el puente de la nariz sudoroso. Se secó el sudor por enésima vez y volvió a colocarse las gafas en su sitio. Observó el cuerpo femenino muerto. Solo estaba pintado por el lado visible. Al parecer, el *bodypainting* se había utilizado para camuflar el cadáver. El asesino debía de tener talento artístico. Había continuado las manchas oscuras de la corteza sobre la piel de la víctima. La corteza estaba imitada de forma tan realista que Julia tuvo que mirar muy de cerca para reconocer el engaño. Se puso unos guantes de goma y tocó con el dedo índice el patrón pintado. Pintura blanca se quedó pegada en la yema de su dedo.

—El cadáver fue pintado aquí arriba. ¿Podéis ver salpicaduras de pintura en el suelo? —gritó hacia abajo, donde se había reunido todo el equipo de la científica.

Julia continuó con el examen. Su mirada vagó por el vientre, el pecho y subió hasta el cuello de la víctima. En la transición hacia la barbilla había una marca extensa. Pasó el dedo con cuidado por encima. Aquello no era pintura. El lunar era real. Miró la cara. Los ojos estaban cerrados, la boca ligeramente abierta. Se veía una hilera de dientes inmaculados. Los rasgos faciales eran delicados, la chica era muy joven. Julia tragó saliva. Su hermano pequeño se coló de forma opresiva en sus pensamientos. Era trágico ver la muerte de una persona tan joven que habría tenido toda la vida por delante.

Julia echó un vistazo hacia abajo. Los ojos de Florian estaban fijos en ella.

—Es otra chica —logró decir con voz ronca, y registró el cambio en el rostro de Florian.

Una mezcla de sorpresa y espanto se reflejó en él. Julia observó la piel de la chica. Estaba muy reseca, y en varios lugares descubrió marcas de mordeduras de animales. El proceso de descomposición estaba muy avanzado. La víctima debía de haber sido fijada allí arriba hacía bastante tiempo. Julia se preguntó si la chica llevaría muerta más tiempo que la mujer del pantano. Analizó con ojo crítico

el estado del cuerpo y llegó a un resultado inequívoco. La chica del árbol llevaba definitivamente más tiempo muerta.

Tocó la estaca de madera que sobresalía del pecho de la chica. Se había clavado directamente en el corazón. Julia examinó la madera críticamente. Era muy probable que la chica hubiera sido asesinada en otro lugar. No podía imaginarse que hubiera ocurrido allí arriba en el árbol. Incluso si el autor hubiera inmovilizado a la mujer, era casi imposible clavarle una estaca en el corazón sin que el cuerpo cayera del árbol. Había clavado la madera en el pecho con tal fuerza que se habían roto al menos dos costillas. Llamaba la atención la poca sangre que había salido de la herida. Para ser más exactos, no había casi nada. Al parecer, el autor había lavado el cadáver.

Julia sentía un hormigueo en los dedos. Quería empezar con la autopsia cuanto antes. Esta vez el cadáver no debía desaparecer, porque estaba segura de encontrar huellas del asesino. Al menos podía leer su *modus operandi* y Florian podría construir un perfil del autor a partir de todas las pistas.

Un tatuaje colorido bajo el ombligo le llamó la atención. Estaba diseñado de forma diferente al de la piel de la chica del pantano, pero los colores le recordaron a Julia al primer tatuaje. Dejó que la imagen actuara sobre ella un momento y luego volvió a bajar.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Florian impaciente, antes de que ella hubiera bajado el último peldaño.

—Le han clavado una estaca en el corazón. Tengo que examinarlo con más detalle, pero creo que murió en el acto.

Le explicó a Florian lo que había visto. Luego enviaron de nuevo a la científica arriba. Una vez concluida la recogida de pruebas, bajaron el cadáver de la chica del árbol. Para ello, los compañeros utilizaron una camilla que fue descendida mediante varias correas. La muerta desapareció en un ataúd y luego en el mismo coche fúnebre que la chica del pantano, solo que con la diferencia de que esta vez una escolta policial acompañó al coche negro hasta el Instituto de Medicina Legal.

18

Dejó el telescopio con satisfacción, se sentó y se encendió un cigarrillo. Aspiró el humo con placer y lo expulsó muy lentamente. Por fin habían encontrado a *Muyal*. Así llamaba a la hermosa chica. El nombre significaba algo así como *Nube del cielo*, y Muyal realmente había hecho honor a ese nombre. Sus ojos eran tan azules y claros que se había podido reflejarse en ellos. Pura e inocente era ella, y él la había honrado. El lugar en el árbol la elevaba hacia los dioses a los que él había rendido homenaje.

Satisfecho, apagó el cigarrillo y volvió a coger el telescopio. Una mujer con el pelo negro se había subido a una escalera y estaba examinando su obra de arte. Por unos segundos se giró y él pudo ver su cara. La mujer era muy pálida y llevaba unas gafas marcadas que, junto con el pelo oscuro, formaban un contraste perfecto con su piel. Aunque no encajaba en absoluto en su esquema de mujer, era atractiva a su manera. Se volvió de nuevo y se demoró un poco más ante Muyal antes de bajar la escalera y hablar con un hombre rubio, que probablemente era el comisario jefe del caso.

Habían buscado a *Kinich*, el *Rostro del sol*. Pero no la habían encontrado. Él la había recuperado. Aún no estaba lista. Cada una de ellas debía permanecer un tiempo determinado en su lugar predestinado. El paseante le había estropeado los planes. Muyal era aquella cuya descomposición estaba tan avanzada que ahora quería

entregarla a la tierra. Por eso se había asegurado de que pudiera ser descubierta. Sabía que su ropa pondría a la policía sobre la pista correcta. Sonrió al pensar en la sangre de gallina. Se romperían la cabeza un rato con eso.

Por un lado lamentaba que ya no estuviera allí arriba en el abedul, donde se había vuelto una con la naturaleza. Por otro lado, pronto no habría quedado nada de su belleza. Al final no habría sido descubierta en absoluto, eso habría sido una pena. ¿Habría admirado la mujer de pelo negro su arte? Recordó su mirada despierta e inteligente. Quizá. Al menos eso esperaba. Y el rubio alto de ojos suaves. Seguro que tenía sentido de lo bello. Podía imaginarse que el comisario entendía su obra.

Una obra que era mucho más grande que la humanidad misma. Una obra que era importante para él, pero también para todos los demás que querían vivir y que por eso debían ofrecer sacrificios para apaciguar a los dioses. Era de suma importancia que se continuara con ese homenaje milenario. Esa era su tarea. Había sido elegido para ello y haría bien su trabajo. No como los otros, que intentaban engañar. No, ya estaba harto de eso. Había mirado durante demasiado tiempo antes de tomar finalmente las riendas él mismo y empezar a complacer a los dioses. A satisfacerlos. A saciar su sed de sangre y belleza. Y de inocencia.

Cogió su cámara y sacó unas cuantas fotos. Poseía un equipo profesional que disponía de un teleobjetivo y podía acercar mucho la acción. Quería documentarlo todo. Para más tarde, cuando lo hubiera logrado y quisiera recordar las cosas. Suspiró y puso la tapa al objetivo. Suficiente por hoy, pensó, y guardó la cámara y el telescopio en la bolsa. Aún tenía mucho que hacer. El círculo debía completarse y *Nicte*, su flor, ya estaba esperando.

19

A Florian le palpitaba la frente. Era el hedor insoportable lo que le afectaba. Había querido estar presente a toda costa en la autopsia de la nueva víctima. Era primera hora de la tarde y aún no había tenido tiempo de almorzar. Igual que Julia, a la que, sin embargo, no se le notaba nada. Estaba junto a la mesa de autopsias y examinaba concentrada el cuerpo de la chica. Emanuel la asistía. Florian se preguntó si el joven ya habría comido algo. Respiró hondo e inmediatamente sintió una leve náusea, que atribuyó al olor a cadáver. Aun así, sus pensamientos estaban llenos de comida. Su última barrita de chocolate se la había cedido a Julia. Se arrepentía un poco ahora. Por otro lado, lo había hecho con gusto. Le gustaba cuando ella se alegraba de sus atenciones y cuando su tez pálida se cubría de un leve rubor.

Ese cambio era apenas perceptible. Al principio no le había llamado la atención en absoluto. En realidad, nunca se había fijado en Julia. Una razón para ello era que hasta hacía cuatro años había trabajado con un compañero de ella que entretanto se había jubilado. A eso se añadía el hecho de que Julia no se correspondía en absoluto con el tipo de mujer que le atraía. Pero cuanto más tiempo la conocía, más interesante le parecía. Curiosamente, pertenecía a las pocas personas con las que podía hablar. Con las mujeres solía quedarse en un nivel bastante superficial. No le

importaba mucho si tenían éxito profesional o qué más les movía en la vida. Era joven, era hombre y aún no quería atarse ni por asomo.

Había dos criterios importantes que una mujer debía cumplir para ser interesante para él: ser atractiva y que no buscase nada fijo. Se encontraba en una etapa de la vida en la que quería disfrutar de su libertad y vivir aventuras. Sabía que eso se acabaría de golpe en cuanto decidiera formar una familia. Pero aún no había llegado ese momento. Por eso descartaba a todas las conocidas que veían en él algo más que una aventura pasajera. No quería verse arrastrado a ningún lío de relaciones ni hacer daño a las mujeres con las que se involucraba.

Con Julia era completamente diferente. Sus constantes acciones por cuenta propia le ponían de los nervios, a veces también su interés insaciable por su trabajo. Julia siempre tenía miedo de perderse algo o de pasar algo por alto. Al principio la consideraba una personalidad patológicamente ambiciosa, para la que todos los puntos eran siempre igual de importantes. Solo poco a poco había aprendido a valorar sus ideas. Era increíblemente inteligente. Observó su piel blanca lechosa, que bajo la lámpara brillante sobre la mesa de autopsias resplandecía literalmente. Por un instante se preguntó cuán suave se sentiría al tacto. Sintió un cosquilleo en las yemas de los dedos.

Florian apartó el pensamiento. Julia no era su tipo. Independientemente de eso, sabía que debía mantener las manos alejadas de ella. No pertenecía a las mujeres que buscaban una aventura rápida. Lo último que quería era herirla y posiblemente poner en juego su amistad.

—La víctima no presenta heridas defensivas —dijo Julia al dictáfono que sostenía en la mano izquierda, interrumpiendo así los pensamientos de Florian.

—El cadáver fue lavado con agua y un gel de ducha verde. Los restos del gel van al laboratorio.

Hizo una breve pausa y cogió con la derecha la mano de la muerta.

—Los dedos también están intactos. Bajo las uñas hay partículas de piel. No se detectan ni suciedad ni sangre. Una muestra va

también al laboratorio.

Emanuel fotografió el tatuaje debajo del ombligo.

—En el bajo vientre de la muerta se encuentra un tatuaje —continuó Julia—. El motivo no está claro. Consta de varios símbolos. Se encuentran en él los colores azul, amarillo, rojo y verde.

Pulsó el botón de pausa del dictáfono y se inclinó sobre el tatuaje. Luego soltó el botón y siguió hablando:

—Un símbolo parece una nube. Debajo corre una línea ondulada azul, quizá un signo para el agua. El tatuaje mismo tiene la forma de un trozo de pastel y abarca aproximadamente una décima parte de un círculo.

Emanuel volvió a fotografiar, esta vez los pies de la víctima.

—El abdomen, las piernas y los pies no presentan anomalías. La rodilla izquierda presenta una coloración oscura en la parte exterior. Podría deberse a la descomposición avanzada. Igual de probable podría tratarse de una contusión. Desprenderé la piel en el siguiente paso para determinar la causa.

Emanuel se apresuró a capturar el lugar en cuestión con la cámara, mientras Julia continuaba:

—Bajo las uñas de los pies tampoco se encuentran ni sangre ni suciedad. Un frotis va al laboratorio.

Florian esperó en silencio hasta que Julia hubo terminado el examen externo del cadáver. Cuando a continuación empezó a extraer los órganos, sonó su teléfono.

—Kessler —respondió.

Anna Schubert estaba al otro lado.

—Florian, tengo noticias. Hemos comprobado las huellas dactilares en el coche con la rueda pinchada. Pertenecen al menos a tres personas. Ahora agárrate... —Hizo una pausa larga—. Hemos identificado huellas de la muerta del abedul.

—Esas son noticias interesantes. —Florian se apretó el auricular más contra la oreja.

—Sí, y eso no es todo. He podido demostrar la misma huella dactilar en un botón de la blusa de la ropa que Julia Schwarz encontró en la papelera. Aún espero la confirmación final, pero asumo que la muerta en el abedul es Melissa Hornberg. Un

compañero ha mirado su perfil de Facebook. La chica tiene un lunar bajo la barbilla, exactamente igual que nuestra muerta. En una hora espero los resultados de ADN. Quizá puedas conseguirnos el cepillo del pelo de la chica o algo similar de los padres. Así lo sabremos con seguridad, independientemente de si los padres identifican a su hija.

Florian dio las gracias y colgó. Eso era un avance. Al menos ahora conocían a una de las víctimas. El descubrimiento de Anna no facilitaba precisamente la búsqueda de la chica del pantano. De ella no tenían nada salvo unas fotos del lugar del hallazgo. Tanto los restos mortales de la mujer como su ropa seguían desaparecidos.

Florian reflexionó. Había dos puntos que tenía que resolver a continuación. Tenía que visitar a los padres de Melissa Hornberg, comunicarles la terrible noticia de la muerte de su hija y conseguir un pelo para el cotejo de ADN. Además, tenía que localizar al titular del coche con el pinchazo. El propietario era altamente sospechoso, porque estaba demostrado que la chica muerta había tenido contacto directo con el vehículo que habían encontrado en el pequeño aparcamiento de la reserva natural.

—Llámame en cuanto termines con la autopsia —le gritó a Julia y salió corriendo lleno de ganas de actuar.

20

—¡Eres guapa. Incluso muy guapa! —Corazoncitos y un *smiley* lanzando un beso siguieron al mensaje de Tobi.

Hannah se quedó petrificada frente a la pantalla y leyó sus líneas una y otra vez. Su corazón latía tan fuerte como si estuviera ante un examen importante. Acababa de volver del entrenamiento de baile. Aunque solía meterse en la ducha de inmediato, esta vez había ido primero al portátil. No le gustaba ducharse en el gimnasio. En los aseos sucios había poca luz, espejos demasiado pequeños y tampoco quería cargar con el secador grande cada vez.

Además, había probado un peinado nuevo. Uno que la hiciera parecer un poco más adulta. Se había prestado los rulos de su madre. Ella, por supuesto, no sabía nada. Hannah solo había cogido unos pocos de la cesta del baño, los justos para que fuera imposible notarlo. Su madre poseía rulos de todos los colores y formas imaginables, desde los muy anticuados de metal hasta los nuevos modelos de gomaespuma en azul claro y rosa, que incluso se podían llevar por la noche. Desde el punto de vista de Hannah, el resultado era óptimo. Su melena, ya de por sí rizada, tenía aún más volumen. Además, así se veía más arreglada y no tan salvaje.

Para la primera cita con Tobi tenía que estar sencillamente perfecta. Él debía enamorarse perdidamente de ella al instante. Aunque aún no se había fijado una fecha exacta, no podía hacer

daño estar preparada. Pero de repente, las dudas destruyeron su hermosa fantasía. ¿Seguiría él interesado? Una y otra vez hablaba de quedar con ella, pero nunca había hecho una propuesta concreta.

Con una profunda arruga de preocupación en la frente, revisó su perfil. Maldita sea, estaba conectado. Justo ahora y sin contactarla. Las mariposas en su estómago se convirtieron en bloques de hormigón que se asentaron pesados y angulosos en sus entrañas. ¿Estaría chateando con otras chicas? En realidad, la pregunta sobraba. ¿Qué otra cosa iba a hacer en una plataforma de citas en Internet? Hannah suspiró profundamente. ¿Le estaba tomando el pelo? Hizo clic en otras páginas para distraerse un poco. Esperó exactamente dos minutos y volvió a comprobar su estado en línea. Tobi seguía en la red. Se le ocurrió pensar en su mejor amiga, Mia. ¿Estaría chateando con ella? Al fin y al cabo, también estaban conectados.

El nerviosismo de Hannah creció desmesuradamente. ¿Debería escribirle ella simplemente y ver si reaccionaba? Indecisa, arañó la superficie del escritorio con las uñas. Abrió una ventana de chat, pero dudó. Siguiendo un impulso, cogió el móvil y le envió un mensaje a Mia.

«Hola Mia, he vuelto del baile. Ha sido bastante agotador. Lucas ha estado insoportable. ¿Qué haces?».

Envió el mensaje y esperó. Normalmente Mia contestaba en cuestión de segundos, a menos que estuviera ocupada. Maldición. ¿Ocupada con qué? O mejor dicho, ¿con QUIÉN? En los pensamientos de Hannah se agolparon visiones de horror: ella, Mia y Tobi juntos en la piscina, pero desgraciadamente en la constelación equivocada. Tobi y Mia cogidos de la mano y ella lanzándose frustrada desde el trampolín de tres metros. O ella, Mia y Tobi, esta vez delante del colegio. Todos mirándolo fijamente mientras él, con unos vaqueros ajustados, recogía a su mejor amiga.

Maldita sea. En ese instante sonó el timbre de la puerta. Hannah oyó a su madre subir las escaleras. Cerró el ordenador de golpe a la velocidad del rayo. La puerta de su habitación se abrió de par en par sin previo aviso.

—Hannah. Es para ti.

Hannah se giró furiosa y fulminó a su madre con la mirada, pero esta ni siquiera la miraba, sino que estaba ocupada con el visitante.

—La cena estará lista enseguida. Si quieres, puedes quedarte —oyó decir a su madre.

La indignación de Hannah por la invasión de su privacidad dio paso a la sorpresa. Una cabellera oscura apareció detrás de su madre. La expresión de Hannah se congeló al instante. ¿Qué quería ese ahí? Se quedó mirando al chico alto, que simplemente se coló en la habitación pasando por delante de su madre.

—Lucas —resopló ella, sin moverse del sitio. Por un momento terrible pensó si le habría enviado el mensaje a Mia por error a él. *Lucas ha estado insoportable*. Estaba sentada allí como un conejo frente a una serpiente.

—Quería hablar contigo —empezó Lucas.

Mierda. Le había enviado el mensaje a él. Estaba en un lío.

—Sé que a veces es un poco... —Lucas se detuvo y señaló su cama—. ¿Puedo?

Genial. Ella asintió mecánicamente y él se sentó en el borde. Si tenía que sentarse para echarle la bronca, es que era especialmente grave. Un ligero rubor cubrió el rostro de él. Hannah se mordió el labio inferior.

—Verás, a veces hay un poco de tensión entre nosotros dos.

Los pensamientos se agolpaban en la mente de Hannah. ¿Debería disculparse directamente? ¿Explicarle que no lo decía en serio y que en realidad él no era insoportable? ¿Que el mensaje no iba dirigido a él en absoluto y que podía entender perfectamente que la regañara porque, una vez más, no había practicado lo suficiente? Pero tenía la boca seca como la mojama. No le salía ni una palabra.

Lucas se frotó las manos y bajó la mirada. Miró fijamente un punto imaginario en su alfombra.

—Por eso quería preguntarte si puedo invitarte a cenar. Quizá a una pizza en casa de Pepe. Claro, solo si te apetece.

Hannah estaba tan tensa que no entendió ni una palabra. Esperaba su crítica. La exigencia de que tenía que practicar más y concentrarse mejor. Que no quería estar haciendo el ridículo con ella

constantemente. Que no bastaba con que lo hiciera bien una vez y la siguiente volviera a meter la pata. Además, en el fondo de su mente seguía rondando su preocupación por Tobi, que no chateaba con ella a pesar de estar conectado. Y también Mia, que solía responder siempre de inmediato y hoy no lo hacía porque estaba ocupada, probablemente con Tobi. La cabeza de Hannah estaba a punto de estallar bajo la carga de sus pensamientos.

Lucas la miró directamente.

—Quería disculparme. Hoy no he sido muy amable contigo. —Se retorció los dedos—. Lo siento.

Guau. Por fin sus frases calaron en ella. ¿Quería disculparse?

—Vale —dijo ella, porque no se le ocurrió nada mejor sobre la marcha.

—¿Vale qué? ¿Vienes a cenar conmigo?

Cierto, no solo se había disculpado. Quería comer pizza con ella. Hannah no podía creerlo. Parpadeó, solo para asegurarse de que Lucas no desaparecía del borde de su cama como un espejismo.

—Vale —repitió, enfatizando la palabra más como una pregunta.

Una sonrisa apareció en el rostro de Lucas. La miró a los ojos y Hannah sintió cómo le subía el rubor a la cara. Había algo en su mirada que nunca antes había notado. La situación le resultaba embarazosa. Sobre todo porque Hannah podía sentir que el rubor se extendía explosivamente. Seguro que estaba roja como un tomate. Bajó la mirada rápidamente. ¿Qué le pasaba?

—Bueno, si no tienes nada en contra, te recojo mañana por la tarde. ¿Qué tal sobre las siete? —propuso Lucas y se levantó.

Hannah por fin logró moverse.

—Sí, genial —logró decir con esfuerzo y se levantó también.

—Bien, pues nos vemos mañana.

Lucas dio un paso al lado torpemente. De repente parecía tener prisa y se dirigió a la puerta de la habitación de Hannah. Luego bajó la manilla.

—¿Qué pasa con la cena? —De repente Hannah se acordó—. Mi madre te ha preguntado si querías quedarte.

Él se giró y le lanzó una mirada brillante.

—Por desgracia tengo que irme a casa —explicó—. Hoy tenemos asado. Es el cumpleaños de mi padre.

—Ah —dijo Hannah simplemente y vio cómo él levantaba la mano para despedirse.

La puerta se cerró y Hannah se quedó inmóvil unos segundos. Luego respiró hondo y volvió a sentarse en su silla. ¿Acababa Lucas de invitarla a una cita?, se preguntó con el corazón palpitante, pasándose los dedos por las mejillas acaloradas. No podía ser. Nunca se había interesado por ella. Tuvo que pensar en su mirada y de repente ya no estaba tan segura. La había mirado de esa manera tan particular.

Agitada, se levantó de un salto y ejecutó una nueva secuencia de pasos que había practicado hoy con Lucas. Eufórica, saltó de puntillas por la habitación. En su armario había un espejo grande. Hannah se miró en él mientras movía las caderas sin fallos. ¿Parecía sexy? Echó su melena rizada hacia atrás y sonrió. Sí, pensó. Incluso se veía condenadamente sexy.

El pitido de su móvil la sacó del ritmo. Esa debía de ser Mia. Leyó el mensaje y sintió un alivio infinito. Lo había olvidado por completo. Mia jugaba al tenis y hoy tenía un partido importante. Así que no podía haber estado chateando con Tobi en absoluto.

Sin controlarlo conscientemente, los dedos de Hannah fueron al portátil y teclearon la contraseña. No tenía mensajes nuevos. Decepcionada, apagó el dispositivo. Unos segundos después, su móvil volvió a pitar. Esta vez era un mensaje de Tobi. Con el corazón palpitante leyó su comunicación.

Lo que escribía, sin embargo, equivalía a una catástrofe. Oh, no, gimió. De repente todo iba mal. Veía a Lucas delante de ella y al mismo tiempo a Tobi. ¿Qué debía hacer? Por fin Tobi proponía una reunión concreta. Pero no podía alegrarse, porque quería quedar con ella precisamente mañana por la noche. Menuda mierda. Estaba metida en un buen lío.

21

Julia trabajaba cansada revisando las tomas de alta resolución. La pantalla parpadeaba. Emanuel había hecho muchas fotos. Eso era extremadamente útil. Así podía ver los primeros planos del tatuaje desde diferentes perspectivas. Hacía clic adelante y atrás, aumentaba la frecuencia, de modo que las imágenes pasaban ante ella casi como una película.

¿Qué demonios se suponía que representaba ese motivo? Se hizo esa pregunta por enésima vez. Se quitó las gafas y se frotó los ojos. Su cerebro trabajaba, intentaba desenterrar un recuerdo o al menos una idea de las profundidades de su conciencia, pero no pasaba nada. Nunca había visto algo así antes. ¿O tal vez sí?

Abrió otra carpeta con las imágenes de la muerta del pantano. Julia observó las fotos concentrada. Al principio no pudo reconocer ninguna similitud significativa entre las dos víctimas. Al menos si se comparaban los tipos de muerte. La primera mujer probablemente había sido ahogada. Aunque a Julia le faltaba la prueba definitiva, todo lo que había visto en el lugar del crimen apuntaba a ello. La segunda muerta, que con gran certeza era Melissa Hornberg, había muerto por una lesión masiva en el corazón. El asesino le había clavado un estaca en medio del pecho. El corazón de la joven se había detenido al instante y su muerte se había producido en pocos minutos.

La pintura de la víctima y su fijación al tronco de un abedul diferían fundamentalmente de la situación en que se encontró el cadáver del pantano. Pero también había similitudes considerables. Estaban los cabellos rubios y largos y la juventud de las chicas. Además, los dos lugares del hallazgo estaban tan cerca el uno del otro que inevitablemente había que establecer una conexión entre las muertas. La probabilidad de que las chicas hubieran sido víctimas del mismo asesino era alta.

Lo más llamativo en ambos cadáveres eran los tatuajes debajo del ombligo y la ausencia de heridas defensivas. Para eso, Julia tenía ahora una explicación. En la sangre de la chica del árbol se encontraron alcohol y un anestésico que se utilizaba en los hospitales para la anestesia general. La chica con gran seguridad no había vivido el empalamiento conscientemente. Aunque Julia consideraba el método de asesinato con la estaca de madera extremadamente brutal, la víctima no había tenido que sufrir dolores innecesarios. Al parecer, al autor no le interesaba torturar o atormentar a las mujeres.

Siguió haciendo clic por las fotos del cadáver del pantano. Solo había una imagen que le interesaba en ese momento. Se había tomado cuando la chica yacía en la bolsa para cadáveres, justo antes del traslado. La toma mostraba un dibujo colorido en la piel debajo del ombligo. El cuerpo estaba cubierto de limo verdoso del pantano, por lo que Julia solo podía reconocer el tatuaje de forma insuficiente. Solo había limpiado una parte de la suciedad. Aun así, colocó con unos pocos clics los tatuajes de los dos cadáveres uno al lado del otro. Luego amplió las fotos al máximo.

A primera vista, las dos imágenes no tenían nada en común. Julia entornó los ojos. Se molestó por no haber descubierto el tatuaje del primer cadáver por completo. En la foto solo era visible un fragmento. El resto estaba oculto por suciedad y limo. No podía sacar conclusiones sobre la forma del dibujo. En cambio, los colores parecían similares. El tatuaje de la chica del árbol mostraba un símbolo parecido a una nube con una línea ondulada azul debajo. El azul era intenso como los colores del cielo de verano. También el

otro tatuaje presentaba este tono azul. Sin embargo, en forma de un triángulo. Además, se veía un círculo amarillo.

Una vez más se preguntó qué significaban esos símbolos. ¿Por qué se dejaban tatuar las chicas jóvenes tales tatuajes? Julia abrió una nueva ventana, esta vez el navegador de Internet, y buscó un estudio de tatuajes *online*. Pensativa, observó los motivos ofrecidos. Aquí se podía encontrar casi de todo, desde simples nombres pasando por diversos símbolos de corazones hasta complejos retratos. Incluso los Simpsons se podían plasmar en la piel en todas las variantes imaginables.

Además de los tatuajes clásicos, también había pegatinas que se podían quitar. Los motivos eran similares. Julia revisó la lista de los diez tatuajes más populares. Los corazones estaban de moda y el ocho tumbado como signo del infinito. Ninguno de los dibujos se parecía ni remotamente a los tatuajes de los cadáveres. Julia buscó en Internet foros de adolescentes. Esperaba quizás encontrar allí alguna conexión. Pero la red estaba llena de diferentes estilos de tatuajes y no podía quitarse la sensación de que estaba pasando algo por alto.

El móvil sonó. Sorprendida, Julia echó un vistazo al reloj. Eran poco más de las ocho. En la pantalla apareció el nombre de Florian. Descolgó.

—¿Sigues en el instituto? —quiso saber Florian. Su voz sonaba agotada.

—Sí, estoy mirando los tatuajes. Aunque con un éxito moderado.

—Pero no estás sola allí, ¿verdad? Por favor, dime que tu asistente sigue contigo —dijo Florian preocupado.

Julia puso los ojos en blanco involuntariamente. ¿Cómo se le ocurría que fuera tan ingenua como para ponerse de nuevo en peligro?

—Estoy sola. Pero las puertas están cerradas y además hay un vigilante de seguridad delante. La dirección del instituto ha reaccionado de inmediato. El hombre no se va hasta que no quede nadie en el instituto, y mientras tanto aquí no entra ni un ratón sin ser visto.

—Entonces está bien. —Florian soltó el aire audiblemente antes de continuar—: Acabo de estar con los padres de Melissa Hornberg. Han identificado a su hija ya con las fotos del lugar del crimen. Aun así, me he llevado unas muestras para el análisis final de ADN.

Florian se interrumpió y gimió.

—La conversación ha sido sinceramente espantosa. Melissa era su única hija, y aun así el padre no tenía ni una buena palabra para ella. La madre ha callado todo el tiempo.

—Vaya, eso es terrible —respondió Julia. Se le puso la piel de gallina en los antebrazos—. ¿Es que no estaban afectados en absoluto?

—Creo que la madre sí. Pero está tan bajo la influencia de su marido que, como he dicho, ha estado sentada en silencio todo el tiempo. Incluso cuando he preguntado si la mujer de la foto era su hija, solo ha asentido. —Florian suspiró largamente—. El padre tenía un tufo a alcohol que todavía tengo metido en la nariz.

—¿Crees que los padres tienen algo que ver con la muerte de Melissa?

—En realidad no me lo puedo imaginar. Aun así, tengo que comprobarlo, por supuesto. Desde mi punto de vista, el autor no actuó impulsivamente. El padre de Melissa es alcohólico. No le creo capaz de planear un acto así. A la madre, sinceramente, tampoco. Es solo una sombra de sí misma. La esclava doméstica de su marido. Está tan bajo su yugo que seguramente ni siquiera puede salir de casa sin su permiso.

—Pero podría encubrir al padre de Melissa, ¿no? —intervino Julia.

—Eso lo haría con toda seguridad. Como he dicho, sin embargo, no creo que los dos tengan nada que ver con la muerte de Melissa. Melissa tampoco estaba en casa en las últimas semanas. Vivía en una casa de acogida para mujeres porque quería alejarse de su padre violento. He llamado allí. —Hizo una pausa—. En realidad quería preguntarte si quieres ir a cenar conmigo. Necesito urgentemente un filete y una cerveza. ¿Te apetece?

Julia repasó mentalmente las siguientes tareas. La autopsia de la chica la había terminado. Todas las muestras estaban en el laboratorio. La mayoría de los resultados aún estaban pendientes y

no estarían disponibles hasta el día siguiente como muy pronto. Solo entonces podría escribir el informe. Quizá en los resultados del laboratorio se encontraran también nuevas pistas que tuviera que seguir. Pero en el fondo todo eso podía esperar hasta mañana.

—Con mucho gusto —dijo sencillamente.

—Te recojo en diez minutos.

22

A pesar de ser mitad de semana, habían conseguido apenas una mesa en el popular restaurante de Colonia. Estaba situado un poco a las afueras del centro y tenía un toque francés. El cocinero era conocido por sus creaciones extraordinarias.

Julia estudió el menú y notó cómo se le hacía la boca agua. No había almorzado y su estómago rugía como loco. Florian había ido a la barra y volvió con un aperitivo.

—Espero que te guste el *Hugo* —dijo, y le puso a Julia un vaso de *prosecco* con jarabe de flor de saúco delante de la nariz. Las copas eran abombadas y contenían, además del líquido, varias hojas de menta fresca y cubitos de hielo.

Julia asintió y bebió un trago con avidez. El alcohol se extendió cálidamente en su estómago vacío.

—¿Ha dado la autopsia algún otro resultado importante? —Florian tomó asiento frente a ella.

A Julia le llamaron la atención unas ligeras ojeras que Florian no solía tener. Su día había sido agotador.

—Nada que no te haya contado ya. No hay pistas sobre el autor. He encontrado restos de talco en el cadáver. Quizá sean idénticos a los de la base de madera de la chica del pantano.

—Con eso tendríamos otro indicio de que se trata del mismo autor. Posiblemente también sean varios. —Florian vació su copa de

un trago. Luego sus ojos se dirigieron de nuevo a Julia. —Melissa Hornberg era una pobre criatura. Tenía una vida realmente modesta, y cuando por fin había logrado dar el salto fuera de esa familia loca a una casa de acogida, tuvo que cruzarse precisamente con un asesino. La vida es a veces realmente cruel.

Julia tuvo que pensar en Michael ante las palabras de Florian. Sí, la vida podía ser realmente implacable. A veces uno simplemente estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado y el destino golpeaba. Nadie estaba a salvo de eso.

—El padre ni siquiera pestañeó cuando le informé de la muerte de su hija. Todo el piso era un único cuchitril. En un edificio descuidado de los años setenta en una gran zona residencial. Decimoquinto piso con un ascensor tan estrecho y sofocante que casi me dio claustrofobia. —Florian sacudió la cabeza. Parecía como si hablara más para sí mismo.

—La madre de Melissa es solo piel y huesos. Su cara está hundida. Los ojos casi tan grandes como las cuencas. Su mirada es la de un animal atrapado, que se mueve constantemente de un lado a otro. —De nuevo sacudió la cabeza. —Y eso que en todo el maldito piso solo hay un único peligro. A saber, el viejo borracho. Maldita sea. Si no hubiera sido por él, Melissa nunca habría tenido que irse de casa. Se habría sentido bien, habría terminado la escuela, quedado con amigos. Habría llevado una vida normal de adolescente. Así, probablemente se involucró con el tipo equivocado por soledad.

Florian interrumpió su discurso para pedir la comida y más bebidas a la camarera. A continuación, siguió en el mismo tono reflexivo:

—Melissa había sido una buena alumna. Uno o dos años más, y habría aprobado el bachillerato con notas decentes. Después, el mundo entero habría estado abierto para ella.

Volvió a hacer una pausa y tomó su bebida. Vació el vaso hasta la mitad de un trago y puso una cara como si estuviera a punto de morir de sed.

Julia observó a Florian, con quien trabajaba desde hacía muchos años. Rara vez lo había visto tan deprimido. Florian era un hombre

que tenía su vida bajo control. Eso se reflejaba en todo su comportamiento. Incluso en la elección de su afición. Como triatleta no solo había que entrenar duro, sino también ser capaz de dosificar las fuerzas. Solo así era posible que el organismo superara los esfuerzos. Sin autodisciplina y control, uno fracasaba inevitablemente ya en el primer tercio del trayecto a superar.

—¿Hay algo nuevo sobre la furgoneta blanca? —preguntó ella para que cambiara de tema.

Conocía eso de sí misma. A veces había que intentar apartar las emociones y concentrarse en los hechos. De lo contrario, el agujero en el que uno amenazaba con caer se volvía demasiado profundo en cuanto uno se dejaba arrastrar demasiado por los pensamientos negativos. Su táctica funcionó. Florian interrumpió su flujo monótono de palabras. Su rostro petrificado se volvió más vivo de nuevo.

—Los compañeros han comprobado quince coches. Pero hasta ahora no hemos tenido suerte. La furgoneta parece habérsela tragado la tierra, igual que el cadáver. Incluso se realizó un análisis de vídeo y se intentó hacer reconocible la cara del hombre. —Se encogió de hombros. —El tipo sabía que las cámaras lo grababan. No hubo ni una fracción de segundo en la que estuviera distraído y nos mostrara la cara. —Florian empezó a radiar de repente. —Sin embargo, todavía tenemos un as en la manga. He averiguado al propietario del coche en el aparcamiento. Imagínate, se trata de un delincuente sexual fichado. El hombre se llama Mario Wengler, cincuenta y dos años, y ya estuvo en la cárcel por violación. El tipo está en libertad desde hace cinco años.

—¿Y me lo cuentas ahora? —soltó Julia sorprendida.

El tenedor, que estaba a punto de clavar en el filete, se le cayó de la mano. Florian puso una sonrisa de complicidad.

—Ah, vamos. No te enfades ahora. Tú tampoco me contaste de inmediato la desaparición de la chica del pantano.

Su respuesta indignó a Julia. Hacía un momento había compadecido a Florian y ahora estaba furiosa con él. ¿Qué se creía este hombre? ¿De verdad quería darle una revancha tan barata?

—Pero yo no te dejé a oscuras a propósito, sino que simplemente evalué mal la situación —explicó ella y mordió con rabia el trozo de

filete que mientras tanto había pinchado.

Justo en ese momento llegó a la mesa la camarera, que miraba a Florian con un interés nada disimulado.

—¿Puedo hacer algo más por ustedes? —le preguntó a Florian, sin prestar atención a Julia.

Julia masticaba el bocado de carne y fulminaba con la mirada a Florian, que dirigía toda su atención a la rubia y atractiva camarera. Sus ojos recorrieron el cuerpo de ella y Julia habría preferido gritar en voz alta. La situación era absurda. Lo último que quería era ser testigo de un coqueteo superficial. Pero sabía que en el fondo no era asunto suyo, y por eso se tragó cualquier comentario agudo. En su lugar, siguió masticando su filete e intentó calmarse.

Tragó la carne y se metió otro trozo enseguida. Su humor mejoró lentamente a medida que su estómago se llenaba. Recuperó el control sobre sus emociones, bebió un sorbo y ya se preguntaba por qué se había alterado tanto. Que Florian dosificara la información si quería. No importaba si se enteraba de las noticias una hora antes o después.

Vio cómo la camarera le daba a Florian su número de móvil y le guiñaba un ojo al final. Julia tampoco quería alterarse por eso en ese momento. Así era Florian. Guapo, deportista y encima comisario de policía. Estaba claro que la mayoría de las mujeres iban tras él. Aunque no quería, se comparó por un instante con la rubia, que meneaba las caderas como si se tratara de un desfile de modelos.

—De verdad que no lo decía en serio —continuó Florian de repente.

Julia se apartó de la visión de la camarera y constató con asombro que Florian no la miraba a ella, sino a Julia fijamente.

—En realidad quería contártelo de inmediato. Pero la visita a los padres de Melissa me alteró tanto que quería soltar eso primero. Oye... —Calló y esperó a que Julia lo mirara bien. —Valoro mucho nuestra colaboración, y no haría nada que te molestara. Fue un comentario estúpido por mi parte y para nada pretendía ser una revancha barata. —Su mano se deslizó sobre la mesa y Julia se sobresaltó involuntariamente. No bajó la mirada. Le creyó. Una pequeña sonrisa se coló en su rostro.

—También tengo una propuesta para compensarte —declaró Florian y volvió a recostarse. —¿Qué te parece si vienes conmigo mañana por la mañana? Nuestro hombre vive algo apartado en una cabaña en el bosque. Martin Saathoff me acompañará, por así decirlo como sustituto de vacaciones de mi compañero. ¿Qué opinas?

—Oh, sí, lo haré. —El humor de Julia mejoró al instante. —Si tenemos la oportunidad, miraré con detenimiento. Quizá descubramos guantes de goma y un par de estacas de madera.

—Sí, y a ser posible también las pinturas de *bodypainting* que el tipo usó para camuflar a su víctima en el abedul —añadió Florian y brindó con Julia.

El resto de la velada pasó volando. Poco antes de medianoche se pusieron en camino a casa, no sin que Julia registrara inconscientemente un pequeño detalle. Florian había dejado el posavasos con el número de teléfono de la camarera sobre la mesa del restaurante.

23

Solo ahora Julia volvía a ser consciente de cuánto bosque había en esa zona. Eran poco después de las ocho de la mañana. Florian estaba al volante y a su lado su colega Martin Saathoff, que no parecía especialmente hablador. Llevaban más de treinta minutos en camino y hasta entonces no había pronunciado más que un gruñido de «¡Buenos días!».

Julia se había puesto cómoda en el asiento trasero. Masticaba un bocadillo que había comprado en una gasolinera en el sur de Colonia. Miraba por la ventana y dejaba pasar los árboles. La carretera era tan estrecha que solo podía pasar un coche. La hierba alta a lo largo de la calzada estaba aplastada a intervalos irregulares. Eso ocurría siempre que un coche tenía que esquivar al tráfico en sentido contrario. ¿Cómo se podía vivir en una zona tan apartada?, se preguntaba Julia. Ni supermercado, ni cine ni teatro, ni siquiera una urbanización se veía a lo lejos. Todo aquello le resultaba incómodo, pues estaban sencillamente en medio de la nada. Miró su móvil y se sintió confirmada, incluso la cobertura allí fuera era miserable. Algo así solo podía soportarlo un solitario.

El sol tenía dificultades para enviar sus rayos a través de las densas copas de los árboles hasta el estrecho sendero por el que circulaban. Julia pensó en la chica del árbol. No había muerto en el árbol, sino en otro lugar. ¿Encontrarían ese lugar ahora en medio del

bosque? Su mirada peinó la densa maleza de zarzas, pequeños arbustos y ramas muertas. Florian frenó el coche y giró hacia un camino forestal aún más estrecho.

—Ya casi estamos —declaró.

El malestar de Julia aumentó. Le caía bien Florian, sobre todo porque la incluía en su trabajo. Valoraba su opinión. Pero hoy predominaba su tensión interior. Habría preferido dar la vuelta. Nunca antes había estado frente a un posible asesino. Menos aún uno que ya tenía antecedentes por abuso sexual. La idea de tener que mirar a los ojos a un monstruo así le ponía la piel de gallina.

—¿Cómo se llamaba el tipo? —preguntó Martin Saathoff.

—Mario Wengler, cincuenta y dos años, condenado a una pena de prisión de tres años por violación y en libertad desde hace cinco años —recitó Julia como un disparo, antes incluso de que Florian pudiera decir nada.

—¿Y cómo hemos llegado otra vez a este cabrón? —siguió preguntando Saathoff.

—¿Es que no ha leído el expediente? —Julia estaba atónita.

Conocía a Saathoff solo de vista. Trabajaba con uno de sus compañeros. No le había parecido incompetente hasta ahora. Saathoff registró su tono irritado y se giró bruscamente hacia ella. Su cara arrugada desaparecía casi un tercio tras un enorme bigote, que parecía tan despeinado como su pelo oscuro entrecano.

—Mire, mi dama. He estado media noche fuera buscando a traficantes de drogas. He dormido exactamente cuatro horas. No había tiempo para un estudio exhaustivo del expediente.

«Mi dama». Cómo odiaba esa expresión. La palabra se le clavó en la mente. Sabía que muchos compañeros la llamaban la «Dama de Hielo». Pero solo porque tuviera un objetivo en mente y pusiera toda su energía en el trabajo y la resolución de crímenes violentos, no era ni de lejos una persona insensible. Eran los autores los que se encargaban de que ella tuviera que ocuparse constantemente de nuevos asesinatos. Ellos eran de hielo y torturaban o mataban a sus

víctimas sin un atisbo de sentimiento, no ella. Fulminó a Saathoff con la mirada.

—El expediente está bajo el asiento delantero —intervino Florian y detuvo el coche para que Saathoff pudiera agacharse. —Echa al menos un vistazo a la foto para no lanzarte sobre el hombre equivocado, en caso de que no esté solo.

Saathoff gruñó algo ininteligible, pero sacó el expediente.

—Era su compañera sentimental —dijo de repente. —La mujer tenía casi cuarenta años cuando la asaltó. —En su voz se había colado un tono rencoroso.

—¿Y? —dijo Florian y volvió a arrancar.

—Pensaba que las chicas asesinadas tenían como mucho veinte años —replicó Saathoff, y se le notaba que no le parecía gran cosa toda la acción.

—Eso es cierto. Pero por eso tenemos que comprobar al hombre de todos modos. Al fin y al cabo se encontraron huellas dactilares de la muerta en su coche —respondió Florian con calma.

—El coche está dado de baja desde hace meses. Probablemente lo dejó allí para ahorrarse los costes del desguace. —Saathoff cerró el expediente demostrativamente y lo empujó de nuevo bajo el asiento. —Por mí, vale. Acabemos con esto rápido. Tengo un montón de cosas importantes que hacer hoy. —Se retorció el bigote con los dedos y bostezó aburrido.

Julia casi estalla de rabia. No soportaba a Saathoff. Aun así se tragó cualquier comentario. Por experiencia sabía que era inútil querer hacer entrar en razón a idiotas tan engreídos. «El más listo cede», decía siempre su padre cuando ella se alteraba por gente así.

Florian condujo el coche cada vez más profundo en el bosque. El camino se había convertido en una pista llena de baches. El coche daba tumbos sobre gruesas raíces de árboles que con el tiempo se habían abierto camino a la superficie y ahora yacían cruzadas sobre el camino como alborotadores nudosos que querían expulsar a cualquier visitante del bosque. La luz también había cambiado. Si al principio se habían movido por un frondoso bosque de hoja caduca, ahora les rodeaba un bosque de coníferas cuyo verde oscuro parecía tragarse el sol. La grava crujió bajo las ruedas. Alguien había

eliminado los peores baches. Ante ellos apareció una casa de madera que estaba sorprendentemente en buen estado y además parecía bastante grande.

Se bajaron, y Julia pisó un charco fangoso sobre el que se congregaban cientos de mosquitos negros y otros insectos. Los tres se detuvieron un momento y miraron a su alrededor.

—No veo ningún coche —dijo Florian y frunció el ceño.

Sus ojos recorrieron la propiedad. No muy lejos de ellos, dos pilares de hormigón desnudo sobresalían del suelo, pensados probablemente como postes para una puerta de acceso. Solo las bisagras oxidadas y el número de la casa torcido daban fe de su función. Justo detrás, el estado de la propiedad mejoraba notablemente. El resto del camino estaba completamente cubierto de grava. Arbustos recortados a derecha e izquierda bordeaban la entrada hasta la puerta de la casa. La casa consistía en vigas de madera impecables que estaban recién pintadas. Había unas cuantas ventanas pequeñas que no tenían cortinas y los miraban fijamente como ojos turbios.

—Allí detrás hay una moto —replicó Julia, a quien le había llamado la atención el destello de la luz del sol en el espejo retrovisor del vehículo.

—El casco está sobre el asiento —añadió Saathoff y llevó la mano derecha al cinturón que sujetaba su pistola.

El corazón de Julia se aceleró ligeramente. El habitante parecía estar en casa.

—Vale, entonces llamemos —dijo Florian y se puso en marcha.

Ante la puerta de la casa se detuvo y se quedó perplejo. No había timbre. Sin dudarlo, Florian golpeó la puerta. Saathoff se hizo a un lado y miró por una de las ventanas. Julia se mantuvo en segundo plano.

—Parece que no hay nadie dentro —gruñó Saathoff y cambió de lado para mirar por otra ventana.

Florian llamó de nuevo. Esta vez más fuerte.

—Aquí tampoco hay nadie. —Saathoff se colocó junto a Florian y aporreó la puerta con el puño. —Hola, ¿hay alguien en casa? —gritó tan fuerte que Julia se sobresaltó.

Aunque la situación le resultaba inquietante, decidió echar un vistazo.

—Voy un momento alrededor de la casa —declaró y se puso en camino.

La parte frontal de la casa medía fácilmente quince metros. Caminó hasta la esquina y giró. Pequeños abetos, pero bastante densos, dificultaban su camino. Las agujas se enganchaban en el pelo de Julia. Apartó las ramas punzantes. Una vez más constató lo grande que era la casa. Necesitó dieciocho pasos hasta la parte trasera. Al menos allí no crecían abetos molestos. A cambio, árboles altos robaban casi toda la luz.

Buscó en la casa una entrada trasera y encontró unos escalones que llevaban abajo a una estrecha puerta de madera. A derecha e izquierda de ella corría una fila de ventanas estrechas que pertenecían al semisótano. Se puso de rodillas y miró dentro. Dentro estaba oscuro. Al principio solo pudo reconocer algunos contornos, pero poco a poco sus ojos se adaptaron. Vio una mesa. No, varias mesas, sobre las que había algo. ¿Eran sacos o mantas?

Su mirada se quedó clavada en un objeto que al principio le recordó a un candelabro antiguo de varios brazos. Su cerebro trabajaba, porque al mismo tiempo sabía que allí había otra cosa. Algo que le provocó un escalofrío por la espalda antes incluso de poder clasificarlo finalmente.

Era una cornamenta de ciervo. Ahora Julia reconoció también las otras cosas que estaban repartidas sobre las mesas. Pieles, huesos, animales disecados. Cuencos de acero inoxidable con un contenido pastoso y sin contornos, que le recordaba a órganos o masa cerebral. Su mirada cayó sobre una silla. Allí había algo que parecía una cabeza. Para ser más exactos, como una cabeza humana. Bajo la silla había un antebrazo amputado.

Suficiente. Había visto bastante. Se levantó de un salto, corrió de vuelta y luchó a través de los abetos hacia la parte delantera de la casa, donde Florian y su malhumorado colega esperaban ante la puerta de entrada.

Jadeó excitada buscando aire y quiso informar de lo que acababa de ver, pero en ese momento un disparo restalló en el aire. En una

fracción de segundo, Florian y Saathoff se tiraron al suelo. Julia se quedó allí parada, petrificada como una estatua de sal, y no pudo moverse. Por el rabillo del ojo notó el cañón de un rifle, a no menos de dos metros de distancia. La ventana estaba abierta una rendija. Vio una mata de pelo gris unos diez centímetros por encima del alféizar.

—¡Largaos de aquí! —gritó un hombre.

Pero nadie se movió. Julia contuvo el aliento.

—¡Largaos! —repitió el hombre y empujó el cañón del rifle un poco más hacia fuera.

Julia pudo reconocer el borde de unas gafas. Rápidamente recordó la foto del buscado Mario Wengler. Él no llevaba gafas.

—Policía. Baje el arma —bramó Florian y se incorporó cerca de la pared de la casa.

La respuesta fue un nuevo disparo de la escopeta de perdigones. Saathoff sacó su móvil y pidió refuerzos. La ventana se abrió de golpe y el hombre se asomó. Apuntaba directamente a Saathoff. Julia reaccionó sin pensarlo. Se abalanzó sobre el cañón del arma y lo empujó hacia abajo. Un estallido ensordecedor le provocó un fuerte pitido en los oídos. Cayó de rodillas. La escopeta aterrizó a su lado.

Julia miró a Saathoff, que yacía de lado, retorciéndose de dolor. Se agarraba la pierna derecha. Su rostro desfigurado hablaba por sí solo. La sangre se filtraba a través de su pantalón. Sobre ellos volvió a estallar un disparo. Solo por un segundo se dio la vuelta y miró hacia arriba. El hombre había cerrado la ventana de golpe y había desaparecido. Se volvió de nuevo y vio cómo Florian derribaba la puerta de la casa de una patada. Su semblante estaba lívido, pero muy concentrado.

Julia se puso en pie temblando y se acercó a Saathoff. Quería saber si estaba gravemente herido. El hombre estaba en estado de shock. Julia buscó orificios de bala en su ropa. Aflojó el cinturón de su pantalón y lo sacó para atarle el muslo. El torso de Saathoff estaba ileso. De la herida en la pierna sangraba profusamente. Él gimió.

—Quédese muy tranquilo. Es solo la mitad de malo de lo que parece —le tranquilizó Julia y apretó el cinturón.

Cogió el móvil de Saathoff, del que podía oír voces.

—Hola —dijo ella.

—Maldita sea, ¿qué pasa ahí con vosotros? —sonó desde el otro lado.

—Agente de policía herido. Herida de bala en la pierna con fuerte hemorragia. Necesito una ambulancia urgentemente —respondió Julia.

—Vale. Los refuerzos también están ya de camino.

—¿Cuánto tardarán? El sospechoso está en la casa y Florian Kessler ha entrado —dijo ella. Julia intentaba no imaginarse en qué peligro se encontraba Florian.

—Quédense donde están. Los refuerzos y la ambulancia estarán ahí en quince minutos.

24

Dentro estaba aún más oscuro de lo que Julia había supuesto. Olía a humedad. Reconoció la nota lúgubre de inmediato. Los microorganismos que participaban en la descomposición de la vida provocaban un hedor que se anidaba en las mucosas nasales y causaba náuseas inevitables en la mayoría de las personas. En esa casa se pudrían cuerpos. A Julia se le erizó el vello de la nuca. Sabía por cualquier película de terror que no se debía entrar sola en habitaciones oscuras. Y menos aún cuando un hombre con el gatillo fácil acechaba en la oscuridad.

Saathoff le había advertido y le había pedido que esperara a los refuerzos. El policía seguía en el suelo. No estaba herido de gravedad, pero al cabo de un rato había perdido el conocimiento. La causa de su desmayo era el dolor. El desvanecimiento liberaba a la conciencia y calmaba el cuerpo de esa manera. En cualquier caso, Saathoff sobreviviría.

Julia había esperado cinco minutos. Entonces se apoderó de ella una inquietud insoportable. El silencio de la casa se abalanzaba sobre ella. ¿De verdad debía esperar sin hacer nada y abandonar a Florian a su suerte?

Desde que él había desaparecido en aquel agujero espantoso, no había recibido ninguna señal de vida. Sopesó el tiempo que faltaba para la llegada de los refuerzos. Quizá tardarían diez minutos más. Si

Florian estaba herido, aquello podía ser su sentencia de muerte. ¿Podía permitirlo y mientras tanto quedarse sentada con toda la calma junto a su colega levemente herido? Dejó pasar otros dos minutos y se sintió como una cobarde repugnante.

Tras exactamente ocho minutos de espera, Julia tomó una decisión e ignoró todas las advertencias. Ya había una vez en su vida en la que no había escuchado a su voz interior. Aquello había tenido consecuencias fatales. La cara de Michael apareció por un instante ante ella y le dio a Julia el empujón definitivo. No, no le volvería a pasar una segunda vez.

Había cogido la pistola de Saathoff y había entrado en la casa. Cuanto más se adentraba en el interior de la casa de madera, peor era el hedor. La casa disponía de dos plantas y el sótano. Los dedos de su mano derecha apretaban el metal frío de la pistola. La superficie lisa le recordaba a un bisturí y le otorgaba cierto grado de seguridad. Aun así, el arma se sentía antinaturalmente pesada. Seguía sin percibir el menor ruido, si descontaba el martilleo de su corazón.

Indecisa, se detuvo ante la escalera. ¿Debía subir primero? ¿O estaban los dos en una habitación de la planta baja? Sus ojos buscaban algún indicio. ¿Adónde había corrido el sospechoso después de que ella le hubiera quitado la escopeta de un golpe? Su mente trabajaba a toda marcha. ¿Y si el hombre quería buscar una nueva arma? ¿Dónde estaba el armero en esa casa, si es que había tal cosa?

Aunque el sótano le interesaba por lo que había visto antes, Julia lo descartó. Según su estimación, el hombre guardaba sus armas al alcance de la mano. Así que probablemente en la planta baja. Quizá también en la planta de arriba, porque desde allí tenía una mejor visión del entorno de la casa. En el sótano destripaba animales. Quizá también otras cosas. Para eso, en cualquier caso, no necesitaba un arma de fuego.

Aguzó el oído y se deslizó de puntillas sobre las tablas de madera. A mano izquierda vio a través de una puerta abierta un sofá con una mesa pequeña, una vitrina llena de vasos de cerveza y aguardiente y un televisor que tenía al menos veinte años a sus

espaldas. A mano derecha había una puerta, probablemente la de la cocina. Julia decidió echar un vistazo. Seguía reinando un silencio absoluto. Respiró hondo, luego empujó la puerta ligeramente con el dedo.

La madera chirrió y Julia se estremeció al instante. Espió por la rendija. Era una cocina comedor. El centro de la estancia lo ocupaba una mesa de comedor alrededor de la cual había cinco sillas. En los fogones de la pared de enfrente había una olla y una sartén. Al lado zumbaba una nevera, probablemente de los años ochenta. La encimera estaba abarrotada de cuencos, tazas y platos. Del techo colgaba una cabeza de animal disecada, probablemente un zorro o una marta. Solo en un segundo vistazo Julia se dio cuenta de que de las fauces abiertas sobresalía una bombilla. Se estremeció al ver aquella lámpara macabra.

Julia aferró la pistola y se aseguró de que no hubiera nadie en la habitación. Se giró hacia la derecha, hacia otra puerta. Volvió a contener la respiración y bajó la manilla. Detrás estaba oscuro. Una oleada de olor a orina y productos de limpieza la golpeó cuando volvió a tomar aire. Tanteó con cuidado buscando el interruptor de la luz y pulsó. El aseo también estaba vacío.

Dio media vuelta y subió lentamente la escalera. Algunos escalones crujían de forma casi ensordecedora. A estas alturas, Wengler sabía que no estaba solo en la casa. Con el corazón desbocado, escuchó hacia la oscuridad. Nada. A través de una pequeña claraboya entraba una luz escasa. Julia vio un pasillo largo del que salían varias habitaciones. Corrió hacia la ventana y miró fuera con la esperanza de que los refuerzos ya hubieran llegado. Pero ahí fuera no se veía ni un alma.

Registró un trastero polvoriento y un dormitorio que pertenecía obviamente a una mujer. En el gran espejo sobre una cómoda captó su propio reflejo. Su pulso se aceleró cuando vio sus grandes ojos, que parecían mirarla fijamente. Una enorme cabeza de toro sobresalía de la pared sobre la cama. Julia jamás podría pegar ojo en esa cama. Asqueada, se dio la vuelta. La siguiente habitación también era un dormitorio. Pertenecía claramente a un hombre,

posiblemente a Mario Wengler. Había ropa tirada por todo el suelo y olía insoportablemente a sudor.

Julia rebuscó por unas cuantos cuartuchos descuidados más. No había nadie. Con el corazón palpitante bajó a la planta baja y de ahí al sótano. Florian tenía que estar en alguna parte. Sintió el deseo de gritar su nombre y miró nerviosa su reloj de pulsera. ¿Dónde demonios estaban los refuerzos y la ambulancia?

El hedor a descomposición se hacía más fuerte con cada paso. Después de todos esos años, ya no le provocaba náuseas. Aun así, tenía una sensación de malestar en la boca del estómago. Veía ante sí la cabeza cortada y el antebrazo, y apretó automáticamente el agarre de la pistola. La entrada del sótano no tenía puerta, solo colgaba una cortina pesada delante. Julia la apartó con cuidado. Miró hacia una gran pila de pieles de animales. De ellas emanaba un olor muy especial a curtientes fuertes. Detrás había varias cajas abiertas. Julia dio un paso y reconoció huesos en ellas. Cientos de huesos de animales.

Respiró hondo y decidió proceder sistemáticamente. En realidad, le atraía la silla con la cabeza que había visto desde fuera a través de la ventana. Pero no debía dejarse guiar por las emociones. Eso podía significar su propia muerte y también la de Florian. Porque una cosa era segura: el hombre les había atacado con una escopeta de perdigones. No tenía escrúpulos y además era experto en el manejo de cuchillos.

Julia llegó a una puerta de acero con ventanas en el tercio superior. Se estiró y miró a través. El acero frío tocó su piel caliente y la hizo temblar. La visión del interior de la cámara frigorífica hizo el resto. Varios ciervos y jabalíes desollados colgaban allí de ganchos de acero inoxidable. Contó diez animales. A ellos se sumaban varios cadáveres pequeños de conejos, zorros y perdices.

Quedaba la última parte del sótano, en la que había visto la cabeza y el antebrazo. Se dirigió a la silla sobre la que estaba la cabeza. Su corazón golpeaba tan fuerte contra la caja torácica que necesitó unos segundos para procesar la imagen. Solo después de un buen rato comprendió que las partes no eran reales. Aliviada, tomó la cabeza en sus manos. Los ojos marrón oscuro de un

maniquí femenino la miraron. Volvió a dejar la cabeza y echó un vistazo al brazo. También era de plástico.

Respiró aliviada y siguió mirando a su alrededor. ¿Adónde habían desaparecido Florian y Wengler? Finalmente descubrió un nicho discreto entre las ventanas. Al acercarse, vio la estrecha puerta de madera que ya había visto desde fuera.

Julia puso la mano en el picaporte. En el mismo instante, un dolor tremendo la golpeó. Gritó y miró desorientada hacia la luz que caía al suelo a través de la puerta abierta. Las sombras se extendieron en su campo visual. El dolor la tenía firmemente atrapada. Tiraba de ella hacia abajo. Le fallaron las piernas. Se quedó sin aire y, de repente, todo se hundió en un silencio negro.

25

Florian había visto cómo su compañera caía al suelo. Tenía que actuar si no quería arriesgarse a que Wengler los abatiera uno a uno. Bajo ningún concepto debía pasarle nada a Julia.

Tomó impulso y derribó la puerta de entrada de una patada con tanta fuerza que la madera se astilló del marco. Florian pudo reconocer justo a tiempo la mata de pelo gris de Wengler. El hombre corría escaleras abajo. Florian esprintó tras él, tropezó, se recuperó y aterrizó en el sótano de la casa. Concentrado, levantó la pistola y miró a su alrededor. Wengler había desaparecido.

A su izquierda algo hizo clic. Descubrió una puerta estrecha que llevaba al exterior. Fuera oyó crujir ramas. Esos debían de ser los pasos de Wengler. Florian salió disparado tras él, cruzando la parte trasera de la propiedad, un arroyo y un tocón de árbol, hasta que se detuvo porque había perdido a Wengler. Sus ojos buscaron movimiento en el terreno. De nuevo crujió una rama. A no menos de cincuenta metros, Florian divisó ramas temblorosas que Wengler había apartado en su huida y que ahora volvían a su posición inicial con fuerza. Entre los árboles apareció una mata de pelo gris. Florian se lanzó a la carrera. Su entrenamiento se hacía notar. La distancia se reducía por segundos.

Wengler corría rápido, pero cuando Florian se acercó a diez metros, el hombre cometió un error decisivo. Miró atrás muy

brevemente. Probablemente quería calcular cuán grande era aún la distancia con su perseguidor. Wengler abrió los ojos asustado cuando divisó a Florian justo detrás de él. Se tambaleó, volvió a coger velocidad e hizo un quiebro. Pero no le sirvió de nada. Florian ya se había acercado a pocos centímetros y se abalanzó con un salto tremendo sobre el fugitivo. Con estruendo, ambos cayeron al suelo.

Con maniobras ensayadas, Florian inmovilizó al hombre. Registró sus bolsillos en busca de armas, aseguró un cuchillo de caza y luego lo giró sobre el vientre para esposarle las manos a la espalda.

—Está detenido provisionalmente —jadeó, y tiró de Wengler hacia arriba.

—¡Malditos hijos de puta! —resopló el hombre—. ¿Qué os he hecho?

La mirada de Florian se ensombreció.

—Ha disparado contra nosotros —respondió con calma.

—¡Eran disparos de advertencia! Han entrado en nuestra propiedad sin autorización.

Florian no se dejó provocar. En su lugar, observó al hombre con más detenimiento. En las fotos del expediente, Mario Wengler no llevaba gafas. Aunque el hombre que tenía delante guardaba un gran parecido con el delincuente sexual condenado del expediente, a Florian le parecía demasiado viejo.

—¿Cómo se llama? —preguntó, y empujó al maniatado delante de él, de vuelta hacia la casa de madera.

—Bernd Wengler —espetó el hombre con mal humor—. ¿Quién es usted?

—Florian Kessler, Policía Criminal de Colonia. Estamos buscando a Mario Wengler. —Florian hablaba con calma, aunque por dentro hervía. Habían atrapado al hombre equivocado.

—Mi hermano está de caza. ¿Qué quieren de él?

Florian frunció el ceño. Era casi mediodía. Que él supiera, los cazadores preferían salir al acecho en las primeras horas de la mañana. Como si Bernd Wengler pudiera sentir sus dudas, añadió:

—Está poniendo trampas.

—¿Dónde las pone? —insistió Florian, pero Bernd Wengler se limitó a encogerse de hombros.

—Ni idea. El coto es enorme. Solo sé que hoy quería ir hacia el sur.

Genial, pensó Florian, y empujó al hombre apresuradamente.

—¿Qué vehículos poseen? —preguntó, sin disminuir la presión sobre los hombros de Bernd Wengler.

—Una moto, una furgoneta de reparto y un combi Ford. ¿Tiene más preguntas estúpidas en el repertorio?

Florian siguió empujando a Bernd Wengler delante de él.

—¿De qué color es la furgoneta?

—Blanca. ¿A qué viene tanto interrogatorio? ¿Ha matado mi hermano a alguien o qué quieren de él?

Bernd Wengler se detuvo de repente, por lo que Florian le dio en los talones.

—Las preguntas las hago yo aquí —declaró Florian con énfasis.

Habían llegado a la casa. Florian respiró aliviado al ver que los refuerzos y una ambulancia ya habían llegado. Apresuradamente entregó a Bernd Wengler a dos agentes de policía y corrió hacia la ambulancia. Martin Saathoff estaba siendo introducido en el vehículo en una camilla.

—¿Cómo está? —preguntó Florian al médico, un hombre joven con barba de tres días.

—Solo tiene heridas leves y probablemente pronto volverá a estar en pie. Sin embargo, sigue en estado de shock. Pero eso es pasajero y completamente normal en heridas de bala.

—Muchas gracias —dijo Florian aliviado, y echó un vistazo a Saathoff, que en ese momento abría los ojos aturdido. Estaba pálido y su cara parecía hundida. Florian se subió a la ambulancia y puso una mano en el hombro de su colega.

—Lo conseguirás, compañero. Todo saldrá bien.

Saathoff no respondió. Sus párpados aleteaban.

—Necesita descanso ahora —anunció el médico, e indicó a Florian con un movimiento de cabeza que debía abandonar la ambulancia.

En el recinto bullían los policías. Florian buscó a Julia con la mirada, pero no pudo descubrirla por ninguna parte.

—¿Dónde está la forense? —preguntó a un policía que estaba cerca. El jovencísimo agente lo miró con ojos grandes. —Estaba aquí con mi compañero y la doctora Schwarz de Medicina Legal —explicó Florian. El hombre siguió mirándolo confundido.

—Aquí no había ninguna mujer. Solo el colega herido —tartamudeó.

El pulso de Florian se aceleró. ¿Qué significaba eso?

—¿Dónde está el jefe del operativo?

El policía señaló a un hombre que estaba ante la entrada de la casa hablando con una compañera.

—Gracias —dijo Florian apresuradamente y corrió hacia el jefe del operativo.

—¿Ha visto a la doctora Julia Schwarz? —interrumpió Florian la conversación de los dos policías.

El jefe del operativo entornó los ojos y examinó a Florian.

—Lemke. Hola. ¿Es usted el compañero que ha perseguido al sospechoso?

Florian asintió y se presentó.

—Acabamos de llegar y primero hemos asegurado el perímetro y atendido al herido. Mi gente va a registrar la casa ahora. De su patóloga no había ni rastro cuando llegamos aquí. Martin Saathoff yacía solo e inconsciente ante la puerta.

Florian sintió frío de repente. Maldita sea, ¿dónde se había metido Julia? Esperaba que no le hubiera pasado nada. Sacó su móvil y marcó su número. La cobertura era mala. Su dispositivo mostraba solo una barra de intensidad de red. Tardó una eternidad hasta que por fin sonó un tono. Al mismo tiempo oyó un débil timbre en la casa. Florian aguzó el oído. ¿Le había seguido Julia? Encajaría con ella.

—Eso viene de abajo —observó Lemke y pasó disparado junto a Florian. Él corrió tras él.

—¡Julia! —bramó, y bajó varios escalones de golpe. Ninguna respuesta. El miedo se aferró a su corazón.

—Aquí está —gritó Lemke. El hombre grande se puso en cuclillas junto a Julia y le tomó el pulso. —Está viva —constató pocos segundos después.

—Julia —repitió Florian y le agarró los hombros. Con mirada experta examinó a la pálida mujer, que abrió los ojos y gimió.

—Ahí estás —dijo ella y se incorporó. Se tanteó la nuca, con la que debía de haberse golpeado dolorosamente.

Las manos de Florian bajaron al pie izquierdo de Julia, que estaba atrapado en una trampa de hierro oxidada.

—¡Llamad al médico inmediatamente! —gritó a un policía que acababa de llegar al sótano con otros compañeros.

—Esto lo arreglamos enseguida. —Lemke había conseguido una barra de hierro—. Mi padre es cazador. Estas trampas son realmente crueles. —Hizo palanca en la trampa y Florian sacó el pie de Julia.

—¿Te duele mucho? —preguntó preocupado.

Julia asintió débilmente.

—Deberíamos quitarte el zapato —propuso Florian y se puso a ello con cuidado. Las garras de la trampa de hierro habían dejado sus marcas en el cuero. Al menos no se veía sangre. Lemke ayudó. Florian desató los cordones y abrió el zapato, Lemke liberó el pie con cuidado. Julia gimió.

—Si descontamos el enorme chichón en la nuca, ha tenido suerte —dijo Lemke mirando el dedo pequeño herido de Julia—. La garra solo ha pillado un dedo. Es una trampa vieja. El resto de los pinchos los ha parado el zapato. Aun así, habrá un par de moratones fuertes. —Lemke miró a Florian. Este arqueó las cejas. —Como he dicho, mi padre es cazador y yo también pisé una cosa así de niño. No es para tanto.

—¿Has atrapado a Wengler? —preguntó Julia e inclinó el cuerpo para examinar el pie maltrecho.

—No. Solo a su hermano, Bernd Wengler —replicó Florian compungido—. Supuestamente Mario Wengler está de caza. Se supone que está poniendo trampas.

—¿Debemos registrar el terreno en busca del hombre? —Lemke se levantó y dejó sitio al médico, que acababa de entrar en el sótano y observaba el pie de Julia con el ceño fruncido.

Florian se encogió de hombros indeciso. Entonces tuvo una idea.

—Preferiría que localizáramos su móvil de inmediato.

26

Las mejillas de Hannah estaban sonrojadas. Estaba tan nerviosa que no necesitaba colorete. Se miró en el espejo y meditó si debía ponérselo de todos modos, pero luego decidió no hacerlo. A Lucas no le gustaba el maquillaje. Se quejaba de ello en cada actuación pública de baile y refunfuñaba en cuanto tenía manchas de su pintalabios en el cuello de la camisa. Eso a veces no se podía evitar, porque los bailes latinoamericanos implicaban mucho contacto físico y algunas figuras tenían su dificultad.

Se sonrojó aún más. De repente vio a Lucas ante ella. Su cara estaba muy cerca. Tan cerca que le entró un calor tremendo. Dios mío, ¿qué le pasaba? Estaba confundida. Hoy por la mañana en la escuela le había contado a Mia sobre su cita con Lucas, y ella se había vuelto completamente loca. Hasta ese momento, Hannah no había pensado nada al respecto, pero Mia le había quitado rápidamente de la cabeza la idea de que ese encuentro fuera inofensivo.

—¿Ha ido a tu casa a propósito para invitarte? ¿Cómo puedes pensar que no quiere nada de ti? Eres bastante ingenua —había vociferado en medio de la clase de química, tan alto que los compañeros de alrededor, o peor aún, Lucas, podrían haberlo oído.

Afortunadamente, Lucas estaba sentado en el otro extremo del aula y no mostró ninguna reacción. Por primera vez en su vida se

alegró cuando la señora Prosch entrecerró los ojos y llamó al orden a Mia con severidad. No le caía bien la profesora, pero en ese momento habría podido abrazarla. Por fin el tema estaba fuera de la mesa. Al menos durante los siguientes treinta minutos. Apenas sonó el timbre del recreo, Mia la llevó aparte.

—¿Qué vas a hacer con Tobi? ¿Vas a dejar pasar la cita con él?

Hannah sonrió. Se había roto la cabeza media noche con ese problema y entonces había dado con la solución definitiva. No cancelaría ninguna de las citas, sino que se reuniría con ambos.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —Mia sacudió la cabeza.

—La solución es muy sencilla. He quedado con Lucas a las seis y media y Tobi va después, a las nueve. Es, por así decirlo, el broche de oro de la velada.

Mia se quedó realmente sin habla durante más de un minuto, mientras Hannah casi estallaba de orgullo por su idea.

—¿Y si después de Lucas no te apetece nada ver a Tobi? —objetó Mia.

Pero Hannah descartó su objeción con un gesto de la mano.

—¿Qué puede pasar? Solo es comer una pizza y luego una copa en el *Phoenix*.

El *Phoenix* era el lugar ideal para su encuentro con Tobi. Era una mezcla de bar y *pub* donde se reunían principalmente jóvenes menores de veinticinco años. Además, a partir de las diez había un DJ que animaba a los visitantes con ritmos *cool*. ¿Quizá incluso bailaría con Tobi? Se imaginó sus firmes abdominales pegados a la parte superior de su cuerpo.

—Pero tendrás que saber a cuál de los dos prefieres —protestó Mia.

Hannah empezaba a arrepentirse de haber puesto al corriente a su amiga. Lucas no siempre había sido amable con ella hasta ahora. Era ambicioso y siempre la estaba criticando. Que quisiera salir con ella, le atraía. Posiblemente, al final, solo era tan brusco con ella porque en realidad le gustaba mucho. Pero eso tenía que averiguarlo primero.

Y a Tobi no lo conocía de nada. Solo por unas fotos y por el chat. Hannah se había informado sobre lo que implicaba una primera cita

de un chat de Internet. El asunto podía convertirse en una pesadilla. Tal vez Tobi no se parecía en nada a las fotos —lo cual, por supuesto, no esperaba—. Podía tener una voz horrible —no sería la primera a la que le pasara algo así—. O se parecía exactamente a las fotos, tenía una voz sexy y aun así era un aburrido espantoso. Eso también había ocurrido ya. Había rebuscado durante horas en foros de Internet en los que las chicas hablaban de sus experiencias con citas de Internet.

—Simplemente no lo sé —se justificó.

Al fin y al cabo era la verdad. Claro, detrás de Lucas iba la mitad de la clase. Era súper guapo. Tenía la sonrisa de un actor y podía mirar tan serio que a ella le fallaban las rodillas al instante. Pero Tobi también era increíblemente guapo. Su pelo alborotado era único, y ni hablar de la tableta de chocolate. Si iba con él a la piscina, todas las demás chicas la envidiarían por ese tipo de ensueño. Le resultaba imposible decidirse.

Además, a diferencia de Mia, no estaba segura en absoluto de si Lucas quería algo de ella. Al fin y al cabo, no se había hablado de eso en su invitación. Quería disculparse por su reacción brusca cuando ella había estropeado una secuencia de pasos. Si Hannah sabía una cosa, es que los hombres eran seres simples. A menudo decían lo que pensaban, muy al contrario que las mujeres. Al menos eso afirmaba el padre de Hannah, y él tenía que saberlo.

A eso se añadía que, entretanto, ella misma ya no se entendía. Para ser más exactos, desde la invitación de Lucas. Las mariposas en su estómago volaban en dos direcciones diferentes, dependiendo de si pensaba en Lucas o en Tobi. Hasta entonces no le había dado mucha importancia a Lucas. Como siempre parecía desinteresado, nunca había albergado la esperanza de que pudiera haber algo más entre ellos que una pareja de baile.

Desde ayer eso era diferente. De repente, la cara de Lucas se colaba constantemente en su conciencia. Notaba cosas en él que antes nunca le habían llamado la atención. Volvió a sonrojarse y se apartó un mechón de pelo de la cara. Hoy, por ejemplo, cuando la había levantado en el entrenamiento de baile, le habían llamado la atención sus brazos fuertes. Su piel estaba sudada y algunas venas

sobresalían por el esfuerzo. Se veía tan condenadamente sexy que Hannah casi había olvidado la tensión corporal y estado a punto de estropear la figura de elevación. Cuando la bajó, sonrió y la miró a los ojos, ella se sintió totalmente débil. Su mirada decía que le gustaba. Penetrante, de un azul brillante y tan profunda que casi se había hundido en sus ojos.

Si era sincera consigo misma, le gustaban los ojos azules incluso más que los oscuros. Tobi tenía los ojos oscuros. Aun así, era un tipo de ensueño, claro. Las líneas que le escribía le daban cada vez en el corazón. La espera de sus mensajes era a veces insoportable, pero cuando escribía algo, la conmovía profundamente. Él la entendía.

Hannah suspiró y volvió a mirar su reflejo. Su móvil zumbó y con el corazón palpitante miró la pantalla.

—Cruzo los dedos por ti y te deseo mucha suerte. —Tres corazones y un *smiley* de beso completaban el mensaje de Mia.

Rápidamente, Hannah tecleó una respuesta. En cinco minutos como máximo Lucas la recogería. Tenía que conseguir estar de vuelta a las nueve menos veinte para llegar a tiempo a la cita con Tobi. Quizá pondría a su madre como excusa o fingiría dolor de cabeza. Hannah se aplicó un toque de brillo sobre los labios rosados y suspiró. Ya se le ocurriría la excusa adecuada a tiempo.

27

—Estoy bien. De verdad. No tienes que cuidarme —declaró Julia y cojeó hasta el sofá del salón.

Alrededor de su pie había un vendaje de soporte firme que sentía más molesto que útil. Habría podido arreglárselas con un par de analgésicos, pero Florian había insistido en que subiera a la ambulancia. Eso había sido hacía unas horas. En realidad, había querido pasar la noche tranquilamente con una copa de vino frente al televisor. Tenía motivos de sobra para bajar un poco el ritmo. Aunque podía alegrarse de que el asunto hubiera tenido un desenlace leve. Su dedo pequeño no estaba roto, solo magullado. La herida apenas dolía ya y en dos semanas toda la historia estaría olvidada.

Julia no quería ni imaginarse qué habría pasado si la trampa hubiera cerrado de verdad. La idea de huesos del pie astillados la hizo estremecerse, igual que el recuerdo de la cabaña de madera y todos los animales muertos.

—¿Te duele? —se interesó Florian, que se había dejado caer en un sillón como si estuviera en su casa, en el salón de ella.

Por un segundo se preguntó si esa imagen podría gustarle. Luego reaccionó a su pregunta y negó con la cabeza.

—No, solo estoy cansada y agotada.

—Lo entiendo —respondió Florian y sacó una botella de vino tinto de detrás de su espalda por arte de magia. Puso el vino delante de ella en la mesa—. Tómalo como una compensación. No debería haberte llevado con los hermanos Wengler.

Julia se levantó y trajo dos copas.

—No digas eso. Sabes que me gusta estar presente en las investigaciones.

—Sí, pero eres demasiado testaruda. Deberías haberte quedado con Saathoff. Yo tenía todo bajo control.

Todo bajo control. Las palabras ejercieron una extraña presión en sus entrañas. Hacía muchos años, ella también había creído que todo estaba bajo control. Vio al niño pequeño ante ella. No, tales situaciones nunca se tenían bajo control. Esas existían, como mucho, en su mesa de autopsias. Allí nada podía salir mal, incluso si el patólogo cometía un error. Exhaló audiblemente y puso las copas sobre la mesa.

—¿Qué pasa con Mario Wengler? ¿Lo habéis atrapado? —preguntó ella, sin entrar en la última frase de Florian.

Florian hizo una mueca.

—Por desgracia no. Queríamos localizar su móvil, pero lo tenía apagado. La tropa de Lemke ha recibido más refuerzos y ha peinado todo el coto de caza del sur. En vano. El hombre debe de haberse enterado de nuestra acción. Su hermano guarda silencio. La científica ha puesto la cabaña de madera patas arriba. Ni rastro de sangre humana, ni ropa ni ninguna otra cosa que pudiera apuntar a las víctimas.

Florian vertió vino en las dos copas y brindó con Julia. Esta arrugó la frente pensativa.

—Melissa Hornberg no fue asesinada en el árbol y tampoco en las inmediaciones. No había ninguna huella. La herramienta con la que se clavó el estaca de madera en su corazón tampoco ha aparecido. Entretanto tengo todos los resultados del laboratorio. El autor no ha dejado absolutamente ningún rastro orgánico. Incluso bajo sus uñas no había ni escamas de piel ni sangre de él.

La publicidad en el programa de televisión empezó y, como siempre, estaba un tono más alto que el resto de las emisiones.

Molesta, Julia cogió el mando a distancia y quiso bajar el volumen. Se equivocó de tecla y aterrizó en otro canal. La emisora local informaba sobre una nueva exposición en Colonia. Julia miró fijamente la pantalla unos segundos y luego apagó.

—¿Dónde nos habíamos quedado?

—En que hasta ahora no tenemos ningún material del autor —le recordó Florian—. Ni en el cadáver, ni en la escena del crimen ni en la cabaña de los hermanos Wengler hemos encontrado una pista decisiva. —Hizo una pausa y se permitió un gran trago de vino—. Wengler posee de hecho una furgoneta blanca. Cuando me enteré, estaba totalmente seguro de que teníamos al autor. Incluso esperé encontrar la chica del pantano de nuevo en algún lugar de la propiedad. Es el lugar perfecto para un asesinato. Ningún vecino que pueda cruzarse en el camino por casualidad. —Suspiró—. Lamentablemente, falsa alarma. El coche también estaba limpio.

Julia aguzó el oído.

—¿Pero podría haber borrado las huellas?

Florian dudó.

—En principio sí. ¿Pero alguien como Wengler es realmente tan minucioso?

—Podría imaginarme que los hermanos están compinchados —continuó Julia—. ¿Has visto el dormitorio de mujer en la planta de arriba? ¿Alguno de los dos tiene novia?

—Esa es la habitación de la exnovia de Mario Wengler. Después de la violación se mudó y él no ha vuelto a entrar en la habitación desde entonces. Su hermano afirma que Wengler todavía espera que ella le perdone y vuelva. Desde su punto de vista, el asunto en aquel entonces no fue para tanto.

—¿No fue para tanto? —Julia soltó el aire bruscamente.

Qué fácil lo tenía el hombre para hablar. Ella había leído el expediente con atención. La mujer pasó tres semanas enteras en el hospital porque Wengler no solo la violó, sino que también la maltrató gravemente.

Florian hizo un gesto de desdén.

—Tienes razón. Los dos hermanos están completamente locos. Su percepción se corresponde con la de los psicópatas. Matan

animales, uno abusa de mujeres y ambos no tienen ni pizca de mala conciencia. En su terreno se comportan como dioses y tampoco tienen problema en disparar a intrusos o incluso a agentes de policía. Aun así, hasta ahora no he encontrado ninguna conexión entre la chica del árbol y los Wengler. Antes he registrado los discos duros de sus ordenadores. Absolutamente nada que los tres tuvieran en común. No sabría ni dónde se habrían cruzado.

Florian calló y bebió otro sorbo de vino tinto. Al hacerlo, se reclinó y dejó correr el jugo rojo lentamente por la garganta. Julia pudo ver los movimientos de su nuez.

A continuación prosiguió:

—Por cierto, hemos identificado a Melissa sin lugar a dudas. Anna Schubert ha presentado su informe. Puedes echarle un vistazo mañana si quieres.

—¿Qué has encontrado en su ordenador? —insistió Julia, que casi había vaciado su copa.

El alcohol la relajaba agradablemente. Aunque hacía unos minutos habría preferido estar sola, ahora disfrutaba de la presencia de Florian. Era agradable hablar con alguien.

—Nada especial. Era —dejando aparte su terrible hogar paterno — una adolescente completamente normal.

—¿Tenía novio?

—Según la declaración de sus padres, no. Pero he visto que tuvo un par de citas. Todo iba a través de una plataforma de Internet. A uno de sus admiradores incluso le afirmó que todavía era virgen. — Florian levantó las cejas de forma elocuente. Al parecer no se lo creía.

—Pero lo era —intervino Julia.

Sabía que la chica provenía de un entorno difícil. Pero definitivamente no había sido una chica promiscua. Al menos no una que tuviera muchos novios y se acostara con uno tras otro.

—¿De verdad? —preguntó Florian incrédulo—. Eso no lo habría sospechado. Parecía tan... con ese tatuaje. —Buscó las palabras adecuadas.

—Era definitivamente virgen —repitió Julia.

Florian calló y miró su copa de vino. Cuando notó que la copa de Julia estaba vacía, le volvió a servir. Al cabo de un rato, Julia retomó la conversación.

—¿Qué pasa con el hermano de Wengler?

—Sigue en prisión preventiva. Mañana será interrogado varias veces más. Queremos desgastarlo hasta que suelte algo. De alguna manera tienen que haber llegado las huellas dactilares de Melissa Hornberg al coche, al fin y al cabo. Además, está pillado por el tiroteo y las lesiones a un agente de policía. —Florian hablaba despacio. Julia no sabía si se debía al vino o a que estaba cavilando sobre algo en el fondo de su mente.

—Dijiste que había huellas dactilares de tres personas diferentes en el coche. Una de ellas era Melissa. ¿De quién son las otras? —preguntó Julia con curiosidad.

—De Mario Wengler y de una tercera persona desconocida. A juzgar por el tamaño, probablemente provengan de un hombre.

Florian hizo de repente algo que hizo que Julia se sobresaltara. Se levantó y se sentó a su lado en el sofá. De golpe estaba tan cerca que podía olerlo y sentir su calor. Se tensó involuntariamente.

—Tengo que hablar contigo —dijo Florian y la miró penetrantemente.

Julia tragó saliva. Su ceja derecha se alzó interrogante.

—No puedes volver a ponerte en peligro. Ya me quedé conmocionado por el incidente en la cámara frigorífica del instituto, pero hoy podría haber sido realmente peligroso. El hombre estaba armado y disparó a sangre fría. No estás entrenada y bajo ningún concepto deberías haberme seguido. En caso de duda, solo habrías empeorado mi posición de partida y no habrías podido ayudarme en absoluto. —Su voz sonaba suave y preocupada.

—Pero sé disparar bastante bien. Mi tío está en el club de tiro y a menudo nos llevaba a los niños al campo de tiro —declaró Julia protestando y se apartó un poco de él.

Su cercanía le resultaba inquietante. Además, no estaba en absoluto de acuerdo con él. Podría haberle ayudado. Esta vez no habría fallado. Pensó en su hermano y en el último día que lo había visto con vida. De nuevo se rebobinó la escena ante su ojo interior

cuando lo acompañó a la escuela por la mañana. Tembló imperceptiblemente ante el recuerdo.

—¿Estás bien? —preguntó Florian y redujo de nuevo la distancia que se acababa de formar entre ellos. Cogió su copa de vino de la mesa y se la tendió.

Ella bebió un trago fuerte. Tenía la garganta como cerrada de repente, y fue incapaz de pronunciar una palabra. Los recuerdos irrumpieron con demasiada fuerza sobre ella, y el sentimiento de culpa que no había superado hasta el día de hoy. Inconscientemente, sus ojos vagaron hacia la estantería que estaba junto al televisor. La cara sonriente de Michael en la foto del estante del medio casi le hizo saltar las lágrimas.

—Lo entiendo. Lo siento mucho —dijo Florian. Su mirada había seguido a la de ella y descansaba en la imagen—. Hacía poco que había sido su cumpleaños, ¿verdad?

Ella asintió y guardó silencio, con la mirada fija rígidamente en las puntas de sus pies.

—No habrías podido ayudarle. Tú misma eras todavía medio niña. —Florian susurró con voz ronca.

La preocupación en su voz hizo tambalearse por completo el autocontrol de Julia. Una lágrima se escapó por el rabillo del ojo. Se la secó apresuradamente.

—Es... es muy diferente a lo que piensas —estalló en ella.

Michael estaba de repente frente a ella otra vez. Un niño guapo de doce años con una risa contagiosa, cuyos ojos brillaban de pura alegría. Ya casi habían recorrido el camino a la escuela, como cada día. Delante de la entrada, de repente hubo pánico en sus ojos. «¿Podemos irnos hoy juntos a casa?», le preguntó a Julia de la nada, y ella ignoró el miedo repentino en su voz. Su cerebro simplemente ignoró las señales. ¿Por qué no podía irse a casa solo? Al fin y al cabo ya no era un niño pequeño. Y Michael era fuerte para su edad y tampoco precisamente bajo. Ella había quedado con su mejor amiga para ir de compras y llevaba días alegrándose. Primero mirarían ropa guay y luego irían a tomar un helado. No tenía tiempo para Michael. La simple idea de tener que arrastrar a su hermano

pequeño al centro comercial le resultaba tan vergonzosa que se puso mala.

—No serás un gallina, ¿verdad? —le había soltado a Michael con descaro y había acelerado el paso.

Michael no preguntó una segunda vez. Puso una cara de perro apaleado y volvió a alcanzarla.

—Todo bajo control —le había dicho él finalmente, y esas fueron las últimas palabras que oyó de él en su vida.

El resto del camino fueron en silencio uno al lado del otro. Incluso delante del aula de Michael no hubo ningún *Adiós* o *Hasta luego*, sino solo un breve movimiento de cabeza. Un último contacto visual fugaz en el que no había nada más que una rápida despedida. Ella se había alegrado de que no se hubiera impuesto.

Qué habría dado Julia a posteriori por que él hubiera preguntado solo una segunda vez. ¿Habría cedido? No lo sabía. Quizá. Quizá no. Nunca olvidaría sus últimas palabras. Estaban grabadas a fuego en su cerebro, y allí dolían hasta hoy. No había accedido a su petición, aunque en aquel momento sabía que no era lo correcto. ¿Cómo podía haber sido algo más importante para ella que las preocupaciones de su hermano pequeño? ¿Por qué no le había escuchado?

Solo mucho más tarde salió a la luz que él había huido de una banda de adolescentes al parque infantil del bosque cercano. Exactamente a las garras de un abusador de niños que acechaba a una víctima en ese lugar. Michael simplemente había estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. Su decisión de dejarle ir solo a casa había tenido consecuencias fatales. No solo para Michael, también para ella y sus padres.

Mientras Julia se perdía en sus pensamientos, Florian callaba. Al cabo de un rato dijo, como si hubiera oído las voces en su cabeza:

—Puedes contármelo en algún momento. —Le dio un ligero beso en la mejilla—. Te dejo sola ahora.

Aunque Julia lamentó un poquito que se despidiera, se alegró de que mostrara comprensión por ella. Se quedó sentada muchas horas más en el sofá cavilando, antes de que el sueño la venciera finalmente.

28

—Tranquila, mi pequeña Nicte —susurró casi con ternura.

Sus ojos parpadeaban de miedo. Eran bonitos y grandes. Las pupilas azules estaban salpicadas de puntos amarillo claro. La había elegido bien. Nicte significaba Flor, y no podría haber acertado mejor. No podía saciarse de su belleza. Tenía que tocarla.

Sus experiencias con Muyal y Kinich habían sido divinas, pero Nicte superaba todo simplemente. Sus células liberaban cantidades ingentes de hormonas que lo embriagaban tanto como si estuviera drogado. No, era mejor que cualquier droga que conociera. Un temblor recorrió su cuerpo excitado. Ocurría en total sincronía con el temblor de la chica. La sensación de fundirse con ella de esa manera era única. Tenía que contenerse. Le habría gustado matarla de inmediato. Sentía un cosquilleo en los dedos.

Quería ver cómo el miedo la seguía paralizando. Cómo su horror crecía hasta el infinito y el pequeño corazón en su pecho latía tan rápido que casi se le salía. Quería que ella experimentara el mismo éxtasis que él. Que alcanzara alturas vertiginosas, gracias a la adrenalina que sus riñones producían en grandes cantidades porque tenía un miedo terrible.

Tenía que dominarse. El ritual debía desarrollarse estrictamente según las reglas; de lo contrario, el sacrificio sería en vano. Gimió y susurró una vez más el melodioso nombre de la flor en su oído,

antes de levantarse a regañadientes y dejarla en paz. Fue a una mesa sobre la que había extendido varios instrumentos. Primero tenía que convencerse de que su Nicte era realmente adecuada.

Cogió una lámpara y un espéculo. Se detuvo brevemente porque el aparato tenía manchas. Sangre, mezclada con algo indefinible, cubría el acero pulido. Se pasó la manga por encima. Mucho mejor. Probó el instrumento entre sus dedos. Funcionaba impecablemente. Aunque sabía que se le estaba acabando el tiempo, no pudo evitar mostrarle el espéculo a su flor. Ella debía ver lo que tenía planeado hacer con ella. Sus ojos se abrieron de nuevo. Él sonrió. Así me gusta, pequeña Nicte.

Luego dejó el espéculo a un lado y cogió unas tijeras. Este método era nuevo. Iba más rápido que si le quitara la ropa trabajosamente con las manos. Empezó por las perneras del pantalón. Retiró rápidamente la ligera tela de verano. Cortó las bragas por un lado con un solo tajo. Luego pasó la punta de las tijeras con mucho cuidado entre sus muslos. No quería herirla, solo asustarla un poco.

Un gorgoteo desesperado subió de su garganta. La había inmovilizado. Esta vez había ido incluso un poco más lejos. Había conseguido un agente paralizante muscular que hacía imposible que Nicte hablara o se moviera. Si hubiera querido, ella aún podría sentir dolor en ese estado. Pero al fin y al cabo no era un monstruo. Su miedo le bastaba. Por eso también le había administrado otras drogas. Debía ser una víctima digna. Una que tuviera miedo, pero que aun así se entregara tranquila a su destino. Así lo querían los dioses. La chica debía estar orgullosa de que él la hubiera elegido.

Expectante, cortó la parte de arriba de Nicte y observó fascinado los pequeños y firmes pechos de la chica, cuyos pezones se alzaban suavemente hacia él. Lamió un pecho con la lengua y le arrancó un nuevo gorgoteo de la boca. Como para burlarse de ella, repitió el juego en el otro pecho. Su lamentable resistencia le divirtió. Le guiñó un ojo para animarla y dejó las tijeras a un lado.

Ahora le tocaba el turno al espéculo. Impaciente, le separó las piernas e introdujo con destreza el instrumento en su vagina. El cuerpo de la chica temblaba, a pesar de los medicamentos que

debían inmovilizarla. Por un momento, pensó en aumentar la dosis. Si Nicte se movía, acabaría arruinándolo todo. Pero su curiosidad era demasiado grande en ese momento. Tenía que saber de una vez por todas si le había mentido o no.

Presionó el instrumento con cuidado dentro de ella y luego apretó las asas. A continuación, encendió la linterna y se inclinó.

Ahí estaba. Se humedeció los labios con satisfacción. La pequeña membrana estaba firmemente en su sitio. Así que no había mentido.

—Buena chica —dijo, acariciándole el muslo desnudo como si quisiera calmar a una yegua nerviosa.

Así que todavía era virgen. Podía continuar.

29

—¿Qué? —Julia se despertó de golpe.

Hasta hacía unos instantes dormía profundamente. Entonces había sonado su móvil y ella había contestado adormilada. La voz de Florian sonaba frenética al otro lado, y el cerebro de Julia tardó un rato en procesar la información. Pero cuando la noticia por fin caló en ella, no la retuvo ni un segundo más en la cama. Se levantó de un salto y escuchó incrédula las palabras de Florian.

Habían encontrado otro cadáver de mujer en el pantano. Un corredor la había descubierto temprano por la mañana. Por un breve momento se preguntó si podría tratarse del cadáver desaparecido, que no había vuelto a aparecer a pesar de la búsqueda a gran escala de la furgoneta de reparto. Pero luego descartó la idea y se metió rápidamente en la ducha. Ningún asesino era tan audaz como para tomar el pelo a la policía de esa manera. Era demasiado peligroso volver a la escena del crimen. Por otro lado, Julia no podía imaginar que el nuevo hallazgo en el mismo lugar no tuviera nada que ver con los otros.

Se dio prisa. Dos minutos de ducha. Cinco minutos para secarse el pelo. Un minuto para vestirse. Empezó el día, como casi siempre, sin desayuno ni café. Esta vez Florian se había ido sin ella, así que condujo sola en su coche a toda velocidad por Colonia. En sus pensamientos daba vueltas a este caso tan complicado. ¿Estaría

Mario Wengler detrás de la nueva muerte? Al fin y al cabo había desaparecido, y eso debía tener un motivo. ¿Sabía que la policía criminal le pisaba los talones? ¿Había buscado por eso una nueva víctima tan rápido? Eso también sería audaz. Y sobre todo, descontrolado.

Julia paró ante un semáforo en rojo. No, el autor que tenían en el punto de mira actuaba de forma planificada. Sin embargo, Wengler seguramente había entrado en pánico después de que ayer registraran su casa y detuvieran a su hermano. Los pensamientos de Julia giraban en un bucle infinito sin llegar a una conclusión concreta. Simplemente no sabía qué pasaba por la cabeza de un autor así.

Sus ojos se quedaron clavados en una valla publicitaria junto al semáforo. Algo en su interior se removió cuando su mirada se deslizó por el anuncio. Colores brillantes y símbolos desconocidos desencadenaron un recuerdo de las profundidades de su memoria, que emergió vacilante a la superficie. El semáforo se puso en verde y Julia aceleró. El pensamiento se sumergió de nuevo.

Veinte minutos después aparcó en el mismo aparcamiento en el que había estado hacía unos días. El escenario era un completo *déjà vu*. Cintas de barrera rojiblancas se movían suavemente con cada ráfaga de aire. Coches patrulla de la policía llenaban el aparcamiento. El prado por el que discurría el camino hacia el pantano estaba igual de seco, y Florian estaba en el mismo lugar que la última vez. Solo su postura corporal era diferente. Tensa y, de alguna manera, llena de fuerza. Julia reconoció en su rostro una mezcla de tristeza y alegría. Era una combinación extraña que en esa forma no solía darse. Aceleró el paso. Cuando llegó a su altura, sus sentimientos contradictorios se le hicieron claros de golpe.

—No puede ser —soltó, y se puso en cuclillas sin saludar a Florian ni prestar atención a sus compañeros.

Sus ojos se deslizaron sobre el cuerpo muerto, que no había cambiado en absoluto. La muerta tenía exactamente el mismo aspecto. Julia parpadeó nerviosa.

Los ojos de la muerta estaban abiertos y miraban inexpresivos hacia el cielo de verano. Solo su cara no estaba en el agua. El autor

había depositado la cabeza sobre la misma estructura de madera que habían asegurado hacía unos días. Aún era temprano, ninguna nube enturbiaba el cielo. El sol brillaba con fuerza y depositaba un brillo dorado sobre los rasgos regulares de la chica. Los ojos azules estaban secos; aun así, el iris brillaba como si la vida pudiera volver a ellos en cualquier momento. A Julia se le encogió el corazón. Tenían de nuevo a la chica del pantano. ¿Pero bajo qué circunstancias?

—Esta vez será escoltada por varios coches patrulla —rompió Florian el silencio—. No me cabe en la cabeza que el autor sea capaz de robar primero el cadáver y luego volver a dejarlo en el mismo lugar unos días después. ¿Qué demonios pretende con esto? —Florian miró a Julia con una expresión como si ella supiera la respuesta a su pregunta.

Ella se encogió de hombros.

—Dijiste que tal vez quería honrarla. Si realmente lleva a cabo un ritual determinado, quizá tenga que estar un tiempo concreto en un lugar determinado. Quién sabe qué tipo de delirios vive con sus víctimas.

Florian la miró como si hubiera tenido una iluminación.

—¿Puede alguien darme el mapa de esta maldita reserva natural? —Los músculos de su mandíbula se tensaron. Parecía pensar intensamente—. Si lleva a cabo un ritual, entonces los lugares donde las deposita deben cumplir un propósito determinado. Piénsalo, ¿qué tienen en común una muerta en un árbol y un cadáver en el pantano?

Julia frunció los labios. No tenía respuesta a esa pregunta.

—Sugiero que le haga la autopsia de inmediato. Quizá podamos identificarla. Había algunas chicas desaparecidas cuyos datos encajarían con la muerta.

—Hazlo —respondió Florian distraído—. En cuanto termines, llámame, por favor.

Julia dejó atrás a Florian. Desde lejos aún podía ver su silueta frente al cielo azul de verano. Estaba inclinado sobre el plano de la reserva natural y no se movía. Ojalá diera con el punto de partida correcto, pensó Julia, e hizo una señal al conductor del coche

fúnebre para que saliera. Esta vez condujo directamente detrás, seguida de otros tres coches de policía. La chica del pantano no volvería a desaparecer. Ella se encargaría de eso.

Tomaron la ruta por la autopista. A continuación siguió un tramo por el centro de Colonia. Los numerosos semáforos ponían de los nervios a Julia. Paraban ya por quinta vez. Miró el reloj. Si seguía así, tendría que cancelar no solo el desayuno, sino también la pausa del almuerzo. Sus ojos vagaron frustrados por la calle y observaron el colorido ajetreo. La gente corría en todas direcciones. Las madres arrastraban a sus hijos tras de sí o los empujaban en carritos por la ciudad.

A la izquierda tenía su local un panadero que, obviamente, era muy popular. Las mesas altas frente a los grandes ventanales estaban ocupadas. Un hombre salió y mordió con ganas un bocadillo. La mirada de Julia vagó más allá, hacia una valla publicitaria desde la que le resplandecía una imagen conocida. Era el mismo anuncio que había visto en el viaje de ida. Esta vez observó la imagen con más detenimiento. Anunciaba con símbolos coloridos una nueva exposición. Julia vio una línea ondulada azul, seguida de un signo que le recordaba a una nube. Un círculo amarillo destacaba sobre el azul brillante. Bajo los símbolos se distribuían letras crípticas en un semicírculo.

Pero algo más llamó la atención de Julia e hizo vibrar sus nervios de repente. La disposición de los símbolos parecía seguir una sistemática determinada. Formaban un círculo, y lo más importante era que este círculo estaba atravesado por líneas que le hacían pensar en un pastel cortado.

Julia miró hipnotizada la forma de tarta. El semáforo se puso en verde, pero ella no reaccionó. Tampoco cuando el coche de policía detrás de ella tocó el claxon. Julia sacó el móvil sin apartar la mirada y hizo una foto. En su cabeza, las piezas sueltas del rompecabezas formaron una imagen. Por fin se formaba una idea de lo que podría impulsar al autor. El coche de policía volvió a pitar. Julia tiró el móvil al asiento del copiloto y aceleró.

30

Poco antes de llegar al Instituto de Medicina Legal, Julia dio media vuelta haciendo chirriar los neumáticos. Un Ford, obligado a frenar en seco por su maniobra para evitar una colisión por apenas cinco centímetros, se detuvo justo a tiempo. El conductor tocó el claxon furioso. Bajó la ventanilla y gritó toda su furia contenida. Su rostro tenía el color rojo brillante de un tomate maduro. Julia lo miró con ojos vacíos. Ignoró al hombre enfurecido, pues toda su atención estaba centrada en otro asunto. Hacía unos minutos le había enviado a Florian una foto del cartel publicitario. Cuando sonó su teléfono, asumió primero que él la llamaba por eso. Pero se equivocaba.

Florian llevaba un buen rato mirando fijamente el mapa de la reserva natural. Se había hecho dos preguntas repetidamente: ¿Por qué se habían encontrado a las dos chicas tan cerca la una de la otra y qué tenían en común un abedul aéreo y un pantano húmedo y negro? Su cerebro había analizado los hechos disponibles desde todos los ángulos. Una y otra vez daba vueltas en círculo. Al principio, el mapa tampoco parecía ofrecer una solución al problema.

Cuando estaba a punto de rendirse e ir al instituto a ver a Julia para presenciar la mayor parte posible de la autopsia de la chica del pantano, de repente tuvo una revelación. No se trataba de los lugares en sí, sino de los elementos que representaban. Aire y agua.

En cuanto esa idea se disparó en su mente, todos sus pensamientos confusos se canalizaron de golpe en un punto. Había cuatro elementos de la vida que aparecían con frecuencia en diversas religiones y culturas: aire, agua, fuego y tierra.

Para el elemento fuego, Florian no tenía ninguna idea brillante, pero tierra había de sobra en la reserva natural. Tres componentes esenciales caracterizaban aquel paisaje: pantano, bosque y prado. El pantano húmedo representaba el agua; el bosque —con sus altos árboles que se alzaban hacia el cielo— el aire; y las ricas praderas con sus variadas hierbas y flores podrían representar el elemento tierra.

Florian marcó en el mapa los lugares donde se habían encontrado los dos cadáveres. Espontáneamente, colocó un tercer punto en medio de la zona de prados. Tres puntos para tres elementos. En los dos primeros puntos habían encontrado una chica muerta en cada uno. Florian se quedó mirando el tercer punto y se preguntó si el asesino también habría pensado en ese lugar. La marca estaba en una zona sombreada en verde y marrón en el mapa. Tierra. Sus pensamientos se atropellaron y entonces echó a correr, sin avisar a sus compañeros. No necesitó ni diez minutos. Corrió con el corazón desbocado hasta llegar a un prado de flores. Si no hubiera tenido su tercera marca en mente, quizá no habría notado a la chica. Pero así, se dirigió directamente hacia ella. Se quedó petrificado y miró fijamente a una chica desnuda cuyos ojos estaban cubiertos de flores. Se estremeció ante la visión.

Lo siguiente que hizo fue ordenar la retirada de todas las fuerzas operativas. Solo la escolta del coche fúnebre debía terminar su tarea. Todos los demás compañeros, que esperaban con ansias su pausa para el almuerzo, tuvieron que renunciar a ella. Para ellos, el trabajo acababa de empezar.

Julia tardó unos treinta minutos en volver al lugar. Esperó hasta que los fotógrafos hubieron tomado suficientes fotos de la víctima y del entorno inmediato.

—No es rubia —constató, fijando la vista en la melena de rizos oscuros de la muerta.

—Es cierto, a primera vista no encaja en el patrón de mujeres que teníamos hasta ahora —concordó Florian—. Debe de haber algo más que conecte a las víctimas. Todas son muy jóvenes. Quizá tengan la misma afición, el mismo instructor de equitación o algo similar. En cuanto hayamos identificado los cadáveres, lo averiguaremos.

La voz de Florian sonaba optimista. Sabía que las posibilidades de esclarecer estos asesinatos habían aumentado con el regreso de la chica del pantano y la nueva muerta. Nadie mataba a tres mujeres sin delatarse de alguna manera tarde o temprano. Incluso si el autor seguía solo una cierta sistemática, esta se volvía más transparente con cada nuevo asesinato y podía ser descubierta.

Julia se puso en cuclillas. Se había puesto guantes y retiró con cuidado los pétalos de los ojos de la chica usando unas pinzas.

—Sus ojos también son azules, como los de las otras dos —observó, y miró el cuello, donde una línea roja atravesaba la garganta.

El corte no era ancho, pero sí muy profundo. Los bordes de la herida eran lisos, por lo que Julia dedujo que se trataba de un arma afilada y no dentada, probablemente un bisturí. La chica debía de haber muerto en cuestión de segundos. Tampoco en su cuerpo pudo Julia reconocer lesiones defensivas a primera vista. Supuso que el autor la había sedado con drogas, al igual que a Melissa Hornberg. Al mirar el vientre de la víctima, vio una imagen conocida.

—¿Has visto la foto de la exposición maya que te envié?

Florian asintió.

—No conozco muy bien la cultura maya, deberíamos visitar esa exposición en algún momento. —Parecía estar lejos con sus pensamientos—. No paro de darle vueltas. —Su dedo señaló el tatuaje en el bajo vientre de la chica. Círculos de colores brillantes se veían en él.

Julia se levantó y se paró frente a Florian.

—¿Es que no ves la conexión?

La mirada de Florian, que aún se perdía en la lejanía, cobró vida de repente. Sus ojos la fijaron.

—¿Qué?

—Pues la conexión —repitió Julia.

—Me pregunto todo el tiempo cómo interpretar el elemento fuego —explicó Florian. Su mirada volvió a vagar hacia la distancia —. De alguna manera creo que hay otra chica muerta ahí fuera.

Julia no entendía ni una palabra. ¿De qué demonios estaba hablando? ¿No veía que los tatuajes en la piel de las chicas pretendían representar símbolos mayas? Le había enviado la foto del cartel de la exposición sin comentarios porque había asumido que él podría seguir su hilo de pensamiento. Pero Florian estaba, al parecer, en otra parte completamente distinta.

—Sobre la cultura maya solo puedo decirte que adoraban a diferentes dioses y que los sacrificios humanos estaban a la orden del día —respondió ella—. Pero los cuatro elementos de la vida se encuentran por todas partes en su cultura. Lo que me preocupa mucho más es el hecho de que tenemos tres chicas muertas. En ellas hay tatuajes que, sin embargo, son partes de una imagen completa.

Hizo una pausa para asegurarse de que Florian podía seguirla. Sus dedos trazaron la forma básica del tatuaje.

—Esto es una décima parte de un círculo. ¿Lo entiendes, Florian? No se trata solo de los cuatro elementos, sino de diez tatuajes. Tenemos que encontrar a este loco sin falta, porque es imposible que se detenga con tres chicas.

Por fin, Florian reaccionó.

—A ver —dijo, y tomó el móvil de Julia, en el que brillaba la foto del cartel de la exposición. Observó los símbolos coloridos con el ceño fruncido. —Mmm, ¿y cómo encaja Mario Wengler en este cuadro?

Julia se encogió de hombros.

—Ni idea. Averiguémoslo.

31

«Las tres chicas fueron sedadas con medicamentos y alcohol. El último cadáver femenino encontrado presenta además rastros de un agente paralizante muscular. Los tatuajes, realizados a todas las mujeres bajo el ombligo, no tienen más de catorce días de antigüedad. Tanto la aguja utilizada como los pigmentos de color son idénticos.»

Julia repasó las últimas líneas de su informe de autopsia. Ella misma tecleaba el texto, renunciando al dictado, pues el informe debía estar listo lo antes posible. Ahora tenían, al menos, una certeza fundamental: se trataba definitivamente de un mismo autor. Al fin y al cabo, no solo los tatuajes provenían de la misma aguja, sino que también los rastros de talco —presumiblemente de los guantes de goma del asesino— y los restos de jabón hallados en los cadáveres eran idénticos.

A excepción de la chica del pantano, las víctimas no habían sido asesinadas en el lugar del hallazgo y habían sido limpiadas de sangre. La mujer del pantano había sido ahogada *in situ*. Tal vez el autor había tenido motivos prácticos para ello, o quizá había algo más detrás. Julia estaba segura de que Florian averiguaría los motivos del asesino.

—¿Puedo irme a casa ya? —Su asistente, Emanuel, apareció en la puerta del despacho.

Su rostro estaba pálido y parecía agotado. Habían realizado las autopsias de las dos chicas en tiempo récord y sin interrupciones. No era de extrañar que estuviera cansado.

—He recogido y desinfectado todo. Los cuerpos están de nuevo en la cámara frigorífica —añadió, esperando la respuesta de Julia.

Ella terminó de teclear la frase que había empezado, se subió las gafas por el puente de la nariz y miró a Emanuel.

—Hazlo. Termino el informe y luego iré a ver a Florian Kessler. Tenemos que discutir un par de cosas. ¿Te acordarás de cerrar las puertas con llave? Desde el incidente en la cámara frigorífica me he vuelto más precavida.

El cansancio desapareció del rostro de Emanuel.

—Se me había olvidado decirte que han atrapado al tipo.

—¿Qué? —Julia se quitó las gafas, sorprendida—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

Emanuel entró y cerró la puerta tras de sí, no sin antes echar un vistazo fuera. Hizo una pausa significativa antes de continuar.

—El tipo no solo merodeaba por nuestra zona, sino también por otras áreas. Ayer por la mañana lo pilló un conserje en la zona de toxicología. El tío se había acomodado en el sótano y estaba a punto de encenderse un porro cuando lo agarraron. Antes había estado rebuscando en todos los sótanos a ver si encontraba algo útil. Era un yonqui buscando un sitio tranquilo para su próximo chute.

—Eso es interesante. ¿Qué conserje lo descubrió? —Julia tenía que investigar el asunto.

—El viejo Luecke —dijo Emanuel abriendo la puerta—. Que tengas una buena noche.

Julia asintió y terminó el informe. Lo imprimió y guardó las páginas en su bolso. Florian debía ser el primero en ver los resultados. Al salir, no tomó el camino habitual hacia el aparcamiento subterráneo, sino que se dirigió al otro extremo del complejo de edificios.

Alfons Luecke, uno de los conserjes, vivía allí en un apartamento de cuarenta metros cuadrados. Detrás de su vivienda, el cementerio de Melaten lindaba con el recinto, donde Luecke también realizaba trabajos de jardinería. Era un hombre amable y servicial. A Julia le

caía bien y su historia la conmovía. Aunque nunca le había preguntado directamente, creía en los rumores que circulaban constantemente por el instituto. Según se decía, Luecke había perdido a su mujer y a su hijo en un accidente de tráfico provocado por él mismo hacía algunos años. Tras aquello, vendió su casa y se mudó al pequeño apartamento de alquiler junto al cementerio. También había dejado su antiguo trabajo como agente de seguros. Ya no podía mirar a la gente a los ojos porque creía que su culpa estaba escrita en su rostro. Su semblante estaba surcado de profundas arrugas y, a pesar de su carácter amable, sus ojos irradiaban una profunda melancolía.

Se acercó a la puerta del apartamento y llamó al timbre. No pasó mucho tiempo hasta que Alfons Luecke abrió.

—¿Doctora Schwarz? ¿Qué puedo hacer por usted? Espero que no haya pasado nada.

—Oh, no. Solo he oído que ayer atrapó a alguien que merodeaba sin autorización por nuestro recinto.

Luecke sonrió radiante.

—Sí, desde que usted informó de ese terrible incidente, hago tres rondas adicionales cada noche. Sé que también han reforzado el servicio de seguridad, pero me siento personalmente responsable de la seguridad de nuestros empleados —Le lanzó una mirada como para dejarle claro que se preocupaba principalmente por el bienestar de Julia—. Compruebo una vez más todas las puertas y ventanas. Miro si la gente de la empresa de seguridad cumple con su horario y reviso cada sótano. Ayer atrapé al intruso en el sótano de toxicología. Pase un momento, por favor. Le enseñaré una foto del hombre.

Abrió más la puerta y Julia dio tres pasos hacia el pasillo, que apenas tenía el tamaño de un trastero minúsculo. Se sintió encajonada e inconscientemente se abrazó a su delgado cuerpo. El conserje arrastró los pies hacia el salón y regresó con su teléfono inteligente.

—Tengo este cacharro desde hace solo unas semanas. Pero debo decir que la cámara ya ha cumplido su propósito. Mire.

Julia se subió las gafas. Se le cortó la respiración. Era, en efecto, el hombre que la había atropellado en la cámara frigorífica de autopsias. Lo reconoció a primera vista. La postura y la figura del hombre se habían grabado en su memoria. No había duda.

—¿Qué buscaba en el sótano? —Sintió alivio. El nerviosismo que la asaltaba últimamente cuando trabajaba sola en el instituto cayó de ella como hojas de otoño en una tormenta. Una sonrisa relajó sus facciones.

—Bueno... —Luecke abrió los brazos y tomó aire antes de explayarse—. Al principio ni siquiera lo noté. Los toxicólogos no son precisamente los más ordenados. No se imagina cuántas veces he tenido que apagar la luz allí. —Sacudió la cabeza—. En fin. No vi al tipo. Estaba agazapado detrás de unas cajas de cartón, y solo cuando ya estaba casi saliendo, oí un ruido extraño. Así que volví. Por supuesto, no sin antes agarrar una escoba. —Luecke hizo otra pausa significativa—. Fue el clic de un encendedor. El tío se estaba encendiendo un porro con toda la tranquilidad del mundo. Tenía las pupilas como puertas de garaje cuando me descubrió. Solo balbuceaba y no opuso resistencia alguna. Llamé a la policía. De momento lo han metido en una celda.

Levantó el dedo índice y lo movió en el aire.

—Lo han pillado por las drogas. Probarle un robo será difícil. Pero si usted reconoce al tipo, quizá puedan colgarle algo así como lesiones corporales. —El conserje esbozó una sonrisa de complicidad —. De todas formas, ese no volverá a molestarla tan pronto.

—Seguiré el asunto sin falta. Se lo agradezco —dijo Julia, tendiéndole la mano a Luecke para despedirse.

Él sonrió. Sus ojos brillaban de orgullo.

—Lo he hecho con mucho gusto. —Sostuvo su mano más tiempo del necesario.

Luego, Julia se dirigió a su coche y condujo directamente a la comisaría, donde llamó a la puerta del despacho de Florian apenas diez minutos después.

—Por fin llegas —dijo Florian a modo de saludo, volviendo inmediatamente la vista a la pantalla.

—¿Has podido identificar a las dos chicas? —quiso saber Julia.

Él giró la pantalla hacia ella. En ella se veían fotos de unas diez mujeres jóvenes.

—Estas son mujeres de nuestro archivo de desaparecidas que podrían encajar.

Julia se subió las gafas y se acercó.

—Las autopsias están terminadas. —Le entregó el informe a Florian—. Aunque todavía tengo que esperar algunos resultados de laboratorio. Espero que el estado de la dentadura también arroje claridad. Ambas chicas tenían empastes. Eso debería llevarnos rápidamente a un resultado.

Calló y observó las fotos con concentración. Luego señaló a dos chicas.

—Creo que son estas dos.

Sandra Polkert y Janina Schuchardt encajaban como anillo al dedo. Sandra Polkert parecía ser la chica muerta del pantano. Rubia, ojos azules y un rostro extremadamente simétrico y bien proporcionado. Estaba formándose como administrativa de comercio mayorista en un gran consorcio y llevaba casi dos semanas desaparecida.

Janina Schuchardt era la muerta del prado de flores. Julia la reconoció por los puntos claros en sus ojos. Eran distintivos y otorgaban a la chica, incluso en la muerte, un brillo centelleante en la mirada vacía. A diferencia de las otras dos, tenía una melena de rizos oscuros. Se trataba de una estudiante que estaba a punto de terminar el bachillerato. Su desaparición había sido denunciada hacía solo unos días.

—Llevo horas intentando desesperadamente establecer una conexión entre Mario Wengler y Melissa Hornberg. Solo he encontrado un único vínculo, y quiero saber si también existe con las otras dos chicas —explicó Florian.

Julia abrió mucho los ojos.

—Estaban activas en la misma bolsa de parejas en Internet. Sin embargo, no he podido averiguar si también estaban en contacto entre ellas. Acabo de descubrirlo. Wengler usó otro nombre y por eso lo pasé por alto la primera vez. Un experto en informática está intentando averiguar ahora mismo si se conocían. No es

precisamente raro que hombres mayores se creen un perfil falso e intenten quedar con chicas jóvenes.

Julia pensó en la terrible cabaña de madera del hombre y en la mala cobertura móvil. No podía imaginar que Wengler tuviera siquiera acceso a Internet y fuera activo en la red.

—¿Habéis atrapado ya a Wengler o habéis sacado algo más a su hermano?

Florian negó con la cabeza.

—No. Es frustrante. Mario Wengler parece como si se lo hubiera tragado la tierra y su hermano guarda silencio. Mientras tanto ya tiene abogado. Ahora sí que no sacaremos nada de él.

Volvió a dirigir la mirada a su ordenador y tecleó algo.

—Bueno, entonces dices Sandra y Janina. Mmh... sin resultados. Probemos con Sandy. —Pulsó la tecla Enter y esperó con tensión.

—Esa es. Esa es Sandra —exclamó Julia, que seguía cada acción de Florian.

—Y luego tenemos a Janina o tal vez también Jani.

Aparecieron de nuevo fotos de perfil de usuarios de la bolsa de contactos.

—Ahí abajo. Desplaza la pantalla hacia abajo —le pidió Julia a Florian.

Él hizo lo que le pedía y apareció la imagen de una chica morena.

—Dios mío, otro acierto —susurró Florian con voz ronca—. Creo que nos estamos acercando poco a poco. Las tres chicas y nuestro sospechoso estaban registrados en la misma red.

Descolgó el teléfono e informó al experto en informática de su descubrimiento. Quizá este pudiera averiguar en el transcurso de las próximas horas si el autor y las víctimas se conocían y habían estado en contacto.

—¿Y ahora qué? —preguntó Julia—. ¿Quieres intensificar la búsqueda de Wengler?

Florian se frotó las sienes con cansancio.

—Más no se puede, por desgracia. Mi jefe ha puesto a mi disposición un equipo enorme. Incluso un dron, que sobrevuela regularmente la zona boscosa, lo está buscando. Me temo que tendremos que tener paciencia y esperar. —Dio unos golpecitos

sobre el informe de autopsia de Julia—. Voy a enviar una unidad para que visite los estudios de tatuajes de los alrededores. Quizá reconozcan a las chicas.

—Esa sería una posibilidad. ¿Habéis comprobado si Wengler posee otros inmuebles? —preguntó Julia, repasando mentalmente los hechos conocidos.

Florian no respondió de inmediato, sino que tomó un papel de una pila en su escritorio y se lo tendió. Era un extracto del registro de la propiedad que mostraba varias parcelas de bosque propiedad de Wengler. Su hermano también poseía varios terrenos.

—No hay más parientes vivos —se adelantó Florian a la siguiente pregunta de Julia—. En los terrenos solo hay bosque. Lo hemos registrado todo, incluso buscando cobertizos de madera; por desgracia no hemos encontrado nada. Sinceramente, no tengo ni idea de dónde pudo haber matado a las chicas.

Julia asintió pensativa. Aquello era, en efecto, un gran misterio. Importaba poco dónde las hubiera asesinado, allí tenía que haber rastros. Los rastros de sangre eran casi imposibles de eliminar por completo. Podían hacerse visibles con lámparas especiales y una solución de contraste, e incluso detectarse químicamente en cantidades ínfimas. Julia pensó en Melissa Hornberg, asesinada con una estaca de madera a través del corazón. La chica había perdido muchísima sangre. Tenía que estar en alguna parte. Lo mismo ocurría con la nueva víctima, a la que le habían cortado el cuello. El corte era tan profundo que la sangre debió de haber salido a borbotones de su garganta como una auténtica fuente. Ningún asesino podía borrar tales rastros. Eran detectables incluso años después.

—¿Y si no fue Wengler en absoluto? —preguntó Julia, que no podía imaginarse que un hombre como Wengler estuviera realmente activo en Internet.

Florian se encogió de hombros.

—De momento pertenece a los sospechosos, igual que su hermano. Mientras tú realizabas las autopsias a los cadáveres, interrogué al guardabosques responsable. Me contó que algunos observadores de aves merodean una y otra vez por la reserva

natural. Pudo darme un nombre. Estamos investigando al hombre en este momento.

—¿Observadores de aves? —Julia sacudió la cabeza con incredulidad—. Pero eso no explica la sangre de gallina que encontramos en la ropa de Melissa Hornberg. Alguien así nunca mataría a una gallina.

Florian hizo una mueca.

—Ese es precisamente el problema. Da igual en qué dirección corramos en este caso, siempre es un callejón sin salida. Si no damos pronto con una pista razonable, no conseguiremos detener la serie de asesinatos.

Julia pensó en los tatuajes, que al parecer debían representar partes de un círculo. Faltaban siete partes. Florian acercó el mapa de la reserva natural hacia sí.

—Esta mañana hablábamos de los cuatro elementos de la vida. Desde entonces he estado buscando ininterrumpidamente un lugar que pudiera representar el fuego. —Sus dedos se deslizaron desde el centro de la hoja hacia arriba. Julia reconoció el símbolo de una gasolinera.

—Santo cielo —se le escapó—. ¿Crees que aparecerá otra víctima allí?

32

No era tan hermosa como Nicte, su flor. Pero su carisma compensaba todo.

Itzanami yacía ante él con los ojos abiertos de par en par. Ojos que eran inteligentes y sabían lo que iba a suceder. Itzanami era el nombre que representaba la sabiduría. Aunque la chica era insultantemente joven, irradiaba esa sabiduría. Probablemente ella misma no tenía ni idea, pero él lo había reconocido de inmediato. Su magia casi eclipsaba la belleza de Nicte.

Había examinado a Itzanami a fondo. Era perfecta. Naturalmente, no había esperado otra cosa de ella. Era una virgen inmaculada. Desde el primer momento había sentido su inexperiencia. Además era joven, extremadamente joven. Pero la edad solo jugaba un papel secundario. Las chicas debían ser puras.

Ella tiraba de sus ataduras e intentaba gritar a pesar de la mordaza en su boca. Divertido, observó su cabeza enrojecida, la melena salvaje y los ojos centelleantes. Tenía tanta energía y una fuerza asombrosa. Incluso el miedo había desaparecido de su mirada por el momento.

Brevemente consideró regalársela a *Tohil*, pues el fuego en sus ojos también habría sido digno de él. Pero cuando vio desvanecerse su valor después de que él tomara su siguiente herramienta en la mano, se atuvo a su antiguo plan.

33

—Bienvenida, doctora Schwarz. Me alegra mucho conocerla. —El profesor Wolfgang Martinssen esbozó un ademán de besarle la mano.

Julia estuvo a punto de retirar la suya, pero se contuvo en el último momento. El hombre le recordaba al Dr. Jones, o mejor dicho, a Harrison Ford. Aunque ciertamente pesaba el doble y sus rasgos faciales eran diferentes, su ropa podría haber salido directamente de una película de Indiana Jones. El hombre llevaba vaqueros de color caqui con tirantes, una camisa del mismo color y un sombrero de cuero desteñido que se había quitado de la cabeza para saludar. Paseó la mirada por Julia como si fuera un objeto arqueológico interesante. Luego se volvió hacia Florian y lo saludó también.

—En realidad cerramos en media hora, pero he entendido la urgencia de su solicitud y, por supuesto, hoy haré una excepción. Así que pueden ver toda la exposición con tranquilidad y hacernos sus preguntas después. —Se dio la vuelta e hizo una seña a un hombre que acababa de atender la caja—. ¿Me permiten presentarles? Este es mi asistente, el Dr. Menger. Él les guiará por la exposición. Yo tengo un pequeño asunto que atender y estaré a su disposición más tarde.

El profesor Martinssen dedicó una sonrisa encantadora, lanzó una mirada penetrante a Julia y se dirigió a uno de los ascensores que

conducía a las plantas de oficinas situadas sobre la exposición. Mientras tanto, el Dr. Menger se acercó y estrechó la mano de Julia. Su apretón fue frío y firme. Ante la mención de un asistente, Julia había pensado involuntariamente en Emanuel. Asociaba esa palabra con un hombre joven, pero el Dr. Menger no encajaba en absoluto con esa imagen. Era un hombre maduro de casi sesenta años, con abundante cabello gris y ojos gris verdoso que denotaban mucha experiencia.

—Probablemente parezco demasiado viejo para ser un asistente —dijo sonriendo, como si hubiera adivinado los pensamientos de Julia—. Pero en este caso se ajusta a las circunstancias.

Mostró una hilera de dientes impecables, que sin duda debía al tratamiento de un buen dentista. En sus ojos brillaba la diversión.

—Conozco al profesor Wolfgang Martinssen de la Universidad de Bonn. Seguramente saben que allí ocupa la cátedra de Estudios de la América Antigua y Etnología. Está especializado en la investigación de la escritura y el idioma de la cultura maya prehispánica y actualmente está creando una base de datos de textos y un diccionario. Yo, por el contrario, soy especialista en los ritos de los mayas, y ambos hemos dado vida a esta exposición. Naturalmente, el profesor Martinssen, como representante de la Universidad de Bonn, es la voz de nuestra exposición. Él mantiene el contacto con todos los patrocinadores importantes. Yo simplemente contribuyo con mi modesto conocimiento y mis experiencias sobre este tema y, en ese sentido, soy su asistente. —Sonrió con sorna al pronunciar las últimas palabras.

—Antes de ver la exposición, me gustaría mostrarle algunas fotografías. Si pudiera decirnos algo al respecto, sería muy útil para nuestra investigación —intervino Florian, tendiéndole a Menger las imágenes de los tatuajes de las tres chicas muertas.

—Interesante —respondió Menger, con los ojos clavados en las fotografías—. Bueno, creo que para una mejor comprensión deberíamos empezar visitando la exposición a pesar de todo. Eso tal vez aclare algunas cosas para ustedes. ¿Han traído suficiente tiempo?

—Por supuesto —dijo Florian con una mirada de reojo a Julia, y volvió a guardar las fotografías en su bolsillo.

El Dr. Menger los condujo a través del gran vestíbulo, donde se encontraban maquetas de varios templos mayas. Julia vio edificios impresionantes que le recordaron a las pirámides egipcias.

—Los mayas vivían en la península de Yucatán, en el Golfo de México. La antigua zona de asentamiento se distribuye hoy en cinco países. Además de México, están Guatemala, Belice, Honduras y El Salvador. La superficie del antiguo imperio maya, que constaba de unos cincuenta pequeños estados, es comparable aproximadamente al tamaño de Alemania. Los primeros hallazgos de la cultura maya se remontan al dos mil antes de Cristo. Esta cultura vivió su apogeo mucho más tarde, entre el seiscientos y el novecientos después de Cristo —comenzó a explicar el Dr. Menger.

Recitaba los hechos sin puntos ni comas, y la mente de Julia empezó a divagar poco a poco. Sabía que la cultura maya estaba muy desarrollada y que había producido diversas obras maestras arquitectónicas y bienes culturales. Los mayas habían sido capaces de construir un enorme sistema de riego, incluso disponían de una escritura completa y eran maestros de las matemáticas. Julia había visto un interesante reportaje sobre los mayas hacía unos años y algo de eso se le había quedado grabado en la memoria. Aun así, esperaba que el Dr. Menger fuera al grano. En realidad, les interesaban los símbolos rituales y su significado.

—Si los mayas eran tan maestros en matemáticas, ¿por qué no ocurrió el fin del mundo pronosticado? —preguntó Florian, a quien la disertación de Menger parecía interesarle mucho más que a Julia.

Sus ojos brillaban con curiosidad y en sus mejillas había aparecido un ligero rubor. Avergonzada, constató que él era increíblemente atractivo. Julia se mordió el labio inferior involuntariamente. ¿Cómo podía tener esos pensamientos? Se trataba de varios casos de asesinato crueles y ella no tenía nada mejor que hacer que observar a su colega en secreto.

—Esa es una muy buena pregunta. —Menger miró a su alrededor buscando ayuda—. El profesor Martinssen se ha ocupado extensamente de esa visión apocalíptica. Lástima que no esté aquí

ahora mismo. —Menger estiró el cuello e intentó divisar al profesor —. En fin. No ha encontrado pruebas suficientes para la tesis del fin del mundo. La mayoría de los mayas no conocen el 21 de diciembre de 2012. Para aquellos que conocen el famoso calendario, esta fecha no es más que el cambio de milenio para nosotros. Los antiguos mayas utilizaban, en lugar del sistema decimal que conocemos, el llamado sistema vigesimal con el número veinte como base. Mientras nosotros contamos el tiempo en décadas y siglos, los mayas lo hacen en pasos de veinte, cuatrocientos y ocho mil. El 21 de diciembre de 2012 termina para los mayas el decimotercer ciclo de cuatrocientos años. Después simplemente se sigue contando, así lo demuestran también numerosas inscripciones.

El Dr. Menger los guio a través del vestíbulo hacia una sala oscurecida. El aire olía neutro, pero estaba viciado. Se detuvo en medio de la sala, miró hacia arriba y guardó silencio para dejar que la atmósfera surtiera efecto. Julia lo imitó. El techo imitaba un cielo estrellado. Diversas imágenes de deidades estaban iluminadas. Algunas miraban hacia abajo con amabilidad, otras con mucha ira hacia el observador. Julia se quedó parada, fascinada.

—Los mayas tenían muchos dioses —continuó Menger—. Creían que podían apaciguar a sus deidades mediante ofrendas, que también exigían numerosas vidas humanas. Para los mayas, cada objeto, incluidos los elementos del cosmos, tiene su propia alma.

Una criatura con forma de serpiente, plumas y cabeza de pez llamó la atención de Julia. Especialmente los colores brillantes le recordaron a los tatuajes de los cadáveres.

—¿Qué dios es ese? —preguntó, señalando un punto directamente sobre su cabeza.

—Ese es Kukulkán, la serpiente emplumada. Es el dios de la resurrección y de los cuatro elementos. Las plumas de buitre representan el aire, el lagarto el fuego, el maíz amarillo la tierra y el pez el agua. Los mayas dicen que la sombra de Kukulkán sube o baja las escaleras de El Castillo en cada equinoccio —esos son los dos días del año en los que el día y la noche tienen la misma duración—. Esos son los escalones de su pirámide templo. Antes vimos una maqueta del complejo en el gran vestíbulo. El templo se

encuentra en la ciudad en ruinas de Chichén Itzá, en el norte de la península de Yucatán, en México.

Julia dejó que sus palabras calaran en ella. Luego intentó recordar la cabaña de madera de Wengler. ¿Había tenido cuadros u objetos de arte sobre la cultura maya en su casa? No podía recordarlo. Miró interrogante a Florian. Él había vuelto a sacar las fotografías e iluminaba sobre ellas con la linterna de su móvil.

—Bueno, en parte puedo encontrar los símbolos de Kukulkán en estas fotos. ¿No quiere echarles un vistazo de todos modos, Dr. Menger? —Florian le puso las fotografías bajo la nariz una vez más, pero Menger las ignoró.

En su lugar, se dirigió hacia un estrecho pasaje al final de la sala. Florian no lo siguió. Se quedó parado en silencio. Cuando Julia quiso seguir a Menger, él la retuvo.

—Dr. Menger. Estamos investigando tres casos de asesinato. Quizá sería tan amable de ayudarnos. —Su voz sonó profunda y firme.

Menger se dio la vuelta. Su expresión era indescifrable.

—Ya les dije que primero deberíamos ver la exposición, porque sirve para una mejor comprensión. Por favor, síganme. Detrás de esta cortina les espera algo muy especial. —Abrió la pesada tela de un tirón y entró en la siguiente sala.

—Este tipo me está sacando de quicio —gruñó Florian y se guardó las fotos por segunda vez—. Más le vale contarnos enseguida lo que queremos saber. Si no, me pican los dedos por arrastrarlo a él y a su profesor a comisaría para interrogarlos. Por desgracia, no tengo un motivo de peso para ello.

Julia, que todavía intentaba interpretar la expresión facial de Menger, reaccionó con retraso.

—Ya hablará. Eso parece ser un cine. Entremos.

Florian refunfuñó algo ininteligible, pero luego entró en la pequeña sala tenuemente iluminada, cuya pared trasera estaba completamente cubierta por una pantalla clara.

—Un momento más. Siéntense, por favor. Pondré la película de inmediato —explicó Menger, tomando un mando a distancia que estaba en el suelo bajo la pantalla.

Para su edad es sorprendentemente ágil, pensó Julia al ver cómo Menger se agachaba con flexibilidad. Sus movimientos parecían fluidos y potentes como los de un hombre joven. Antes de que pudiera continuar con sus pensamientos, la película comenzó. La pantalla empezó a parpadear. El número seis brilló brevemente y luego comenzó una cuenta atrás. Florian tiró de Julia hacia la silla a su lado.

—Espero que la película no dure mucho —le gruñó al oído.

En la pantalla se veía un mapa de Sudamérica en el que el territorio de los mayas estaba marcado con una línea roja. Luego apareció el título de la película. *Ahora se pone interesante*, pensó Julia. *El culto del sacrificio de los mayas*aparecía en letras gruesas cruzando la pantalla. Entonces oscureció de repente. Julia ya se preguntaba si el proyector se habría estropeado, cuando un fuerte latido de corazón retumbó desde los altavoces. Era un sonido inquietante que, combinado con la oscuridad, aceleró el pulso de Julia.

A continuación se vio un templo en la imagen que parecía una pirámide y consistía casi solo en escalones. La cámara hizo zoom y fijó un enorme bloque de piedra sobre el que yacía una chica joven. Su rostro era indígena, tal como uno esperaría de los mayas. Era casi una niña. Sus ojos se movían frenéticamente de un lado a otro. La pequeña tenía los labios apretados con fuerza, como si quisiera ser valiente y no gritar. Aun así, su rostro estaba distorsionado por el miedo.

A su alrededor caminaban sacerdotes con máscaras sobre la cara. Estaban envueltos en capas largas y ondulantes. Un canto espeluznante llenaba el aire. Las máscaras estaban decoradas con diferentes símbolos. Aunque todo el atuendo parecía muy colorido, los sacerdotes tenían algo aterrador. No fallaron en su efecto sobre la víctima. La chica abrió la boca para gritar. Rápidamente, una pesada mano masculina se posó sobre sus labios y sofocó cualquier sonido de raíz. Otro sacerdote se acercó. Sostenía una jarra de cobre en las manos. El primer hombre separó los dientes de la chica a la fuerza. Sus ojos estaban tan abiertos que los globos oculares

amenazaban con salirse de las órbitas. La niña tenía un miedo mortal.

El sacerdote forzó la boquilla de la jarra de cobre entre sus labios y vertió un líquido en su boca. La chica puso los ojos en blanco e hizo una mueca tosiendo. Los hombres esperaron unos segundos y repitieron el proceso hasta que la mímica de la niña se relajó.

34

Itzanami estaba simplemente demasiado nerviosa. Él bajó el volumen del cántico, que sonaba incesantemente desde los altavoces de su reproductor de CD, al nivel más bajo y le habló para tranquilizarla. No sirvió de nada. Consideró brevemente aumentar la dosis de sedantes. Pero la chica ya estaba al límite. No quería arriesgarse a que perdiera el conocimiento. Así que cogió la antigua jarra de cobre.

Hasta ahora nunca la había necesitado. Era, por así decirlo, el último recurso de emergencia. Una mezcla ancestral de hierbas y alcohol de alta graduación para inmovilizar a la víctima. Le separó los dientes haciendo palanca. Costaba trabajo. Volvió a hablarle a Itzanami hasta que ella finalmente cedió. Introdujo el dedo entre sus labios y ella mordió en el mismo momento. ¡Maldita perra obstinada! Le dio un puñetazo en la cara. La bestia lo había mordido de verdad. Una marca roja apareció en su mejilla. Destruía toda la gracia de su apariencia. Tendría que ocuparse de eso enseguida.

Primero tenía que calmarla. Vertió el líquido en su boca. Itzanami se lo tragó dócilmente. Al parecer, su puño había bastado para volverla sumisa de nuevo.

—Buena chica —graznó, y dejó que se bebiera casi media jarra.

Eso debería bastar por el momento. Pudo ver cómo los rasgos de Itzanami se relajaban. Por fin podía continuar. Ahora tocaba una de

sus tareas favoritas. Le dio un beso en los labios a la chica aturdida, no sin antes penetrar en su cavidad bucal con su lengua rasposa. Sabía deliciosa. Su humor subió a un nuevo pico. Volvió a subir el volumen de la música y cogió la aguja.

Luego se volvió hacia el bajo vientre de Itzanami. Pasó las yemas de los dedos por la piel blanca e intacta. Era maravillosamente suave, casi demasiado buena para lo que tenía planeado hacer a continuación, pero tenía que ser. Colocó la plantilla, cogió un rotulador y dibujó el contorno de un sol, una hoz para la luna y una nube. Todo encajaba exactamente en la forma que había preparado. Había cogido un círculo y lo había dividido en diez trozos como una tarta. Cada trozo estaba provisto de símbolos que representaban un elemento determinado o un dios.

Sonrió para sus adentros. Todo era perfecto. Encendió la máquina de tatuar, que ronroneaba como un gatito, y pinchó el primer símbolo. Itzanami yacía muy quieta, exactamente como él quería. No parecía sentir las agujas que penetraban en su delicada piel e introducían el color. Sus ojos lo miraban simplemente con expresión vacía.

35

Julia miraba la pantalla como hipnotizada. Sus manos se habían aferrado a los reposabrazos de la silla. Le habría gustado detener esa película brutal. Pero su cerebro estaba tan paralizado que no podía hacer otra cosa que mirar.

Los sacerdotes bailaban ahora mucho más salvajemente alrededor de la chica. Su canto se había convertido en un zumbido espeluznante. Bajos masculinos profundos que parecían venir directamente del infierno. La chica estaba drogada. La habían inmovilizado con estupefacientes. Un nuevo sacerdote entró en el plano. Sostenía un cuenco en la mano y una vara pequeña, de quizás quince centímetros de largo. Se inclinó sobre la niña, que ni siquiera parpadeaba ya. Ahora pintaba algo en su bajo vientre.

Julia no daba crédito a sus ojos. Reconoció la línea azul que había encontrado en el cuerpo de Melissa Hornberg. Otro sacerdote se acercó y completó la imagen. Dibujó los contornos de una nube sobre la piel desnuda de la niña.

—Se parece exactamente al tatuaje de Melissa Hornberg —susurró Julia excitada a Florian, quien tampoco era capaz de apartar los ojos de la pantalla.

Él asintió mecánicamente. Un grito agudo sonó desde los altavoces. Julia se sobresaltó. Uno de los sacerdotes había sacado inesperadamente una estaca de madera de debajo de su capa y se

la había clavado en el corazón a la chica. Murió en el acto. La niña no había tenido tiempo ni de gritar. En sus ojos había asombro en medio de un vacío que solo la negrura de la muerte podía traer consigo.

Los sacerdotes vitorearon. La cámara giró y mostró a cientos de espectadores aplaudiendo y cantando, celebrando la muerte de la chica. Antes de que Julia pudiera recuperarse de las terribles imágenes, la película terminó. Se encendió la luz y Julia tuvo que parpadear.

—Hubo rituales de sacrificio mucho peores entre los mayas —explicó el Dr. Menger sonriendo—. Para el dios de la lluvia, a los hombres jóvenes se les arrancaba el corazón del pecho estando vivos. Sin embargo, mostrar eso nos pareció demasiado brutal para la exposición. De todos modos, para los mayas los sacrificios humanos estaban a la orden del día. Había muchos dioses que querían ser apaciguados. Al menos había un consuelo para las víctimas, pues quien era sacrificado no tenía que emprender el descenso al temido inframundo Xibalbá tras la muerte, como otros moribundos. Traducido significa Lugar del Miedo. Según la creencia maya, los difuntos son atormentados allí por figuras siniestras durante un tiempo indefinido.

—Bien, muchas gracias por esta demostración. —La impaciencia en la voz de Florian era inconfundible—. ¿Podría echar ahora un vistazo a estas fotografías y explicarnos si hay alguna relación con la cultura maya?

Florian le puso las imágenes de nuevo ante las narices, pero Menger tampoco les prestó atención esta vez. En sus labios apareció una sonrisa. Sin embargo, ya no era amable, sino condescendiente.

—Querido inspector Kessler. Naturalmente, he reconocido a primera vista de qué se trata en estas representaciones. —Se pasó la mano por el pelo canoso con presunción—. Todo son símbolos mayas.

Florian entrecerró los ojos irritado y esperó una explicación más detallada. Imperturbable, mantuvo las fotos frente a Menger. Finalmente, este señaló el tatuaje que se encontraba en la chica del pantano.

—Estos símbolos representan a Kinich Ahau, el dios del sol. Por cierto, Kinich sigue siendo hoy en día un nombre muy popular entre las mujeres mayas. —Menger miró la siguiente foto, en la que se veía el tatuaje de Melissa Hornberg, la chica del árbol—. Ese podría ser el dios del viento y en la tercera foto veo símbolos del dios del maíz. —Tomó la foto en la mano y la examinó con más detenimiento —. También podría ser el dios creador.

—¿Cuántos dioses tenían los mayas entonces? —En la cabeza de Julia daba vueltas todo el tiempo la idea de que cada chica tenía un tatuaje que representaba solo una décima parte de un círculo.

—Mucho más de veinte —respondió Menger.

—¿Cómo explica entonces esta forma del tatuaje? A mi juicio, aquí estamos tratando con un total de diez partes de un círculo, que forma la figura básica real.

El Dr. Menger guardó silencio un rato. Justo cuando iba a responder, el profesor Martinssen entró en la sala.

—Por lo que veo, ya han llegado al final de nuestra exposición. Espero que les haya servido de ayuda, ¿o tienen más preguntas?

—Sí, tenemos —declaró Julia con voz firme y señaló las fotografías—. Hemos encontrado tres tatuajes que al parecer muestran símbolos divinos de los mayas, pero que al mismo tiempo representan siempre solo un fragmento de un círculo. ¿Pueden explicarnos esto?

Julia solo sabía una cosa: si había más de veinte dioses diferentes, esa referencia no encajaba con el círculo. El profesor contempló las fotografías con el ceño fruncido.

—Francamente, el número trece y también el veinte juegan un papel importante en las matemáticas mayas. El diez no me dice nada. Tampoco el círculo me sugiere mucho. Podría representar el ciclo de la vida o la totalidad de las cosas. Pero el círculo no es un símbolo predominante. Un cuadrado tendría la misma fuerza expresiva. —Martinssen hizo una pausa y le quitó una de las imágenes de la mano a Florian—. Por otro lado, naturalmente hubo muchos grupos disidentes entre los mayas. Aún hoy hay personas que practican los antiguos ritos para honrar a los dioses. Pero sobre

eso seguramente el Dr. Menger podrá contarles mucho más; al fin y al cabo, es el director de la Asociación Alemana de Cultura Maya.

—¿Cuántos miembros tiene su asociación? —preguntó Florian dirigiéndose a Menger.

—Casi cien, ¿por qué? —Menger había retrocedido un paso. En su semblante se reflejó de repente inseguridad.

—¿Hay entre ellos alguien con el apellido Wengler?

—El nombre no me dice nada, pero eso no significa nada. Puedo darle con gusto una lista completa de miembros. —Menger sonrió con frialdad.

—Por favor, hágame llegar la lista lo antes posible. Creo que con esto nuestras preguntas están respondidas por el momento. —Florian se despidió. Empujó literalmente a Julia fuera de la exposición. Ella tropezó caminando a su lado.

Cuando por fin estuvieron sentados en el coche, se quejó.

—¿Te ha picado una avispa o por qué tienes tanta prisa de repente?

Florian le lanzó una mirada alarmante.

—Se me acaba de ocurrir algo. Ayer atrapamos a un hombre que merodeaba por el recinto de tu instituto. Podría ser el tipo que te derribó la otra noche.

Julia asintió. Había olvidado por completo al yonqui.

—Declaró en el interrogatorio que antes trabajaba en un estudio de tatuajes. Además, la policía científica aseguró una plantilla en el primer aparcamiento. Al principio no sabía qué hacer con ella. Pero ahora me he dado cuenta. Esas cosas también se usan para pre dibujar tatuajes. Anna Schubert ha identificado una huella dactilar en ella. Si coincide con la de este yonqui, entonces hemos estado investigando en la dirección equivocada todo el tiempo.

Julia negó lentamente con la cabeza. ¿Acaso el asesino que buscaban estaba ya en prisión preventiva?

36

La primera clase ya había comenzado. Los ojos de Lucas se desviaban incrédulos hacia el asiento vacío donde solía sentarse Hannah. No estaba allí, por segundo día consecutivo. Y eso que él se había alegrado tanto de verla. Ayer por la mañana había salido veinte minutos antes para interceptarla frente al edificio de la escuela. La flor de una rosa, que había robado del jardín delantero de la casa vecina, todavía estaba en el bolsillo de su pantalón. Había repetido su intento esta mañana, pero de nuevo en vano.

Lucas había querido sorprender a Hannah. Quería ver su sonrisa radiante, esa que hacía dos noches casi le había robado el aire para respirar. Estaba enamorado. Él mismo no podía entenderlo, pero solo pensar en su nombre desencadenaba en él toda una serie de vuelcos en el corazón. En cuanto cerraba los ojos, veía el rostro de Hannah ante sí. Sus hermosos ojos, la exuberante melena rizada y sus maravillosos labios.

Al principio ni siquiera le caía bien. A veces el amor toma caminos extraños. Le había molestado lo caótica que era y que no practicara sus pasos de baile con suficiente disciplina. Pero cuanto más chocaba con eso, más interesante se volvía ella para él. Estaba llena de vida. Si sonreía, le temblaban las rodillas. Últimamente había anhelado cada clase de baile para sentir su cercanía. Hannah lo había sumido en una montaña rusa de emociones. Naturalmente,

había sido brusco con ella porque algo le daba miedo. Había necesitado semanas hasta atreverse a pedirle una cita. Y ahora simplemente había desaparecido. ¿Había sido tan mala la velada?

Una arruga de preocupación apareció en su frente. ¿Quizás estaba enferma? Pero entonces, ¿por qué no respondía a sus mensajes? Una sensación extraña se extendió por la boca de su estómago. Hannah estaba constantemente en línea. Casi siempre reaccionaba en cuestión de segundos. Algo no iba bien. Aún no había terminado el siguiente pensamiento cuando la puerta del aula se abrió y entraron dos agentes de policía.

—¿Quién de ustedes es Lucas Zimmermann?

Su corazón se detuvo al instante.

—Yo —susurró, y se levantó.

37

Florian estaba furioso. Furioso consigo mismo. Tenía que haber pasado algo por alto. En su estómago había rocas que parecían volverse más pesadas cada hora. Había pasado toda la mañana investigando. Una y otra vez había estudiado los expedientes sin descubrir una pista decisiva. Pero tenía que haberla. Siempre hay pistas, y con tres chicas muertas, estas deberían ser obvias.

Miró el reloj colgado en la pared trasera de su oficina, cuyo fuerte tictac le recordaba al de una bomba. Su jefe le respiraba en la nuca. Tenía que presentar resultados por fin. La prensa ya se había enterado de las tres chicas muertas, y si Florian no podía presentar pronto a un culpable, estaría en un gran aprieto. Su jefe le montaría un infierno si se llegaba a convocar una rueda de prensa.

Se levantó de un salto y caminó de un lado a otro frente a la pizarra blanca. No había dormido la mitad de la noche porque tenía que pensar constantemente en ese yonqui del estudio de tatuajes. Había estado tan seguro de que ese tipo tenía más trapos sucios. Julia había identificado al hombre ayer por la noche después de la exposición. Aun así, él se había equivocado. La huella dactilar en la plantilla no era de él. Cuanto más tiempo interrogaba Florian a Lorenz Baumann, más sospechaba que Baumann ni siquiera era capaz de cometer tres crímenes de tal magnitud. Era débil, parecía en parte indefenso, y en lo único que podía pensar era en su

próximo chute. Supuestamente había buscado a una amiga en la cámara frigorífica del instituto forense. Cuando Julia entró en la sala, él huyó presa del pánico y la derribó accidentalmente. Florian, sin embargo, no estaba seguro de si debía tragarse esa historia.

Su teléfono sonó y contestó.

—Policía Criminal, Florian Kessler —gruñó con voz grave al auricular.

Al otro lado de la línea se identificó un colega de la patrulla al que no conocía hasta ahora.

—Tenemos un nuevo caso de desaparición, y como usted dio la orden de informar inmediatamente sobre incidentes sospechosos, quería ponerle al tanto.

Florian recordó el correo electrónico que había enviado hacía dos días a todos los agentes de policía del distrito. Aguzó el oído con interés.

—Una estudiante está desaparecida desde hace dos días. Hannah Taubert había quedado por última vez con un compañero de clase, Lucas Zimmermann. Después de interrogar a los padres de la chica, esta mañana fuimos a la escuela y hablamos con Lucas. Él jura por lo más sagrado haber dejado a Hannah frente a la puerta de su casa con su coche después de cenar pizza. También asegura haber visto que ella entraba. Sin embargo, los padres niegan que su hija haya regresado esa noche. También hemos interrogado al hermano... —El hombre tomó aire profundamente.

Florian esperaba con ansia sus siguientes palabras.

—El hermano de Hannah vio recientemente que ella quería hacerse un tatuaje y ahora mismo estoy frente a su ordenador y los diseños me recuerdan a los tatuajes de las tres chicas muertas.

Los nervios de Florian vibraron. ¡Maldita sea! Ahora era cuestión de vida o muerte. Al menos a esta chica tenían que salvarla.

—Por favor, deme la dirección. Voy para allá de inmediato —dijo, y colgó.

38

En realidad, Julia había querido darse un capricho con una buena porción de sushi en el local de la esquina durante la pausa del almuerzo. Ya había realizado dos autopsias esa mañana y necesitaba un poco de distancia. Un niño pequeño había sido maltratado por su padre y había muerto en el proceso. Julia había llegado al límite de su resistencia nerviosa. ¿Por qué había tantos monstruos en este planeta? Pensó en Michael y en los últimos minutos terribles que debió haber sufrido cuando esa bestia se abalanzó sobre él. Igual de mal le había ido a este pobre niño. Terminó el informe de la autopsia de inmediato porque no podía soportarlo más. Ni Emanuel ni los dos agentes de policía que asistieron a la autopsia pronunciaron una sola palabra. Sus ojos expresaban un horror mudo. Julia sabía exactamente lo que pasaba por sus cabezas. Pensaban en venganza.

Cuando Julia llegó al local de sushi, dio mecánicamente unos pasos más para sentarse en un cibercafé. De repente sintió la necesidad urgente de hacer algo. De ser proactiva en lugar de limitarse a rebuscar siempre en la inmundicia *a posteriori*. Por supuesto, su actividad era útil. En la mayoría de los casos, Julia podía proporcionar pistas directas sobre los autores mediante la autopsia. Pero para la víctima eso no era ninguna ayuda.

Florian le había comunicado por la mañana que el yonqui al parecer no tenía nada que ver con las muertes. En la lista corta de

sospechosos solo quedaban los hermanos Wengler. Mario Wengler había desaparecido y su hermano guardaba silencio. Pero de alguna manera Julia tenía una sensación molesta. Conocían a las víctimas, las tres estaban identificadas. Conocían a los posibles autores, habían puesto su casa completamente patas arriba. Sabían que las chicas —a excepción de la del pantano— no habían muerto en el lugar del hallazgo. A pesar de todo, ni Julia ni la policía científica ni el laboratorio habían podido demostrar una conexión fáctica entre el autor y la víctima.

La mente de Julia trabajaba a toda velocidad. En el fondo, la situación solo permitía dos conclusiones: los Wengler eran profesionales y habían eliminado sus rastros a la perfección o no tenían nada que ver con todo el asunto. Hasta ahora no había ni siquiera indicios de que se tratara de varios autores. Julia había vuelto a mirar las fotos de la cabaña de madera. No pudo descubrir ningún símbolo maya. Por supuesto, Mario Wengler, que se escondía en algún lugar, no podía ser tachado de la lista de sospechosos. Su relación con las mujeres era demostrablemente difícil. Y el hecho de que estuviera huido indicaba que tenía algo que ocultar.

Pero ¿y si este peligroso asesino en serie fuera alguien completamente diferente? ¿Alguien que atrapaba a una chica tras otra, les tatuaba símbolos mayas en la piel y las sometía a algún ritual delirante? ¿Por qué no buscaban en el entorno de los seguidores actuales del culto maya?

Julia se comió un cruasán de chocolate y bebió café mientras sus dedos volaban sobre el teclado del portátil. Buscó al Dr. Menger y al profesor Martinssen. Había muchísima información sobre ambos. Especialmente del año 2012, en el que terminaba el famoso calendario maya y la prensa había conjurado el inminente fin del mundo. Naturalmente, Martinssen había tenido razón con sus tesis. Al fin y al cabo, la tierra seguía girando y también los descendientes de los mayas seguían caminando sobre ella.

El culto maya se había extendido mientras tanto también a otras partes del mundo. Con el ceño fruncido, Julia hizo clic a través de las páginas y finalmente aterrizó en la página web de la asociación del Dr. Menger. La página no ofrecía mucho contenido. Julia ya iba a

abandonarla cuando se topó con el enlace a un blog. Allí encontró informes de miembros sobre ceremonias mayas recreadas. Se desplazó por las páginas interminables y descubrió una fecha para otro ritual. La ceremonia estaba programada para el día de hoy. Todavía tenía cuatro horas. Si se daba prisa, podría terminar la autopsia pendiente y luego conducir hasta la asociación de Menger.

Sabía que en los últimos días había invertido más tiempo y energía en la investigación de los asesinatos que en sus tareas reales como patóloga. Julia se alegraba de que su jefe fuera tan generoso y le dejara mucha libertad en la distribución del tiempo de trabajo. Manfred Holsten estaba a punto de jubilarse. Había asumido la dirección del instituto hacía casi veinte años y disponía de un tesoro de experiencia increíble. Para él era importante que sus empleados miraran más allá de su propio campo. En su opinión, un médico forense de éxito disponía idealmente también de práctica en el trabajo de investigación. Solo si se conocía la escena del crimen, si uno podía imaginarse plásticamente cómo había procedido un autor, se podían interpretar correctamente las muchas señales en un cuerpo muerto.

Por esta razón, Holsten no tenía la menor objeción al compromiso de Julia, y ella estaba muy agradecida por ello. Se levantó de un salto y salió corriendo de vuelta al instituto.

39

Lucas nunca había sentido un miedo semejante. Los dos policías lo habían interrogado durante más de una hora. No querían contarle nada sobre Hannah, pero él intuía que debía haber ocurrido algo terrible. Lo que más le afectaba era el hecho de que, al parecer, ella no había llegado a casa con su familia la noche de su cita. Él conocía a los padres de Hannah y a su hermano. Ellos nunca se inventarían algo así.

Por otro lado, él había dejado a Hannah justo delante de la casa y había visto cómo entraba. ¿Se había vuelto a escabullir justo después? Los pensamientos de Lucas eran una montaña rusa. No podía concentrarse. *Piensa*, se obligó a sí mismo. Él era el último que había visto a Hannah. Si a él no se le ocurría nada, ¿quién iba a poder ofrecer una declaración útil? Una vez más reconstruyó la velada que pasaron juntos. ¿Había insinuado ella algo o dicho algo que él no hubiera interpretado correctamente? Simplemente no podía encontrar nada.

¿Con quién más tenía contacto Hannah? Su mejor amiga Mia le vino a la mente. Ella lo había evitado últimamente o lo había mirado de una manera extraña. De repente supo una cosa: si Hannah se había confiado a alguien, entonces era a Mia.

Lucas no dejó pasar el tiempo. Se sentó en el coche y, menos de diez minutos después, estaba llamando insistentemente al timbre de

la casa de Mia.

—¿Lucas? —La madre de Mia abrió y lo examinó críticamente—. ¿No basta con que llames una vez? Todavía no puedo teletransportarme por la casa.

Lucas ignoró su pregunta e inquirió en su lugar:

—¿Está Mia? ¡Tengo que hablar con ella urgentemente!

—Estábamos a punto de cenar. ¿No puede esperar hasta mañana?

—Por favor, es realmente muy importante. Se trata de Hannah.

Finalmente, la madre de Mia le dejó entrar.

—Pero no mucho tiempo —dijo ella—. Mia, ¿puedes venir un momento, por favor? Lucas quiere hablar contigo. —Le lanzó otra mirada crítica y desapareció en la cocina.

—Entra —oyó la voz de Mia. Su habitación se encontraba al final del pasillo.

—¿Sabes qué pasa con Hannah? —preguntó Lucas sin rodeos.

—¿Qué va a pasar con ella? —respondió Mia aburrida.

—¿No te has dado cuenta de que no ha estado en la escuela desde hace dos días? Eres su mejor amiga —le espetó Lucas indignado.

Mia abrió mucho los ojos.

—¿Qué bicho te ha picado? Hannah estará enferma. Pasa a menudo que no se reporta en dos o tres días. Déjala en paz simplemente.

Lucas agarró el antebrazo de Mia.

—La policía estuvo hoy en la escuela y me interrogó sobre Hannah. No llegó a casa después de cenar pizza.

—¿Qué? —Los ojos de Mia se agrandaron—. Eso no lo sabía. ¿Cuándo estuvo allí la policía?

—Me sacaron del curso intensivo de matemáticas. Tú tenías arte entonces.

Mia se sentó en su cama.

—¿Crees que le ha pasado algo?

—¡Maldita sea, Mia, por qué otra razón iba a haber estado allí la policía! Ha desaparecido, nunca llegó a casa, y eso a pesar de que la dejé directamente delante de la puerta y vi cómo entraba. —La voz

de pánico de Lucas sonaba una octava más alta de lo habitual. Observó a Mia, que estaba sentada en la cama como un manojo de nervios y lo miraba atónita. Sus labios temblaban. Estaba a punto de romper a llorar.

—Es tu mejor amiga. Seguro que sabías de nuestra cita, ¿no? —insistió Lucas—. ¿Tampoco te responde a los mensajes?

Mia se encogió de hombros.

—No le he escrito ninguno. No quería molestar. Aunque sí me interesaba cómo le habían ido sus citas.

Lucas se quedó mirando a Mia. Su última frase se arrastró con la velocidad de un caracol hasta su cerebro. Solo comprendió muy lentamente.

—¿Qué quiere decir eso: *sus* citas? ¿Acaso hay alguien más? —A Lucas le recorrió un escalofrío por la espalda. No podía creer lo que Mia acababa de decir. Pero su cara roja como un tomate y la mirada baja lo decían todo.

—Mia, ¡suelta prenda de una vez! —Tuvo que dominarse para no gritarle. Le hubiera gustado sacudirla.

Ella levantó la cabeza y lo miró. Muy bajito susurró:

—Hannah tuvo una cita con un tal Tobi después de ti.

40

—Pase a la siguiente. ¿Con quién demonios ha estado chateando? —Florian casi se metía dentro del portátil de Hannah.

Entrecerró los ojos y observó la imagen de un adolescente bien entrenado que presumía de su tableta de chocolate de gran tamaño. El chico le recordaba a una estrella adolescente estadounidense cuyo nombre no lograba recordar. Florian se desplazó por los interminables chats que Tobi había mantenido con Hannah. El tipo era un asqueroso. Lo primero que quería saber de ella era si aún era virgen. Florian sacudió la cabeza con incredulidad. ¿Cómo podía una chica involucrarse con semejante idiota? Era obvio que ese tipo no buscaba una relación, sino solo un revolcón rápido.

Llegó a las líneas que su colega de policía ya le había mostrado a su llegada. Este Tobi quería hacerse un tatuaje. Le había enviado a Hannah algunas plantillas. Eran muy coloridas y él las describía como universales. Esas imágenes nunca envejecerían y siempre encajarían con uno, sin importar la edad, le había hecho creer.

Había atraído a la chica a una trampa de forma muy astuta. Después de que Hannah le dijera qué motivo le gustaba más, él propuso tatuarse solo una mitad del diseño. La otra mitad debía tatuársela Hannah, como señal de su vínculo. Lo que heló la sangre en las venas de Florian fueron los motivos que Tobi había seleccionado. Eran, al parecer, símbolos mayas. Un círculo amarillo,

un cuadrado azul y un lagarto sentado sobre la cabeza de un hombre. Florian no estaba seguro al cien por cien de su significado. Se rascó la cabeza e intentó recordar las palabras del Dr. Menger. Finalmente, apostó por el dios creador Itzamná.

Un indicio bajo el tatuaje le llamó la atención. Tobi le había nombrado a Hannah el estudio donde quería llevar a cabo su plan. El pulso de Florian se disparó al leer el nombre del local. *Tattoo-District* sonaba inofensivo al principio. Nada relacionaba ese nombre con el culto maya. Pero Florian conocía ese estudio. El yonqui Lorenz Baumann había trabajado allí. Furioso, Florian sacó su móvil del bolsillo del pantalón.

—Traedme inmediatamente a Lorenz Baumann a la sala de interrogatorios. Tengo que hablar con él urgentemente. —A continuación marcó otro número y envió a un equipo al estudio para que preguntara por Hannah Taubert y un tal Tobi.

Menos de veinte minutos después estaba sentado frente a Lorenz Baumann. El hombre temblaba. Estaba claramente con síndrome de abstinencia. Las drogas sustitutivas podían aliviar los síntomas, pero no eliminarlos por completo. Bien, pensó Florian. Cuanto más deseara las drogas, más rápido cantaría tal vez. Puso las fotos de Hannah Taubert y Melissa Hornberg sobre la mesa.

—¿Conoce a estas mujeres?

Los ojos de Baumann se convirtieron en finas rendijas. Fijó la vista en Florian, mientras sus mandíbulas rechinaban y los músculos de sus mejillas se contraían incesantemente.

—¿Qué quieres, tío? No conozco a las chicas. Ya lo he explicado mil veces. —Sorbio los mocos y se limpió bajo la nariz con el dorso de la mano—. ¿Crees que te voy a decir otra cosa solo porque me enseñes las fotos una y otra vez? No las conozco. ¿Entendido?

Florian repitió el procedimiento con las fotos de Sandra Polkert y Janina Schuchardt. Cada vez añadía una foto del tatuaje. Tranquila y firmemente le hizo las mismas preguntas una vez más. Con ello le daba a entender a Baumann que tenía todo el tiempo del mundo —aunque, por supuesto, era todo lo contrario, pues tenía que encontrar a Hannah a tiempo—. Sabía que Baumann recibiría la

siguiente dosis de su droga sustitutiva en apenas una hora. El temblor del hombre aumentaba casi por segundos.

Lorenz Baumann era en realidad un hombre apuesto. Tenía poco más de treinta años, provenía de una buena familia y era culto. Había asistido a un internado privado en Suiza. Sin embargo, había abandonado los estudios que su padre le había conseguido en Estados Unidos. Se había desviado por el mal camino. A los veintidós años estuvo en la cárcel por primera vez por posesión de drogas, y otra vez más por tráfico de estupefacientes.

Florian observó al hombre que sufría el síndrome de abstinencia. ¿Cómo podía alguien con tan buenas oportunidades arruinar su vida de esa manera? Quizá fuera cosa de familia. La madre de Baumann había muerto en un accidente de tráfico cuando el chico tenía solo ocho años. Había perdido el control de su coche, chocado contra el quitamiedos y dado varias vueltas de campana. Murió en el acto. El padre de Lorenz Baumann, un rico empresario, internó al chico después de eso. Estaba tan ocupado profesionalmente que no tenía tiempo para el niño y su duelo por la madre fallecida. Al propio Baumann la muerte de su mujer debió de haberle venido bien, pues solo seis meses después se casó con su secretaria, casi veinte años más joven.

Florian había estudiado los informes psicológicos sobre Lorenz Baumann. El chico había quedado totalmente desestabilizado por la muerte de su madre y nunca se había recuperado. Pensamientos suicidas e incluso un intento fallido de cortarse las venas llevaron al chico a una atención psicológica permanente, que sin embargo no pudo sacarlo de su profundo agujero emocional. Lorenz Baumann buscó su propio camino, mucho peor, para lidiar con su destino. Sucumbió a la rápida tentación de las drogas. Eso no fue difícil, ya que disponía de los medios financieros necesarios en gran cantidad gracias a su padre. Solo cuando este lo repudió definitivamente debido a sus excesos, cambió su vida. De hecho, logró mantenerse limpio algunos años. Cuando el dinero escaseó, aceptó un trabajo como tatuador y poco a poco volvió a ponerse en pie. Pero algo debió de haber sucedido que le hizo volver a las drogas, pues desde

hacía tres meses estaba de nuevo enganchado a la aguja, según había revelado el análisis de drogas a largo plazo.

Lorenz Baumann temblaba de pies a cabeza. No era el castañeteo que se conoce de las personas que tienen que aguantar un frío gélido. Era más bien la vibración de una máquina que no funciona suavemente debido a un desequilibrio. Además, movía el pie izquierdo arriba y abajo. Sus ojos vagaban entre Florian, las fotografías y las paredes de la sala de interrogatorios. A pesar de todo, Baumann estaba notablemente concentrado. Incluso cuando Florian le presentó las mismas imágenes por quinta vez, reaccionó con las mismas respuestas. Florian había querido sacarlo de sus casillas desgastándolo con sus repeticiones. Pero para ser un yonqui, Baumann se mantenía asombrosamente sereno.

Durante el último interrogatorio, Florian aún estaba convencido de que Baumann no era capaz de coordinar tres asesinatos. Poco a poco su opinión cambiaba. Decidió cambiar de táctica y clavó su mirada en silencio en el sencillo reloj de pared negro. Permaneció allí varios segundos, el tiempo suficiente hasta estar seguro de que Baumann seguía su mirada. Quedaban diez minutos para que le tocara la droga sustitutiva. Florian vio la sacudida que de repente agitó al sospechoso. Estaba hambriento de la siguiente ración de medicamentos. Muy lentamente, Florian volvió a extender las fotografías una vez más.

Baumann gimió molesto.

—Oiga. ¿Cuánto tiempo quiere seguir con esto? No sé nada. —Una gota de sudor se formó en su frente y le bajó por el puente de la nariz. Con un gesto rápido, Baumann se la quitó.

—Hasta que me diga de qué conoce a estas chicas. Por cierto, hemos identificado una huella dactilar suya. —Lo último era mentira, pero Florian quería aumentar la presión sobre Baumann tanto como fuera posible. Los ojos del hombre se abrieron con horror. Florian pudo sentir cómo su muro de protección se desmoronaba lentamente.

—No conozco a las chicas. De verdad, no he visto a ninguna de ellas nunca. A ni una —juró Baumann.

Florian no reaccionó. En su lugar, echó otro vistazo al reloj.

—Tengo tiempo —dijo después de un rato con calma enfatizada.

Le hubiera gustado sacudir a ese yonqui, pero este no debía notar que Florian estaba de todo menos tranquilo. De lo contrario, nunca sabría la verdad, y si Baumann sabía algo sobre Hannah, esa era la mejor oportunidad de Florian para encontrarla rápidamente.

Baumann se rascó la cabeza. Su nerviosismo aumentaba vertiginosamente. Antes de que pudiera replicar algo, sonó el móvil de Florian. Molesto, este miró la pantalla. Estaba tan cerca, no necesitaba esa llamada ahora. Pero era el número de su jefe. De mala gana aceptó la llamada.

—Kessler, tengo que interrumpirle. Sé que avanza bien. Llevo unos minutos observando todo a través del espejo, pero acaban de presentarse dos adolescentes. Se trata de amigos de la desaparecida Hannah Taubert, que además están en contacto con el chico con el que la joven se reunió por última vez.

Esas eran, en efecto, noticias contundentes.

—Lamentablemente tengo que dejarle solo un rato. Póngase cómodo y piense en su respuesta. —Se levantó de un salto sin esperar la reacción de Lorenz Baumann.

—Eh, no puede dejarme aquí colgado sin más. Yo...

Florian ya ni le escuchaba, simplemente cerró la puerta. No podía hacer esperar al yonqui demasiado tiempo por su medicamento, pero aún se movía dentro de un margen aceptable. Además, la interrupción le venía muy bien. Baumann esperaría sudando en la sala de interrogatorios a su regreso. Y entonces, con suerte, soltaría por fin la información.

41

En esta parte de Colonia, Julia rara vez se dejaba ver. Una villa se alineaba tras otra, intercaladas por exuberantes parques que embellecían la zona. Se encontraba en Marienburg, un conocido barrio de lujo en el sur de la ciudad. Había introducido la dirección de la asociación maya en su sistema de navegación y pisó el freno con el ceño fruncido cuando la voz femenina le anunció que había llegado a su destino.

Estaba frente a un parque. Un sauce llorón la saludaba con sus ramas colgantes. Detrás, Julia distinguió un gran estanque. Los pocos lugares con sombra en el agua estaban ocupados por patos y otras aves. Algunos bancos invitaban a descansar. Lo que echaba en falta era una casa o una villa. Algún edificio en el que pusiera en letras gruesas *Asociación de Cultura Maya*. ¿Se habría equivocado de dirección? Sacó el móvil del bolso y comprobó la dirección en Internet. Era extraño. No se había equivocado. Supuestamente estaba en el lugar correcto. Solo que en ese sitio no había nada. Confundida, se bajó del coche, atravesó la puerta abierta de una valla de jardín de quizás un metro de altura y caminó hacia el estanque. Los patos dormían. Algunos abrieron los ojos cansados para examinarla brevemente y volver a dormirse enseguida. Julia se concedió un momento y dejó que la encantadora vista surtiera efecto en ella.

Luego pasó junto al estanque, cruzó entre unos árboles y se detuvo a los pocos pasos con la boca abierta. Una magnífica villa se alzaba a cierta distancia sobre una suave colina. Julia se encontraba en una propiedad extensa, inmaculada y rebosante de lujo. Esculturas de piedra adornaban los terrenos, al igual que los numerosos arreglos florales que aportaban ingeniosos toques de color al verde intenso. Caminó hacia la casa. No sabía muy bien por qué, pero se mantuvo deliberadamente a la sombra de los árboles centenarios y renunció al camino más cómodo a través del césped. Al parecer, el sistema de navegación de Julia la había llevado por error a la parte trasera de la enorme propiedad. Siguió caminando entre los árboles pasando la villa y descubrió una rotonda y un pequeño aparcamiento delante de la casa, que estaba lleno de coches.

Julia observó un coche que acababa de llegar. Dos hombres con abrigos negros ondeantes se bajaron. La vestimenta era demasiado abrigada para el caluroso día de verano, y el atuendo recordaba a Julia más a un culto satánico que a la cultura maya, que solía caracterizarse por sus colores vivos. Fascinada, observó cómo los recién llegados entraban en el edificio. Las puertas estaban abiertas de par en par. Julia podía verlo bien desde su posición. En realidad era un portón cuyas hojas estaban abiertas a izquierda y derecha. Llegó otro coche. Esta vez solo se bajó un visitante. También llevaba un abrigo oscuro.

La siguiente invitada era una mujer. Vestía vaqueros y una blusa de color rosa chillón. Su aparición fue como una señal de partida para Julia. Después de todo, había leído que era un evento abierto. Quería saber qué pasaba en esa casa. ¿Qué podía tener de malo? Lo peor que podía pasar era que la invitaran a salir de nuevo. Se enderezó, se alisó la blusa y dio unos pasos hacia la villa. Otro invitado subía en ese momento los escalones planos hacia la entrada. El hombre de hábito negro y pelo gris no le dedicó ni una mirada. Julia aprovechó la oportunidad y se unió a él.

Entró en un vestíbulo lujoso, equipado con suelos de mármol claro y columnas del mismo tono. Una ancha escalera conducía al piso de arriba, pero el hombre pasó de largo. Julia se mantuvo

pisándole los talones. En realidad había esperado que el anfitrión, el Dr. Menger, o uno de sus empleados domésticos recibiera a los invitados en la entrada. Pero a nadie parecían importarle los recién llegados, que al parecer sabían moverse por la enorme casa incluso sin escolta. Detrás de ella, Julia oyó voces. Sin embargo, no se atrevió a darse la vuelta.

El hombre de pelo gris giró de repente a la izquierda. Entró en una sala que fue lo primero que Julia pudo relacionar con el culto maya en esa casa. Mientras que el vestíbulo parecía lujoso pero sobrio, esta sala estaba repleta de esculturas y columnas. No tenía ventanas. En su lugar, cuencos de fuego ardían a izquierda y derecha de la suave alfombra por la que caminaba. Involuntariamente tuvo que pensar en el vídeo del sacrificio que había visto en la exposición. Un escalofrío le recorrió la espalda. Una escalera conducía hacia abajo, y Julia siguió al hombre rápidamente. Abajo la esperaba un pasillo estrecho. Antorchas iluminaban las paredes de hormigón desnudo. El pasillo no era recto, sino que se curvaba como en un círculo. El invitado de pelo gris caminaba con paso firme y ritmo constante. Julia, por el contrario, aminoró el paso. El suelo no estaba alfombrado. En cuanto los tacones de sus zapatos golpeaban la piedra dura, el eco resonaba desagradablemente alto en las paredes.

Llegó a un nicho que servía de guardarropa. De los ganchos colgaban varios abrigos negros. Julia no se lo pensó mucho, agarró una de las capas negras y se la echó por los hombros mientras seguía caminando. En el anonimato de la tela de un solo color se sintió inmediatamente más cómoda.

Se detuvo tras unos pasos. El pasillo hacía una nueva curva, pero había llegado a un umbral que la hizo detenerse. Ante sus ojos se alzaba una sala imponente. Se parecía a la réplica de una sala de un templo que Julia había visto en la exposición maya. La sala circular estaba llena de numerosos bancos dispuestos alrededor de una piedra de sacrificio. La piedra de sacrificio era una estructura en forma de pirámide con escaleras a los cuatro lados. La punta plana de la pirámide formaba una plataforma. Arriba estaba un hombre, y Julia contuvo el aliento al reconocerlo. Era el Dr. Menger. Parecía

tranquilo y sereno como una roca en la tempestad. Observaba expectante a los invitados, que se reunían murmurando en los bancos para presenciar el espectáculo inminente.

Delante de Menger había un bloque de hormigón. Alrededor se habían colocado estatuas de dioses mayas. La serpiente emplumada, o dios de los cuatro elementos, llamó la atención de Julia. Buscó al profesor Martinssen por la sala, pero no pudo descubrirlo por ninguna parte.

Detrás de ella se acercaban voces, y se apresuró a tomar asiento en un banco. Eligió una de las últimas filas, que todavía estaba vacía. Un invitado se giró brevemente hacia ella y asintió. Por lo demás, nadie parecía prestarle atención. Julia se sentía como si hubiera aterrizado en un set de rodaje con accesorios engañosamente reales. Realmente se sentía como si estuviera en medio de México, en un templo milenario.

Los invitados que entraron en la sala después de ella fueron hasta el frente y tomaron asiento allí. Menger registró su llegada con un asentimiento amistoso. Pasaron unos cinco minutos hasta que la luz eléctrica se apagó de repente. El cuchicheo de la gente cesó al instante. Durante varios segundos estuvo completamente oscuro. Julia se mordió el labio inferior y escuchó en el silencio. Sonaron pasos que le recordaron a la marcha de soldados. Entonces se oyó un siseo y una antorcha iluminó la oscuridad. Sin embargo, el resplandor era más bien como una gota en el océano, pues todo lo que los ojos de Julia vislumbraron fue al hombre que sostenía la antorcha. Llevaba un abrigo con la capucha echada sobre la cabeza. El rostro brillaba fantasmalmente. Siseó de nuevo y otra antorcha envió una luz escasa a la sala negra. El procedimiento se repitió un total de veinte veces hasta que la piedra del sacrificio brilló intensamente.

Tanto al pie de las escaleras como en la plataforma donde estaba el Dr. Menger se habían encendido antorchas y pequeñas hogueras. Los bancos con sus invitados, por el contrario, casi desaparecían en la penumbra. El silencio era inquietante. Toda la atención se centraba en el Dr. Menger, que estaba de pie a la luz del fuego como un sacerdote esperando la iluminación de Dios. Su expresión era

inexpresiva, casi como una máscara. Tenía los ojos cerrados. Sonó un golpe de timbal. Julia se sobresaltó. Menger abrió los ojos y comenzó a hablar en una lengua extraña, presumiblemente un dialecto maya. Julia nunca había oído nada igual. Pero sintió la tensión en la sala, que aumentaba con cada palabra, al igual que los sonidos de los tambores, que abrieron la ceremonia con golpes suaves y rápidos.

Julia sintió una corriente de aire en la nuca. Asustada, giró la cabeza y se quedó petrificada al instante. Varias personas entraron por la puerta. Iban tan cubiertas como los demás invitados al ritual. Lo que hizo que Julia contuviera la respiración fue la joven que iba entre ellos. Dos brazos fuertes la sostenían por debajo de las axilas a izquierda y derecha. Más que caminar, la arrastraban y tiraban de ella. Los ojos de la joven eran enormes. Un brillo antinatural había en ellos. Las facciones parecían extrañamente relajadas. La chica parecía estar drogada. Al verla, Julia tuvo un solo pensamiento. Con su melena de rizos oscuros, la pequeña se parecía a Janina Schuchardt, la muerta que habían encontrado en el prado de flores con la garganta cortada.

42

Itzanami parecía compensarlo todo. Había tenido que interrumpir el ritual el día anterior. Sus planes se habían desbaratado por completo, y no había nada que odiara más. Necesitaba orden. El caos terminaba en el inframundo. No había asumido esa pesada carga para acabar allí. El cielo estaba cerca, y ese era su objetivo.

Por eso estaba de caza día tras día. Buscaba solo a las chicas más hermosas y adecuadas para los dioses. Les rendía pleitesía de todo corazón, con toda su alma y con su fe. Los rituales que llevaba a cabo se remontaban a los albores de la humanidad. Sus dioses eran los verdaderos, los auténticos, los que gobernaban desde la existencia del universo. Todo lo demás que había surgido después eran religiones creadas por la mano del hombre, que se habían alejado demasiado del origen real. Los hombres creaban nuevas religiones, y eran los hombres quienes discutían por ello, e incluso se hacían la guerra, porque querían creer en un único dios verdadero. Cuando siempre había habido muchos de ellos. ¿Cómo iba un solo dios a dominar toda la complejidad del universo? ¿Por qué iba un dios a estar solo y no tener esposa ni amigos? Nadie que viviera podía existir en soledad. Todo estaba conectado y nada podía separarse realmente de lo demás.

Los humanos habían olvidado a los verdaderos dioses y con el tiempo se habían creado los suyos propios. Solo quedaban pocas

personas que conocían la verdad y veían a los dioses tal como eran en realidad.

Miró el rostro de Itzanami. Estaba pálida y agotada, pero al menos consciente. La ira volvió a hervir en su interior. Había sobrestimado la fuerza de la chica. Había pensado que Itzanami estaba en forma y entrenada. Pero la dosis del sedante había sido demasiado fuerte y la había dejado inconsciente antes de que pudiera terminar el tatuaje en su vientre virginal. Pero ahora podía continuar. Oía los tambores, que golpeaban cada vez con más fuerza. Cuando comenzara el canto, reanudaría el ritual.

Hundió su mirada en sus grandes ojos. Luego se inclinó hacia ella y presionó sus labios sobre su delicada piel. Sabía tan bien que tuvo que dominarse. Ella cerró los ojos con rebeldía. Él se detuvo un instante, pero no pudo resistirse y repitió el beso.

—Buena chica —graznó, mientras sus manos se deslizaban por el cuerpo desnudo de Itzanami.

Luego cogió la aguja de tatuar y la clavó en medio de su vientre. Ella gimió y sus ojos se agrandaron. Por fin la había sacado de su estado de sopor.

—No te he traído aquí para dormir. Quiero que estés bien despierta —siseó, y volvió a pinchar.

La tinta fluyó bajo su piel y se distribuyó en la forma preestablecida. Surgía la hermosa parte de un círculo. Pero no llegó a disfrutar de esa visión. La chica sacudió la cabeza violentamente y se encabritó. Su boca se abrió como la de un pez. Sus labios formaron palabras mudas que nadie podía oír.

Finalmente había inmovilizado a la chica. Su lengua estaba paralizada. Él sonrió con sorna y observó cómo se esforzaba. Le dio una bofetada en la cara con la mano abierta. Ella cayó de inmediato hacia atrás sobre la colchoneta. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero a él no le conmovió.

—Deja de quejarte, maldita —refunfuñó, y pinchó a Itzanami con más fuerza aún.

Debía dolerle. Al fin y al cabo, ya había arruinado todo su horario. No era su primera chica y tampoco sería la última. Itzanami parecía incorregible. En lugar de quedarse quieta de una vez y

soportar el procedimiento con dignidad, se encabritó de nuevo y vomitó sobre sus manos.

—¡Maldita zorra! —rugió, y le dio un puñetazo en la cara.

¿Es que esa pequeña desgraciada no tenía ningún respeto? ¿Qué se creía para ensuciarlo? Asqueado, agarró un paño y se limpió las manos. Miró a Itzanami. Estaba sucia. Su rostro y su piel inmaculada estaban llenos de vómito. La baba blanquecina y amarillenta apestaba terriblemente. La ira lo dominó. ¡Mataría a esa desgraciada!

43

—Bueno, ahora por favor otra vez desde el principio y un poco más despacio esta vez —exigió Florian, pidiendo a los dos adolescentes que se sentaran.

Observó a Lucas Zimmermann y a Mia Hansen. Florian los había metido directamente en la habitación contigua. Al lado seguía sentado Lorenz Baumann, cuya droga sustitutiva llevaba cinco minutos de retraso. Florian estaba seguro de que montaría un numerito en cualquier momento. Como no podía negarle su medicación eternamente, le pareció sensato quedarse cerca con los adolescentes.

El chico había estado parloteando sin cesar ya en el camino a la sala de interrogatorios. Florian solo había entendido una cosa hasta el momento: el joven era al parecer el novio de la desaparecida Hannah Taubert, y una cita de su amada con otro chico parecía haberlo sacado totalmente de quicio. Los celos estaban escritos en su rostro enrojecido, y en el corto trayecto había afirmado varias veces que su rival había secuestrado a Hannah.

Florian respiró hondo y resumió brevemente sus hallazgos hasta el momento:

—Así que usted fue a comer pizza con Hannah Taubert la noche en cuestión, ¿verdad?

El joven asintió. Florian recorrió las líneas del informe policial que protocolizaba los sucesos de la noche anterior a la desaparición de Hannah.

—Luego la dejó frente a la puerta de su casa sobre las nueve y vio cómo entraba.

El chico asintió de nuevo.

—¿Esperó a que la puerta estuviera cerrada o siguió conduciendo de inmediato? —Sobre este detalle no había nada en el informe.

—Esperé hasta que Hannah estuvo dentro de la casa. Entonces arranqué. En el pasillo había luz encendida.

El chico parecía haberse recuperado un poco. Había dejado de hiperventilar y se esforzaba visiblemente por mantener un tono objetivo.

—Sin embargo, los padres de Hannah afirman que ella no llegó a casa esa noche en absoluto. Estaban despiertos a esa hora, pero nadie la notó. ¿Cómo se explica eso? —preguntó Florian, mientras leía las últimas líneas del informe policial.

El joven se infló.

—Por eso estamos aquí. Ella tenía después de mí otra cita con un tal Tobi. Supongo que volvió a salir de casa inmediatamente después de que yo me fuera.

Esta declaración era nueva para Florian. Había estudiado la conversación entre Hannah y Tobi, pero no había encontrado ninguna cita para un encuentro. Dado que ambos habían intercambiado sus números de móvil, eso podía haber ocurrido verbalmente o por mensaje de texto, por supuesto. El perfil de Tobi estaba siendo verificado por expertos en informática. Sin embargo, hasta el momento no se había podido establecer la identidad. Pero existía la sospecha de que se trataba de una cuenta falsa, pues no parecía haber ningún Tobi en los alrededores que se pareciera al joven de la foto de perfil. El móvil de Tobi era un dispositivo de prepago que no podían rastrear porque estaba apagado.

—¿Cómo sabe que tenía una cita con un tal Tobi? —preguntó Florian frunciendo el ceño.

—Yo lo sé —jadeó la chica, que había permanecido en silencio todo el tiempo. Estaba pálida y obviamente se sentía incómoda en

su propia piel.

—Ella me lo contó y me reenvió el mensaje de Tobi. Además... —Mia lanzó a Lucas una mirada indescifrable antes de continuar—: Yo tengo una cita con él mañana por la noche.

—¿Qué? —Florian se levantó de un salto—. ¿Y lo dice ahora?

Le costó dominarse. Probablemente se enfrentaban a un asesino en serie que aún no había terminado con sus deseos. Los intervalos entre los crímenes eran cada vez más cortos. Si detrás de ese Tobi se escondía el autor y ya quería reunirse con otra víctima potencial al día siguiente, una cosa estaba clara: si Hannah Taubert estaba realmente en sus garras, probablemente no le quedaba mucho tiempo de vida. A más tardar, cuando el autor se apoderara de una nueva víctima, mataría a Hannah. Los pensamientos de Florian se atropellaban. No podían cometer ningún error ahora.

—Ustedes dos se quedan aquí y no se mueven de su sitio. —Florian salió precipitadamente y marcó el número del experto en informática.

—¿Tienen noticias sobre el perfil de Tobi?

—Lamentablemente no. No podemos identificarlo. Se utilizaron servidores anónimos y varias direcciones IP. Al final siempre acabamos en redes wifi públicas. Tampoco me fue posible determinar una conexión con los hermanos Wengler. Por supuesto, no puedo descartar que estuvieran en contacto a pesar de todo.

Florian dio las gracias y colgó. Estaba frente a la sala de interrogatorios donde Lorenz Baumann seguía esperando. Furioso, abrió la puerta de un empujón.

—¿Tiene algo que decirme?

Sus ojos echaban chispas de ira, Florian tenía las manos cerradas en puños y apretaban los dientes. Su entrada no falló en su efecto sobre el sospechoso. Lorenz Baumann estaba sentado, pálido y sudoroso, como un guiñapo en su silla. Tenía las manos temblorosas entrelazadas y miraba a Florian con sumisión.

—Por favor, necesito mis medicamentos. Yo...

No llegó más lejos. Florian saltó alrededor de la mesa y se plantó frente a Baumann.

—¿Necesita algo? Voy a decirle una cosa ahora mismo. Por mí puede pudrirse aquí dentro. Si no me dice al instante qué tiene que ver usted con las chicas y los tatuajes, me iré, y nadie lo sacará de aquí antes de mañana por la mañana. Se lo prometo, y me importa una mierda si este número me cuesta el trabajo.

De los ojos de Florian saltaban chispas. Baumann agachó la cabeza asustado.

—Pero si no sé nada —gimió.

Florian guardó silencio. No se movió ni un milímetro de su sitio. Cuando Baumann no siguió hablando, se dio la vuelta con calma y se dirigió a la puerta. En cuanto bajó la manilla, Baumann gimoteó de nuevo.

—Maldito policía —susurró sin fuerzas—. No he hecho nada. Solo vendí pintura y herramientas y di un poco de clases particulares.

Florian soltó la manilla y se dio la vuelta. Por fin. Tenía al hombre en el anzuelo.

—¿A quién le vendió pintura y herramientas? —preguntó, sentándose en su silla.

—A un par de tipos locos. No sé sus nombres. Eran de algún tipo de asociación maya. Ya sabe, los del fin del mundo y eso. Querían tatuar esos símbolos coloridos ellos mismos, y entonces les vendí algo de mi material y les enseñé cómo tenían que hacerlo. Tenía que quedar decente, al fin y al cabo.

Baumann calló. Sus ojos giraban frenéticamente. Florian descolgó el auricular del teléfono.

—Lorenz Baumann en la sala cuatro necesita sus medicamentos. ¿Pueden enviar a alguien arriba, por favor?

Baumann sonrió y se pasó la lengua por los labios secos. Se inclinó hacia Florian sobre la mesa y continuó en un tono más confidencial:

—Bueno, la historia ya tiene tres meses. Uno de ellos quería que yo estuviera presente en su primera ceremonia. Ya sabe, algo así como una invocación a los dioses. Fue muy loco, tío. Agarraron a una chica joven. Muy parecida a la de ahí. —Señaló la foto de Melissa Hornberg—. Estaba totalmente colocada y dejé que yo le hiciera el tatuaje mientras esos locos saltaban salvajemente a su

alrededor. —Baumann se frotó la cabeza con las manos—. Maldita sea. Robé algo de lo que le dieron a la pequeña. Desde entonces estoy otra vez en el viaje. Mierda. Eso salió realmente mal.

—¿Qué buscaba en el instituto forense?

—Las salas eran tranquilas. Ya sabe, sin otros yonquis. Te puedes pinchar con total tranquilidad.

Florian arqueó las cejas con duda.

—Vale, tío. Yo... voy a recibir mi material enseguida, ¿verdad? —Baumann miró acosado hacia la puerta.

—Sí, prometido. Está en camino.

Baumann examinó a Florian por un segundo y luego asintió.

—Bueno, hace una o dos semanas, no lo sé con exactitud, estuve allí otra vez, con esos locos. Esta vez solo había un tipo y se agarró de nuevo a una chica como la de la foto. Pero de alguna manera se veía diferente. Tío, imagínate, se inclinó sobre ella y le clavó una estaca en el pecho. Bueno, yo estaba bastante colocado y en realidad solo estaba allí para ver si podía pillar algo más de droga. Sabía dónde estaba el material. Pero no había nada. Y más tarde, me quedé pensando, y como de todos modos pasaba el rato a menudo en el instituto... Casi nadie conoce ese lugar y tengo mi paz. Los muertos me daban igual. Bueno, en fin, pensé en echar un vistazo a la pequeña. Pero no la encontré. Uf... —Se golpeó el pecho y puso una sonrisa torcida—. Me alegré mucho de que no le hubiera pasado nada, tío.

Florian se mordió el labio inferior y empujó la foto de Melissa Hornberg un poco más hacia Lorenz Baumann.

—¿Está seguro de que no era esta chica?

Baumann se encogió de hombros.

—Tío, estaba realmente colocado. Tampoco pude ver a la chica tan exactamente. Era joven, pelo largo y rubio, delgada. Bueno, como son las chicas jóvenes.

—¿Y por qué no me contó enseguida que había ayudado en esos rituales?

Baumann se rascó la cabeza.

—No le pasó nada. Tío, simplemente no quería problemas. No tengo nada que ver con eso. Solo buscaba un lugar tranquilo.

La puerta se abrió y entraron una doctora acompañada de un policía.

—Hay novedades. Debe ir inmediatamente al despacho de Meier.

44

Los acontecimientos se precipitaban. Florian tenía dificultades para poner orden en el caos de sus pensamientos. Hace un momento, Lorenz Baumann le había descrito a las personas a las que había vendido tinta y herramientas de tatuaje. Con bastante seguridad, el Dr. Menger era uno de ellos. Menger mismo les había contado que era el presidente de la Asociación Alemana de Cultura Maya y que, en ese contexto, realizaba rituales tradicionales con regularidad.

¿Sería también capaz de cometer un asesinato? ¿Estaba detrás del ominoso perfil de internet de ese tal Tobi, que buscaba vírgenes en las bolsas de contacto? El experto en informática todavía no había encontrado ninguna conexión entre este perfil y las tres chicas muertas. Tampoco se pudo demostrar ningún vínculo con los hermanos Wengler. Lo único claro era que todos los implicados habían estado activos en el mismo portal de internet. Florian había puesto al departamento de informática tras la pista de Menger. Si él también estaba activo en la plataforma de citas, se catapultaría a lo más alto de la lista de sospechosos.

Hasta hacía diez minutos, Florian había estado convencido de que Menger estaba involucrado en el asunto, pero desde que estaba sentado en el despacho de su jefe, todo había cambiado.

Hermann Meier barrió las teorías de Florian de un plumazo. Atónito, Florian siguió sus novedades.

—Tenemos a Mario Wengler —le reveló Meier con su tono típico. Tenía una voz profunda y rasposa que no dejaba lugar a dudas sobre la veracidad de sus palabras—. Se había atrincherado con su novia. ¿Sabía usted que tenía pareja?

Los ojos de Meier taladraron a Florian. Este negó con la cabeza.

—Una mujer joven, morena, melena rizada y de veinte años como máximo... —Meier hizo una pausa significativa.

—¿Habla de la desaparecida Hannah Taubert? —se informó Florian, pues la descripción encajaba con la chica.

Meier se encogió de hombros.

—No lo sabemos. La señorita se niega a declarar.

Las cejas de Florian se alzaron. No tenía claro a dónde quería llegar su jefe.

—El equipo de búsqueda ha atrapado a Wengler en un *camping*. Fue pura casualidad. Un compañero de la policía quería comerse una salchicha al curry cuando Wengler apareció con la joven. Nadie contaba con que el hombre se paseara por la zona a plena luz del día simplemente así. El *camping* linda con la propiedad de Wengler y está muy concurrido en esta época del año. El equipo de búsqueda se había concentrado más bien en las partes deshabitadas de la zona. En cualquier caso, el compañero reconoció a Wengler de inmediato y lo detuvo junto con la chica.

La pequeña afirma ser su novia. No revela su identidad porque tiene miedo de sus padres, que le montarían un infierno en cuanto descubrieran la edad de su nuevo novio. Un compañero la está interrogando ahora mismo. Si no suelta su nombre pronto, la traeremos a comisaría y la carearemos con los Taubert.

—¿Qué pasa con Wengler? ¿Ha confesado?

Meier lanzó a Florian una mirada penetrante.

—Bueno —dijo tras una breve pausa—. En realidad quería dejarle ese interrogatorio a usted. Así que será mejor que se ponga en marcha.

45

Julia permanecía clavada en su asiento. El cántico de los autoproclamados sacerdotes mayas había alcanzado un volumen ensordecedor. El Dr. Menger ejecutaba una extraña danza alrededor de la joven que yacía, apática, sobre la piedra de sacrificio. Los tambores repicaban con frenesí. Las antorchas, la sala sumida en la penumbra, los movimientos extraños y los cánticos oscuros provocaban en Julia un miedo indescriptible.

Aunque partía de la base de que todo lo que veía era una obra de teatro, el ritual parecía engañosamente real. Sentía una conexión con la chica, que yacía allí totalmente indefensa, soportando las miradas lascivas de los hombres sobre su cuerpo casi desnudo. Sin duda, la joven no hacía eso voluntariamente. ¿O acaso sí?

Julia miró a su alrededor. Los demás invitados disfrutaban del espectáculo con toda evidencia. El silencio inicial había dado paso a un animado cuchicheo. Algunos incluso reían. ¿Se estaba tomando Julia el asunto demasiado en serio? Se trataba de una simple recreación de un sacrificio maya. Era de esperar que no se anduvieran con remilgos.

Julia se levantó y se desplazó un poco hacia un lado. Quería ver mejor lo que sucedía sobre la piedra de sacrificio. Desde la derecha tenía el campo de visión despejado. Por el rabillo del ojo, Julia percibió de repente un movimiento. Alzó la vista y descubrió una

puerta por la que se filtraba una luz brillante. Al parecer, la sala disponía de dos niveles. La puerta se cerró de inmediato.

Julia volvió a centrarse en el ritual. El Dr. Menger blandía un cuchillo sobre la chica. El rostro de la joven ya no parecía tan relajado. Menger realizaba varios gestos sobre su cuerpo, todos los cuales insinuaban su muerte. Alzó el brazo y dejó caer el cuchillo sobre ella, deteniéndose en el último instante. Julia podía sentir el pánico de la chica casi físicamente. Sopesó si debía intervenir. Era evidente que tenía miedo. A nadie más, salvo a ella, parecía importarle. Al contrario, en cuanto la chica se estremecía, un murmullo recorría la multitud.

Las dudas comenzaron a corroer a Julia. Pensó en Michael, en el hecho de que ya una vez había dejado que las cosas siguieran su curso. Su inacción había llevado a Michael prácticamente a la muerte. Si tan solo le hubiera hecho caso aquella vez, hoy seguiría vivo. Miró a su alrededor con inseguridad. Al parecer, ninguno de los invitados compartía su preocupación. Quizá debería calmarse simplemente. ¿Qué podía pasar? Un poco de aire fresco seguramente ayudaría.

Julia decidió abandonar la sala. Tenía los nervios a flor de piel y necesitaba recuperar la objetividad. Se dirigía a paso ligero hacia la salida cuando un grito desgarrador resonó en la sala. Se dio la vuelta y miró directamente a los ojos gélidos de Menger. Se erguía, con una sonrisa infernal, sobre la chica que parecía inerte. Había sangre por todas partes. Julia se llevó la mano a la boca, horrorizada. No podía creer lo que veía. Menger le había cortado la garganta a la chica. La sangre brotaba de su cuello en un chorro cada vez más débil.

A Julia se le nubló la vista. Hizo aquello para lo que el cerebro humano está diseñado: luchar o huir. Ella eligió luchar. Se lanzó entre los bancos, subió corriendo los escalones de la piedra de sacrificio y se abalanzó sobre la chica cubierta de sangre. La visión era espantosa. Había sangre por todas partes: en la cara, en el torso, en el pelo y en el suelo alrededor. Julia buscó el pulso de la chica. En ese mismo instante, unas manos fuertes tiraron de ella hacia atrás.

—¡Soltadme inmediatamente! —gritó Julia, defendiéndose con uñas y dientes.

—¿Qué demonios hace usted aquí? —le siseó el Dr. Menger al oído, girándola bruscamente hacia él. Sus ojos fríos parecían atravesar el alma de Julia. Sus manos se clavaban dolorosamente en sus brazos—. ¡Está arruinando nuestro ritual!

Julia fulminó a Menger con la mirada y le propinó un rodillazo en la entrepierna con todas sus fuerzas. Menger la soltó al instante. Se dobló y gimió.

—Maldita bruja. ¡Qué se le ha perdido aquí!

Julia no reaccionó. Se inclinó sobre la chica. Aún vivía. Totalmente aturdida, se incorporó.

—¿Ya hemos terminado, papá?

¿Papá? Julia no daba crédito a sus oídos. ¿La chica era la hija de Menger? Se limpió con el dedo la sangre del cuello. La piel parecía intacta. Una pluma blanca estaba pegada a ella. En el suelo yacía un pollo decapitado. Maldición. ¿Qué demonios pasaba aquí? Algunos invitados se habían levantado y abucheaban a Julia. La hija de Menger la miraba confundida.

—¿Quién es usted? —Se dirigió a su padre—. Papá, ¿qué pasa?

—Está bien. Creo que aquí hay un malentendido. —Menger se había incorporado. Mantenía una mano protectora frente a su entrepierna.

Julia ató cabos. Todo era un espectáculo engañosamente real, logrado con sangre de pollo. Solo que desde el auditorio no se podía ver al pollo. Julia se tambaleó un poco. Se sentía aturdida. Y de alguna manera culpable. Había arruinado la representación de Menger, y de forma totalmente injustificada. De repente, se sintió avergonzada.

—Lo siento —dijo vacilante, tendiéndole la mano a Menger a modo de disculpa—. Pensé que...

—Estimada doctora Schwarz, debería saber que aquí solo recreamos las cosas. ¿Cómo se le ocurre pensar que haríamos daño a alguien?

Entretanto, las luces de la sala se habían encendido. Los hombres que habían prendido las antorchas y los cuencos de fuego

al comienzo del ritual acompañaban a los invitados hacia la salida. Julia no sabía qué responder. Se sentía como una colegiala que se había pasado de la raya. Sus ojos recorrieron la sala como si fuera a encontrar allí una respuesta adecuada. La puerta que le había llamado la atención antes volvía a estar abierta. Alguien la observaba desde allí arriba.

—¿Qué hay ahí arriba? —preguntó, sin responder a la pregunta de Menger.

Menger frunció el ceño. La pregunta de Julia no le gustó. Aun así, respondió:

—Ahí arriba hay algunas salas de ensayo. ¿Tiene alguna otra pregunta, doctora Schwarz, o podemos volver a la normalidad? Mi hija necesita urgentemente una ducha caliente.

—Sí, por supuesto. Lo siento de verdad, Dr. Menger. Parecía tan real. Por un momento, simplemente juzgué mal la situación.

Menger le lanzó una mirada ofendida.

—Está bien —dijo, y con un movimiento de cabeza le dejó claro a Julia que la conversación había terminado para él.

Ella salió de la sala, enfadada consigo misma. ¿Cómo había podido hacer tal ridículo? De repente, solo quería irse. En realidad, debería haber confrontado a Menger sobre su hija, que evidentemente estaba borracha o drogada. Podría jurar que la chica aún no era mayor de edad. Estrictamente hablando, no podía simplemente aceptar algo así. Un punto que le molestaba mucho. Subió las escaleras y atravesó el vestíbulo de la villa hacia el exterior.

Los primeros coches ya abandonaban el aparcamiento. El atardecer se anunciaba con anchas franjas rojas en el cielo azul de verano. Julia estaba a punto de rodear la casa para volver a su coche cuando le llamó la atención una furgoneta blanca. El vehículo estaba aparcado frente a la puerta del garaje, en la parte trasera del edificio. De repente, recordó la sangre de pollo en la ropa de Melissa Hornberg. Sacó el móvil del bolso y marcó el número de Florian. Afortunadamente, contestó de inmediato.

—¿Hiciste comprobar la furgoneta blanca del Dr. Menger? —preguntó Julia, sin detenerse en formalidades.

Al otro lado de la línea hubo silencio durante unos instantes. Julia podía oír el ruido de un motor de fondo. Al parecer, Florian iba en el coche.

—Tenemos a Mario Wengler y posiblemente también a la desaparecida Hannah Taubert —explicó Florian, para sorpresa de Julia.

—¿Qué? ¿Entonces el caso está cerrado? —Julia no podía creerlo —. Pero aquí hay una furgoneta blanca, y acabo de ver un ritual maya en el que la hija de Menger fue manchada con cantidades ingentes de sangre de pollo. ¿No te parece sospechoso?

—¡Julia! —la voz de Florian sonaba impaciente—. Estoy de camino a ver a Wengler para obtener su confesión. ¿Qué haces en casa de Menger?

—Descubrí en Internet que hoy iba a tener lugar este ritual de sacrificio y fui a verlo. Ahora mismo estoy viendo una furgoneta blanca. Es el mismo modelo que el del vídeo de la gasolinera. Todavía sigues buscando ese vehículo, ¿no?

—Escucha, Julia. Estoy a punto de llegar donde Wengler y tengo que ocuparme de él. Hablamos luego, ¿vale?

Julia colgó. Estaba decepcionada. Había esperado otra reacción. En realidad, debería haberle estado agradecido. La furgoneta blanca llevaba tiempo en la lista de búsqueda y era una pieza clave para encontrar al asesino de las chicas, igual que el asunto de la sangre de pollo. Por otro lado, si Mario Wengler confesaba los crímenes, entonces ella ya no tenía nada que hacer allí. Malhumorada, cruzó la gran propiedad de vuelta a su coche y se sentó dentro. Pero no arrancó. Tenía otro plan.

46

Julia permanecía sentada e inmóvil en su coche, con la mirada fija en el cielo. Su mente estaba muy lejos. Unía todas las piezas del rompecabezas que conocía de los resultados de la investigación hasta el momento. Había un punto importante que había recordado y que, en última instancia, le había impedido conducir a casa. El Dr. Menger llevaba guantes de goma. Era solo un detalle minúsculo, pero encajaba demasiado bien en el cuadro.

Ella había encontrado rastros de talco en los cadáveres de las tres chicas. Rastros que se producían cuando alguien tocaba a otra persona con guantes de goma. Menger manipulaba sangre de pollo, frente a su casa había una furgoneta blanca y tenía predilección por los rituales mayas. Además, Menger encajaba exactamente en el perfil del autor que Florian había desarrollado. El asesino sedaba a su víctima con drogas y no se detenía ni ante su propia hija con tal de dar rienda suelta a sus fantasías enfermizas.

Temía que este caso no estuviera cerrado en absoluto. Si Wengler resultaba ser el hombre buscado —algo que Julia seguía dudando—, no haría daño echar un vistazo más a la villa. Todo el tiempo veía ante sí aquella puerta que se había abierto en el nivel superior de la sala. Detrás se ocultaba algo, la reacción de Menger lo había dejado claro. Julia temía que el asesino pudiera atacar de nuevo. Tal vez la hija de Menger solo había sido el aperitivo de hoy y

la verdadera víctima esperaba en algún lugar oculto su triste destino. Así que, si Florian se equivocaba y Wengler no era el culpable, cada minuto contaba. Había algo que Julia se había jurado tras la pérdida de su hermano: nunca más se quedaría de brazos cruzados observando sin hacer nada.

Al caer la noche, se bajó del coche y caminó directamente pasando el estanque de los patos y atravesando el parque de vuelta a la villa. En el aparcamiento aún quedaban tres coches. La furgoneta blanca había desaparecido. Quizá alguien la había metido en el garaje. Eso lo averiguaría enseguida. Se deslizó entre los árboles, cruzó el césped y se pegó a la pared de la casa. Frente a la villa había varias farolas, así que se mantuvo en la sombra del muro. Apenas había dado dos o tres pasos cuando, de repente, una mano le tapó la boca desde atrás. Horrorizada, Julia agarró la mano extraña.

—¡Chist, calla!

Julia necesitó varios segundos hasta reconocer a Florian. Tenía tanta adrenalina en la sangre que temblaba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó atónita.

—Pensé que no te darías por vencida, y como no quería que volvieras a ponerte en peligro, di media vuelta y vine directamente.

—¿Pero qué pasa con Wengler y con Hannah Taubert?

Florian se encogió de hombros.

—Ni idea. Pero como ambos están bajo custodia por el momento, el interrogatorio puede esperar. Sinceramente, me has hecho reflexionar. Hace un par de horas le saqué a nuestro yonqui que había vendido herramientas de tatuaje y tintas a la asociación de Menger. Además, asegura haber visto un ritual exactamente igual al que tú presenciaste. Parecía totalmente real. A una chica le clavaron una estaca en el corazón. Por eso estuvo husmeando en vuestro depósito de cadáveres. Quería asegurarse de que la chica seguía viva y se alegró de no haberla encontrado en vuestras cámaras frigoríficas. Y luego está la mejor amiga de Hannah Taubert, que tiene una cita mañana con ese tal Tobi. Nuestro informático sigue sin averiguar nada. Por eso consideré que lo mejor era venir aquí.

—Yo tampoco estoy segura de quién es nuestro asesino. La furgoneta blanca ha desaparecido. Quería echar un vistazo a las salas de ensayo en la planta superior —explicó Julia, tirando de Florian.

Pero este no se movió de su sitio.

—Sabes que sin una orden judicial no puedo irrumpir en esta casa así como así.

—Tampoco hace falta que lo hagas —replicó ella, señalando un robusto enrejado que trepaba por la pared de la casa hasta un balcón—. En el centro de la villa hay una gran sala. El acceso al auditorio y a la piedra de sacrificio está en el sótano, las salas de ensayo al menos dos pisos más arriba. Si no me equivoco, deberíamos poder echar un vistazo desde ese balcón.

Julia recordó la luz que había entrado por la puerta abierta durante un instante. Tenía la impresión de que había sido luz natural. Así que tenía que haber una ventana. El balcón parecía estar exactamente en el lugar correcto. Sin esperar respuesta de Florian, trepó por el enrejado. El balcón era enorme. Se extendía a lo largo de diez metros y abarcaba varias ventanas.

—Práctico —susurró Florian, que en ese momento saltaba la barandilla.

Julia se acercó con cautela a la primera ventana. Dentro había luz. Contuvo la respiración y espió el interior. En el suelo había algunas esterillas de yoga. Un armario sencillo estaba junto a la puerta y del techo ni siquiera colgaba una lámpara, sino solo una bombilla desnuda. El mobiliario no tenía nada que ver con el resto de la lujosa villa.

—Casi parece la celda de una prisión —bromeó Florian.

Julia se deslizó hasta la siguiente ventana, la segunda de un total de cuatro ventanas blancas de doble hoja con cuarterones. Esa habitación estaba oscura. Apretó la punta de la nariz contra el cristal para ver algo. Solo distinguió algunos contornos. Tal vez había una cama allí o una mesa baja. Florian le dio un codazo y le indicó que fuera a la siguiente ventana. Allí se presentaba la misma imagen.

Solo a través de la última ventana volvía a salir luz. Julia miró dentro y contuvo el aliento al instante. Allí estaba sentado el Dr.

Menger. En la mano sostenía una máquina de tatuar que deslizaba sobre el vientre plano de una chica rubia.

—¿Es su hija? —preguntó Florian.

Julia negó con la cabeza.

—No, ella era morena. A esta mujer no la he visto nunca. Parece también mayor.

Julia calculó que la mujer tendría poco más de treinta años. Estaba tumbada relajadamente en una camilla estrecha y sonreía mientras Menger trabajaba en su vientre. No parecía ser especialmente doloroso. De algún modo, Julia estaba decepcionada. Había esperado toparse con información útil. Lo que encontraban parecía inofensivo. Frustrada, se dejó caer contra la pared de la casa.

—Quizá tengas razón después de todo y sea Wengler —suspiró, mirando a Florian, que parecía muy distinto bajo la tenue luz de las farolas.

—Si quieres, puedes observar el interrogatorio mañana temprano. —Florian le tendió la mano y la ayudó a levantarse—. Larguémonos.

Tomaron el mismo camino de vuelta por donde habían venido.

—¿Echamos un vistazo rápido a ver si está la furgoneta? —preguntó Julia, pero Florian no quiso.

—Primero necesitamos una orden de registro. Vámonos antes de que nos descubran.

Julia obedeció. Se dirigieron hacia los árboles y caminaron por el borde del prado en dirección a su coche. Era una noche clara y estrellada, con un aire suave de verano y olor a césped recién cortado.

—Maldita sea —maldijo Florian de repente.

Julia vio que tenía un pie metido en la tierra. El suelo había cedido bajo su peso. Florian tiró de su pierna. Julia le ayudó a liberarse.

—¿Qué es ese agujero? —preguntó ella, iluminando el interior con la linterna de su móvil.

—Parece un tubo de ventilación —murmuró Florian.

Julia palpó el tubo. Se encontraba allí donde empezaba el prado. Su mirada escrutó los alrededores. Detrás de unos árboles dio con un cobertizo de madera.

—¿Qué es eso? —susurró excitada.

—Déjame ver. —Florian se deslizó pasándola y examinó el cobertizo torcido.

—Aquí hay una escalera que baja —dijo, iluminando unos escalones de hormigón húmedos que conducían a las profundidades.

—¿Qué se supone que es esto, un antiguo sistema de pozos? —Julia señaló unas tuberías de agua que corrían a lo largo de la pared.

Florian se encogió de hombros.

—Chist —dijo de pronto, deteniéndose—. ¿Has oído eso?

Julia asintió. Sí, había oído un gemido o un quejido. Tal vez había sido el sonido de un animal. Un escalofrío recorrió su piel. Florian no lo dudó mucho. Bajó los últimos escalones. Llegaron a un pasillo de hormigón completamente sucio por el que corrían varias tuberías de agua. De algunas goteaba incesantemente. A la derecha había una puerta de acero. Estaba abierta. En la habitación no había más que hormigón desnudo. En la pared del fondo había otra puerta de acero. Julia aguzó el oído. Quería oír ese ruido otra vez. Pero no se repitió. Florian manipuló la segunda puerta de acero. Esta estaba cerrada con llave.

—Esto lo abro enseguida —susurró, sacando una ganzúa del bolsillo.

—Huele terrible —constató Julia. En el aire había una mezcla de sangre y excrementos.

Florian abrió la cerradura en menos de treinta segundos. Empujó la puerta y el hedor casi tumbó a Julia. Era nauseabundo. Florian encendió la luz. Un cubo lleno de excrementos y orina estaba a punto de rebosar. Moscas gordas zumbaban alrededor. Pero la cosa se puso aún peor. En medio de la habitación había un colchón. Medía tal vez uno por dos metros. Sobre él yacía el cuerpo de una chica. Rizos castaños se derramaban sobre el colchón sucio, que ni siquiera tenía una sábana. El cuerpo delgado yacía completamente inmóvil. Los brazos delgados estaban extendidos a derecha e izquierda; en la fosa del codo izquierdo tenía clavada una cánula. Un tubo de plástico

transparente conducía a un soporte del que colgaba una bolsa, de la cual goteaba un líquido hacia el tubo. Julia captó la etiqueta de la bolsa de un vistazo y arrancó la cánula del brazo de la chica.

—Está viva —constató. El pulso de la chica iba a toda velocidad —. Tenemos que llevarla al hospital inmediatamente. Tiene un *shock* anafiláctico. El malnacido la ha sedado con pavulón.

El pavulón era un relajante muscular que se utilizaba a menudo en las anestesias generales. Se suponía que suprimía la actividad muscular durante un tratamiento. La sensación de dolor no se veía afectada por el fármaco. El agresor era un incompetente o un sádico. Una reacción alérgica a este medio ocurría raras veces, pero podía ser mortal. La chica había reaccionado violentamente, al parecer. Necesitaba urgentemente medicamentos para estabilizar la presión arterial y la circulación.

Florian había sacado su arma y registraba sistemáticamente la habitación. Otra puerta conducía a un aseo ruinoso. El lavabo estaba manchado de sangre. Herramientas de tatuaje y tinta yacían al lado. Trapos sucios, más botellas llenas de medicamentos y desinfectante completaban el cuadro del horror.

—Necesitamos refuerzos —declaró Florian.

Avisó a los compañeros y ayudó a Julia a levantar a la chica inconsciente.

—Creo que hemos encontrado a Hannah Taubert.

47

Poco tiempo después, la noche se convirtió en día. La propiedad de Menger era un hervidero de policías y personal de criminalística, que con sus linternas y focos instalados ahuyentaban la oscuridad. Había tanta luz que incluso las estrellas habían desaparecido del cielo. Hannah Taubert había sido ingresada directamente en la unidad de cuidados intensivos del hospital más cercano por el médico de urgencias. La habían identificado gracias a las fotos de las personas desaparecidas. Sus posibilidades de supervivencia no eran buenas.

Florian, junto con varios colegas, interrogaba al Dr. Menger, a su hija y a algunos empleados domésticos que vivían en las habitaciones de servicio. Mientras tanto, Julia echaba un vistazo por la villa. Anna Schubert, de la científica, registraba con su equipo las habitaciones del sótano donde habían encontrado a Hannah Taubert. El sótano pertenecía a la estación de bombeo propia de la casa, que abastecía al estanque y al sistema de riego del jardín. Antaño, el suministro de agua de la casa también se realizaba a través de esta instalación, pero debido a la mala calidad del agua subterránea, los anteriores propietarios de la finca ya habían traspasado el suministro de agua potable a la red municipal.

En cualquier caso, Julia había regresado a la casa porque no quería estorbar a Anna Schubert. Examinó el salón, amueblado con lujo pero, al mismo tiempo, muy acogedor. Un sofá con mullidos

cojines invitaba a estirarse. Un sillón de orejas con un puf de cuero redondo para los pies servía como lugar para agradables horas de lectura. Un bar generosamente surtido velaba por el bienestar físico, y numerosas fotos, distribuidas por las paredes, las cómodas y las estanterías, daban a la estancia un toque personal.

Este salón con tantas fotografías pertenecía a la categoría de "mundo familiar perfecto". Las imágenes daban fe de buenos tiempos. Menger aparecía en casi todas las fotos con su exmujer, que vivía en México desde hacía cinco años, y sus dos hijos. La mayoría de las imágenes mostraban a la familia bajo un cielo azul radiante, alternativamente en la playa y frente a algún templo maya. Evidentemente, los Menger habían pasado mucho tiempo en México. No era de extrañar, pues Menger investigaba la cultura maya desde hacía décadas, participaba activamente en numerosas excavaciones y conocía cada templo como la palma de su mano. Julia ya se había enterado de eso en la exposición.

Julia examinó las fotos y sintió casi un poco de envidia. Pensó en Michael y en la familia alegre que una vez fueron. Ellos también habían ido a menudo de vacaciones. Quizá no hasta México, pero al menos les alcanzaba para dos semanas de vacaciones en el Mar del Norte cada año. En invierno viajaban a las montañas de Austria. Julia recordaba con gusto aquella época, que hoy le parecía otra vida. Los miembros de su familia habían muerto interiormente —cada uno a su manera— junto con Michael. Su muerte los había cambiado radicalmente. Quien más sufría era, sin duda, su madre. Recordó con un escalofrío el último cumpleaños de Michael y cómo su madre se aferraba convulsivamente a él. Nunca en la vida superaría esa desgracia.

Julia apartó la mirada de las fotografías. De repente, ya no podía soportar la felicidad que se mostraba allí. Miró el reloj y se extrañó de que Florian aún no hubiera terminado con sus interrogatorios. Decidió salir al jardín y hablar con Anna Schubert. Esta vez renunció a caminar discretamente entre los árboles y cruzó directamente el prado brillantemente iluminado. Sobre el conducto de ventilación en el que Florian se había hundido había una rejilla. Además, el lugar estaba vallado provisionalmente. Los empleados de la científica

estaban ocupados examinando el entorno inmediato del cobertizo de madera.

—Será mejor que acordone y continuemos mañana por la mañana. Posiblemente pasemos algo por alto con esta luz artificial —dijo un joven vestido completamente de blanco que manipulaba los pomos de las puertas con un pincel.

—De acuerdo, pero hagamos antes la prueba con luz ultravioleta —replicó su colega.

Con luz ultravioleta se podían hacer visibles restos de sangre tratados químicamente u otras sustancias biológicas como saliva y esperma. Julia se deslizó pasando junto a los dos hombres y entró en el cobertizo. Bajó las escaleras y encontró a Anna Schubert en el mismo lugar donde antes habían hallado a la chica inconsciente. La jefa de la científica estaba extendiendo prendas de ropa en el suelo. Al notar a Julia, interrumpió su actividad.

—Por fin hemos encontrado la ropa de las chicas. Estaba en el baúl de la ropa sucia de ahí atrás. Es increíble que el autor tuviera sangre fría para algo así. Como si quisiera lavar las cosas próximamente... —Sacudió la cabeza y señaló unos vaqueros azul claro—. Este pantalón pertenecía a Sandra Polkert. El carnet aún estaba en el bolsillo. Su asesino la llevó desnuda al pantano. Lamentablemente, por el momento no sé qué parte de arriba corresponde. Pero lo averiguaré en el laboratorio.

—¿De quién es ese monedero? —preguntó Julia, cuyos ojos se quedaron clavados en una cartera de cuero rosa.

—Estaba en el bolsillo de la chaqueta de Janina Schuchardt. —Anna Schubert sostuvo en el aire un teléfono móvil con los dedos enguantados—. Y este pertenece a Hannah Taubert. Simplemente introduje su fecha de nacimiento como código y pude desbloquear el móvil. Su perfil de WhatsApp está guardado completo con foto y nombre. Además están los números de teléfono de los padres y de sus dos amigos que estuvieron ayer con Florian Kessler.

Los ojos de Julia recorrieron las prendas coloridas. Una profunda arruga apareció en su frente. Contó tres pantalones y una falda. Anna Schubert había asignado dos pantalones a las dos chicas

asesinadas, Janina Schuchardt y Sandra Polkert. La falda la llevaba Hannah Taubert.

—¿A quién pertenece el tercer pantalón?

—En ese no he encontrado nada. Probablemente a la muerta que descubrimos en el árbol —respondió Schubert mientras metía una camiseta en una bolsa de plástico.

—Pero la ropa de Melissa Hornberg estaba en la papelera del pequeño aparcamiento del parque natural —objetó Julia.

Anna Schubert miró a Julia como si le hubiera caído un rayo.

—Dios mío, tienes toda la razón. No había pensado en eso. Eso significa que... —No siguió hablando, sino que miró a Julia con los ojos abiertos de par en par.

—Hay otra chica ahí fuera en alguna parte —completó Julia la frase, sintiendo cómo se le encogía el corazón.

—Tenemos que informar a Florian al instante. Yo... —Anna Schubert no llegó más lejos, pues en el marco de la puerta apareció la corpulenta figura de un policía. Examinó rápidamente a las dos mujeres.

—Lo siento, pero deben abandonar la sala. Florian Kessler quiere echar un vistazo con el sospechoso.

—Está bien, Mark. Las dos pueden quedarse. ¿Cierras la puerta y te aseguras de que no nos molesten, por favor?

Florian entró con el Dr. Menger, cuyas manos estaban esposadas a la espalda.

—Permítame las presentaciones. —La voz de Florian sonaba artificialmente cortés. Julia lo conocía lo suficiente como para saber que el interrogatorio no iba bien. Podía imaginarse que Menger era un hueso duro de roer. Seguro que no revelaba sus crímenes voluntariamente. Florian estaba a punto de explotar—. A la doctora Schwarz ya la conoce, y esta es Anna Schubert, jefa de la científica.

El Dr. Menger saludó a Julia con un movimiento de cabeza. Su expresión era hermética, la postura erguida y llena de autoconfianza.

—¿Conoce estas instalaciones? —empezó Florian.

—Sí, es el antiguo sistema de suministro de agua de la casa. Desde hace algunos años, la instalación solo sirve para el riego de las zonas verdes y del estanque de los patos al final del parque. ¿Por

qué me traen aquí? Aquí no hay nada que ver. No tengo nada que ver con esas chicas. Estas acusaciones son absurdas. —La voz de Menger sonaba segura de sí misma.

—Bueno, Anna, ¿serías tan amable de poner todo brevemente tal y como se encontró?

Anna dispuso los objetos con movimientos ágiles exactamente como estaban distribuidos hacía poco tiempo. También la bolsa transparente, de la que había fluido el relajante muscular a la vena de Hannah Taubert, colgaba de nuevo del soporte. Solo la chica gravemente herida faltaba, por supuesto, en el espantoso escenario.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en este sótano? —quiso saber Florian de Menger.

Algo cambió en el rostro de este. Su mirada se clavó en el colchón. En sus ojos hubo un extraño parpadeo. Era raro. De repente, su máscara se derrumbó. La piel de Menger se volvió pálida como la ceniza, su espalda se encorvó de golpe. Parecía haber encogido diez centímetros.

—Lo admito. He retenido a esas chicas aquí abajo y las he matado. Déjenme hablar con mi abogado y les entregaré mi confesión completa lo antes posible.

48

Julia permanecía sola en el desolado calabozo del sótano. Florian había permitido que Menger llamara a su abogado y lo había puesto bajo custodia. Anna Schubert se ocupaba de la furgoneta blanca que habían localizado en el garaje de la villa.

Menger no había confirmado ni desmentido la existencia de otra víctima. Aquello resultaba extraño y, además, a Julia todo le parecía haber sucedido demasiado deprisa. Sin duda, creía a Menger capaz de cometer aquellos crímenes. Era un hombre frío, calculador y un fanático adorador de la cultura maya. Podía imaginarse perfectamente que ansiaba víctimas reales para arrojarlas como pasto a sus dioses. Sin embargo, aquella repentina confesión le había parecido demasiado fácil. Apenas cinco minutos antes, Menger había negado cualquier contacto con las chicas, y de pronto admitía los asesinatos sin previo aviso. Por ello iría a la cárcel el resto de su vida. El culto maya, su estatus y su familia se acabarían de un plumazo. Tendría que renunciar a todo lo que le importaba y amaba.

Miró fijamente el colchón manchado. Dos letras le llamaron la atención. *AM* estaba grabado en el borde superior derecho. La M seguramente correspondía a Menger. Pero, ¿qué significaba la A? El nombre de pila de Menger era Ludwig, y su hija se llamaba Rosalie.

—Julia, ¿sigues aquí?

La voz de Florian resonó por el sótano. Al ver a Julia, le sonrió radiante.

—Hora de terminar por hoy. Realmente has hecho un trabajo magnífico. Quizá te apetezca cambiarte a la Brigada Criminal. Meier te contrataría con los ojos cerrados. Sin ti, ahora mismo estaría perdiendo el tiempo con Mario Wengler y su hija.

—¿Con su hija? —preguntó Julia, incrédula.

—Sí, estaba acampando con su hija ilegítima. Esa jovencita no es su novia, sino su hija biológica. Nunca reconoció oficialmente la paternidad, por eso no podíamos saberlo. La niña fue fruto de una aventura extramatrimonial. La madre no tenía contacto con Wengler desde hacía años ni quería tenerlo. Aun así, la hija averiguó quién era su padre y contactó con él hace unos meses. La chica no quería bajo ningún concepto que su madre se enterara, por eso guardó silencio. Solo cuando los agentes la confrontaron con los asesinatos de las chicas, soltó la lengua.

—Entonces Wengler no tiene nada que ver con nuestro caso —concluyó Julia.

Florian asintió.

—Venga, te llevo a casa. Un compañero te acercará tu coche mañana.

Julia vaciló.

—¿Qué pasa? ¿No te alegras de que por fin tengamos a ese malnacido?

La mente de Julia trabajaba a toda máquina. Sus pensamientos giraban incesantemente en torno a las iniciales que había descubierto en el colchón. De repente, le vinieron a la cabeza las fotos familiares de Menger.

—¿Cómo se llama el hijo del Dr. Menger?

—Andreas, ¿por qué? —Florian arqueó las cejas.

Julia señaló el colchón con el dedo.

—Entonces ese es el colchón de Andreas Menger. ¿Dónde se mete, por cierto? ¿Lo habéis interrogado también?

Florian negó con la cabeza.

—No. Ni siquiera sé si todavía vive aquí. Hace tiempo que es adulto.

En ese momento sonó el móvil de Florian.

—Kessler —respondió, y escuchó en silencio la voz de mujer que sonaba agitada a través del altavoz. Al cabo de un rato colgó y lanzó a Julia una mirada penetrante.

—Ni una sola huella dactilar en este sótano de bombas pertenece al Dr. Menger. Anna ha identificado huellas de las chicas y otras más que son idénticas a las que encontramos en el coche desguazado de Mario Wengler. Ha intentado averiguar a quién pertenecen esas huellas y las ha comparado con todas las demás de la villa. Hubo una acumulación de esa huella en una habitación contigua a la de la hija del Dr. Menger... —informó Florian.

—Y es la habitación de Andreas Menger y son sus huellas dactilares —completó Julia la frase de Florian.

Un escalofrío le recorrió la espalda al comprender la noticia. De repente, todas las piezas encajaban en una nueva imagen. Julia entendió por qué el Dr. Menger se había mostrado tan dispuesto a confesar de golpe. Quería proteger a su hijo y asumir la culpa en su lugar. El asesino seguía libre. Miró a Florian con horror.

—Y probablemente hay otra chica ahí fuera. Hace un rato encontramos la ropa en ese agujero.

49

—¡Maldita sea, Menger, díganos dónde está su hijo, o quiere ser responsable de la muerte de otra chica!

La voz de Florian temblaba incontrolablemente. Rara vez Julia lo había visto tan alterado. Podía entenderlo. Ella también tenía los nervios a flor de piel. Allá afuera había una chica en alguna parte. Indefensa, drogada y en compañía de un asesino en serie que probablemente estaba a punto de matarla.

El tiempo se les escapaba y Menger callaba. Seguía insistiendo en que él era el autor, pero no podía aportar ni un solo detalle sobre el transcurso de los hechos. El hombre era un canalla, un farsante repugnante, pero —lo que en este caso era más que lamentable, pues significaba que la amenaza persistía— el hombre no era un asesino. Era un padre que quería proteger desesperadamente a su hijo.

Un hombre de veintitantos años que llevaba mucho tiempo en tratamiento por sus problemas mentales. Andreas Menger sufría una forma de esquizofrenia acompañada de una grave pérdida de realidad. La enfermedad cursaba por brotes. Había épocas en las que Andreas Menger podía participar sin restricciones en la vida normal. Incluso había terminado la carrera de Germanística y trabajado como periodista independiente para un conocido periódico. Pero en cuanto empezaba un brote, perdía el control. Ya no podía

distinguir entre fantasía y realidad, sufría delirios de persecución y creía entonces que debía apaciguar a los dioses.

En esas fases se retiraba por completo, se aislaba del mundo exterior, descuidaba la higiene y le gustaba permanecer en los sótanos de la villa. Los médicos habían aconsejado a los padres de Andreas que lo permitieran. Necesitaba tranquilidad y seguridad en las fases de retraimiento. Si las encontraba en las oscuras estancias, estaba bien. Además, los brotes de la enfermedad de Andreas solían remitir al cabo de pocas semanas. Los síntomas retrocedían y después parecía un joven completamente sano.

Al parecer, ninguno de los médicos ni su familia habían notado la propensión de Andreas a la violencia. Se le consideraba un paciente pacífico y cooperativo, fácil de manejar incluso en fases agudas de la enfermedad. Nadie le había atribuido nunca predisposición a la violencia. Además, se llevaba de maravilla con su padre. No había ceremonia maya que tuviera lugar sin él. Asistía al Dr. Menger con mucha alegría y compromiso. En la cultura maya parecía encontrar apoyo. Su padre esperaba que, a largo plazo y en colaboración con los médicos, quizá sanara por completo.

—Sabemos que es inocente, Dr. Menger. Puede ahorrarse este teatro. No sé qué le ha aconsejado su abogado, pero la mejor manera de proteger a su hijo es ayudándonos a evitar otro asesinato.

La voz de Florian arrancó a Julia de sus pensamientos. Observaba el interrogatorio a través del espejo unidireccional de la sala. Era plena noche. El reloj marcaba las tres y media. Julia no sentía ni el menor asomo de cansancio. Quería salvar a esa chica. Hannah Taubert estaba mal. No había recuperado la consciencia y los médicos esperaban lo peor. Furiosa, Julia apretó las manos alrededor del cinturón de su pantalón. Le hubiera gustado sacudir a Menger para que soltara prenda de una vez. Pero el hombre no se dejaba impresionar por el discurso de Florian. Su expresión permanecía inalterable. Su abogado le había instruido evidentemente para que guardara silencio.

Julia veía la ira centellear en los ojos de Florian. Le hubiera gustado acudir en su ayuda. Pero el asunto no tenía remedio.

Menger permanecía gélido. Daba igual cuánto le apretara las tuercas Florian. Tras treinta minutos más, Florian se rindió y abandonó su posición. Julia lo interceptó fuera, en el pasillo.

—Tengo que ir a mi despacho. Se me ha ocurrido algo importante —explicó Florian.

Julia lo siguió. Un agente de policía montaba guardia frente a la puerta de la sala de interrogatorios. Cuando llegaron al despacho de Florian, este fue inmediatamente a su escritorio y desplegó el mapa de la reserva natural.

—¿Recuerdas los cuatro elementos de la vida, verdad?

Julia asintió. No supo de inmediato a dónde quería llegar Florian.

—Falta el elemento fuego. Aquí hay una gasolinera marcada.

Julia frunció el ceño. Ante su ojo interior surgió la imagen de Kukulkán, la serpiente emplumada, que al mismo tiempo representaba al dios de los cuatro elementos. Hasta ahora habían podido asignar un elemento a cada una de las chicas muertas. Melissa Hornberg, la chica del abedul, representaba el aire; Sandra Polkert, el cadáver del pantano, debía representar el agua; y Janina Schuchardt, cuyo cadáver habían encontrado en el prado de flores, simbolizaba la tierra.

—Podrías tener razón con lo de la gasolinera. Sin embargo, si nos tomamos la descripción de Kukulkán al pie de la letra, el elemento fuego está representado por un lagarto, y estos animales prefieren quedarse en los brezales. —Señaló con el dedo una pequeña zona en diagonal bajo el símbolo de la gasolinera, donde estaba escrito *Brezal* en letras rojas.

Florian asintió.

—¿Qué harías tú si fueras ese loco y tuvieras a otra chica? —le preguntó a Julia, dirigiéndole una mirada extraña.

—Intentaría satisfacer a los dioses sacrificando a la chica en el acto. —Miró a Florian y se corrigió—: Quizá no directamente en el acto, sino mejor allí donde tenía previsto llevar a Hannah Taubert en un principio.

Ahora Julia sabía a dónde quería llegar Florian y por qué había interrumpido el interrogatorio del Dr. Menger. El autor querría

completar su obra lo antes posible. Faltaba el elemento fuego en su cuadro.

—Pongámonos en marcha. Ya.

50

Salieron disparados al instante. Los refuerzos estaban en camino. Se trataba de ganar cada segundo. Andreas Menger iba a terminar lo que había empezado.

Florian prácticamente había volado a través de la noche con el coche patrulla. Eran casi las cinco. El amanecer ya se anunciaba. Una franja clara en el horizonte desplazaba la oscuridad. Ojalá no llegaran demasiado tarde.

Se detuvieron en el pequeño aparcamiento. La distancia hasta el paisaje de brezal era de aproximadamente un kilómetro. Corrieron con las linternas a través de la penumbra. La luz parpadeaba sobre el suelo. Julia apenas podía ver nada. El terreno irregular le estaba pasando factura. Divisó un agujero en la tierra, pero no pudo esquivarlo a tiempo y metió el pie con todo su peso. Un dolor punzante se extendió de inmediato por su tobillo. Maldijo y apretó los dientes. Aún podía caminar, lo que indicaba que se trataba solo de una lesión leve.

Llegaron rápidamente a la zona de brezal. Habían decidido tomar al pie de la letra la descripción del dios Kukulkán y comenzar por eso la búsqueda en el brezal. De la gasolinera se ocuparían después.

Florian se detuvo y apagó la linterna. Julia hizo lo mismo. Florian dejó que el entorno actuara sobre él.

—¿Dónde estás, monstruo? —susurró en la grisura del amanecer y tomó la mano de Julia. Luego tiró de ella unos pasos—. Vamos al sitio que he marcado en el mapa.

Julia recordó el mapa de la reserva natural. Florian había dibujado una cruz en medio de un paisaje de brezal. Había sido muy sencillo. Había unido los lugares donde se hallaron los cadáveres anteriores con líneas. Se había formado un ángulo recto con dos lados de igual longitud. Solo necesitó añadir dos trazos más para obtener un cuadrado. La nueva esquina era el cuarto punto, donde sospechaban que estaba la chica.

Sentía los latidos de su corazón. Martilleaban como los motores de un carguero. La adrenalina la inundaba casi por completo. Su percepción se había agudizado debido a la penumbra. Sus ojos estaban ya tan acostumbrados que podía distinguir sin problemas los contornos de los arbustos y el estrecho sendero que seguían. Sus oídos estaban atentos a cualquier ruido. Pero el paisaje estaba en silencio, la mayoría de los animales dormían. Era inquietante, como la engañosa calma antes de la tormenta.

Caminaba detrás de Florian sin perder de vista el terreno. Sus ojos recorrían sistemáticamente de un lado a otro, listos para captar cualquier movimiento, por pequeño que fuera. Cuando llegaron al lugar sospechoso, se detuvieron sin aliento. ¿Dónde estaba Andreas Menger?

Un ruido sobresaltó a Julia. Había sido un crujido, como el de una rama seca rompiéndose bajo un calzado firme. Automáticamente, ambos se agacharon y escucharon. Florian se arrastró lentamente en la dirección de la que había provenido el sonido. Julia lo siguió a gatas. Las piedras y las briznas de hierba seca se le clavaban en las palmas de las manos. Cada movimiento le dolía. El tobillo le ardía.

Un grito inhumano desgarró la noche que llegaba a su fin, y a Julia casi se le paró el corazón. Sobre su cabeza hubo un aleteo salvaje. El pánico la invadió. Quiso gritar, pero Florian le tapó la boca con la mano justo a tiempo.

—Tranquila. Solo hemos espantado a unos pájaros.

Se fue calmando poco a poco. Aún veía destellos brillantes ante sus ojos. Respiró hondo. Florian apartó la mano de su boca y señaló

con el dedo hacia delante. De nuevo, Julia sintió una oleada de pánico. Allí había alguien. Un hombre. Andreas Menger.

No se movía, simplemente estaba allí de pie. Julia se preguntó cómo podía haber aparecido tan de repente o si simplemente lo habían pasado por alto. Su figura era gigantesca. Era alto y de hombros anchos. Su sombra se recortaba nítidamente contra el cielo, cada vez más claro. Florian parecía tener la situación bajo control y siguió avanzando a rastras. Julia lo siguió en silencio. La distancia entre ellos aumentaba visiblemente. Se preguntó qué planeaba Florian. En su lugar, ella probablemente ya habría sacado el arma y ordenado a Andreas Menger que se rindiera. Pero la situación era confusa. No podían ver a ninguna víctima. Si querían salvarla, no les quedaba más remedio que sondear la situación.

Julia se esforzó por alcanzarlo. Sus ojos perforaban el amanecer en busca de la chica. Florian estaba a diez metros de Andreas Menger, que seguía inmóvil dándoles la espalda. Julia supuso que estaba rezando o meditando. Su postura corporal parecía extremadamente erguida, y no podía verle las manos, porque probablemente las tenía cruzadas ante el pecho. No había ni rastro de una chica. Vio cómo Florian se incorporaba sin hacer ruido y sacaba el arma. Muy despacio levantó el brazo y apuntó a la nuca de Menger.

—Ni un movimiento —gritó.

Sus palabras rasgaron el silencio. Andreas Menger se estremeció, pero permaneció de pie.

—¿Dónde está la chica? —preguntó Florian, acercándose más a Menger.

—¿Qué chica? He visto cómo me quitabais a mi Itzanami. —La voz de Menger era suave. Sonaba triste, casi llorosa.

—En su miserable escondite hemos encontrado la ropa de cuatro personas. ¿Dónde está entonces la quinta chica?

—¿De qué está hablando? ¿De la ropa de cambio que conseguí para Itzanami? No toleró bien el medicamento. ¿Acaso debía dejarla con la ropa llena de vómito? —Menger sacudió la cabeza con desprecio—. No hay una quinta chica. Sí, deberían haber sido diez mujeres en total. El diez representa el principio y el fin de todos los

números. Es el signo de la perfección y la culminación. El número perfecto para apaciguar a los dioses. Pero he fracasado.

Antes de que Julia pudiera siquiera procesarlo, Menger se giró a la velocidad del rayo y le arrancó el arma de la mano a Florian de un golpe. También le propinó un puñetazo que derribó a Florian al instante, y se abalanzó sobre el arma. Por una fracción de segundo, Julia temió que Florian estuviera inconsciente, pero se recuperó inesperadamente y se lanzó sobre Menger. Ambos rodaron por la hierba alta. Julia podía oír los golpes de los puños impactando contra carne y hueso. Un grito desgarrador le heló la sangre en las venas.

Se puso en pie de un salto y quiso acudir en ayuda de Florian, pero en la maraña de los dos hombres peleando no podía distinguirlo con seguridad. El arma tenía que estar en algún lugar. Levantó el pie para dar una patada, pero dudó porque no quería golpear a Florian. Entonces descubrió la pistola, que brillaba bajo los primeros rayos del sol. Saltó hacia ella. Pero en ese momento, Menger se soltó de la pelea y la golpeó con toda su fuerza en la cara.

Luces brillantes bailaron ante el campo de visión de Julia. Aturdida, cayó de rodillas. Tanteó a ciegas buscando el arma, pero Menger fue más rápido. Desesperada, Julia se arrojó con todo su peso sobre el brazo de él, pero aterrizó en el suelo. Menger se puso en pie, con el arma en la mano, y apuntó.

Ante Julia, todo transcurría a cámara lenta. Pensó en Michael y en que pronto volvería a verlo. El miedo la recorrió. El pánico la inmovilizó. Florian tampoco se movía. En sus ojos vio que habían perdido. Se dio cuenta de lo mucho que él significaba para ella. Entonces miró directamente al cañón de la pistola, del que en cualquier momento saldría el disparo mortal. Vio su final acercarse. Se alargaba infinitamente. Miró a Menger a los ojos. Confundida, se dio cuenta de que él estaba llorando. Abrió la boca y Julia se estremeció.

Había llegado el momento, su final estaba cerca. Podía sentir la muerte aproximándose. Horrorizada, esperó a que apretara el gatillo. Pero Menger giró el arma y se la metió en la boca. Asombrada, Julia abrió los ojos de par en par. Registró cómo Florian

saltaba y se abalanzaba sobre Menger. Lo derribó al suelo. Sonó un disparo. Ambos hombres quedaron inmóviles.

El miedo se aferró al corazón de Julia. Cuando Menger soltó un grito bárbaro, mientras Florian yacía en silencio, sintió que el corazón se le paraba. La voz de Menger sonaba mitad humana, mitad animal, como una desesperación sin límites abriéndose paso hacia el exterior. Y entonces oyó a Florian, que se incorporó de repente, giró los brazos de Menger a la espalda a la velocidad del rayo y cerró las esposas alrededor de sus muñecas.

—¿Por qué no me dejáis morir? —bramó Menger—. ¿Por qué?

Florian no dijo nada. En silencio, puso en pie a su prisionero. Julia se levantó y miró hacia el lugar que Menger debía de haber estado observando antes. Allí había un tablero de aglomerado decorado con símbolos mayas. Sobre él había una hoja de papel. Estaba sujeta por un cuchillo de cocina cuya hoja afilada atravesaba el papel por el centro. Julia sacó el cuchillo y leyó las líneas que Menger había plasmado en el papel. Comprendió por qué había venido a este lugar.

—Quería quitarse la vida —fue lo único que logró decir.

Tenía la garganta como cerrada y la lengua tan seca como si hubiera vagado días por el desierto. Le dio a Florian el papel, que evidentemente era una carta de despedida. Le habían robado a Hannah Taubert, la última chica, y Menger había querido sacrificarse en su lugar. Según su calendario maya, a más tardar esa noche debía realizarse el siguiente sacrificio de sangre. Como Itzanami, que era como al parecer llamaba a Hannah Taubert, ya no estaba y no podía conseguir un reemplazo tan rápido, no le quedaba más remedio que matarse él mismo. De lo contrario, la ira de los dioses caería sobre él y lo dejaría asarse eternamente en el inframundo.

El texto estaba formulado de manera asombrosamente poética. Cada palabra contradecía las crueldades que había infligido a sus víctimas inocentes. Asqueada, Julia contempló al hombre, que seguía gimiendo y suplicando a Florian que lo dejara morir.

—Por favor, dadme el cuchillo —gimoteaba. Como Florian no reaccionaba, repitió su pregunta—. ¿Por qué no me dejáis morir?

Esta vez Florian respondió. Sus palabras le calaron hondo a Julia, pues solo podía estar de acuerdo de todo corazón con que decía.

—Porque tiene que pagar por lo que ha hecho, y porque queremos darles satisfacción a los padres de las chicas muertas. Deben ver que en este mundo hay justicia de la que nadie puede escapar.

Andreas Menger miró a Florian horrorizado. El miedo desnudo hablaba desde su mirada. *Nunca volverá a ser libre*, pensó Julia. Incluso si lo declaraban inimputable, tras la prisión preventiva acabaría en un psiquiátrico de seguridad. Pasaría toda su vida bajo custodia y después, tal vez, acabaría en el infierno que tanto temía.

Julia podía oír las sirenas de los coches de policía. Su último pensamiento, antes de que el ajetreo la arrollara, fue para Hannah Taubert, la chica que luchaba contra la muerte. Ojalá Hannah sobreviviera.

EPÍLOGO

Hannah estaba atrapada en una profunda oscuridad. Hacía frío, un frío terrible, y olía a cerrado. La humedad trepaba por su piel helada y hacía su situación aún más insoportable. Tenía hambre y sed. Sus labios estaban agrietados, pero le faltaban las fuerzas para pasarse la lengua por ellos y humedecerlos. De hecho, ya no le quedaba energía alguna. Le costaba respirar, e incluso sus recuerdos se le escapaban. Las imágenes zumbaban caóticamente por su mente, y era incapaz de ordenarlas cronológicamente.

Recordaba cómo Lucas la había dejado en casa. Habían sido casi las nueve, y no le quedaba mucho tiempo si quería llegar puntual a su cita con Tobi. En realidad, ya no tenía ningunas ganas de reunirse con él. Lucas había estado tan increíblemente encantador esa noche que ella se había enamorado perdidamente de él. Casi lo había besado en el coche. No había faltado mucho. Su rostro se había acercado muchísimo. Ella había sentido su aroma masculino en la nariz como un cosquilleo del que no se podía tener suficiente. Su cercanía la embriagaba. Sintió una excitación que no conocía. El aire a su alrededor chisporroteaba. Pero entonces, en el último momento, ella se había girado y los labios de Lucas aterrizaron en su mejilla. El contacto fue electrizante.

Saltó del coche y flotó prácticamente hasta la puerta de casa. Le lanzó un beso al aire antes de abrir la puerta con cuidado y colarse

en la casa sin hacer ruido. Sabía que sus padres estaban despiertos y sentados frente al televisor. A través de la mirilla observó cómo Lucas se alejaba a toda velocidad. Luego volvió a salir a hurtadillas y se subió a su bicicleta. Fue al *Phoenix*, el bar donde había quedado con Tobi. Se sentía totalmente insegura, se sentía como una estafadora. Y eso que ni siquiera estaba saliendo con Lucas. Se preguntó cuándo se consideraba que se estaba saliendo con alguien. ¿Después del primer beso? No lo sabía muy bien.

Varias veces disminuyó la velocidad y pensó en dar la vuelta. Seguro que Lucas se sentiría decepcionado con ella. Por otro lado, no tenía por qué enterarse. Solo Mia sabía de su cita con Tobi, y ella guardaría el secreto al cien por cien. Además, sentía curiosidad por Tobi. Al fin y al cabo, también tenía sentimientos fuertes por él. Es cierto que habían disminuido en las últimas horas, pero ¿quién sabía si no se podían reavivar?

Pedaleó con todas sus fuerzas y llegó al *Phoenix* justo a tiempo. El bar estaba abarrotado de gente joven, y en ese momento Hannah se felicitó por su idea de quedar en el lugar más al fondo de la barra. Habría sido casi imposible encontrar a Tobi entre la multitud sin un punto de encuentro concreto. Se abrió paso rápidamente entre la masa y llegó al lugar acordado. Pero Tobi no estaba allí. Un hombre desconocido estaba sentado en el taburete. Eso no extrañó demasiado a Hannah, pues el bar estaba tan lleno que la silla tenía que estar ocupada obligatoriamente.

Ojeó los alrededores buscando un cabello rubio. Tobi tenía que estar cerca. Sin embargo, no pudo descubrirlo por ninguna parte. Quizá había ido al baño. Esperó nerviosa varios minutos. Luego sacó el móvil del bolso y comprobó si tenía mensajes. Nada.

—¿A ti también te han dejado plantada? —le preguntó de repente el hombre que había ocupado su taburete.

Le tendió un cóctel y le guiñó un ojo para animarla. Hannah sintió cómo se sonrojaba. Era totalmente vergonzoso.

—Brinda conmigo, te sentirás mejor enseguida —dijo el desconocido, poniéndole el cóctel en la mano.

Hannah examinó al hombre, que para su gusto era demasiado mayor. Calculó que rondaría los treinta. Pero tenía una sonrisa

agradable, así que tomó un buen trago del cóctel. El hombre se presentó como Andreas. A Hannah no le gustaba mucho ese nombre. Decidió beberse el cóctel y volver a casa. Tobi seguía sin aparecer. Probablemente la había dejado plantada de verdad. Andreas brindó con ella, y ella sorbió la bebida cremosa, que sabía realmente celestial.

El sabor cremoso fue lo último que pudo recordar. Lo siguiente que vino fue ese agujero oscuro. Andreas había aparecido un par de veces más, pero ella no podía distinguir si alucinaba o si él estaba allí realmente. En cualquier caso, le daba miedo. De pronto su rostro ya no era amable en absoluto y agitaba una cosa extraña delante de su cara. Además, sentía una aguja clavada en la fosa del codo. Pero no tenía fuerzas. Ni para incorporarse ni para quitarse la cánula. Estaba prisionera en un agujero de hormigón gris con un extraño que tarareaba constantemente canciones raras cuyo idioma ella no entendía. Podía ver la locura brillando en sus ojos y no deseaba nada más fervientemente que despertar por fin.

Un velo se había posado sobre su consciencia, uno que simplemente no podía quitarse. Hannah sintió cómo se debilitaba cada vez más. La vida parecía ser succionada fuera de ella. No podía retenerla más tiempo. Intentaba aferrarse a ella, pues no quería morir. Pero se le escapaba más a cada segundo. Oía al hombre regañar porque debía permanecer despierta. Pero ella no podía más. La oscuridad la engullía una y otra vez.

Muy a lo lejos pudo sentir que algo cambiaba. Tal vez era el frío, que había desaparecido de repente. O la mano que sentía sobre la suya. Una mano grande y cálida. Y había palabras que llegaban a su oído. Sabía que las palabras se repetían. Ya las había oído varias veces, pero Hannah simplemente no podía entenderlas. Algo en su interior le decía que tenía que despertar.

Aún sentía la aguja en su vena. Pero la sed había desaparecido, al igual que el hambre. La mano apretó con más fuerza. Le resultaba familiar de algún modo. Era una mano fuerte. Una mano que ya la había sostenido con seguridad varias veces. Una mano que la había catapultado al aire y la había vuelto a atrapar con seguridad. Una mano en la que confiaba.

De repente, un recuerdo nadó hacia la superficie a través de su mente confusa. Podía verlo con total claridad. Estaba bailando. Hacía cada paso correctamente. Unas manos fuertes se posaban en su cintura y veía el rostro sonriente de Lucas. ¿Era esto la muerte? Así debía ser, pensó. Con el último aliento uno veía a las personas que amaba. A las que lo significaban todo para uno. Sonrió. Así que así era morir. Ya no sentía dolor, tampoco miedo. En su lugar la envolvió la felicidad. Una sonrisa, una mano fuerte y un extraño pitido.

De golpe, Hannah abrió los ojos. ¿Dónde estaba? Un gemido brotó de su garganta. Sonaba extraño. El pitido se aceleró. La mano la aferró con más fuerza. El rostro sobre ella seguía perteneciendo a Lucas. Pero no sonreía. La miraba preocupado. Una puerta se abrió de golpe y un hombre con bata blanca irrumpió en la habitación. Lanzó una mirada crítica al aparato que seguía pitando frenéticamente y pulsó un botón. El pitido cesó.

—Bienvenida de nuevo, señorita Taubert —dijo el hombre sonriendo. Luego se dirigió a Lucas—. ¿Sería tan amable de salir un momento?

Los dos abandonaron la habitación. Confundida, ella reflexionó sobre las palabras del médico. ¿Qué había querido decir?

La puerta volvió a abrirse y Lucas regresó. Sin el médico. La expresión de Lucas había cambiado. La arruga de preocupación en su frente había desaparecido. Una sonrisa jugaba en sus labios. Se acercó a ella y puso su mano grande y cálida sobre su brazo. Su toque resultaba tan tranquilizador y familiar. Aún aturdida, Hannah lo miró y se preguntó si alucinaba o si tal vez ya estaba muerta. Fue la siguiente frase de Lucas la que la trajo de vuelta a la realidad. Le dio la fuerza para incorporarse un poco y sentir la vida que pulsaba por sus venas.

—Hannah, cariño mío. El médico me acaba de asegurar que has superado lo peor y que te recuperarás por completo. —En los ojos de Lucas había lágrimas. Con cuidado, la rodeó con los brazos—. No habría sobrevivido si te hubiera pasado algo. Soy tan feliz de tenerte de vuelta.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector, querida lectora:

Gracias de todo corazón por elegir *La chica del pantano*. Espero sinceramente que hayas disfrutado acompañando a Julia Schwarz en su primer caso y que la historia te haya mantenido en vilo hasta la última página.

Aunque el escenario de este libro es ficticio, se inspira en los páramos reales cercanos a mi hogar. Durante mi investigación, me heló la sangre descubrir que, hace años, apareció efectivamente el cuerpo de una mujer joven en uno de estos pantanos locales. Un caso que, a día de hoy, sigue sin resolverse.

La buena noticia es que no tendrás que esperar mucho para saber qué ocurre a continuación. Las próximas investigaciones de Julia y Florian ya te están esperando. Puedes reservar las secuelas, ***Noche letal*** y ***El artista del hielo***, ahora mismo en Amazon para recibirlas en tu Kindle en el momento de su lanzamiento.

De hecho, puedes empezar a leer ya mismo. He incluido un avance exclusivo de **„*Noche letal*"** justo a continuación de esta nota.

Si quieres ser el primero en enterarte de los nuevos lanzamientos y recibir contenido adicional exclusivo, te invito a unirte a mi lista de lectores en: **www.catherine-shepherd.es**

Por último, me gustaría pedirte un pequeño favor. Las reseñas son vitales para que los autores podamos ayudar a otros lectores a descubrir nuestros libros. Si has disfrutado de este *thriller*, te agradecería enormemente que dejaras una breve opinión en Amazon.es. No tiene que ser larga; una sola frase significa un mundo para mí.

Gracias por tu apoyo y… ¡disfruta del avance!

Catherine Shepherd

LEE LOS PRIMEROS CAPÍTULOS DE SU PRÓXIMA NOVELA:"NOCHE LETAL"

Prólogo

Los sueños recurrentes poseen un aura enigmática. A menudo intentan comunicarnos cosas que reprimimos durante el día, recuerdos que bajo ningún concepto deseamos revivir. Sin embargo, el cerebro humano no se deja desconectar tan fácilmente. Somos dueños de nuestra razón mientras estamos despiertos, pero en cuanto caemos dormidos, quedamos indefensos y a merced de nuestras pesadillas.

¿Quién podría saberlo mejor que Julia Schwarz? Desde hacía años soñaba una y otra vez el mismo sueño, sabiendo perfectamente que no era real. Y, aun así, cada vez la arrastraba más profundo hacia un torbellino de emociones contra el cual ni siquiera su mente racional de médico forense tenía defensa alguna.

Aquella noche ocurrió exactamente lo mismo. Julia se revolvía agitada en la cama, luchando contra las imágenes aterradoras. Pero su subconsciente la catapultó implacablemente hacia el pasado, de vuelta a aquella noche en la habitación de Michael.

—¿Sigues despierto?

Abrió la puerta con suavidad y se deslizó al interior. Sus dedos desnudos se hundieron en la suave alfombra. Adoraba esa sensación, sin sospechar que sería la última vez que la sentiría.

Nunca más volvería a estar de pie en esa habitación, descalza y con una sonrisa en los labios.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó a su hermano pequeño, quitándole el edredón de un tirón.

—Déjame —bufó él, saltando de la cama.

Un cuaderno cayó al suelo y Julia lo recogió con curiosidad.

—¿Todavía estás estudiando? —se extrañó. ¿Desde cuándo su hermano mostraba más interés del necesario por la escuela? Su mirada recorrió rápidamente unos ejercicios de matemáticas.

—¡Devuélveme eso ahora mismo! —El rostro de Michael brillaba, rojo de ira, bajo la luz de la lámpara de la mesilla. Fulminó a Julia con la mirada.

—Vale, vale —murmuró ella en tono apaciguador y le devolvió el cuaderno.

—Tuve problemas hoy en el colegio y se me olvidó estudiar para el examen de mañana —explicó Michael, volviendo a acostarse.

Julia frunció el ceño y se metió en la cama con su hermano.

—¿Quieres que te tome la lección? —Tiró de la cálida manta para cubrir el cuerpo de su hermano. El chico de doce años era relativamente alto y fuerte. A pesar de ello, se acurrucó contra ella como un niño pequeño.

—Vale —murmuró Michael agradecido y se hundió profundamente en su almohada, con la manta subida hasta la barbilla.

Julia le dio un beso en la mejilla. Todo parecía tan realista, como si estuviera sucediendo de verdad en ese momento. Pero, al mismo tiempo, sabía que solo estaba soñando. Un sueño que para ella era sagrado. Pues encarnaba las últimas horas con su hermano. La última noche que había pasado junto a él.

Inquieta, se giró sobre el colchón. Ahora comenzaba la parte desagradable. Aquella que preferiría borrar o, al menos, saltarse. Julia tensó los músculos, intentando rebobinar el sueño para volver al punto donde podía sentir a Michael. Su piel cálida y la vida que pulsaba en sus venas.

Solo un momento más, suplicó en silencio, *por favor, vuelve a mí*.

Pero el sueño no se dejaba controlar. Avanzaba despiadado como una película triste en la gran pantalla. Las imágenes arrastraban a Julia consigo, provocando un dolor inimaginable que se sentía tan real que casi la dejaba sin aire. Sus párpados aletearon. Intentaba despertar, solo quería escapar de esa pesadilla. Pero estaba atrapada en la visión sombría. Veía a los hombres de la policía criminal y las lágrimas de su madre. Oía el grito desesperado de su padre y su propio corazón, que primero dejaba de latir y luego solo palpitaba hueco. Un órgano que la mantenía con vida, aunque por dentro estuviera muerta. Igual que Michael, a quien había perdido para siempre. Vagaba a través de las imágenes perturbadoras que la asaltaban incesantemente y que no lograba bloquear.

Habían pasado quince años desde que su hermano pequeño fue abusado y asesinado por un autor que a día de hoy seguía libre. Julia todavía no había cerrado la herida de la muerte de Michael. Hacía tiempo que era una mujer adulta, establecida en la vida y con todo aparentemente bajo control. Todo salvo sus sueños. Los párpados de Julia se movían frenéticamente, pero no lograba despertar. Veía el pequeño ataúd blanco bajando a la tierra. Como en un trance, flotaba sobre el cementerio, un lugar que antes le resultaba totalmente ajeno. Sentía la Muerte. Sus dedos largos y fríos que la alcanzaban y transformaban su corazón en un bloque de hielo de aristas afiladas. La Muerte, que desde aquel día se convirtió en su compañera constante. Simplemente no podía aceptar que no hubiera nada con lo que incriminar al culpable. Al fin y al cabo, no se trataba de un fantasma, sino de un ser humano que había hecho aquello, y los humanos dejan huellas.

La muerte de Michael fue, en última instancia, el factor decisivo para la elección de la profesión de Julia. Hoy era médico forense. Nadie podía engañarla fácilmente. Era buena en su trabajo, muy buena incluso. Apenas se le escapaba un detalle a sus ojos y a su afilado entendimiento. Pero por la noche, cuando soñaba con Michael, perdía el control de los hilos. Entonces no era más que una niña de dieciséis años, indefensa y totalmente desesperada.

Por fin, el sueño saltó a la siguiente fase. Lo que venía ahora era surrealista. Una expresión de sus miedos, que se hacían oír

mediante visiones. Los acontecimientos desembocaban cada vez en la misma secuencia. Se calmó un poco. Su subconsciente conocía el desarrollo. El sueño estaba a punto de terminar. Después pasaría las últimas horas hasta la mañana en un vacío absoluto.

Pero primero, la pesadilla le tenía reservados más horrores. Julia se vio a sí misma tumbada en su cama. Luego se levantaba para ir a la habitación vacía de Michael. Estaba perturbada y sumida en un profundo luto. Llorando, se acostaba en la cama de Michael y se quedaba dormida. Hasta ahí el sueño transcurría tranquilo, pero de repente oyó un ruido. Un repiqueteo justo al otro lado de la ventana.

Julia abrió los ojos de golpe. Una corriente de aire frío entró y se coló bajo el edredón. La ventana estaba abierta. Sintió un escalofrío. La luna brillaba con fuerza. Una silueta oscura se recortaba en el marco de la ventana, el contorno de un hombre. Aunque no le veía los ojos, sabía que la miraba fijamente con perversidad.

Julia era incapaz de moverse. Cerró los párpados con la esperanza de que el hombre simplemente desapareciera. Pero no lo hizo. Cuando volvió a abrir los ojos muy despacio, él seguía allí, inmutable. Yacía muda en la cama de Michael, preguntándose qué quería. Él seguía sin moverse ni un milímetro. Su mirada la tenía paralizada.

Entonces recordó que él no podía ser real. La habitación de Michael estaba en la planta superior. ¿Cómo habría podido subir hasta allí? Se convenció a sí misma de que solo era otra parte imaginaria de su pesadilla. Una visión macabra del hombre del saco que trepaba por las ventanas de noche, se arrastraba como una sombra por las paredes de las casas y mataba a los durmientes del susto. Solo vivía a través de su miedo, no era más que una sombra a la que su fantasía insuflaba vida. Tragó saliva con valentía y observó al hombre, que de repente se movió y entró por la ventana.

No es real, no es real, se repetía a sí misma, abrazándose el torso.

Él se detuvo junto a la cama. Ella podía oír su respiración. Silbaba a través de sus fosas nasales. El pulso de Julia aleteaba como un pájaro cazado. Bajó la vista y esperó a la muerte. Sentía la

presencia física del desconocido. Él acechaba el momento oportuno. Julia dio su vida por terminada.

Pero la muerte no llegó. Julia apretó los ojos con fuerza. Con los brazos cruzados sobre el pecho, sus uñas se clavaron profundamente en sus antebrazos.

Entonces, tras una eternidad absoluta, el hombre dijo algo. Su voz profunda rasgó su oído:

—Olvídame rápido o vendré a por ti.

Ella abrió los ojos de golpe. El hombre había desaparecido.

Capítulo 1

Kim Wiesinger aferraba el arma con firmeza, con ambos brazos extendidos hacia delante. Sus movimientos fluían de manera totalmente automática; lo había entrenado miles de veces. Sus músculos se tensaron. Gotas de sudor le perlaban la frente, aunque aquel calor no tenía nada que ver con la temperatura exterior, que ya anunciaba el otoño. Era su equipo, y en especial el grueso chaleco antibalas, lo que la hacía sudar. Por supuesto, la tensión también jugaba su papel: la operación duraba ya varias horas.

Se encontraban frente al tercer piso que registraban aquel día. Nadie sabía si el sospechoso estaba presente y, de estarlo, si iba armado. El caso era de gran envergadura. Si tenían suerte, hoy detendrían a uno de los mayores capos de la droga de Bonn. Sin embargo, aún faltaban las pruebas; al menos, aquellas capaces de meter a ese hombre entre rejas durante años.

Kim y sus colegas llevaban meses investigando. Por fin, su equipo golpeaba en una acción coordinada. Estaban peinando los pisos de los testaferros más importantes, incautando toda la documentación y ordenadores para enviarlos al laboratorio de expertos. La sangre de Kim hervía. Sus compañeros lo llamaban «la fiebre de la caza», refiriéndose a esa sensación pulsante que se extendía como una droga por el torrente sanguíneo y ponía los nervios a flor de piel.

Estaban tan cerca. Kim sentía que se hallaban a pocos pasos de la línea de meta. Quería que aquella operación fuera un éxito

rotundo. Necesitaba ese triunfo. Para sentirse bien consigo misma, para detener por fin a aquel hombre y para hacer de este mundo cruel un lugar un poquito mejor.

Un mundo cruel, eso era lo que siempre había dicho su padre. Incluso en su lecho de muerte, aquellas fueron sus últimas palabras: *Cuídate, mi niña. Ahí fuera hay un mundo cruel.*

Después murió. Así, sin más, con apenas cincuenta y cuatro años y de una forma absolutamente indigna para un policía. O al menos, así lo había sentido él. Si hubiera dependido de su voluntad, habría elegido una lluvia de balas. Quizá incluso en una operación como la de hoy. Eso habría sido ideal para él. En su lugar, un tumor maligno en el pulmón puso un fin agónico a su existencia en cuestión de pocas semanas. Una despedida marcada por el dolor, la confusión y la rabia.

Su padre estaba tan furioso con su destino que ni siquiera intentó luchar con quimioterapia. El tumor resultó inoperable y las posibilidades de cura eran ciertamente escasas. Aun así, Kim lo habría intentado en su lugar. No se habría rendido sin más, regalando su vida a un montón de células cancerígenas hambrientas que se expandían como parásitos por sus órganos. Pero su padre no quiso. No fue solo por los terribles efectos secundarios que conllevaba la quimio. No quería perder todo el pelo y acabar como un esqueleto demacrado de piel fina y pálida. Pero, sobre todo, no quería alimentar falsas esperanzas. Esperar una curación le habría causado tanta frustración y decepción que prefirió dejarlo estar.

Kim suspiró y sacudió esos pensamientos. Debía concentrarse. Al fin y al cabo, ella no quería terminar bajo una lluvia de balas. Apretó el arma reglamentaria y le hizo un gesto con la cabeza a un compañero. Él forzó la puerta y entraron a la carga.

—¡Despejado! —gritó el policía que había derribado la puerta, corriendo por el pasillo hacia la siguiente habitación.

Kim se ocupó de una puerta estrecha a la izquierda. El baño. Un cuartucho sucio que apestaba a heces. Y a algo más. Su estómago se convirtió involuntariamente en una roca. Contuvo la respiración. A mano derecha estaba el inodoro; una pieza de porcelana manchada y sin tapa. Encima, un armario con espejo. De frente estaba la

bañera, medio oculta por una cortina de plástico mohosa. Percibió una sombra detrás y se estremeció.

Con tres zancadas y el dedo en el gatillo, se acercó y arrancó la cortina de un tirón.

La visión y el hedor la hicieron tambalearse hacia atrás. Unos ojos desorbitados, dirigidos al cielo, miraban vacíos y turbios hacia la nada. En el primer instante no estuvo segura de si tenía ante sí el rostro de un hombre o de una mujer. La piel estaba hinchada por el agua y presentaba un color oscuro. Solo cuando la mirada de Kim bajó hacia el pecho y captó el cabello largo recogido en una coleta, se dio cuenta de que en la bañera yacía una mujer muerta.

—Dios mío —exclamó—. Necesitamos a los de científica inmediatamente.

—El piso está asegurado —gritó un colega, que al parecer no había escuchado sus palabras, entrando en el baño. Cuando sus ojos registraron la bañera y su contenido, su expresión cambió.

—Cielo santo. ¿Qué es eso? —El policía, un hombre en plena forma y vestido con traje de combate, palideció ligeramente.

—Un cadáver femenino —respondió Kim, aunque sobraban las palabras.

Su colega, líder de un comando especial, seguramente había lidiado a menudo con la muerte y no necesitaba explicaciones. Lo único que parecía desconcertarlo era el hecho de que en realidad buscaban pruebas —es decir, drogas, dinero o armas—. Cadáveres, por el contrario, no esperaban encontrar.

—Necesitamos a la científica de inmediato —repitió Kim.

Quizá aquella mujer muerta fuera el último clavo en el ataúd del capo de la droga que buscaban. Si él la había matado, estaba acabado.

Con cuidado y prestando atención para no contaminar ninguna huella, se retiraron del baño. Al hacerlo, Kim lanzó una última mirada a la muerta. Calculó que tendría como mucho treinta y cinco años. En el ombligo de la víctima brillaba un *piercing*. Las uñas de las manos y los pies estaban pintadas de un rosa chillón. Quizá se trataba de una prostituta. Al menos, la llamativa lencería y los zapatos de tacón alto, horteras y brillantes, que había frente a la

bañera sugerían eso. En el borde posterior de la bañera había una copa de champán medio llena. Si no fuera por las marcas de estrangulamiento casi negras en el cuello de la víctima, uno podría haber pensado que la mujer se había ahogado en la bañera fruto de una borrachera.

—Joerg. Ya estás aquí. —Saludó a su colega de la científica, un hombre de mediana edad con el pelo ralo y gafas sin montura sobre una nariz fina y algo larga de más—. La víctima está en la bañera. ¿Puedes darme resultados lo antes posible? Necesitamos saber quién es la muerta y si nuestro hombre puede estar detrás de esto. A primera vista parece un asesinato.

Joerg asintió.

—Hecho. Me daré prisa. ¿Qué hay de nuestra cena de esta noche? ¿Habrás terminado con la operación para entonces? Parece algo gordo. —Sonrió con timidez. Su mirada se aferró a los ojos de ella.

¿La cena? Cierto. Habían quedado esta noche. Kim lo había olvidado por completo. Avergonzada, se pasó la mano por el cuello.

—Bueno... podría alargarse —murmuró en voz baja.

—¿Lo dejamos para mañana? —Joerg sonó un poco decepcionado.

Kim suspiró aliviada y asintió apresuradamente. Ya no se acordaba de la cita. Además, esta noche tenía algo más pendiente. Un asunto privado que no admitía más demoras. Algo que llevaba años gestándose en su interior y que por fin debía llevar a término. Algo de lo que su padre habría estado orgulloso. Un plan que no podía deshacer el pasado, pero que podría hacer el mundo un poco más justo. Todas las esperanzas vanas, el dolor y la pérdida no se olvidarían, es cierto, pero al menos se mitigarían.

El palpitar de su sangre se transformó en un martilleo. Ahí estaba de nuevo, la fiebre de la caza. Por eso estaba tan tensa. Tenía una cuenta que saldar. Esta noche.

Fin del avance

CRÉDITOS / AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, empresas, organizaciones, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

La chica del pantano

Copyright © 2026 Catherine Shepherd Diseño de cubierta: © ZERO Werbeagentur GmbH, Múnich Imagen de cubierta: © Lario Tus / Fotolia.com

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de la titular de los derechos, salvo en el caso de citas breves incorporadas en artículos de crítica y reseñas.

Primera publicación: 2016 (Edición actual en español: 2026)

www.catherine-shepherd.es

Boletín de noticias Le invito a visitar mi página web www.catherine-shepherd.es y a suscribirse a mi boletín para recibir noticias exclusivas y contenido adicional.